



CASTELAR



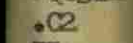
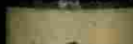
FRA

FILIPPO

Lippi



3



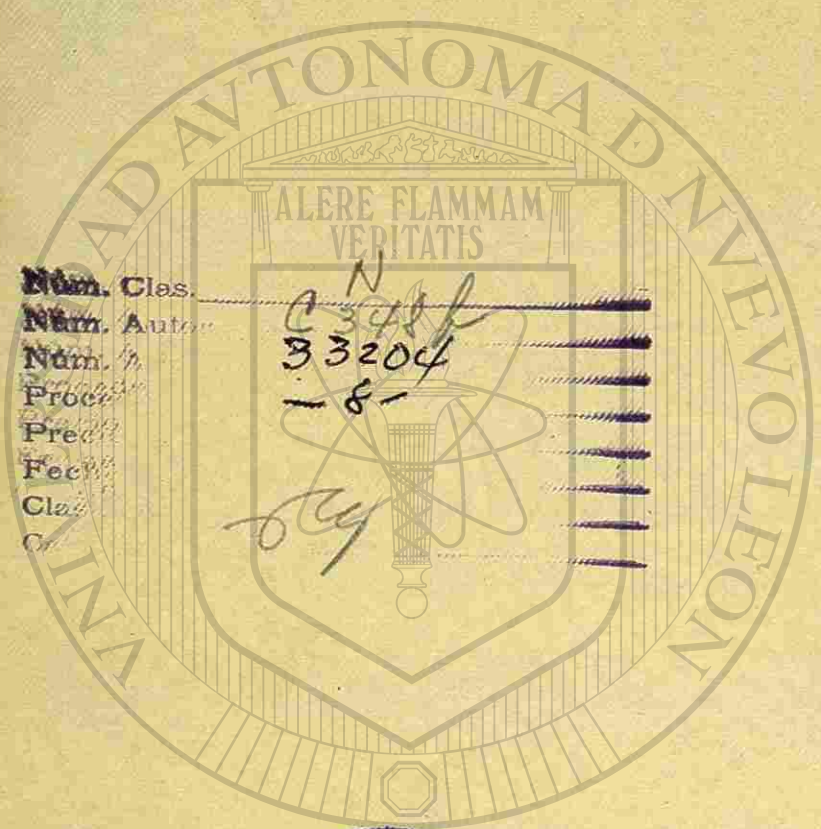
P06512  
.02  
E5  
V.3





1020027247





FRA

# FILIPPO LIPPI

NOVELA HISTORICA

POR

EMILIO CASTELAR

TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



098339

MÉXICO

IMPRENTA DE AGUILAR É HIJOS,

PRIMERA DE STO. DOMINGO 5 Y PRIMERA DEL RELOJ 3,

1880

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

33204



863  
C.  
PQ 6512  
.C2  
F5  
v.3



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

33301

### CAPITULO PRIMERO.

Esfuerzos inútiles y premeditadas venganzas.

El caballero Butti, herido mortalmente en el corazon por la irreparable desgracia del rapto, hallábase acostado en uno de los salones del palacio feudal de Montaperto, cercano, como sabemos, al sitio de la catástrofe, á la ciudad de Prato. Cuando vió al ginete en su albo alazan penetrar entre los grupos con audacia, erguir el cuerpo con gallardía, caracolear con donaire, creyó asistir á una de las sorpresas frecuentes en los juegos y en las fiestas de Toscana, donde los jóvenes acostumbraban á mostrar su destreza y experiencia hípicas en todas las reuniones de numerosas muchedumbres. Cuando vió que el ginete se dirigia al grupo donde estaba su hija, cuyos ojos contemplaba despues de faltarle tanto tiempo su luz, como solamente saben contemplar los padres, de piés á cabeza, se estremeció su cuerpo. Y cayó sin conocimiento ni sentido, como muerto, frio y rigido, cuando le vió inclinarse sobre el grupo que detenía á Lucrecia, y cogiéndola con fuerza, llevársela en sus brazos como el milano á la paloma en las garras. Su amor de padre, su honra de caballero, todos sus sentimientos recibieron á tal golpe una de esas heridas que tarde ó temprano dan muerte. Desde aquel horrible instante pasaba de los largos síncope en que la vida entera se apagaba como sucede en las catalepsias á los sacudimientos epilépticos en que los miembros de su cuerpo se destrozaban cual las tablas de náufraga nave, y los conceptos de su razon se perdían cual las ideas de furioso loco.

Mucho trabajo costó llevarlo desde Prato al castillo; muchos cuidados impedir que á uno de aquellos sacudimientos ó á uno de aquellos desmayos siguiese la muerte. Guido, que amaba á Lucrecia con tanta exaltacion, y que



sentía los torcedores de los celos con tanta intensidad, dióse á correr en pos del raptor, sin más advertencia ni más precaucion, que encargar á Brigida y á Gasparo, con palabra rápida y gesto imperioso, el cuidado y la atencion del pobre enfermo, primera víctima de semejante trance. Para decir cuanto pasaron el escudero y la dueña en la traslacion desde la ciudad al castillo, necesitaríanse todos los términos del encarecimiento. Unas veces creían que acababa Butti de espirar, y Brigida se deshacía así en sollozos como en lamentos y se arrancaba así los pelos como las tocas. Si de estos desmayos salía el infeliz, agitábase en convulsiones horribles. Sus nervios temblaban, crispábanse sus manos, sacudíase su cabeza como á una apoplejía, erraban sus ojos de aqui para allá, y los estremecimientos se agolpaban á su cuerpo con tanta frecuencia y tanto ímpetu, como si recibiese á cada paso y á cada instante innumerables puñaladas. Por fin, asistidos de médicos y sacerdotes, ayudados de varios domésticos del castillo, arribaron con su litera, y depusieron al moribundo en uno de los mas espaciosos salones. A la puerta de este salon, poco tiempo despues de haber llegado, departian escudero y dueña sobre las terribles tragedias de aquellos dias y sus inmediatas consecuencias.

—No hay quien pueda quitármelo de la cabeza.

Decía Brigida.

—¿Qué?

Preguntaba el buen Gasparo.

—Que ese Fra Filippo Lippi ni es pintor, ni es fraile, ni es nada sino el mismísimo diablo, venido en cuerpo y alma á este pícaro mundo, para trastornarlo y perderlo.

—¿Cree eso vuesa merced?

—¿Pues no he de creerlo? Uno de los privilegios mágicos que tiene el diablo, consiste en cambiar de formas como nosotros cambiamos de ropa. Y ya lo veis, fantasma un dia, fraile otro, pintor más tarde, por fin, caballero, no toma estos aspectos sino para intentar ó hacer alguna barrabasada. Luego, debe reconocerse y confesarse que es el mismo Barrabás con todos sus pecados y todos sus maleficios.

—No anda vuesa merced descaminada, hermana. El mundo se reduce un campo de batalla donde los ángeles buenos pelean con los malos. Por todas partes existe este combate. Ignoramos la relacion que hay entre una mala accion y el diablo, como ignoramos la relacion que hay entre el grano que madura en la cepa y el vino que fermenta en la cuba. Por todas partes se encuentra el diablo. Nosotros tenemos un alma vegetativa en el estómago, un alma animada en la sangre, un alma espiritual en la cabeza. En estas almas se entran los diablillos, como se entran los gusanos en toda corrupcion.

—Gasparo, no he visto escudero tan leído como vuesa merced. Hábleme de todas estas cosas.

—¿Leído? ¿Qué hacer? Mi amo padece de melancolías y se encierra años enteros en este panteon de su familia. Dias largos, noches más largas aun. Por mucho que trinques y tires la oreja á Jorge, te cansas de todo. Y hay que apechugar con los libracos. A la lumbre de la chimenea, á la luz del candil, en estas alturas, cuando el viento muge en los pinos, ó la lluvia sueña en las ventanas, no tienes otro remedio si no leer y releer los pergaminos.

—¿Y en ellos habrás encontrado muchas cosas del diablo?

—Vaya si he encontrado. Por estas piedras, por estas almenas, por estos adarbes, suele andar suelto.

—¿De veras?

Dijo Brigida persignándose.

—Y tan de veras.

Añadió Gasparo, persignándose tambien.

—Pues no me digas que vaya de aquí allá, ni por una taza de caldo.

—Yo, teniendo en el cinto espada, voy á todas partes, porque con su cruz ahuyento á los muertos, y con sus filos á los vivos.

—Ya sirven las cruces y las espadas cuando Luzbel se empeña en una cosa. Cuánta gente de espada y cuánta gente de cruz había en la procesion de nuestra reliquia, ¿y qué? El diablo se burló de todo y de todos, metiéndose con sus manos lavadas en las filas de la procesion, y llevándose para su gusto y recreo lo mejor que allí había, mi pobrecita Lucrecia.

—¡Maldito diablo! ¿Quién averiguará el cómo hace sus diabluras? La aguja mira al Norte; el girasol mira al sol; los buenos á Dios; los malos al demonio. Entre las constelaciones del cielo y las rayas de la mano existe una relacion misteriosa. Nuestro destino está escrito con rayos luminosos en el Empíreo, y con líneas cabalísticas en las palmas. Cada retina de nuestros ojos resplandece con propio resplandor, como el sol en la inmensidad. Entre nuestras pupilas y los planetas existen las mismas armonías que entre la tierra y la luna, ese astro de místicas y profundísimas miradas. El astrólogo oye lo que dicen los astros rodando sobre sus ejes de oro, como el zahorí ve lo que pasa en los senos ocultos de la tierra; el uno sigue la ruta del cometa en los abismos cerúleos, y el otro la ruta del oro en los abismos tenebrosos. Tengo un amigo que deletrea las frases compuestas por la vía láctea, para designar el destino de cada uno de nosotros, y que adivina el sexo de las criaturas cuando acaban de ser concebidas en el vientre de su madre. Pero solamente puede llegar á estas adivinanzas los miércoles y los sábados. Al par que los murciélagos se levantan en los crepúsculos, se levantan los vampiros en los infiernos, y vienen á chupar la sangre de nuestras venas, como la lechuza suele chupar el aceite de las lámparas. En el cementerio de este castillo hánse muchas veces levantado de su fosa los escuderos muertos á devorar la carne de los camaradas vivos, como los cuervos devoran los restos de los combatientes caidos en los campos de batalla.



Mil veces me hubiera sucedido á mí tal desventura, si no llevara un pedazo de grana cogido del sobaco izquierdo.

—¡Ay! ¡Dios mio! Dijo Brígida dando diente con diente. Yo me voy á morir de miedo. Santa Ursula y las once mil vírgenes; el bendito San Antonio de Padua; mi patrona Santa Margarita, valedme. Yo no he hecho mal á nadie. Mi padre, Señor San José, ha tenido siempre una lámpara por mi mano atizada delante de su bendita imágen. Prometo cincuenta partes de rosario, nueve padre-nuestros y nueve ave-marias á las nueve de la noche, si salgo en bien de esta casa donde pasan tales cosas.

—Como los espíritus angélicos aparecen precedidos de suvísima armonía que arropa nuestras almas, los espíritus diabólicos de un olorillo de azufre que hace llorar á nuestros ojos, y estornudar á nuestras narices.

—Pues ya lo creo. La tarde misma del robo, dióme un tufillo tal, que creía percibir el hedor de cien pajuelas.

—Aquí, en este panteon de mi amo, yace un Hugo de Montaperto, que padeció de caridad excesiva, hasta el punto de tomarlo las gentes por loco. Todo lo vendía para repartirlo entre los pobres. Y como no podía vender el patrimonio feudal vinculado por sus mayores en la familia, conservó estas tierras y estos castillos, donando en cambio cuanto le vino á mano, un número de rentas y de heredades capaces de enriquecer á un pueblo. En cierta ocasion se le presentó llorosa viuda, que necesitaba fundar una capellanía para su hijo único. Y no tenía el dispendiador ni un escudo. Su pobreza llegaba á tal extremo, que hacia veinticuatro horas no entraba ningun alimento en su cuerpo. ¿Sabes lo que en tal apuro se le ocurrió? Pues vender el alma al diablo, para que el diablo le diese la cantidad necesaria á socorrer al huérfano y á la viuda. Llegó su muerte y Lucifer reclamó la presa. Pero San Miguel, en pugna eterna con los ángeles malos y los infiernos, requiriendo su espada arguyó que no podía ni debía condenarse quien lograra engañar al diablo, obligándole á emplear su fuerza mágica en obra de caridad tan grande como hacer á un muchacho sacerdote, y consagrado al rescate y redencion de las almas. Consultados los teólogos del cielo, convinieron todos en la opinion del Arcángel y promulgaron una sentencia, por la cual quedaba el caritativo en las entrañas del purgatorio, hasta tanto que la persona por cuyo bien se espuso á condenarse, borrara por medio de mil misas las letras escritas con sangre en el contrato de venta, cada una de las cuales solo con cien misas, podía borrarse. Si casualmente el sacerdote no decia las misas, quedaba el infeliz privado de la bienaventuranza, no por la eternidad, como en el infierno, pero sí por un tiempo indefinido. Aquí en la tierra nada se sabia de semejante cosa, y el capellan que estaba á servicio del castillo, no se acordaba de su bienhechor mas que alguna vez en sus oraciones, y en los cabos de año.

Lastimado el cielo de tamaña desventura, dió suelta á la triste alma en pena para que viniese á la tierra y anunciase el precio de su rescate.

—¡Ay! ¡Qué miedo!

Exclamó Brígida espeluznada.

—Si vuesa merced lo viera, entonces sí que con fundamento se asustara. Un grito agudísimo, como el que dan la corneja y el buho, resonaba en el silencio de la noche. Al grito sucedía estruendo de cadenas.

—Tóqueme la frente, Gasparo, y sentirá un sudor frio como el hielo de la muerte.

Todas las casuelas y peroles de la cocina se venian á tierra. Las camas entraban en una especie de baile infernal parecido á la danza macabra, sin que nadie las moviese ni las tocara. Al rayo de una luz azufrada, danzaban legiones de brujas que se condensaban y se desvanecian por momentos como esencias vitales que no llegaran á tener ni forma ni cuerpo. Un animal fantástico, de organismo desconocido, erraba por todas partes y en todas direcciones, dando saltos, á cuyo empuje se disipaba y desvanecía al subir, mientras al bajar se reventaba como un raton aplastado. Entre estas apariciones veíanse á veces resplandores fugaces como los relámpagos y humaredas espesas como nubes, significándonos que en las regiones invisibles combatian los espíritus angélicos y los espíritus diabólicos en singular batalla. Unos sentian las obsesiones diabólicas, otros la posesion total y completa. Las brujas hendian montadas en cañas de escoba. Los endriagos rozaban nuestras frentes con sus frias é inmensas alas de murciélago. Mas de una campesina de mala vida se trasformaba en gata por haber prostituido su cuerpo.

—No me pasará eso á mí, aunque ahora mismo viniera Lucifer en persona, pues ni mas querida de amores por los demás, ni mas recatado moza por su virtud que yo se ha visto, ni se volverá á ver en toda Toscana: que vírgenes de mi hermosura y de mi temple no nacen á un dos por tres sobre esta baja tierra.

—En tales apuros, aun los menos creyentes llamaban al cura para que exorcizase. Y cuando el agua bendita caía como un rocío celeste sobre todas aquellas gentes, oíase un clamor desmayado que decia: Mil misas caritativas por el alma de aquel que se hubiera hasta condenado por caridad. Y en cuanto se dijeron las mil misas cesaron todas las apariciones, y donde antes solia oler á azufre, olió despues á rosas y jazmines y claveles y otras mil suavísimas esencias.

—Dios mio. Cómo no pudo ocurrírsenos exorcizar al ginete. Quizá de esa suerte hubiera soltado su presa. Le persiguieron, le acosaron y nadie le dió alcance. Lo que no alcanzaron ni las balas, ni los arcabuzazos, ni las culebrinas mismas de la Puerta Mercatella, quizás lo alcanzáran algunas gotas de agua bendita. Ahora puede decirse y asegurarse que nuestra buena



Lucrecia desapareció como alma que lleva el diablo. La tierra se los tragó á ambos, quizá el infierno. ¡Pobrecilla! La virtud, la castidad en persona, y profanada por ese maldito. Yo estoy segura que se habrá defendido con uñas, con dientes, con piés y con manos, sin que le haya sido posible al infame, como no la mate, arrancarle á viva fuerza la preciadísima honestidad. ¿Pero dónde estará, dónde, nuestra Lucrecia?

—El Monje no tiene rival en aventuras y en jolgorios. Aun no ha visto una mujer, cuando ya la ha sitiado. Aun no la ha sitiado, cuando ya la asalta. Aun no la ha asaltado, cuando ya la rinde. Es el primer jacarero de la comarca. Tañe como un trovador, improvisa como un juglar, monta como un caballero, pelea como un condotiero, reza como un fraile, juega como un mercader, bebe como un soldado, enamora como un tronera, salta como un gimnasta, arguye como un abogado, miente como un bellaco, predica como un dominico, mendiga como un franciscano, hiere como un salteador, y pinta como un ángel. Ese es Fra Filippo Lippi.

—Ese no es Fra Filippo Lippo, ese es el demonio.

—Será lo que vuesa merced quiera, pero á estas horas tiene por lo mismo, no digo á Lucrecia Butti, á la Lucrecia romana, blanda como un guante.

—No diga eso. Desconoce á mi ama si tal dice. Antes se caerá el sol de su asiento, que la virginidad de su cuerpo. Si quiere profanarla el maldito tendrá que herirla en el corazon y dejarla exánime, porque mientras viva, no habrá hombre que á despecho suyo se le acerque.

—¡El amor!

—¡Qué amor ni qué berenjenas!

—¿Ahora se desayuna vuesa merced de que Lucrecia amaba á Filippo?

—No diré que no.

—Pues yo los ví un minuto en la galería, y los calé en seguida.

—Doy de barato que lo ame.

—Pues si lo ama, no conozco robo más deseado. Todas las mujeres enamoradas desean que las robe su amante.

—Pero en verdad digo.....

—¿Qué?

—Que Lucrecia se ha educado en el temor á Dios.

—Una confesion y una absolucion, todo lo componen.

—Desengañese, Gasparo, desengañese, no la conoce.

—Conozco á la mujer, y me basta.

—Tales habrá tratado que le hayan esa mala idea infundido.

—¡Oh!

—Si hubiera tratado mujeres como Lucrecia, y como yo, no echara por esa boca tales disparates.

—Vamos, no venga ahora con esas. Todas, todas frágiles.

—No, no, no. Nosotras dos por lo menos somos como el hierro.

—¿Qué sabe vuesa merced? Hará cincuenta años que no.....

—Calle, deslenguado, boca de infierno, camastronazo.

—Calle, bruja.

—¡Si no mirara donde estamos, y el enfermo que tenemos á nuestro cuidado, digole que no habia de agraviarme así!

—¿Qué ruido es ese?

Dijo una voz imperiosa.

—El amo.

Exclamaron á una Gasparo y Brigida.

—El amo extrañado del humor que teneis para armar tales grescas. Dijo Guido Montaperto.

—¡Señor!

Y una y otro bajaron profundamente la cabeza.

—Buenos estamos para fiestas.

—Perdónenos, señor.

Se arriesgó á decir Brigida.

—Para perdones estoy, cuando quisiera, como Calígula, á serme posible, cercenar de un tajo al género humano su estúpida cabeza.

—¿Qué sucede?

—¿Y me preguntais qué sucede? Pues qué ¿lo ignorais? No habeis visto como yo que desde el instante funesto parece el mismo sol una araña negra enredada de patas en esa empolvada telaraña que se denomina cielo? Si tuviérais la tristeza que yo tengo en el corazon, os pareceria el Universo como me parece á mí una Necrópolis, y los mundos átomos de cenizas arrasados por los torbellinos del acaso á la vacía Nada. ¿Que no tuviera el veneno de todas las víboras para envenenar á todos los mortales? ¿Que no tuviera los dientes y las garras de todos los tigres para devorar las entrañas de todo el género humano? El génio de la destruccion ha entrado en mi seno. Derribaria de un manotazo la tierra y apagaría de un soplo el sol. Yo, en la inmensidad, con todos los orbes extintos á mis piés, no me creeria aun satisfecho. ¡Cuánto sufro! Ninguna sed puede compararse con esta sed mia de venganza. Ningun dolor puede medirse con este dolor mio que me atenace todas las entrañas, y todas las especies de almas que llevamos en el seno. Si me hubiera vengado, ya habria desaparecido de la tierra; que por no verme y por no sentirme á mí mismo, y por no saber de mí, cosa alguna, me hubiera ya matado. Pero me queda un destino que cumplir, la satisfaccion de la divina justicia. Me queda un deseo que llenar, el deseo de mi venganza. Vengaréme aunque el mundo entero se oponga, vengaréme aunque se oponga Dios. Cuando se siente un deseo tan vivo como mi deseo, y se tiene una voluntad tan fuerte como mi voluntad, todo puede emprenderse y todo cumplirse.



—¿Ha parecido mi señora doña Lucrecia Butti?

Preguntó Brígida.

—¡Parecido! Válgale el no haber dado con ella.

—Si diérais ¿qué haríais si no requebrarla y agasajarla?

—Vive Dios que la matara.

—Cosa fácil de decir ahora entre los arrebatos de la cólera, imposible de cumplir al verla.

—Debió tragárselos la tierra. Mis sabuesos y lebreles les siguieron con la misma celeridad y la misma hambre que suelen seguir en las cazas y monterías las piezas. Los arcabuceros que guardaban las murallas les dirigieron una lluvia de plomo enrojecido. Las culebrinas de la puerta Mercatella vomitaron cuantas balas tenían en el vientre, y metieron el ruido de una tempestad, y lograron hacer retemblar el suelo como en un terremoto. Yo corrí, corrí tras ellos á riesgo de verme acribillado por los proyectiles que les lanzaban de todas partes. Mas fácil perseguir y alcanzar al viento. El caballo, abiertas las narices, fijos los ojos, erizada la crin, tiesa la cola, sangrientos los hijares, no corría, volaba, aunque jadeando, como si del mismo cansancio sacase fuerzas para no poner las pezuñas en el suelo, semejante á rápida nube y á soberbia águila. El corazón se me destrozaba en mil pedazos porque el aire me traía no sé qué suspiros ni qué ósculos, ora verdaderos, ora fingidos por mi loca mente, suspiros y ósculos á cuyos ecos saltaban á borbotones los embravecidos celos. Tenía yo una jaca torda, criada en tierra cordobesa, mas pronta que el rayo en su carrera, tenía la apercebida y aparejada por fortuna mía y desgracia suya á la puerta Mercatella, y el tiempo que empleara en desceñir las riendas de la mano del paje y montarla, bastó porque el blanco corcel, sobre cuyo lomo iban los dos amantes, se me adelantara y no pudiera alcanzarlo. Bien es verdad que no sé aun decir cuanto por mí pasa en este crítico instante. Parecía andar por un desierto enteramente vacío. Tan rápidamente volaba, que ni columbraba los objetos, ni oía ruido alguno. Hasta los propios pasos de mi cabalgadura no sonaban. Solamente sé que todo cuanto me circue se disipaba como si hubiera caído mi cabeza en vértigo. Después de correr, como sobre las potentes alas de los huracanes, el caballo dió un bote cual si le hubiera herido una bala, y cayó redondo y exánime en el suelo. Estaba él reventado, yo tendido, ensangrentados ambos, y en el horizonte solo se descubría la nubecilla de polvo que señalaba el trazo de una vertiginosa correría. Levantéme mal trecho, tratando de saber qué había sucedido á mi rival y á mi amada. Imposible. Diríase que se habían transformado en alguno de los árboles del camino, como solían las divinidades antiguas, para reirse de mis afanes y burlar mi cólera. Varios campesinos á quienes encontré, maravillados todavía de mi carrera y compadecidos de mi montura, dijéronme que no habían visto alma viviente. Volví, torné, olfaté, husmé, escarbé la tierra, subí á los ár-

boles y á las colinas, eché mis perros en todas direcciones y nada conseguí, nada; solamente la soledad y el silencio respondieron á mis instancias y á mis investigaciones. Entonces me volví á pié, indagando de cuantos encontraba al paso noticias que no esclarecieron mis dudas ni calmaron mis deseos. Cerca ya de la ciudad, ví un grupo que detenía á uno de los facinerosos cuyas manos profanaron el cuerpo de Lucrecia, y lo detuvieron para que pudiese el infame raptor arrebatarlo. Al verlo, sentí un vértigo de rabia como si toda mi sangre se derramara por el cerebro, y reconvine á un sayon de la ciudad que le abofeteaba. Á perros así, le dije, no se les insulta ni se les injuria; al contrario, se les echa una soga al cuello y se les deja pataleando de las ramas de un árbol. Apenas lo había dicho, víle cogido por la funesta soga, arrastrado por el polvo, pendiente del árbol, moviendo brazos y piés á los estertores de la agonía, y echando espumarajos por la boca á los impulsos de la asfixia, con medio palmo de lengua fuera, los ojos reventados, y la faz entre morada y azul á la trabazón de su sangre, como una res en el matadero. Tan cruel me ha hecho la desgracia, que me detuve allí á contemplar el fruto de la horca, cual si hubiera visto al fraile mismo en persona ahorcado como su cómplice.

—¿Y no se encontró á los fugitivos?

Preguntó Brígida.

—¿Á los fugitivos? Buena cuenta. Ni yo ni nadie los ha visto. La Señoría de Prato ha mandado en todas direcciones sus soldados de á caballo. Los sayones, y alguaciles y esbirros han recorrido todos los ámbitos de la campiña como el huron recorre las madrigueras. No queda ningun sitio que no haya sido registrado hasta la minuciosidad; no queda ningun escondite que no haya sido escudriñado hasta el cansancio. Como no hayan montado en los lomos de algun hipógrifo para irse á la region de los vientos, ó como no hayan penetrado á la manera de Orfeo y su mujer en los infiernos para irse á la region del fuego; no sé qué se haya hecho de los fugitivos. Lo único que sé, á ciencia cierta y con harto dolor mio, es la imposibilidad de encontrarlos en ninguna parte.

—Sí, lo tengo dicho. Si ese pintorazo tiene pacto con el diablo, Dios sabe si habrá clavado alguna aguja mágica en la cabeza de Lucrecia, y en virtud de esto, será la paloma blanca recogida en el ramaje de los olivos; ó la lechuza plañidera posada en los pedruscos de las torres. Que tiene pacto con el diablo, ó es el diablo en persona, paréceme de toda evidencia.

—¿Y habeis desistido de buscarlos?

Preguntó Gasparo á su señor.

—¡Desistir! ¿Por quién me tomas á mí? Aunque tuviera que recorrer toda la tierra, no digo durante mi vida, durante la eternidad, había de saber dónde se encontraban ó había de morir en las encrucijadas y los caminos. Ya sabes lo que somos los Montapertos, la tenacidad misma. El tambor



con que tocamos á llamada, está hecho con pieles de nuestros enemigos. Uno de mis abuelos estuvo sitiado por los pisanos en este mismo castillo veinte años. Otro reventó como Roldan, tocando la trompa guerrera en las cimas de los Apeninos. Este se fué á pié á Tierra Santa, sin mas apoyo que su bordon de peregrino, ni mas auxilio que la cristiana limosna. Aquel quemó el palacio donde estaban su mujer y sus hijos para desahogar los celos que le inspiró una mirada, mas bien que criminal, imprudente. Mezcla de patricios de Roma y de pares de Carlo-Magno, tenemos la perseverancia en el bien ó en el mal á falta de otras virtudes mas brillantes y mas eficaces, Así, manes de mis padres, piedras seculares que testificais tantos sacrificios, escudo de mi nobleza, panteon donde yacen innumerables muertos ilustres, sombras sagradas, juro, juro, juro, por el honor que me legásteis, por la sangre que me infundísteis, por el Dios que me escucha á mí, y os ha juzgado á vosotros, no comer pan á manteles, no cortarme ni el cabello ni la barba, no dormir en lecho, no comer sino pan duro, no mirar á ninguna dama á la cara, no desceñirme el sayal y el cilicio de la penitencia, hasta haber conseguido satisfacer la sed hidrópica que me aqueja, la rabiosísima sed de mi venganza. Que me escupan sus venenos las víboras, que me claven sus agujones las serpientes, que me arrebaten los voraces cuervos las carnes vivas del esqueleto, que los celos rabiosos me atenacen las entrañas por toda una eternidad, que la pasion de mi alma dure tanto como el alma misma, que el infierno me aguarde y los diablos jueguen á la pelota con mi cabeza y se coman mi corazon renaciente á cada bocado, si desisto un minuto de estos propósitos de cruenta venganza en ambos á dos satisfecha. Si no han desaparecido de la tierra, yo los encontraré. Y si los encuentro, yo los inmolare.

—Á mi Lucrecia, no por piedad, no. Haced del fraile cuanto os pida el rencor; pero á ella dejadla en paz víctima inocente de un rapto. Yo la conozco. Yo sé cuánta es su virtud, y cuánta será á estas horas su afrenta. Y tengo plena seguridad, plenísima de que habrá perdido antes mil veces la existencia que la virginidad de su cuerpo ó de su alma. No se llama así á humo de pajas Lucrecia. Su nombre representa una castidad tan pura como la castidad misma de la muger que lo ha ilustrado en los anales del mundo. Á el coméoslo crudo si os place. Y si por acaso no le encontráis vivo desenterradlo y cebaos en su cadáver á guisa de hiena. Todo será justo y estará á la altura misma de vuestros resentimientos. Pero al ángel de Dios, á la criatura sin mancha como la Virgen del altar, á la cándida paloma sin hieles, á mi Lucrecia, no la toqueis, señor, si no intentais que os maldiga el mundo y que os castigue Dios.

—Bien se ha dejado robar.

—Dejarse; y se encerró á piedra y lodo en un convento. Dejarse, y no salió sino el dia en que le iba la salvacion eterna, y necesitaba ganar el Jubileo santo. Dejarse, y seis bandidos le asestaron seis puñales al corazon.

Dejarse, y cayó sin conocimiento ni sentido. Dejarse, y aquel Hércules la cogió en sus brazos y la trasportó como un cuerpo sin movimiento, como un alma sin voluntad. Vos mismo habeis dicho que no acertais á encontrarla, á pesar de haber corrido como un desvario, y de haber reventado un caballo. Y quereis que la infeliz Lucrecia se preserve del arte mágico de ese caballero endiablado, que la ha cogido y se la ha llevado al infierno, como cualquier bruja podria cogeros á vos y llevaros á caballo por los aires en su palo de escoba. Gasparo acaba de contarme que aquí mismo los escuderos muertos se levantan á comerse á los escuderos vivos; y quereis preservar de semejantes emboscadas de los infiernos á una pobre mujer?

—¿Y no habria medio de saber dónde paran esos fugitivos?

Preguntó Gasparo conociendo que las palabras de Brígida importunaban á Guido.

—Despues de haber agotado, dijo éste, cuantos medios podia ofrecerme Prato, tomé otro caballo y fuíme derechamente á Florencia. Como las muchedumbres, que de esta ciudad fueron á Prato, no habian vuelto, embebidas en las fiestas nocturnas, á mi arribo nadie sabia lo ocurrido. Encaminéme, pues, al Palacio del Padre de la Patria, y di inmediatamente mi nombre. Era de noche ya, y toda la vivienda resplandecia con resplandores de fiesta. Veíanse á través de las ventanas innumerables bujías y resonaban, penetrando las piedras de las paredes, deliciosas cadencias de voces é instrumentos. No podia detenerme, á pesar de la fiesta, porque me impacientaba el deseo vehementísimo de noticiar el desaguizado y ocurrir al remedio. Aunque mi traje, como vestido para la fiesta, era de gala, llevaba encima de sus bordados y preseas, ráfagas de polvo. Las plumas de mi gorra se habian tronchado en las ramas de los árboles. El collar de mi cuello y hasta una parte del cinto se habian perdido en los vértigos de mi carrera. Tenia la cara herida y ensangrentada de los golpes que habia llevado y de las espinas que habia recibido. Los cabellos caian en desórden sobre mis espaldas, mecidos mil veces por las crispaduras de mis manos y las furias de mi pecho. Cuando entré, todos los circunstantes comenzaron á murmurar y á decir que quien así, de tan descompuesta suerte, llegaba al salon, era nada menos que el novio burlado en la Iglesia de San Juan. No sabian á esa hora quién era el burlado, no conocian todo el abismo de mi desgracia, toda la intensidad de mi rabia, toda la crudeza de mis desengaños, toda la ira de mis celos. Algo debía decirles, á pesar de esta su ignorancia, mi apostura, cuando se codeaban unos á otros con insistencia, y se murmuraban al oido palabras entrecortadas con misterio. Estaban, pues en plena Academia, esparciendo los ánimos en el cultivo de las letras, y recitando versos de nuestros mejores poetas, ausentes y presentes. Los que escuchaban con tanto interés, no interrumpieron su atencion ni yo me atrevia á cortarla. Recitábanse versos de amor sellados con el sello de la mayor gentileza. Afánense, decían, aquellos á quienes ta-



les cosas placen, por las pompas y por los honores; gusten si quieren, de palacios y de monumentos: una praderilla cubierta de gayas flores; un susurrante arroyuelo que riegue y rocíe las yerbecillas; un corderillo que de amor se queje, cuadran mucho mas á nuestro gusto, y calman mucho mas nuestro ardor. Diosa de Chipre, deja tu palacio de nácar recamado por las espumas del Mediterráneo, y ven sobre el musgo á respirar la fragancia de nuestros jardines y el dulce airecillo que suavemente mece el florido ramaje. Despues de estas sinfonías en versos tan melodiosos como una música suave, pintaban entre las líneas de los prados y de las selvas, la hermosa virgen, la Nueva Flora, á cuyas miradas los campos florecen con inesperadas primaveras y los cielos lucen con innumerables astros. Miradla, decian, sus piés se bañan en las transparentes aguas del Tirreno, y su cabellera de oro se entrelaza con las frondosas madre selvas que parecen ofrecerle de su grado frescas y esmaltadas guirnaldas. Al verla, nuestras almas se esperezan como el avecilla que fatigada por el calor extiende sus alas para recibir sobre el plumaje las gotas de fresca lluvia en tarde calurosa de estio. Imaginaos como resonarian estos arrullos de amor expresados en la lengua de los dioses, por los senos de mi corazón rasgado de celos, ébrio de cólera, chorreando sangre de sus heridas, combatido por todas las pasiones, deshecho bajo el peso de la última catástrofe, en cuyos giros desaparecieron las últimas ilusiones de mi vida y las últimas pavesas de mi esperanza. Cuando breve intermedio dió algun vagar á los ánimos y permitió mi palabra, dije á Cosme de Médicis, inclinando la frente.

—Señor.

—¿Qué os trae á esta casa, que frecuentáis tan poco, siempre en vuestros riscos encerrado?

—El desórden de mi traje debe deciros que algo grave pasa, cuando me atrevo á presentarme de esta suerte, y en momento tan ageno á los negocios públicos.

—¿Qué sucede? Hablad.

—Sucede que Fra Filippo Lippi acaba de penetrar en las filas de la procesion que Prato celebra para honrar al santo cinturón; y acaba de robar á la hija del caballero Butti, llevándosela con tal empuje y decision que no se sabe de ellos á estas horas nuevas ciertas.

—¿De veras?

Me preguntó riendo á todo reír.

—De veras.

Le contesté gravemente.

—Tiene gracia.

Dijo cual si le hubiera contado la cosa más natural y más agradable del mundo.

—No tienen mucha gracia estas grandes desgracias.

Le repliqué amostazado.

—A los artistas hay que permitirles muchas cosas.

Me dijo.....

—Yo creí todo lo contrario, creí que mayor luz en la inteligencia llevaba consigo mayor responsabilidad en la vida.

—Ese Filippo es un buen muchacho.

—Señores, un buen muchacho quien profana las ceremonias de la Iglesia; un buen muchacho quien roba la hija del prójimo; un buen muchacho quien mancha su hábito de fraile; un buen muchacho quien arrastra por el lodo sus alas de artista; un buen muchacho quien arrebató su virginidad á la doncella y deshonoró las canas de un pobre anciano que á estas horas se habrá muerto ó se habrá vuelto loco. Vos que os gloriáis con los títulos de Padre de la Patria, no podeis tener tal idea de la bondad ó de la perversidad de las acciones humanas, porque, en ese caso, no serviríais, no, para dirigirnos ni para juzgarnos. Yo hago más justicia á Cosme de Médicis, mucha más justicia. Yo creo que ha dicho eso por mera complacencia, distraído, y no con pleno conocimiento de lo que decía y despues de madura reflexion.

—Yo os diré, me replicó, un poco desconcertado por mi furiosa reprimenda, yo os diré. Filippo hace esas cosas sin malicia de ningun género. Para él personas ó cosas no son ni buenas ni malas, sino feas ó bellas. No ve de los seres más que el aspecto artístico, el resplandor de hermosura que despiden. Todo lo demás le tiene sin cuidado. Coge una mujer como pudiera coger una flor, ó como pudiera aprisionar un ave. Así y solamente así, debe explicarse su exceso de génio, sus extraordinarias facultades, su inquieta inspiracion, sus exaltados sentimientos, su desasosegado afán de ver las formas y no las esencias. Combina los hechos como pudiera combinar los colores. El bien y el mal saben lo mismo á su conciencia enamorada de todo cuanto tiene relieve y colorido y tonos fuertes y bellas apariencias. ¿Qué quereis? ¿Qué quereis? Así lo hace el destino. Así son, como ciertos mónstruos, medio ángeles y medio diablos; con la fantasía en el éther y en las tinieblas la conciencia. En verdad os digo que.....

—Pero, perdonadme, señor, perdonadme en mi insistencia.

—No me extraña.

—Buscaba un castigo para el delincuente y me encuentro con complicidad con el delincuente.

—No os encolericeis así.

Me dijo con cierta dulzura. Y luego, volviéndose á sus cortesanos contó el rapto de Lucrecia. Mucho tuve que reportarme para no salirme de mis casillas. Mil veces llevé la mano al puño de mi espada y estuve á punto de esgrimirla, desafiando á todos aquellos señores á desigual combate. ¡Qué carcajadas tan estentóreas! ¡Qué dichos tan agudos! ¡Qué graciosa les parecía la feliz ocurrencia! Cómo celebraban la transformacion del fraile en



ginete, la apostura de su continente, la riqueza de su trage, la celeridad de su corcel, la habilísima emboscada, la audacia en el momento supremo, el temor de los circunstantes, el escándalo de las muchedumbres, la destreza en ocultarse de suerte que á estas horas nadie puede saber donde se encuentra. Mucho padecí al ver arrebatada á mis ojos por aleve mano la prenda cara á mi corazón; pero padecí mucho, muchísimo más al ver como tal atentado se celebraba en el sitio mismo donde debia residir el honor y la virtud de Florencia. En tal instante comprendí sin esfuerzo que nuestra República, destituida de su antigua virtud, se despeña por abismos insondables y á más andar se acerca á una invencible, á una irreparable, á una permanente tiranía.

Cuando venian á mis mientes todas estas reflexiones, interrumpiolas un coro que cantaba el amor, y que, por lo mismo, recrudecía todos mis dolores. Y al son de aquel coro bailaban las parejas con alegría, que me daba cierta envidia, porque jamás la experimenté igual en toda mi desastrada existencia. Quien no esté enamorado, salga, cantaban, de este baile, pues no puede llamarse gentil aquel que no siente las llamas del amor. En medio de esta danza se encuentra el dios ciego como en su trono; y en torno sus vasallos; quien no quiera someterse á su absoluto imperio, huya de estos dominios. Los que de amar se avergüenzan, no saben cuán vergonzoso es el no haber jamás amado. Apresuraos, pues, jóvenes, á encender vuestras inteligencias y abrasar vuestros corazones en ese fuego, porque el tiempo corre como una catarata impetuosa, y la vida se disipa como un aroma vago. Y despues de todas estas invitaciones al amor, pintaban la felicidad del Dios Baco y la ninfa Ariana sobre su lecho de pámpanos, bajo un velo de suaves resplandores, á la sombra de árboles floridos, con la embriaguez de una vida exaltadísima mezclada á la embriaguez de una pasión furiosa, apurando los dulces sorbos en las copas y los dulcísimos besos en los labios, mientras las bacantes, medio desnudas, mal envueltas en sus pieles de tigre, con el tirsó en las manos y la fresca guirnalda en las sienes, entonaban coros que hacían estremecer de puro gozo desde los valles hasta las montañas, en la animación necesaria que trae consigo este incendio del universal amor. No quiero, no puedo, no debo decir cuánto sufrí; comparando la soledad de mi vida con aquellos encarecimientos de las humanas dichas. Para que pudiera yo decirlo y vosotros entenderlo, necesitaría arrancar de mi pecho el corazón y mostrároslo vivo y palpitante. Por fin las canciones callaron y yo me dirigí á Cosme en estas ó parecidas palabras:

—Señor, no puedo detenerme en este sitio más tiempo. Su alegría recrudce mis penas. Ningun interés personal me mueve. Abandonado por esa ingrata, nada tengo que ver con ella. Pero infeliz anciano, cuya pena parte, no diré los corazones, las piedras, necesita el hallazgo de su hija, y la vindicta de su honra. Toscana entera os obedece como jamás obedeció

monarquía alguna á los reyes. Pregonad la cabeza de ese fraile malvado; prometed premios á quien lo traiga vivo ó muerto; perseguidlo con todos vuestros esbirros y todos vuestros condotieros. Si en estas regiones tenidas por las más cultas y las más libres de Italia, puede un monge sacrilego, porque la echa de artista, atentar impunemente á la propiedad, á la vida, al honor de los ciudadanos, sea en buenhora, nos iremos á Berbería demandando á sus desiertos y á sus tigres la seguridad que no pueden darnos las leyes de nuestra patria y las instituciones de nuestra república.

Cosme prometió hacer algo de lo que yo demandaba; pero con floja voluntad y desmayado acento. Comprendí lo inútil de toda súplica, y dejé las alegres estancias, no sin haber dirigido una mirada de desafío al magistrado y de desprecio á sus cortesanos. Nadie puede valernos en esta angustia. Hay que confiarnos á nosotros mismos. Reduciré á dinero todo cuanto tengo, y consagraré mis caudales al castigo de quienes me han hecho tan desgraciado. Yo solo vivo para la venganza. Diputaré enviados míos á la Lombardía, á las Marcas, al Piamonte, á Roma, y yo iré en persona á Venecia, refugio de todos los perseguidos y de todos los malvados. Tendré una cohorte de espías que los cele, otra cohorte de esbirros que los persiga: en tierra un ejército, en agua una escuadra. Cuando no me basten las fuerzas naturales, apelaré á las fuerzas sobrenaturales y mágicas. Y si es necesario, venderé mi alma al diablo para que el diablo y el infierno entero me venguen cuando no pueda yo mismo vengarme. Mi cólera incendiará la tierra y llegará hasta la eternidad.

Cuando decia estas palabras Guido, dejaba su estancia Butti. Aquel parecia una furia, éste una sombra. En la errante mirada del pobre anciano, en los sacudimientos de su cuerpo, en la indecision de sus palabras, en los tránsitos bruscos de carcajadas epilépticas á sollozos desgarradores, veíase una verdadera demencia. Las dos palabras que resaltaban sobre todas sus frases eran mi hija, mi honra. Guido de Montaperto extendió hácia él los brazos y le dijo estas palabras: Venerable anciano, serás vengado.





¿Cómo desaparecieron de la faz de este nuestro planeta Filippo y su presa? ¿Qué sima se los tragó? ¿Qué abismo pudo ocultarlos á todas las miradas y á todas las investigaciones? Nadie lo sabia. Ni los magistrados y esbirros de Prato, ni la Señoría de Florencia, ni las venganzas de Guido encontraron rastro de su fuga. Si en vez de estar en plena vida real, estuviéramos en una de las epopeyas del tiempo, diríamos que los dos amantes, al huir, recibieron de algun génio propicio, de alguno de esos génios que desde los tiempos antiguos dormían en las cenizas de los claustros durante los largos hielos de la Edad Media, y que á la sazón despertaban al calor de la nueva Primavera, el prestigio que á sus poseedores dió la célebre sortija de otros tiempos, el prestigio de invisibles. Salir de una gran ciudad, atravesar sus puertas, tener ante sí inmensa llanura, y disiparse como un ruido, como una nubecilla, como una esencia, francamente más que cosa real semejaba cosa de maleficio y brujería. Bien es verdad que el jinete ejercía sobre su caballo imperio semejante al que pudiera ejercer sobre su propio cuerpo. Con solo hincarle las espuelas, con solo moverle la brida hacía correr como un deshecho huracán. Hubiérasele tomado al pasar, en los torbellinos de la carrera, por un águila que trasportara sobre sus alas aquella enamorada pareja á las eminencias donde en la antigua tradicion se veían, compuestas de nubes recamadas por los matices del iris, las viviendas de los dioses.

Pero no, la desaparición de Filippo y de Lucrecia se explica naturalmente, sin necesidad de torturar la fantasía. En Italia, en esa tierra donde el arte es como una planta natural y la inspiración como un fruto sabrosísimo, las obras subterráneas compiten con las obras que al aire libre y á la luz brillan. No ha visto Italia quien no haya visitado esa región inferior, donde tantas veces se confundían las sombras de los perseguidos errantes con las momias de los muertos seculares. En la campiña romana, en aquel vasto cementerio de tantas generaciones, en aquel campo de batalla donde han peleado tantos siglos, pasma y maravilla más que las soberbias tumbas antiguas, semejantes á derruidos castillos, donde el jaramago se entrelaza con la cicuta y con la ortiga, la puerta oscura que creierais boca de hondísima caverna, por donde descendéis rápidamente, como á otro mundo, á las catacumbas, es decir, á las perpétuas tinieblas, bajo cuyos pliegues yacen los antiguos cementerios, donde los primitivos cristianos unían, huyendo de la persecución de los Césares, al culto de sus muertos, sobre todo, de sus mártires enterrados en aquellas sacras paredes tras lápidas llenas de signos misteriosos, el culto por sus ideas expresadas en las pinturas sacras, en la paloma que volvió al arca con su ramo de olivo, en el pastor que guiaba al redil su ganado, en la orante que departía con los cielos invisibles; signos expresivos todos de su fé en Dios y de su esperanza en la inmortalidad. Y lo que sucede en Roma, sucede en Nápoles también. Cuántas veces, á orillas de aquel mar azul que está engarzado en corales, después de absorber el aire por igual henchido de emanaciones de la sal marina y de emanaciones del campestre azahar, llenos los ojos con la vista que ofrecen los recortes geométricos de las playas y los intercolumnios de islas y de cabos, por cuyos piés aun canta la sirena griega, y en cuyas crestas aun brilla el templo romano; entráis en los subterráneos encendidos, cubiertos unas veces de azufre humeante y otras de agua bituminosa, donde fluyen las corrientes del Leteo y habita la Sibila de Cumas y comienza el infierno; y en los senos de la mas espléndida naturaleza, que pueden apetecer los humanos contentos de la vida, comienzan los fantásticos dominios de la muerte. Pues, si no idénticos á estos, existen otros subterráneos no menos dignos de estudio y loa en la artística Toscana. Y en los tiempos que historiamos estaban completamente olvidados. El hombre de la Edad Media tenía tales supersticiones en la mente y tales terrores en el corazón que creía todos los abismos puertas para el infierno, templos del demonio; residencia de las brujas, cuyos hechizos trastornaban el sentido; y asamblea de los vampiros, cuyos labios chupaban las venas y se bebían la humana sangre. Así, aquellas magníficas termas que semejaban á montañas vaciadas por la arquitectura; aquellos palacios donde los frescos guardaban colores tan vivos y los escombros tan maravillosas estatuas, no veían aparecer un explorador que les interrogara y que les pidiese secretos para la historia ó



inspiraciones para el arte. Compréndese que sucediera con los monumentos clásicos maldecidos en aquella exaltación de la fé, ú odiados en aquel horror á la antigüedad; pero no se comprende que sucedería con los monumentos cristianos. En el mundo no hay ni puede haber semillero de reliquias, refugio de dolores, consuelo de afligidos, sitio de oración como las catacumbas; donde en las tinieblas palpables creéis columbrar la alborada de la nueva fé y en el aire enrarecido respirar las lágrimas evaporadas á los ojos de los primeros mártires. Y sin embargo, durante la Edad Media, en aquellos tiempos de maceración y penitencia en que el sentimiento religioso predominaba sobre todos los sentimientos, no solamente la irrupción de los bárbaros profanó estos lugares, sino que los abandonó también el ingrato olvido de los pueblos. Así es que en el siglo noveno, al mayor recrudescimiento del fanatismo, correspondió mayor dejación de las prácticas religiosas en otro tiempo seguidas con tanta constancia sobre las cenizas de las catacumbas. Hubiérase dicho que los sepulcros sagrados desaparecieron completamente de la tierra como había desaparecido su recuerdo de la memoria y del corazón de los fieles en las tristezas morales, provenientes de las desolaciones sembradas á los cuatro vientos por las perdurables y cruentísimas guerras.

Si esto sucedió con las catacumbas en el campo romano, imaginaos qué sucedería con los panteones subterráneos de los etruscos en la campiña toscana. Dada su venerable antigüedad, las catástrofes sociales debieron cubrirlos de escombros, y las supersticiones religiosas de horrores; así como la tierra misma, removida por el doble sacudimiento del tiempo y de la Naturaleza, hundirlos en mas hondos abismos. Inmensos cementerios abiertos en las peñas y escondidos en las profundidades; todas las creencias proscriptas y todos los sectarios perseguidos encontraban allí el silencio donde se ocultan para germinar las ideas como en el hondo surco las semillas. Así es que, durante el Imperio romano, cuando la fé cristiana sufría persecuciones, allí se refugiaron los cristianos; y durante la Edad Media, cuando la fé cristiana se trocó, de perseguida en perseguidora, allí se refugiaron las herejías y los herejes. Como no ha venido el pacificador de la vida, sujeta á combates continuos, no ha venido tampoco el pacificador de la inteligencia, sujeta á continuas contradicciones. Y por esta ley de la contradicción, allá en los cielos mas serenos de la fé religiosa, cuando parecía absolutamente sometida á la tradición la conciencia, brotaban las herejías y los herejes con la misma espontaneidad con que pueden brotar en los cielos las sombras junto á la luz, en los campos la acerbidad junto á la miel, y en los entendimientos las negaciones mas rotundas junto á las afirmaciones mas claras. Refugio de estas gentes perseguidas y acosadas, refugio necesario resultaban todas aquellas oscuras profundidades donde se replegaban para esquivarse de la persecución todas las conciencias, aves de la luz naci-

das para la inmensidad de los espacios etéreos por los impulsos de su propia naturaleza, y forzadas á convertirse en aves nocturnas por los horrores de la persecución.

Y dadas estas advertencias necesarias prosigamos en el hilo de nuestra relación y visitemos la madriguera donde Filippo había llevado á Lucrecia. Cerca estaba de Prato, á una legua española poco mas ó menos. El que hubiese seguido al caballero creyera que la tierra se lo tragaba y lo escondía en sus entrañas, segun desapareció. Y en efecto, por una senda tortuosa, semejante á las extendidas por la fantasía dantesca entre el mundo y el infierno, descendían caballo, caballero y dama, sin que esta última hubiera vuelto de su terrible síncope. Aquella senda, aquellas espesísimas paredes, aquellas ramificaciones de las piedras dábanle al sitio, húmedo, oscuro, profundísimo, el aspecto extraño de una petrificada selva, en la cual se hubiese apagado completamente la vida. No se veía ningún sér viviente; no se notaba ninguna especie de movimiento. Yacía todo en la mas completa calma como si los fantásticos cabalgadores acabaran de caer desde este nuestro planeta de la luz y de la vida en el triste y silencioso planeta por cuyos espacios solamente reinase el frío de la muerte. En varios rincones veíase, entre las espesas tinieblas, alguna mortecina lámpara, cuyos pálidos destellos, mas que al resplandor del fuego, semejaban á la fosfórica y siniestra mirada del buho y de la lechuza. El negror de las paredes y del techo, la humedad del suelo, el silencio del aire podían dar escalofríos á los mas valerosos; porque realmente aquella región se asemejaba al vestíbulo de la eternidad. Por fin llegaron á una espaciosa estancia. Anchas losas bañaban su pavimento; piedras ciclópeas componían sus paredes; el techo, parecido en su forma triangular á la cima de una cabaña, estaba cortado en pedruscos que semejaban á vigas trasversales apoyadas en una viga central; espaciosa capilla con su arco groseramente construido se veía en el fondo; sobre el arco ostentábase un sol á cuyos dos lados resaltaban sendos mascarones semejantes á imágenes de colosos ó de esfinges; en el hueco de la capilla había un altar de mármol con géneos esculpidos en su frente, y sirviendo como de base á un sepulcro etrusco sobre el cual yacía tosca figura; y aquí y á allá veíanse trípodes de hierro por el suelo, lamparillas romanas colgadas de las paredes, vasos lacrimatorios esparcidos por los rincones, mausoleos pegados á las paredes, urnas cinerarias amontonadas unas sobre otras, y varias cruces con grande incorrección esculpidas junto á algun Espíritu Santo en forma de paloma; signos de tiempos mas cercanos y de creencias mas recientes mezclados en confusión bien extraña con el simbolismo etrusco propio de aquellas ciudades fúnebres abiertas hacia tres mil años en los hondos senos de tan vieja y privilegiada tierra. Al reflejo de las lámparas que penosamente ardían, destacábanse las líneas de las rígidas figuras rojas sobre el negro fondo barnizado; las estatuas cortas de talla con los



brazos gruesos y la cabeza desproporcionadamente grande; las agapas paganas en que las mujeres y los hombres comen con tanta gravedad cual pudieran tomar la comunión los católicos; los lictores y las sillas curules que simbolizan el poder romano; los hipógrifos con sus alas abiertas: símbolos todos de una civilización que parece haber encontrado en aquellos abismos su natural enterramiento.

Allí, solamente allí, pudo Filippo bajar á Lucrecia del caballo y aguardar que volviese á la vida. Parecía la hermosa jóven abismada en tranquilo sueño. Sus párpados caídos, sus ojos y sus labios cerrados, dábanle aspecto de una verdadera imagen del silencio. Llevábala el raptor con tanto entusiasmo en sus brazos, que ni un minuto le había pesado tan querida carga. Bajó, pues, con ella del caballo sin embarazo, y sobre una especie de lecho que á la izquierda había, la depositó sin escrúpulo. Retiró el corcel que relinchaba como si de llegar al término de su viaje se alegrara, y buscó en la escarcela un pomo de los que había apercibido, como precaución necesaria en esta suerte de aventuras para su azaroso viaje. Apenas el descanso en la cama y la respiración del aroma devolvieron un tanto á Lucrecia el sentido, cuando abrió los ojos y lanzó un grito de horror, cubriéndose la cara con ambas manos como para no ver cuanto pasaba en torno suyo. Confesemos que tenía motivos. Sobre aquellos nervios agitados por los accidentes del terrible acontecimiento; sobre aquellos ojos enardecidos por las visiones de la fiebre; sobre aquellos sentidos que comenzaban á abrirse á la vida cual si hubieran gustado el sueño de la muerte; debía producir vivísima emoción todo cuanto los impresionaba. Nada más fácil en semejante sitio que imaginar al primer pronto un descenso de nuestro mundo á otro mundo de fantasmas y de sombras. Por una de esas coincidencias, en que tan fecunda suele mostrarse la casualidad, al abrir Lucrecia los ojos, pasaba entre el humo producido por las resinosas teas encendidas sobre los trípodes y el destello lanzado por las lámparas pendientes del techo, inmensa ave nocturna de plumaje sombrío, de silencioso vuelo, de ojos siniestros, semejándose á un alma en pena perdida y errante por los misteriosos senos de las palpables tinieblas. Bien es verdad, que no necesitaba de aquella especie de vestiglo para horrorizarse la jóven. Bastábale atender al silencio sepulcral en que había caído. Bastábale ver aquella mansión extraña que parecía habitada por géneos sobrenaturales ó infra-naturales, distintos de cuantos vemos en nuestro mundo. Las paredes sombrías llenas de símbolos extraños y de efigies fantásticas; los blancos relieves destacados de las sombras; los sepulcros esparcidos y abiertos como si acabasen de soltar sus cadáveres al eco de la trompeta del juicio; los personajes de mármol cubiertos con su latidura y tendidos sobre sus lechos fúnebres; los jarrones con esas figuras semi-egipcias, desconocidas entonces, que parecen aun hablarlos de la muerte; las lámparas de caprichosas formas mostrando á esos seres extraños, especie de

murciélagos de la última tarde del Universo, tales como los han pintado en su lengua sublime todos los ensueños apocalípticos; los reflejos siniestros extendidos por do quier, daban al extraño paraje tintas tales, que la imaginación menos exaltada hubiérase creído en el valle de Josafat á la hora suprema en que los soles se extinguen y en que se acaban los mundos; consumado el instante terrible de la destrucción universal. Así es que el primer sentimiento de Lucrecia, al volver de su desmayo, fué el sentimiento que experimentaría quien, muerto aparentemente al asalto de una catalepsia, se despertase tendido sobre un ataúd y en el fondo de una sepultura. Los sucesos habían pasado con tal precipitación por aquella mente, que al despertar no podía comprender la catástrofe, en tan breves momentos acaecida. Así es que un horror indescriptible se apoderó de su alma, y entre los estremecimientos de ese horror, no alcanzó la verdad de la situación en que se encontraba. Mas, por fin, le reveló todos los rigores de su suerte Fra Filippo Lippi, que lanzándose á sus pies, y cogiéndole con efusión ambas manos, dijo:

—Perdon, Lucrecia, perdon.

—¿Cómo! ¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde estoy?

Preguntó Lucrecia como resistiéndose á creer cuanto sucedía.

—Quiere decir que cumplimos uno de nuestros mejores deseos, estando solos aquí para jurarnos amor eterno ante Dios, presente en todas partes, así en los cielos como en los abismos.

—¡Solos! ¡En este sitio! ¡Qué frío! ¡Me han enterrado viva! Esas tumbas me horrorizan. Esas estatuas yacentes son muertos que se incorporan para vernos. Esas lámparas se han encendido en las llamas del infierno. ¡Qué horror! Algun gran crimen he cometido, cuando ha llegado para mí la hora de entrar en la fría región de los castigos. ¿Dónde estoy? ¿Con quién estoy? ¿A qué he venido aquí? Padre mío, me muero de miedo. Brígida, Brígida, ven. ¿Estaré en el panteón de mi Convento? ¿Estaré en los sepulcros de los Buttis? Esa figura humana que veo ahí es un sueño, producto extraño de ciertas ideas fijas en mi mente, de ciertos sentimientos inalterables en mi corazón. ¡Oh! Tengo frío, mucho, muchísimo frío. Me han enterrado viva con mi idea fija. ¡Hermanas! Teodora, Constanza, Berta, me ahogo, me ahogo, me ahogo sin remedio. Aire, luz, vida. Fantasma, quítate de ahí. Tú sabes que mi conciencia y mi religión me prohíben amarte. Que de esta región de los muertos me saquen. Que á la vida me lleven. Dios sabe que ni con el pensamiento siquiera te he faltado; y Dios no puede castigarme á vagar por estos círculos de las tinieblas en compañía de la sombra á quien nunca se tendieron mis brazos, porque siempre tuvo poder para detenerlos y encadenarlos mi conciencia. Tengo mucho miedo en el alma. Tengo mucho frío en el cuerpo. Virgen Santísima, salvadme á toda costa.



Solamente puedo confiar en vuestro divino auxilio para que movais á favor mio la divina misericordia.

Lucrecia, que iba vestida como salió para la procesion de la reliquia, con larga túnica de lana blanca, con tupido velo blanco tambien que la envolvía de piés á cabeza, con guirnaldas de rosas blancas en las sienas, parecia un habitante propio de aquella region de los muertos, el cual, por privilegio especialísimo hablase en medio del silencio y se moviese en la universal quietud y en la fria inercia. Filippo, absorto en contemplarla, más bella cuanto más horrorizada, sentia como un remordimiento y como un dolor de haberla separado de su Monasterio, para conducirla adonde la aguardaban terrores tan exaltados y tan dolorosos. Así es que la miraba entre dolorido y confuso, sin atreverse á sacarla de su estupor y á decirle cuál era desde entonces su suerte. Pero, despues de estas reflexiones, semejantes á las primeras tentativas del que anda en las tinieblas, debió concebir Lucrecia otras ideas más claras y experimentar otros sentimientos más distintos, cuando le asaltó un llanto tal que no tenian tregua sus sollozos, ni dique alguno sus lágrimas.

—Perdonad, Lucrecia, volvió á decir Filippo, perdonad á este infeliz que, llevado de un sentimiento avasallador al cual no contrastan todas las fuerzas de su voluntad, os ha unido á sí en este momento terrible por el crimen, arrancándoos al regazo de vuestro Convento y á la paz de vuestra conciencia.

—¡Oh! dijo Lucrecia con voz lacrimosa y plañidera, levantando los ojos y los brazos al cielo en actitud desesperada. No hay refugio alguno para mi corazon desgarrado. Creíme un momento muerta, y en la region de los muertos. Estas tinieblas espesas que nos envuelven; estas blancas sombras que nos miran; estas tumbas medio rotas que nos cercan; habíanme dado despues del largo síncope, inexplicable á mi memoria, la idea de que el mundo entero desapareció para mí, caída en las regiones infernales, donde son eternas las sombras. Cuán diversa veo ahora mi suerte, y sin embargo, bien sabe Dios como desearia ser insensible cual esos huesos frios, de piedra cual esas estatuas fúnebres, yerta cual este mundo de vestiglos antes que ver las señales indelebles de una deshonra, á la cual he preferido siempre, así por los impulsos de mi voluntad, como por las enseñanzas de mi educacion, los tormentos del infierno.

—Lucrecia. Vuestro raptor os ha respetado como pudiera respetar á una hermana. Pura y santa sois en esta madriguera del crimen como pudiérais serlo en el Monasterio mismo de Dios.

—¡Oh! Filippo, Filippo. Cuán desconocido es á vuestro pensamiento el mundo. La virtud depende solo de nuestras propias acciones mientras que la honra depende de la ajena opinion. Habeis respetado mi virtud, pero habeis herido mi nombre. Puedo presentarme pura delante de Dios en el cie-

lo, y no puedo presentarme honrada delante de la sociedad en la tierra. Podrá mi alma como los espíritus angélicos, ornar el trono divino, mas no dejará por eso de manchar con mancha indeleble este nuestro suelo. Me habeis herido en lo que aman sobre todo las mujeres de mi temple, en el honor. No puedo perdonároslo, no os lo perdonaré jamás.

—Lucrecia, no podia, no, sufrir el imperio avasallador de mi deseo. A vuestro lado estaba como el sediento con los labios abrasados al borde de un arroyo refrigerante y clarísimo. Cada día era para mí un nuevo tormento; y en cada noche mis insomnios tomaban nuevos aspectos, á cual más espantoso. No podia vivir más tiempo, y dejé hablar en toda libertad á mi sentimiento. Y como dejé hablar á mi sentimiento, caí en la tentacion de robar y apropiarme el objeto único de mis ansias. ¡Oh! no, no podia vivir.

—¿Y porque no podíais vivir vos, me habeis asesinado á mí? En este momento supremo ha concluido mi vida. Abrid un hoyo y enterradme viva, si quereis, entre estos vestiglos. Al asesinarme, aunque desconjunteis todos mis huesos y macereis todas mis carnes, robándome poco á poco la vida, no me atormentaríais como al arrebatarme la honra, legado preciadísimo de mis abuelos. No, no puedo perdonarlo.

—Lucrecia, ¿sabe por ventura esta piedra de dónde vinieron los átomos que la formaron? Pues tampoco sabe mi corazon como se han condensado los sentimientos que le dominan. Como mi estómago siente la necesidad del alimento, siente mi corazon la necesidad del amor. Esclavo de estas necesidades, no puedo sustraerme á su imperio. Os amé, y os he robado.

—¿Sois todo estómago y todo corazon? Sobre esos pedazos de carne ¿no sentis una conciencia que os avisa del bien y del mal? Os identificais; artista, sér cuasi divino, con los animales que no tienen libre albedrío; y os justificais de haberme arrancado al ara donde rezaba, y al retiro donde en paz vivia, como pudiera justificarse una alimaña de las selvas por haber arrancado al árbol una fruta necesaria para apagar la sed ó para contribuir al propio sustento. Sois libre, y por tanto responsable de este terrible atentado que es hoy mi deshonra y que puede ser mañana vuestra muerte.

—¿Y cómo resistir al ímpetu de mis deseos?

—Pidiendo luz á vuestra conciencia y fuerza á vuestra voluntad.

—Mi conciencia me decia que os amara, mi voluntad me arrastraba á segueros hasta poseeros ó morir.

—No, no puede ser. El lugar de la conciencia no puede ser ocupado por ninguna otra facultad. No hay fuerza capaz de hacernos ver que lo bueno es malo y que lo malo es bueno. La voluntad podrá faltar una ó muchas veces; pero nunca, nunca, nunca falta la conciencia. Y si la hubiérais oido atentamente, os dijera que el mayor de los crímenes consistia en arrebatarse así la estimacion á quien la necesita más que la vida. ¿Dónde ir con esta sombra en la frente, con este torcedor en la conciencia, con esta espina en



el corazón? Muertos que me oís, ¿por qué no enviáis á mis ojos fatigados de llorar un sueño tan grave como vuestro sueño de piedra?

—No, no penseis en las sombras de la muerte cuando todo nos llama á los placeres más puros y más intensos de la vida. No, no penseis en ese sueño eterno cuando se eleva en nosotros el eterno amor. De esta tumba debemos salir rejuvenecidos como sale de la semilla el tallo tierno y verde y del tallo la flor pintada y aromática. Somos jóvenes y amantes; gocemos de los placeres de la juventud y rindámonos desde ahora mismo al culto del amor. Lucrecia, mis brazos te buscan como la parra y como la yedra al olmo.

—¿Qué decís? Lo oigo y no quiero dar asenso á mis oídos. ¿Por quién me habeis tomado, cuando me imagináis capaz de caer como una meretriz á vuestras plantas? Después de robarme la honra intentais herir mi virtud. No os basta con perderme ante el mundo; y quereis perderme ante Dios también. Mucho deploro aparecer impura á los ojos de las gentes, mucho; pero creedlo, deploraria más aparecer impura á mis propios ojos. Ahora, contra la injusticia de todos me queda un consuelo y un refugio, la justicia que me hace mi propia conciencia.

—Y yo creí que me amábais. El carmín que subía á vuestras mejillas al hablarme; el destello que despedían vuestros ojos al verme; el silencio mismo de vuestra palabra, todo me arrastraba á esa creencia que ha sido el tormento y el paraíso de mi vida. Si me engañé, ¡oh! si me engañé, perdonádmelo por piedad. Pero ahora sí que todo me es indiferente. Ahora sí que podría venir la muerte á visitarme, puesto que me falta lo más necesario á la vida, puesto que me falta vuestro amor. Comprendo, comprendo la pena y el torcedor que os aquejan. Os ha robado este vuestro audaz enemigo, no solamente á la virtud, que es ornato de vuestra alma y al Convento que es refugio de vuestra penitencia, sino también á la felicidad que acaso pensábais gozar en brazos de otro hombre. ¡Oh! Ni puede haber reparación posible á esta falta, ni puedo yo perdonarme el propio engaño á mí mismo. No me amáis, no me amáis, no me amáis. El Universo entero se desploma sobre mi cabeza.

—¡Oh! Filippo, cuán cruel sois conmigo. En esta soledad, en este momento, al verme desamparada y á vuestro arbitrio, víctima inocente de un raptó criminal, intentais humillarme á mis propios ojos con palabras vergonzosas. ¿Quereis que os diga de viva voz lo mismo que adivináis en el secreto de vuestra conciencia, y lo mismo que sentís en la intimidad de vuestro pecho? Bien poco alcanzáis del orgullo de una mujer. La defensa que contra vuestros halagos empeño debe deciros lo que siento. De un hombre á quien no amara, jamás me defendería, pues antes cayera la tierra en los abismos que mi cuerpo en sus brazos.

—Lucrecia, me vuelvo loco al oír ciertas palabras. Me salta material-

mente el corazón. La cabeza se trastorna y padece verdaderos vértigos. ¡Oh! No puedo más. Lucrecia te amo con toda mi alma. Por una mirada de esos ojos daría mi corona de artista. Por un beso de esos labios daría el fuego de mi vida. Ser tu esclavo eternamente, y estar á tus plantas de rodillas parecenme el destino único señalado á mi ser desde el cielo por la divina Providencia. Lucrecia, te he amado siempre; antes de conocerte, por instinto, desde de que te conozco, con adoración; y te amaré en el seno de la eternidad, pues cuanto de mi cuerpo quede en el mundo y de alma suba á lo infinito, llevará grabado indeleble tu nombre y tu memoria.

—Filippo.

Exclamó Lucrecia sin saber qué decir á las palabras de su amante, en la incertidumbre de rechazarlas con la indignación propia de su honra ó recogerlas con la religiosidad propia de su amor. En tal estado su cabeza volvió á caer sobre el pecho, ansiosa por esconder un rubor cuyos rojizos reflejos la delataban más que cuantas palabras de pasión pudieran brotar de los labios. Esta actitud de Lucrecia, en vez de desalentar, alentó á Filippo, que en su desvarío unas veces hablaba de vos y otras veces de tú á Lucrecia.

—¡Ah! Lucrecia. Los deseos, aglomerados sobre mi corazón por los tiempos en que os he seguido, estallan ahora con una fuerza irresistible. Las escenas de amor, con que he soñado en las largas veladas del invierno, cuando recorría como un aparecido los alrededores de vuestro palacio, ahora descienden á las realidades de la vida. La ilusión, que me ha trastornado tantas veces el sentido, es ahora verdad, pura verdad; y me llama, y me atrae, y me arrastra á medida que más claramente la veo y más cerca está de mis ávidas manos. Cuando yo pinto mis cuadros, trazo esa imagen adorada tuya entre las flores del campo y las estrellas del cielo. Cuando voy al templo, no veo la Virgen del altar, veo la faz de mi amada. Y aunque he pensado muchas veces, en medio de mis oraciones, consagrarme á este amor, siquiera fuese profano y aun criminal, nunca le he pedido perdón á Dios, por parecerme que la ventura de un recuerdo de amor bastaría á contrastar todos los tormentos del infierno. ¿Y por qué y para qué hubiera engañado al cielo que sondea en su inmensidad etérea la oscura inmensidad de nuestras almas? Como los latidos del corazón resonaban á despecho de mi voluntad, las palabras á despecho de mi voluntad bullían en mis labios también. Seré hereje en mis pensamientos, sacrilego en mis pasiones, desenfrenado en mis caprichos; pero soy vuestro amante, y me importa poco los castigos de la divina ira, si tengo en cambio el premio de vuestro exaltado amor.

—Todas esas palabras inconexas, muestran como desconocéis también la naturaleza del amor que con tantos arrebatos pintáis. Esta pasión, vida de la vida, pugna con las dificultades materiales, y bajo ellas al cabo de cierto tiempo, desaparece y se extingue. Y si no desaparece, si no se extingue, deja de ser la mayor felicidad para convertirse en la mayor ponzoña. El



amor correspondido, seguro de sí mismo, que mira al cielo sin tener que bajar la vista, y mira al mundo sin temer á una reconvención ni á un murmullo, ese amor es el único verdadero, el único santo, el único feliz. Pero vos, Filippo, consagrado por un voto indisoluble á la Iglesia, rompéis con esos juramentos y venís á ofrecerme una vida y un alma que no os pertenecen. Así todo es aquí extraño. Me habeis requerido de amores, no á la manera que un amante á su amada, sino á la manera de un aparecido que viene de otras regiones, á la manera de un alma en pena que anda errante por los aires. Para uniros á mí os habeis acercado al retiro de un convento y os habeis valido del crimen de un rapto. Y ahora estais ahí pidiéndome otro crimen, despues de haberme arrastrado á esta region de la muerte, donde parece que va á perderse para siempre la luz de nuestros ojos y la luz de nuestra conciencia. No me importan ni la oscuridad de la vida ni la mengua de la fortuna. En pobre cabaña sería feliz; pero con esposo que pudiera ofrecerme un amor animado por la virtud y bendecido por Dios.

—Está visto, no me amais, Lucrecia, no amais á este infeliz. Yo he vivido con la esperanza de ser el designado á amaros por vuestra eleccion. Si estas ilusiones placenteras no me mantienen ¡ah! ni lucho con la desgracia ni porfio por la gloria. ¿Cómo podría pintar con el pincel ó con la palabra mi afecto? A veces, trataba de vencerme y olvidaros; y no podía. Más fácil fuera arrancarme del alma el pensamiento y del pecho el corazon. Vuestra idea parecia la sombra espiritual de mi sér, segun iba conmigo á todas partes. Ni el sueño me preservaba de este tormento, el sueño tan parecido á la muerte, porque si dormia, tambien soñaba, y soñaba con vos. Creo que al vacío de la tumba me hubieran acompañado estos ensueños. No pasaba por los alrededores de vuestro palacio sin sentir un desvanecimiento en la cabeza y un desmayo en la voluntad, como si el aire me faltara. No veía un objeto que os perteneciera sin enfurecerme, y experimentar como un extravío de la mente, parecido en su esencia á la locura. Nada me distraía de estas penas. Si cogía el laud, mis dedos se quedaban inmóviles y como suspensos de las cuerdas, en la inercia. Si hojeaba un libro, despues de haber vuelto cien páginas, no advertia ni el sentido de una sola letra. Si pintaba, si ejercía el arte de mis preferencias y de mis inclinaciones, bajaba los brazos con desmayo, porque de nada me servia una gloria incapacitada de completarse con la felicidad. Hasta aquellos sitios donde os habia encontrado tantas veces, la montaña de Fiessole y la colina de San Miniato, las orillas del Arno y las praderas que por todas partes á un lado y otro se extienden, paraísos; cuando os aparecíais á mis ojos tan bella y tan fugaz como la mariposa á los ojos del niño, eran, privados de vuestra presencia, como un verdadero desierto. Así, al saber que habíais elegido otro hombre, lancéme al claustro como el alma que se lanza á la eternidad, ó como el náufrago que se lanza al mar. Y no os habíais casado. La obediencia á vuestro padre os

llevó hasta el pié de los altares, y la sinceridad de vuestros sentimientos hasta negar allí públicamente á vuestro prometido la mano que no podíais alargarle á impulsos de la pasion. Entonces me desesperé porque habia puesto entre los dos un voto religioso; y creí, para no morirme, que vuestra bondad premiaria tarde ó temprano mi amor. Ved aquí, pues, Lucrecia, ved aquí á vuestro amante. Ha rondado en torno de los muros de vuestro convento; ha invadido la soledad del claustro; ha robado en medio de solemne procesion á quien adoraba más, mucho más que á la reliquia santa; y ahora ve maldecido y condenado su amor tan violento, pero tan profundo, extraño en apariencia y en el fondo tan natural y tan humano. Abrid, pues, en esta tierra de la muerte una sepultura y enterradme por toda una eternidad: que vivir sin amaros me es de todo punto imposible, imposible, imposible, idolatrada Lucrecia.

—Os engañais, Filippo, os engañais. ¿Qué quereís? ¿Oír de mis labios que os amo? Pues ya lo habeis oído. Sí, os amo.

—¿Me amais? Dijo Filippo lanzándose como un loco á los piés de su amada. Si me amais, ya no puede haber en nosotros ni más pensamiento ni más deseo que la inmediata satisfaccion de ese amor. Ven, ven á mis brazos, Lucrecia, que en ellos encontrarás la dicha. Junta tus labios con mis labios en un beso creador del cual brotarán ángeles tan hermosos que en torno nuestro han de volar como las estrellas del cielo. Unanse en este sitio nuestras vidas como dos arroyos que van á formar un río, para no separarnos ni en la eternidad. Confúndanse por el placer nuestras almas. ¿Hay algo que sobrepuje al amor?

—La pureza y la virtud.

Respondió Lucrecia.

—Yo sabré vencerlas.

—No.

—¿Quién se resistirá á mi deseo?

—La resolucion que tengo de darme ahora mismo la muerte.

—Lucrecia, por piedad.

—Filippo, tenedla vos de mi alma.

—Quien ha salvado todos los obstáculos ¿se estrellará en vuestra resistencia?

—Se estrellará en mi deber.

—La felicidad mayor os espera.

—No, que me espera la mayor desgracia.

—¿En estos brazos?

—En esos brazos.

—¿Pues no decíais que me amábais?

—Es verdad. Pero tambien he dicho que amo sobre todo mi pureza y mi virtud.



—Que no vencerán á mi deseo.

—Pues lo vencerán.

—¡Lucrecia!

Gritó Filippo, decidido á lanzarse sobre ella, y á satisfacer de grado ó por fuerza su pasión.

—Deteneos, ó soy muerta.

Dijo Lucrecia al ver la decision de su amante. Y en efecto, sacó de entre los pliegues de su vestido un puñal tan corto como agudo y le dijo:

—Esta arma es la defensa que yo me he procurado contra toda asechanza. Resuelta á no ver manchada mi virtud, estoy tambien resuelta á darme la muerte, si mi virtud peligrara ó sucumbiera. No deis, pues, un paso, si no deseais verme exánime á vuestras plantas. Un alquimista ha envenenado la punta de este puñal con tanto acierto, que basta rozar la piel en cualquier parte de nuestro cuerpo para producir instantáneamente la muerte. Dad un paso más y soy muerta.

—Pues bien, muramos ambos á dos. Si os resistís hasta ese extremo, sea en buen hora, morireis; pero despues moriré yo á vuestro lado. Prefiero morir ahora mismo á no satisfacer esta pasión que es toda mi vida. Puesto que habeis decidido apartaros de mí, Lucrecia, escojamos cosa mas dulce que vuestro desden, escojamos la muerte.

Y Filippo se dirigió resueltamente á Lucrecia, que resueltamente aplicó su puñal á la garganta para hundirlo en sus venas y darse rápidamente la muerte. Mas en este minuto decisivo, una losa del suelo se removió como por mágica arte; un boquete oscuro y húmedo apareció tras de la losa; una sombra salió del boquete; y deslizándose con la celeridad y el silencio de un ave nocturna hácia donde estaba Filippo, le detuvo con hercúleo esfuerzo, al borde mismo del abismo donde se precipitaba, y le dijo esta frase:

—¿Qué vas á hacer? desdichado.

—¡Serafin!

Gritaron á un tiempo Lucrecia y Filippo; Lucrecia con alegría, Filippo con desesperacion.

—Sí, Serafin que viene á socorreros en este trance.

—¡Oh, hermano! ¡oh, padre mio! Salvadme á un mismo tiempo del pecado y de la muerte.

Dijo Lucrecia á Serafin con el congójoso acento de un náufrago que se agarrara á un escollo.

—A eso vengo, hermana mia, á salvarte. Desde esta hora solemne entras bajo mi proteccion ¡y ay del que se atreva á desconocer tu virtud y empañar tu inocencia!

Y miró con mirada imperiosa el rostro absorto de Filippo.

—El cielo os ha enviado para evitar á Lippi el crimen más bárbaro y á mí la muerte más súbita.

—Tened confianza en Dios que no puede faltar á quien le invoca en sus tribulaciones y le imita en su vida.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Preguntó Filippo al jóven franciscano con esa mezcla extraña de ódio y de respeto que sentia hácia él siempre que se atravesaba en sus tortuosos caminos y le detenia en sus malos intentos.

—Solo tú en el mundo puede y debe saber cómo he llegado á este sitio. Desde que el último de los fieles á mi creencia, lo abandonó, despues de haber sido salvado por mi celo, nadie ha venido á este sitio, sino yo, deseoso de visitar algunas tumbas y ofrecer sobre sus sagradas losas algunos holocaustos. ¿Quién me ha acompañado? Tú. Por consecuencia, tú y yo sabiamos esta guarida, asilo un tiempo de las puras creencias de los míos, asilo ahora de los impuros apetitos de tu amor.

—Serafin, despues de contrariarme en todo, aun me insultas, abusando del cariño y del respeto que me inspiras.

—No te insultan mis labios, te reconviene tu conciencia.

—Seguid, Serafin.

Dijo Lucrecia.

—En cuanto ví el atentado, con gran dolor de no poder evitarlo, propúseme cuando ménos remediar aquello que en mi poder estuviese, como acostumbro á hacer siempre que me encuentro frente á frente del mal. Oí á mi lado invocaciones al infierno, palabras de venganza lanzadas por Guido Montaperto; é invoqué á Dios y dije palabras de consuelo y de misericordia necesarias en tal momento. Desapareció el caballo de Filippo en esta direccion. Y naturalmente, mis escasas fuerzas no podian seguir su impetuosa carrera. Mas dijéronme que en cierto punto se desvaneció como si la tierra se lo hubiera tragado, y adiviné en seguida que Lippi habia veido á este sitio, revelado á su curiosidad por mi afecto, como un antiguo asilo de mis correligionarios perseguidos por la intolerancia religiosa. Ya me teneis aquí, resuelto á interponer mi pecho entre el raptor y su víctima. Dado el natural de Lucrecia, dadas sus creencias, dados sus sentimientos, pereceria si sintiese su alma empañada por la culpa y su conciencia herida por el remordimiento. En el Monasterio hice cuanto pude para que no llegáramos á este trance, que temia por mi profundo conocimiento de Filippo y de sus avasalladoras inclinaciones. Ahora, al llegar, he oido vuestras últimas palabras, y he adivinado que Lucrecia permanecía despues del rapto, tan pura como en el Convento. Aquí vengo, pues, en vuestro auxilio y en vuestra defensa.

—Gracias, Padre Serafin. El cielo os premie tanta virtud. No podiais faltar, no, á esta desdichada. Vuestra aparicion ha preservado á Filippo del crimen, y á Lucrecia de la muerte. No me abandoneis. Necesito de vuestro brazo y necesito de vuestros consejos. Si no venís tan pronto ¿qué hu-



biera sido de mí? Quizás caigo en el sepulcro, ó lo que es peor, quizás caigo en el crimen. Nada más fácil sino que mi amor inmenso me entregase inermemente completamente á ese hombre, olvidada de Dios y sorda á mi conciencia.

—Maldita sea la hora en que nací. Maldita la despiadada tierra que no me ahogó en sus entrañas ántes de dejarme ver la luz. Maldito mi cobarde cuerpo que se ha detenido delante de una débil mujer. Maldita mi alma que sabe hasta el fondo de las pasiones humanas y no sabe los medios de satisfacerlas y de saciarlas. Malditos todos mis progenitores que han contribuido á producir una vida en la cual hay este momento terrible, el momento de saber que podía saciar mi pasión y no la he saciado. Quiero morir, quiero que me maten.

—Bien pronto podrás satisfacer ese anhelo de morir que te asalta, dijo Serafin. Tu cabeza está pregonada. Las campanas de la ciudad tañen contra tí á rebato. Los condotieros de la Señoría salen á buscarte. Guido de Montaperto ofrece un premio incalculable al que, vivo ó muerto, te presente en sus fortalezas, pues vivo ó muerto te colgará de sus horcas. Así, por todas partes, se oyen el choque de las herraduras en los suelos, el relincho de los caballos espoleados, el grito de los condotieros reunidos: que el campo de Prato se halla atravesado por continuo ojeo, y tú eres la presa husmeada.

Efectivamente; allá léjos, y de una manera distinta, oíase el cabalgar de los jinetes, el requerir de las armas, el gritar de las patrullas, los indicios de que estaban cerca, muy cerca, los husmeadores de la víctima.

—¿Se acercan mis verdugos?

Preguntó Filippo.

—Calla, ó eres muerto.

Dijo Serafin.

—Callad, por Dios.

Añadió á su vez Lucrecia toda trémula.

—No, al contrario, voy á buscarlos para que inmediatamente me den la muerte.

—¡Filippo!

Gritó Lucrecia con verdadera angustia.

—No seas loco.

Dijo Serafin con verdadero interés.

—Dejadme.

Contestaba Filippo á todas estas súplicas.

—No, no.

Decía Lucrecia porfiando fuertemente.

—Salir es un suicidio.

Añadía Serafin.

—¿Para qué quiero la vida?

Preguntaba Lippi.

—Para el arte.

Decía Serafin.

—Que nada vale sin el amor.

Replicaba Lippi.

—Detente, espera.

Exclamaba Serafin.

—Soldados, soldados, gritaba el artista con toda la fuerza de sus pulmones, aquí está el raptor que buscáis.

—¡Insensato!

Decía Serafin.

—Que Dios nos asista.

Exclamaba Lucrecia levantando los brazos al cielo.

—Venid y tomad de estos hombros la cabeza por la cual os van á dar tanto dinero.

Gritaba Lippi.

—¿Qué vá á ser de él?

Preguntaba al cielo Lucrecia en los últimos límites de la desesperación.

—Oye. Tu perdición es segura; tu muerte inevitable.

Le decía Serafin á Filippo con porfiada insistencia.

—Pues por eso grito.

Le respondía Lippi.

—¡Qué horror!

Exclamaba Lucrecia entre dientes.

—En cuanto te cojan, te descuartizan.

—Ellos me arrancan la cabeza despues que vosotros me arrancais el corazón. ¿Queréis que la muerte pueda sobrepajar en tristeza á mi dolor?

—Escucha, escucha.

En efecto, cada vez se oían más distintamente las vibraciones de las armas, los relinchos de los caballos, los juramentos de los soldados. Cada vez el peligro se agravaba más; y más se aproximaba la muerte inminente de Filippo.

—Salvémonos, decía Serafin. Vienen, aguijoneados por el interés, á inmolarte. Han dado con la entrada de la caverna y se acercan. Huye.

—Me importa poco la vida ó la muerte, muy poco. Huiria por vosotros, si acaso, no por mí. Pero solo no he de huir. Vámonos todos.

—Es más fácil que puedas salvarte solo. La debilidad natural de Lucrecia tendrá que esforzarse y violentarse mucho para seguirte. Y por ella caerás en manos de tus perseguidores.

—Sálvate, sálvate, sálvate.

Le gritaba Lucrecia, cada vez con más intenso terror.



—Solo no. Lo he dicho ya, y no necesito volver á repetirlo. Huyamos todos.

Y al decir esto, se asentó sobre una de las losas que mantenian las sepulturas etruscas, con estóica indiferencia.

—Adelante.

Gritaban los soldados ya cerca.

—Lippi, ¿quieres morir? Date tú mismo la muerte antes que entregarte á quien se cebará hasta en tus restos inanimados y yertos.

—¡Dios mio! ¡qué angustia! Gritaba fuera de sí Lucrecia. Es imposible que lo vea matar sin pedir ántes de rodillas á sus verdugos que me maten á mí. Y se acercan. Y se oyen sus gritos de rabia. Una manada de leones no rugiría como ellos rugen. La muerte, la muerte, la muerte, dádme-la á mí, que no puedo sufrir ya más. ¡Oh! Cuán desgraciada he sido en este mundo. Cómo la fatalidad se ensaña tristemente en mí. No quiero ver, no, la hora que siga á la muerte de Lippi. Acabad conmigo ántes de que con él acaben. Os lo ruego por caridad, por piedad, por todos los sentimientos propios de humanos corazones. Oid. Se acercan. Y cada paso que hácia nosotros dan, es como una puñalada que en el pecho me clavan. Matadme ántes de que lleguen. Matadme. No quiero, no, presenciar la muerte de Filippo.

—Me ama, me ama.

Murmuraba Lippi entre dientes con gozo indecible y sin mostrar ninguna inquietud por su crítica situacion.

—Que no le vea morir, que no le vea morir, que no le vea morir.

Repetía Lucrecia, sin interrupcion, como si fuera una demente absorta en la uniforme monotonía de un solo pensamiento.

—Huye, Filippo, huye.

Decía Serafin.

—¿Solo? Jamás. Huyamos todos. No me importa la muerte.

Y apoyaba el brazo en la rodilla y la barba en el brazo con la serena actitud de un hombre que aguardase tranquilo cualquier hecho corriente.

—Por caridad, huid.

Decía Lucrecia cuyos ojos despedían un torrente de lágrimas.

—No, no me iré solo. Prefiero la muerte, y la aguardo.

En estas oyóse un grito de furiosa alegría que atronó los aires. La tropa, entrada en la caverna, tropezó con el caballo que Filippo dejara en uno de los recodos de aquella bajada cercana ya al Panteon. Es imposible, completamente imposible describir la crueldad de aquel gozo y las palabras que inspirara. En los acentos de ira, en los votos de rabia, en las carcajadas de furor, en las frases de venganza, podían oírse los graznidos del cuervo, los rugidos del leon, los mahullidos del tigre, los resuellos de la hiena hambrien-

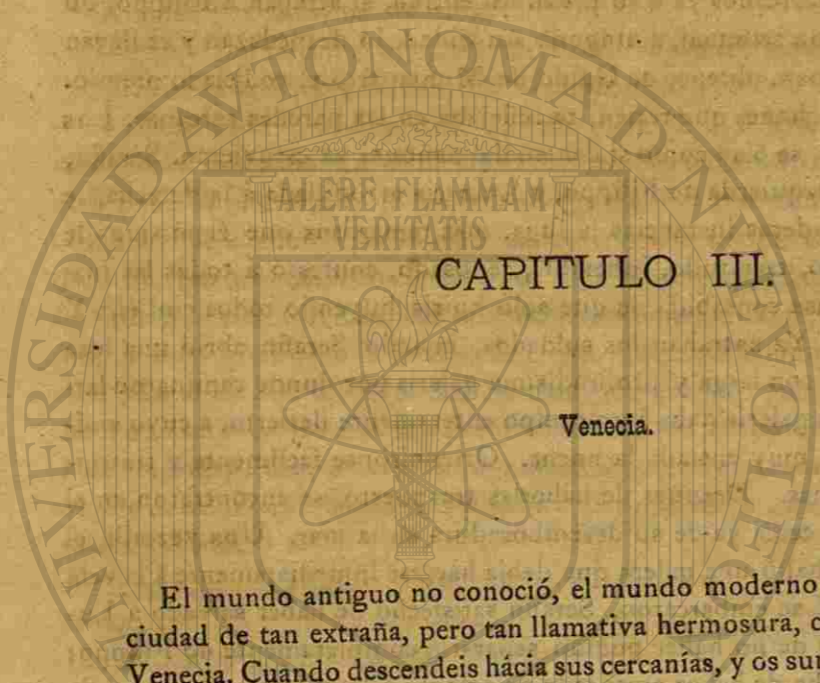
ta, los mugidos del toro furioso, todos los acentos de las fieras. Seguramente iban á caer sobre Filippo y á despedazarlo. Imaginaos una manada de alimañas carniceras que, hambrientas, se acercasen allá en las soledades del desierto á un aduar donde les aguardaba carne fresca. Pues así estaban aquellos condotieros cercanos ya á su presa. Si entran, si atrapan á Filippo, no aguardan á ningun tribunal, á ninguna autoridad, lo despedazan y se llevan la lívida cabeza para obtener de Guido de Montaperto el codiciado premio. La luz de los hachones que traían, se reflejaba en las paredes cercanas. Los gritos que daban, se oían como si dentro del panteon ya estuvieran. Serafin, arrodillado á la izquierda de Filippo, y Lucrecia arrodillada á la derecha, le pedían con verdaderas instancias la fuga, más temerosos que él mismo de su muerte. Pero, tranquilo, inflexible, reposado, contestó á todas las instancias con la frase consabida de que solo huiría huyendo todos con él. Y todos huyeron. Ya entraban los soldados, cuando Serafin abrió una losa que comunicaba con larga y profundísima galería por donde caminaron largo tiempo. Esta galería daba á un campo enteramente desierto, á cuyo amigo seno llegaron muy entrada la noche. Orientáronse fácilmente y traspusieron unas colinas. Despues de haberlas traspuesto, se encontraron en el Valle del Arno, cerca ya de su desembocadura en la mar. Una vez allí, el pródigo Serafin halló una galera que debía hacerse inmediatamente á la vela para Venecia. Y se embarcaron, Serafin satisfecho de haber salvado á Lucrecia y pesaroso de no haber podido separarla completamente de Filippo; Lucrecia satisfecha de haber arrancado su amante á la muerte y pesarosa de haber perdido su fama en el mundo; Lippi satisfecho de llevarse á Lucrecia á pesar de su virtud invencible y pesaroso de tener en Serafin un centinela infatigable. Sigámoslos, pues, á Venecia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS







### CAPITULO III.

Venecia.

El mundo antiguo no conoció, el mundo moderno á su vez no conocerá ciudad de tan extraña, pero tan llamativa hermosura, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hácia sus cercanías, y os sumergís en sus lagunas, imagináis hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pié en el suelo firme, á erigir sus habitaciones, como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus habitaciones, decia, en medio de las aguas. Las lagunas, extendidas entre el verde claro de las tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul oscuro del mar Adriático, brillan al sol, segun la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una sustancia preparada para amasar ópalos y perlas. La entonacion general es celeste tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del sol que fingen aquí legiones de estrellas escapadas de las grutas marinas; las sombras de las algas que dan allá toques oscuros y sombríos; los arboles de tal hora del dia ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reflejos de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo como mezclados en mágica paleta; las franjas de espumas que, á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente; las estelas dibujadas así por las quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa, los bosques marinos, con sus ramas verdi-negras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor diurno, modifican las sensibles aguas con algun

extrañísimo destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de mármóreos diques; todos estos espectáculos dan matices tales al inmenso espejo, que no sabeis si admirar su celestial uniformidad ó sus múltiples cambiantes, mas bellos que los iris de los cristales venecianos ó los ramajes de las pérsicas alfombras; pues nada hay tan rico en deslumbradores espejismos como los juegos del aire, de la luz y de las aguas en la inmensa extension del mar ó en la limitada extension del lago, semejante uno y otro á pedazos del cielo desprendidos sobre la tierra.

Por esta etérea laguna, entre el aire arrebolado y las aguas esmaltadas ¡qué ciudad, Dios mio, qué ciudad han levantado los hombres! Dejad la montaña, la pradera, las aguas, los bancos de arena, todo cuanto ha hecho allí la Naturaleza; y convertid los ojos á las iglesias, á los palacios, á los monasterios, á los muelles, á todo cuanto ha hecho el arte. En una inmensa extension, como si fueran diques de mármol, se extienden los murallones alzados para dividir las aguas del mar Adriático y las aguas de la laguna de San Márcos. Por las sinuosidades que los diversos canales forman en todas direcciones, álzanse pilotes teñidos ó de azul y blanco, ó de amarillo y rojo, ó de verde y negro, destinados á amarrar las góndolas. Entre estos pilotes mécese al viento la vela latina y la vela cuadrada, tintas en colores azafra- nados, que resaltan por singular manera sobre el azul de las ondas, y que parecen gigantescas alas rozadas en la flora de algun bosque de los trópicos. Mas allá de los diques llamados murazzi, y de la lengua arenosa llamada Lido, dibújanse las isletas, especie de escollos esponjosos ó de aglomeraciones de fango, contrastando su color oscuro con el claro de las aguas y sus verdes jardines con las torres medio rosáceas y medio blancas de sus pintorescos monumentos. Los árboles se bajan hasta tocar con sus ramas en las aguas, y las agujas, las pirámides, las veletas, rematadas muchas de ellas con ángeles dorados, se elevan hasta parecer constelaciones del cielo. Teniendo por fondo los Alpes del Frioul, entre los esmaltes de aquel aire cargado con tantas emanaciones salinas y los cambiantes de aquella laguna pintada por tantos colores y matices diversos, extiéndense los palacios con sus fachadas mármóreas, y sus intercolumnios aéreos, y sus galerías ojivales, y sus mosaicos que diríais formados de rica pedrería; elévanse las rotondas de las Iglesias, cuyas esferas dan á la ciudad aspecto de una nueva Bizancio, y toman en lo lejos aire de radiosas apariciones asiáticas; brilla el maravilloso alcázar de la Señoría Veneciana, compuesto de jaspes áureos y carmesíes, sustentado sobre gruesas columnas de granito oriental y sobre calados maravillosos de góticas ojivas, concluido por una blanca crestería tan transparente y tan luminosa como si fuera una crestería de cristal; luce la Iglesia de San Márcos, con sus tres cúpulas, remedo de las cúpulas de Santa Sofía, todas teñidas de un color blanquecino como si fueran rayos melancólicos de la luna cuajados por mágico arte; y osténtanse á todos lados torres de varias



formas, monolithos concluidos por estatuas de santos ó por animales fantásticos, lógias enriquecidas y ornamentadas con los primores de la escultura moderna, ángeles con sus alas de varios plumajes y vírgenes con sus mantos de varios colores, saliendo como de un sueño de aquellos frescos al aire libre y de aquellos cuadros hechos con piedras y pastas transparentes: paisaje incomparable, realzado por las reverberaciones de los horizontes y de las agunas, embellecido por las bandadas de palomas que cruzan los aires y las bandadas de gaviotas que rozan las ondas, circuido por las velas albas ó pajizas de los barcos y por las figuras de las góndolas tan lucentes como pedazos de azabache, recordando en todas sus manifestaciones Asia, Grecia, Egipto, Siria, como si fuera aquel sitio un Olimpo de artistas, los cuales, necesitados de la piratería, despojaron de sus riquezas á todas las regiones orientales, y trayéndolas á las orillas del Adriático, las embellecieron y exaltarán con sus propias riquezas y sus inagotables inspiraciones, haciendo así de su Venecia la diosa y la maga y la sirena de los mares.

Nosotros, en esta historia, vamos á resucitar la Venecia del siglo décimoquinto, que ha sido engrandecida, pero no cambiada más tarde. En el tiempo que deseamos resucitar, y que podeis ver aun viendo los cuadros del Carpaccio, no existia frente al palacio ducal esa admirable Biblioteca vieja, esculpida en los días mas bellos del Renacimiento por la mano milagrosa de Sansovino, capaz de dar á las esculturas modernas toda la gracia y toda la armonia de las esculturas antiguas. No existia tampoco esa Iglesia de la Salute, verdadera montaña de mármol blanco, que se mira y se repite en las aguas del gran canal, como las cúspides nevadas de los Alpes en la linfa de los tranquilos lagos. No brillaba sobre la espaciosa isla de la Guidecca el monasterio de San Jorge Mayor, blanco y rojo, ideado y erigido por la clásica inspiracion de Paladio. Pero en una y otra línea de la calle maravillosa formada por el gran canal, agrupábanse ya los más hermosos y más admirables palacios que puede soñar una imaginacion enamorada de las combinaciones caprichosas de líneas y de colores: el palacio Dario, de estilo lombardo, recién esmaltado con sus mármoles orientales; el palacio Foscari, de dobles columnatas y de calados rosetones, que daban á las piedras la transparencia de los vidrios; el palacio Bernardo, brillantísimo por sus relieves parecidos á primorosas cinceladuras; el palacio Donati, levantado en el duodécimo siglo, con toda la solidez y todo el candor propio de la arquitectura bizantina; el palacio Farsetti, donde los prodigios del genio oriental se mezclan con los prodigios del genio italiano; el palacio Morosino, abrillantado por los juegos de las artes árabes, revelando las correrías de los cruzados y de los navegantes venecianos en el siglo décimo-tercio; el Fondaco, denominado mas tarde de los turcos y que, erigido en el siglo décimo, tomariais por un camarín de Córdoba ó por un patio de Granada; palacios todos maravillosos; pequeños por lo reducido del piso, aéreos como para gozar de

todos los beneficios del clima, ornados de manera que puedan ser por las aguas repetidos, y á cuyos lados se alzan los pilotes y se mecen las góndolas, y por cuyas escaleras, donde van á morir como en sonoras playas las tranquilas ondas, agrúpanse pajes y gondoleros, vestidos con esos brillantes equipos y esos vivos colores que toman mayor entonacion y viveza en la claridad deslumbradora de las transparentes lagunas, donde crecen hasta duplicarse las reverberaciones de la luz y los resplandores del día.

Es la fiesta de la Ascension. Las campanas repican alegres, y su repique toma, al caer sobre las lagunas, melodiosas resonancias. Las músicas suenan y mezclan sus acordes suaves al ciclópeo tañido de los campanarios. Por doquier se ven flores que exhalan la fragancia de la primavera, y aves recién libertadas que vuelan ceñidas de lazos; pero, sobre todo, á punto de medio día, cuando el Patriarca entona en la iglesia de San Márcos, bajo la ronda que parece de oro macizo, en frente de la sacra pila recamada de zafiros, diamantes, y rubies, el *Gloria in excelsis Deo*, al toque de las trompetas del órgano, entre cuyos torrentes de armonía descubrir las oraciones exhaladas de las almas extáticas, tras las azuñadas humaredas despedidas por los áureos incensarios, la ascension del Salvador desde las sombras de la tierra á la inmensidad de los cielos. Pero lo que especialmente caracteriza á Venecia en este día solemne es la boda del Dux con la mar. Y en efecto, la ciudad que ha dominado el Mediterráneo con sus escuadras; que ha convertido las islas griegas en sirenas de su marino carro, tan brillante como la concha donde surgiera Vénus; que ha poseído las riberas dalmatas y ha aterrado hasta los montañeses de Albania; que ha vencido al mismo imperio bizantino y llegado en expediciones cuasi fantásticas por virtud de la navegacion y del comercio, á las soñadas regiones donde llegara el cetro mágico y la espada legendaria de Alejandro; rica por sus despojos, audaz en sus empresas, gozosa y despreocupada como los mareantes; sensual en medio del ascetismo místico que sobrecogía el pensamiento y embargaba la conciencia de los siglos medios; trabajadora en aquellos días de combate; libre de los bárbaros porque se pobló desde un principio con los fugitivos escapados á las terribles irrupciones; libre del feudalismo porque la lucha igual con las ondas traía los primeros albores del espíritu moderno; libre de la teocracia porque el trabajo mataba el fanatismo; libre de la monarquía porque si el comercio creaba una aristocracia de dinero, no podía crear la superioridad de una sola persona; cogió el tridente, hizo salir del suelo escuadras, trajo á la noche espesa de nuestras supersticiones los esplendores del cielo asiático, embalsamó con sus esencias y con sus aromas venidas de Oriente el aire envenenado por las pestes, limpió el cuerpo humano comido por la lepra, engarzó en la corona de Europa las perlas de los mares donde el sol tiene su cuna, ensanchó nuestros territorios, comunicándolos por la navegacion con territorios antes ignorados, recogió á los últimos fugitivos



del Imperio griego; y primeros fundadores del Renacimiento moderno, deramando con el fuego de su génio, al son de las canciones báquicas y de la voluptuosa música, en las ateridas venas de la humanidad helada por el terror á la próxima ruina del mundo en el juicio final, así la sangre llena del calor de la juventud como la esperanza henchida de nuevas y progresivas ideas.

Venecia en la Edad Media, y especialmente en la última mitad del siglo décimo-quinto, era la Diosa de los mares. Y por consecuencia podia y debia desposarse con el Adriático, elevando á su lecho, á su trono, á su altar, aquel rendido esclavo. La misa de la hora, como llamamos los meridionales á la misa de la Ascension, ha terminado. El Bucentauro, la góndola ducal, dorada primorosamente, con relieves que representan divinidades marinas, con grupos de estatuillas que recuerdan la ciudad y sus glorias, tapizada y alfombrada á la oriental usanza, llena de una tripulacion que brilla por sus pintorescos trages, mécese al pié de la Piazzetta, cerca del alcázar, frente al monolitho donde campea el leon alado de San Márcos con sus fauces abiertas como para respirar el aliento de los huracanes. Por las ventanas de mármol ornadas con colgaduras varias, que resaltan entre las líneas de los edificios, descúbrese las hermosas cabezas de las damas venecianas enrubiadas por los cosméticos que no pueden afealarlas y rociadas por la pedrería que no luce tanto como sus negros y asesinos ojos. Antes de embarcarse, el Dux y su cortejo han de recorrer la plaza de San Márcos y la plazeta saliendo por aquella puerta mayor de la Basílica, sobre cuyo arco principal, entre los vidrios de colores y los mosaicos, piafan los caballos griegos; y en cuyo pavimento se postró de hinojos la grandeza material del Emperador Federico Barbarroja ante la grandeza moral del Pontífice Alejandro III. Imaginaos lo que sería la plaza: San Márcos y el palacio ducal hácia la parte del Este; varios edificios, entre ellos la antigua Biblioteca hácia la parte del Norte, y al Oeste, el airoso campanile, los gigantescos monolithos graníticos, la terminacion del gran canal, todo poblado de góndolas, entre las cuales resplandece el áureo Bucentauro, como el sol poniente entre las nubes del ocaso. Si en las ventanas y sobre las colgaduras se veian los graciosos rostros de las damas; veíanse en la plaza los jóvenes con sus calzas de punto y su juboncillo de seda; largo el cabello, que caía sobre la espalda y ceñidas las sienes con lazos de oro; los bravos, vestidos de capa larga, capucha ancha, pechera adornada de lazos, mangas perdidas; los comerciantes con Syria, envueltos en sus togas multicolores forradas de raso negro; los soldados, mostrando los coletos de diversos paños y las mangas acuchilladas; los feriantes, ceñidos de sombreros de fieltro y golillas de encage; los nobles de cierta edad madura, realzados por sus túnicas de sarga que prendian al cuello con corchetes riquísimos y dejaban caer sin ningun cinturon hasta las plantas; los servidores de la Señoría, cuyos trages resaltaban entre

los trajes oscuros por sus vestiduras violeta; los capitanes ricamente enjaezados por el pectoral de terciopelo y oro, manto de varios matices á cual mas llamativos, cordones de sedas con bellotas que desafian en tintas al mismo iris, túnica prendida de cinturon argentado, medias carmesies; losregoneros con su capa celeste y su birrete grana; los maestrantes con sus espadas de metales preciosos brillando sobre el traje de preciadas telas pero de visos sombríos y oscuros; los innumerables de tan varias profesiones, todos pintorescamente vestidos, alegrando la vista con sus diversos trajes tan propios de aquel magnífico escenario y los oidos con la ruidosísima algazara tan propia de aquella estruendosa fiesta.

La procesion comienza. Vienen primero los abanderados con ocho banderas bordadas de oro en cuyo centro resaltan las armas y los escudos de Venecia. Tras los ocho abanderados siguen los heraldos del Dux vestidos de abigarrados trajes. En pos de los heraldos los trompeteros, sonando trompetas de plata, tan largas que necesitan llevar delante pajecillos soportándolas sobre sus hombros. En pos de los trompeteros siguen las servidumbres del Senado y de las Embajadas, porfiando en la variedad de sus divisas y acompañadas por escogida música que toca marciales marchas. Despues de este grupo, tan animado y pintoresco, los canónigos de la Basílica, capellanes honoríficos del Dux, vestidos de albas compuestas por las mas lujosas blondas sobre las cuales resaltan las capas pluviales, dignas del Oriente, segun los recamados de oro y las bordaduras de seda y el rocío de perlas. Al terminar el paso de los canónigos vése un diácono que lleva grande cruz de oro macizo elaborada con tanto primor que, al reflejarse los rayos del sol en sus caladas aristas y en sus bruñidas superficies, materialmente deslumbran y ciegan. En este sitio de la procesion aparece el Patriarca, magestuoso, barbado, solemnísimo; con una mitra digna de los antiguos dioses persas por lo alta, con una capa que vale materialmente un reino por lo rica, con una túnica que le dá el aspecto de grande sacerdote judío por lo simbólica, derramando bendiciones, y sostenido por algunos sacerdotes, tan pendientes de su voluntad que los diriais destinados á adorarle cual adoran los ángeles á Dios. Un primoroso candelero, concedido por el Papa en premio de antiguos servicios, abre la marcha de los verdaderos dignatarios de la Señoría. Al candelero sigue cincelada bandeja sobre la cual brilla el Corno, extraño nombre dado á la más significativa insignia ducal. Tras el Corno viene la sede de honor llevada en hombros por un camarero y semejante en su forma á las sillas curules de los romanos. A la sede sigue el cojin, una verdadera maravilla de lujo. Luego aparece el gran canceller envuelto en su larga túnica de mangas perdidas y ceñido con su clásico birrete. Al canceller sigue un pajecillo con el nombre de Balotino, ricamente enjaezado, como para señalar la venida del poder supremo. En efecto, ahí tenéis los avagadori vestidos de púrpura; los senadores vestidos de bro-

33204



cados que tienen un lustre incomparable pero sin oro por respeto al príncipe; los generales con sus trages de terciopelo y sus mantos de tisú; los portadores de la espada ducal, cincelada con todos los recursos artísticos y digna por su magnitud de un gigante; y bajo sombrilla, semejante á la que llevaban los antiguos reyes de Babilonia, el viejo Dux coronado por el gorro frigio tal como lo arregló Zeno en el siglo décimo-tercio, con una verdadera diadema al borde, vestido con la sotana de brocado toda rameada de oro, llevando en los hombros un rozagante manto imperial con esclavina de armiño. ¿Puede darse espectáculo que deslumbré de esta suerte la vista?

Luego que ha pasado la procesion por el sitio donde cada curioso se encuentra, corren á todo correr los satisfechos en demanda de la góndola que ha de llevarlos á presenciar las nupcias de Venecia con el Adriático. El día de la Ascension tiene tal solemnidad que hasta especiales trages le señalan las ordenanzas de aquellos siglos. La novia que en semejante festividad se casa, perteneciendo al estado noble, debe llevar perlas en las trenzas, al cuello, á las orejas, debe lucir hombreras de oro sembradas de zafiros; debe arrastrar larga cola de raso negro, ceñirse elegante jubon de raso blanco, y envolverse en argentado velo de gasa. La jardinera de Chioggia arregla su moño con mayor cuidado y le ciñe cordones de colores, despues de calzar zapatos blancos y vestir la saya azul con franja de terciopelo. Los remeros esclavos y griegos, rubios aquellos y de ojos azules, morenos estos y de escultórica figura, abotonan mejor este día su burichietto al pecho, estrenan bombachos de lino, renuevan las plumas de su gorro, y bruñen las armas de su cinto de cuero bordado de vistosa sedería. Las campesinas recogen su cabellera con una red de oro; sobre la red llevan un sombrero de fina paja todo ornado de plumajes; circundan sus corsés de botones de plata sobre-dorada; rodean con cuentas de coral cuello y mangas, y se ciñen una basquiña de lana sembrada de rosetas de seda y se calzan bien pintorescas sandalias. Así es que todo allí luce vivísimos colores y todo tiene el aspecto pintoresco propio de una ciudad sin igual en la tierra, que parece á cada momento próxima á verse dispersada por los vientos y sumergida por las aguas.

Imaginaos qué serian en las fiestas de la Ascension los desposorios del Dux con la mar. Las torres cantan con sus lenguas de metal. Los gallardetes ondean por las pirámides, por las agujas, por los batareles, por las cúspides al beso continuo de las brisas. Las ventanas lucen colgaduras de mil matices orladas con franjas de plata y oro. Una lluvia de flores se desprende de todas las alturas, y cubre las lagunas de rosas que embalsaman los aires, y flotan sobre los lagos como sobre un rosal celeste. Las músicas conciertan con el tañido de las campanas y con el clamoreo de la muchedumbre. Todas las naves que hay esparcidas por el muelle de los Esclavones, se balancean al viento ó á los remos para unirse con el cortejo. Las

velas blancas ó amarillas, las banderolas de tan varios tonos, los mástiles ornados de guirnaldas, las tripulaciones vestidas con sus mas brillantes trages, la multitud de gentes adornadas con sus mejores preseas, que á bordo se aglomeran á fin de presenciar la fiesta; dan á todas aquellas tablas flotantes el aspecto de movibles florestas. Y si tal aspecto tienen las naves de comercio, nada os digo de las góndolas de placer. Son negras; pero su lustre de azabache resalta sobre la claridad de las aguas. Y llevan, ya una pareja enamorada que destella pasión de sus ojos, ya una compañía de jóvenes que entonan armoniosos cantares, ya un coro de doncellas más hermosas que las fingidas sirenas, ya una orquesta que produce suavísimos acordes, ya una especie de orgía donde los transparentes vasos se chocan y los vinos de Chipre corren, ya grupos de damas cuyas mangas de brocado casi rozan con las aguas y cuyas cabelleras cuajadas de perlas, zafiros y diamantes, descomponen los rayos del sol en innumerables chispas embellecidas y aumentadas por la reverberacion del día en los cristales de las aguas. Unid á esto los uniformes vistosos de los gondoleros, los colores vivos del traje de los marinos, el contraste de las túnicas de grana y púrpura con las túnicas de raso y terciopelo negro, las guirnaldas ceñidas por las campesinas y las perlas entrelazadas por las damas á sus trenzas, el brillo de los ramajes y dibujos de oro y plata sobre las vestes multicolores, los iris múltiples y cambiantes que forman al impulso de las brisas los plumajes, las reverberaciones del sol en los petos y en los cascos y en las alabardas de los soldados, así como en la pedrería por do quier luciente; y decidme luego si merece ó no Venecia y su escuela de pintura el dictado de Diosa de los colores. Y en medio de todos estos esplendores que deslumbran los ojos, resalta el Bucentauro, dorado, esculpido, cubierto de tapices, con el Dux á su proa, que semeja al Dios de las ondas. Diríase al ver todo aquel singularísimo espectáculo que las antiguas divinidades marinas, aquellas encerradas en los cristales del mar, blancas como las espumas, palpitantes como las ondas, tendidas en el nácar de las conchas, habitadoras de las grutas de perlas, cubiertas con las azuladas túnicas de estelas, conducidas á través de los líquidos espacios por los juguetones delfines, habian surgido de los abismos, tomado otras formas, ceñídose los trages y los signos cristianos para continuar, merced á esta transformacion, su antiguo imperio sobre las ondas y sobre los vientos. Así, mientras el cortejo, compuesto de tantos deslumbradores grupos, se ausenta, saludando por la parte de la poblacion que queda en las ventanas y azoteas, todas cubiertas de orientales tapices, ó en los muelles é islotes todos henchidos de gentes, dos procesiones, formadas por todos los cleros y todas las órdenes religiosas, se dirigen, una por la piazzetta á San Márcos, otra por el muelle de los Esclavones á San Zacarías, á fin de depositar las reliquias de ambos santos. Y la magnífica procesion marítima se despide de las procesiones terrestres, y toma rumbo hácia el Lido, donde el mar se be-



sa con la laguna. Y una vez llegada al Lido, el áureo palacio flotante se detiene, circuido por los cincuenta busones; ó sean, góndolas de respeto y de gala llenas de coros y de orquestas. Las demás particulares que, siendo de espectadores, aumentan y embellecen el espectáculo, se quedan á respetuosa distancia, así como las naves de alto bordo. Todo el mundo se pone de pié y se descubre, ménos los altos dignatarios. El Patriarca bendice el anillo nupcial, en cuya piedra está gravado el leon de San Márcos, y se lo entrega al Dux. Un coadjutor vierte de rico vaso áureo agua bendita al mar, y en el centro de los círculos que esta agua forma al chocar con la superficie celeste, arroja el Dux su anillo en demostracion de eterno dominio. Y en efecto, Venecia por aquel tiempo, rodeada de sus escuadras como de sus dioses menores, soberana de tantas islas griegas, señora del comercio oriental, bien puede creerse y llamarse la omnipotente Diosa de todo el Mediterráneo.

En tal fiesta, ántes y despues de ella, debia todo ser allí pura alegría. Mas debo decir que el Dux, objeto de los festejos, se llamaba Foscari. Y quien viera la faz del anciano, jefe principal de la ciudad, notara profundísima tristeza. Bajo el frigio bonete recamado de pedrería sobre la blanca piel de armiño, resaltaba un rostro de palidez cercana á la palidez del cadáver. Sus ojos tenian brillo siniestro, el brillo fosfórico de la agonía; y vidriosos y fijos semejaran los ojos de un muerto, á retener en su inmovilidad alguna furtiva lágrima, que caldeaba la mejilla, dejando un rastro como si fuese gota de fundido plomo. Cuando la ceremonia se concluyó y se disolvió el cortejo, iban dos nobles de primera clase en góndolas arrellanados, uno de madura y otro de temprana edad, vestido aquel de senador veneciano y éste vestido de patricio florentino. En efecto eran el noble Loredano y el nobilísimo Montaperto, aquel por vez primera entrado en nuestro relato, y éste, antiguo conocido de cuantos leyeren nuestra historia. Separados de la piazzetta, ántes que los demás, no solo por la maestría de los gondoleros, cada cual levantado con su largo remo en mano á uno y otro extremo de la góndola, sino tambien por el respeto con que las demás, allí arribadas, y de allí apercibidas á retirarse, les abrieran paso, perdiéronse en las tortuosidades de los estrechos canales. Era ya de noche. A la espléndida luz de las lagunas, que relumbran hasta en las tinieblas, sucedió espesísima oscuridad. La mística lámpara, encendida ante alguna sagrada imagen, y que apenas esclarecia las paredes; ó el farol colgado á la popa de alguna góndola, y que apenas rielaba en las bituminosas aguas; servían como los fuegos fátuos en los cementerios para aumentar la soledad y la tristeza. Los murciélagos y los buhos que pasaban, eran como los únicos habitantes de aquella soledad. El agua verdi-negra cubria las primeras gradas de las escaleras de mármol parecidas á escalinatas de abandonados panteones. A las puertas de los palacios que creeríais desiertos, amarrados de los pilotes

que creeríais como una vegetacion infernal, segun lo sombríos y lo desnudos, mecíanse las góndolas, que, en su negror, creeríais tambien ataúdes flotantes, aguardando sus muertos en las tortuosas calles, tan sombrías y siniestras como hileras de sepulcros colocados sobre rios de lágrimas. Los gritos de los gondoleros que avisan la marcha para evitar los choques, y las sombras que pasan sobre los arquitos de los puentes para ir de un punto á otro, dan á todas aquellas sinuosidades aires de ciudad fantástica, erigida en círculos de sombras. Bien puede decirse que cuadraba el paisaje á la escena y á la conversacion.

—Debes quitarte de encima un peso abrumador.

Decia Guido á Loredano.

—Que me aplastaba.

Añadia éste.

—¡Cuán sabrosa la venganza!

—A consaguir la he consagrado mi vida.

—Yo me creí destinado al bien, al amor, á la felicidad, Loredano; mas, desde hace algun tiempo, he vendido mi alma á las furias infernales por ver si pueden procurarme la satisfaccion de mis rencores y el placer de mi venganza.

—Guido, comprendo cuánto batallarás por lo mucho que batallo, preparando mi emboscada con el sigilo de quien juega la existencia y se encuentra en esta alternativa: ó arrancar agena cabeza ó perder la propia.

—No combato con poderes tan altos ni con personajes tan ilustres como aquellos con quienes tú combates. Busco un calavera; fraile escapado al claustro, pintor escapado al taller, ciudadano escapado á la República, que ha cometido el crimen de robar en plena procesion á la única mujer á quien yo he amado en el mundo, trayéndosela, segun mis noticias, consigo á vuestra Venecia.

—Pecata minuta.

Dijo Loredano alzando los hombros al ver que tales fruslerías pudiesen embargar el ánimo de un noble.

—Los sucesos de la vida no importan tanto por lo que en sí mismos son, como por el valor que nosotros les damos. Asuntos de amores parécete fruslerías á tí, metido en los asuntos de Estado, cuando para mí son más que la vida y que el alma. Si pudieras asomarte á mi corazón, verias cómo padezco por mi amada, más, muchísimo más de lo que tú puedes padecer por tu patria.

—Callemos. En Venecia no se debe hablar así. Los mares de la antigua Grecia se hallaban poblados de diosas hermosísimas; y estos mares que surcas, estos mares de la moderna Venecia, se hallan poblados de siniestros esbirros. Callemos, pues, hasta llegar á casa.



—Callemos tus negocios. En cuanto á los míos, bien públicos deben ser; como que necesito averiguar dónde se han recluso el raptor y la robada.

—Estos esbirros nuestros son únicos en materias políticas. Ninguna inquisición está servida como la inquisición veneciana. Saben desde lo que come el Dux hasta lo que sueña. Diríase que poseen los espías una llave para penetrar en la región sombría del pensamiento donde se anima la voluntad y se forjan las intenciones. Pero, en tratándose de extranjeros que vienen para su divertimento y recreo, por pasatiempos, por gusto, por amor, como no les interesa ninguna de esas cosas, déjanlos estar á sus anchas, yéndoles lo mismo en que vivan ó mueran. Cada embajador, cada príncipe, cada padre de la patria, cada noble, lleva á su lado un esbirro, visible ó invisible, mientras los calaveras tienen carta blanca para hacer cuanto les dé la gana por nuestras lagunas, con tal que no toquen al fruto prohibido y al terreno vedado de la política.

—No me digas eso, porque me desesperas. ¿Cuándo voy á encontrar á mi pareja? ¿Cuándo voy á saciar mi venganza?

En esto llegaron á la casa, descendieron de la góndola, y subiendo precipitadamente la escalera, entraron en retirado salón, donde se dieron á la plática empezada en plena piazzetta, después de haber escudriñado los tapices y hasta los cofres para ver si guardaban algún espía; precaución naturalísima en la espada Venecia.

—¿Le has visto?

Preguntó Loredano.

—Le he visto.

Respondió Guido.

—¿Has notado su tristeza?

—Parecía un cadáver vestido con las insignias ducales.

—Morirá á mis manos.

—¿Loredano?

—Es el asesino de mi padre.

—¿Estás de ello seguro?

—En secreto mayor que el secreto de la confesión dijo cierta noche que, mientras viviese un Loredano, jamás se creería príncipe reinante.

—¿Y cómo lo supiste?

—Por un espía enmascarado que vino á este mismo sitio y que nunca quiso decirme su nombre.

—Averigua en esas condiciones la verdad.

—La verdad es que á los pocos días murió mi padre envenenado.

—¿No de ninguna otra muerte?

—No, estoy bien seguro.

—¿Y desde entonces?

—Tramo mi venganza.

—¿Sin descanso?

—Alguro.

—¿Sin riesgo?

—Con muy terrible riesgo. Como que todos los días suelo cogerme, al levantarme, la cabeza con ambas manos para ver si está sobre mis hombros. El principal auxiliar que tengo es mi convencimiento de un destino inevitable señalado por la Providencia á mi vida; el de tranquilizar los manes de mi padre, ofreciéndoles el holocausto de una venganza.

—¿Qué placer tan intenso! Exclamó Guido. Ver al que os ha hecho sufrir sufriendo bajo vuestro dominio; escuchar con avaro oído las quejas que lanza del pecho en los horrores de una angustia grande como la angustia que os ha causado en otro tiempo; sentir como las maldades reciben el condigno castigo y se cumple á vuestros ojos indefectiblemente la justicia; todo esto debe dar al corazón humano la feroz alegría que sienten las alimañas carniceras al tener entre sus garras y al toque del hocico las carnes frescas y la sangre caliente de sus presas por largo tiempo atisbadas. Sin ambiciones y sin amores, harto de riquezas, ajeno á todos los placeres, vivo en la tierra solamente para satisfacer la pasión que me posee, la pasión de una horrible venganza. Por saciarla he venido á Venecia, é iría si fuese necesario, al último término de la tierra.

—Participo con tal intensidad de tu sentimiento, que he abierto una cuenta á los Foscari, y los he puesto entre mis deudores; cuenta que no habrán pagado hasta que no hayan caído á mis plantas sin corona y sin cabeza.

—Y veo como te desquitas.

—Calla, ese anciano solamente ama en el mundo al Benjamin de su familia, al hijo de sus postrimerías, al más joven de los Foscari.

—Buen padre.

—Pero olvidado en el trono de que hay otros padres amantes de sus hijos, y otros hijos amantes de sus padres.

—Sigue.

—Si el viejo Foscari ama sobre todo en el mundo al joven Foscari, ¡ah! el joven Foscari ama sobre todo en el mundo á la hermosa Venecia. Yo creo que preferiría un ataúd hundido en la arena de nuestras islas á un trono alzado en el primero y más excelso lugar de la tierra. Si le privais de respirar el aire de las lagunas, muere; si de ver la luz de nuestros cielos, ciega. Ya conoces cuán grande es mi odio; pues me he conmovido, saltándome en el pecho este corazón más frío que las piedras de su calabozo, al oírle decir que le dejasen allá en su prisión, enterrada bajo el limo de los lagos, más estrecha y más fría que la tumba, con tal de saber que su suelo era el mismo suelo de su patria. La planta nacida en el cieno de nuestras lagunas, alimentada de sus sales, no se descolora y se pierde, al desarraigarla, como ese joven corazón separado del hogar de sus conciudadanos. Y yo



he llevado al viejo Dux en persona á la presidencia de un tribunal donde condenábamos su hijo al destierro, y le he obligado á firmar una sentencia dada contra su consejo y su juicio y su voto, mostrándole así cuán esclavo de sus enemigos y de sus émulos ha de ser, en la altísima dignidad que tanto deseaba, y por cuya conservacion no dudó en sacrificar al padre de mi alma. Y luego, en los bajos de ese mismo palacio, donde habita con los esplendores de un Dios, y se cree dueño de todos los dominios venecianos, ha visto erigirse el tormento y descoyuntarse entre sus ruedas los huesos del cuerpo, mas querido que su propio cuerpo, del cuerpo de su hijo. Y yo allí, mirándole en su sede como en una cruz, todo cubierto de un sudor frio como el sudor de la agonía, tembloroso de piés á cabeza con sacudimientos epilépticos, acordábame de mi padre, y veía que aun no estaba tan castigado, cual yo hubiera querido, su bárbaro sacrificador.

—¡Ah! Y es un hombre ilustre tu enemigo. Ni en guerra ni en paz lo tuvo mas afortunado vuestra República. Su génio militar salvó á Salónica de los turcos; preservó las costas adriáticas y las islas griegas de mil conflictos; unió á vuestros dominios ciudades y tierras defendidas por duques tan valerosos como los duques de Milan. Su génio político ha concluido con el concurso de Cosme de Médicis una liga italiana que puede oponer fuerte dique á todas las invasiones extranjeras. Le debéis nuevos dominios y le debéis antiguas glorias. Porfia grande la tuya combatir con tan poderoso enemigo.

—Entre nosotros le pierde su grandeza. Demasiada inteligencia y demasiada gloria, dañan mas que sirven aquí en Venecia. Mucho valen los dominios dilatadísimos que en tierra tenemos y las posesiones del mar; pero mas vale el dominio sobre nosotros mismos, y la posesion del derecho. Queremos nuestras islas, pero no tanto como nuestras instituciones. Y cuando un hombre se eleva demasiado, tememos que nos quite con su sombra la luz misma del sol. Así nada mas fácil de hacer que levantar sospechas en ánimos naturalmente suspicaces. Y la primer sospecha por mí sembrada y de los demás creída, fué que en la familia de los Foscari se tramaba, entre los mas viejos y los mas jóvenes, nada menos que sustituir la presidencia vitalicia de la República con la presidencia hereditaria. De aquí el horror y el odio que han tomado nuestros próceres á los Foscari y á sus mas gloriosos hombres. Fundado en este horror, todo lo pude yo inventar y ellos creer. Dije un dia que recibió el jóven Foscari presentes de los Duques de Milan, y lo aceptaron sin escrúpulo. El tormento, que enloquece de dolor, se puso de mi parte y arrancó las deseadas confesiones. Tras el tormento material, cuyos torcedores rompieron sus huesos, vino otro tormento moral, el destierro á Trieste, desde donde oía casi á lo lejos el sordo murmullo de Venecia sin poder verla y hablarla, retorciéndose como el sediento que oyerá correr oculto bajo sus piés un torrente. Mataron á Do-

nato, al jefe del Consejo de los Díez, y volvimos á impultarle este crimen. Nuevos torcedores acabaron de destrozar su cuerpo; y un destierro apartado, el destierro en Candia, á lacerar su alma. El hijo no era en todo esto mas que el instrumento con cuyos cortes desgarrábamos implacablemente las entrañas del padre. ¿Quién no quiere sufrir mil veces todos los dolores reunidos antes que ver el sufrimiento de un hijo? Lo primero que se nos ocurre es dar la vida por aquellos á quienes hemos dado vida. Cuántas veces, á pesar de la inercia del viejo, y de su silencio y disimulo aprendidos en la práctica constante de nuestras instituciones, le he oido decir con su mirada y con sus ojos, que tomáramos las tenazas y le quitáramos á él sin piedad los pedazos de carne que arrancábamos á su hijo. Y este cuitado acaba nuevamente de caer en nuestras garras. Dolorido por no ver su Venecia, ha ideado que, cometiendo un crimen, acaso la vería, aunque fuese en los pozos ó en los plomos, en el potro ó en el cadalso. Y ha escrito al Duque de Milan pidiendo que intercediera por él en nuestro senado. Y como pedir una intercesion equiva'e á pedir una intervencion; y la intervencion en nuestros asuntos, pedida por un ciudadano al extranjero, equivale, en la clasificacion de los delitos, al antiguo de lesamajestad entre los romanos; sufrirá nuevamente hasta que yo vea satisfecha mi venganza.

—Cruelles sois en Venecia.

—Estas crueldades tienen su relativa utilidad.

—Quizás.

—Evitar, por ejemplo, el mal que no habeis podido evitar en Florencia.

—¿Cuál?

—El mal de un protectorado que al fin llega á tiranía. Grande es Cosme de Médicis; y casualmente eso es lo que nunca debiérais perdonarle, su grandeza. Ningun hombre vale tanto como la patria; ningun poder debe pesar tanto como las instituciones.

—Llevais demasiado lejos las sospechas.

Dijo Guido.

—Y los castigos, y las venganzas, añadió Loredano. Siempre hemos sido lo mismo. Familias ilustres hay inscritas en el Libro de oro; ninguna tan ilustre como la familia de los Falieros. Dos principes de esta raza nos habian gobernado antes del tercero y último. El uno conquistó á Zara, y el otro gobernó en paz y libertad la República. Con estos recuerdos y los propios servicios, Marino Faliero se ciñó la ducal corona. Su nombre, que parecia imposible de ilustrar, se ilustró aun mas, venciendo al rey de Hungría y aumentando el número de victorias que contamos en nuestros anales. En edad bien avanzada llegó al solio; y por un raptó de cólera perdió en el solio la cabeza. Daba en su palacio brillante baile de máscaras, y un jóven de la mas distinguida nobleza y del Consejo de los Cuarenta, hubo de cometer excesos tales, que lo mandó lanzar del salon á la calle. Resentido



el expulsado de este agravio, infirió al Dux otro agravio mayor. Como recordara que tenia, á sus años, una jóven y hermosa mujer, de la cual estaba enamorado y celoso, inscribió en la sala de los consejos esta inscripcion: «nuestro príncipe tiene muy bella esposa; pero si él la paga, otro la posee.» Procesado por tal agravio, condenáronle á pena irrisoria. El Dux, al saberlo, se creyó agraviado por la nobleza, y conspiró contra las leyes. Y las leyes le cortaron la cabeza en la escalera ducal y á la puerta misma de su espléndido santuario. El noble, que habia servido de verdugo, mostró al pueblo irritado la espada todavía humeante, para mostrarle tambien como no hay cabeza, por alta que esté; ni majestad, por grande que sea, superiores á nuestra República y á nuestra Venecia. Implacables, impiamente debemos ser implacables en la observancia y en la defensa de nuestras leyes.

—¿Y un caso semejante meditais ahora?

—¿Semejante? Idéntico.

—¿Quereis descabezar á Foscari?

—Poco mas ó menos.

Dijo Loredano con indiferencia.

—¿No temeis al pueblo?

—¿Nosotros?

—Vosotros.

—Nunca lo hemos temido.

—Porque siempre lo habeis intimidado.

—Verdad.

—Pero llega un dia en que suele despertarse.

—No te veo tan decidido por la vengaza como antes, Montaperto.

—La mia me parece justa; la vuestra me parece excesiva.

—Así solemos juzgarlo todo. Vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el propio.

—En las venganzas particulares libramos nuestro interés ó el interés de nuestra familia; pero en las venganzas públicas libramos el interés de la patria.

—Guido, quieres vengarte de un fraile que te ha robado tu amada; y yo quiero vengarme de un Dux que me ha robado á mi padre.

—Tienes razon, exclamó Guido, no debo reconvenir á los que saben vengarse, cuando desolado busco por toda la tierra una venganza. Si yo tuviera en mi poder al fraile procaz que me ha robado mi dicha, no sabria con qué clase de tormento castigarle. Me parece que le daria cien vidas para poder darle cien muertes. Me parece que, sentado habia de estar en el círculo último de los infiernos sin cansarme, si veia que por toda una eternidad empleaban los ángeles de las tinieblas en él todas las penas infernales: que es insaciable mi cólera.

—Pues no te extrañes, Guido, de mis iras, y aguarda á ver el término de mis tramas.

En efecto, al tiempo prefijado por Loredano, pasaba terrible escena en el salon inmenso donde el Dux de Venecia celebra las grandes ceremonias. El gran balcon que da sobre el muelle de los Esclavones, abierto estaba de par en par, dejando paso al aire picante y á la luz deslumbradora de las lagunas. Las velas de los buques, próximos á zarpar, henchíanse allí al pié de favorables vientos; y las palomas arrullaban entre las esculturas de mármol y lucian los bronceados matices de su plumaje azul oscuro y violeta. Dilatábase la vista por los admirables monumentos, por las floridas islas, por los campanarios, que imaginariáis prontos á moverse, como si flotaran, por las lagunas, por el lejano Adriático. Y cerca de aquel balcon, apoyado sobre un báculo, encorvada la espalda, extictos casi los ojos, trémula cual si tuviera apoplejía la cabeza, petrificado el semblante, estaba erguido el viejo Dux, á cuyos piés yacia, estropeado, maltrecho, herido, descoyuntado, cubierto de sangre, arrastrándose casi por no poder ponerse ni siquiera de rodillas, un jóven á quien grandes tormentos acababan de martirizar y que tenia con el viejo cercana semejanza. Eran los dos Foscari, Francisco, el Dux; Jacobo, el hijo del Dux. Condenado el infeliz mancebo á tortura, habia sufrido cuarenta sacudidas terribles á las cuarenta vueltas que dieron los instrumentos de su pasion sin quejarse casi; y condenado á nuevo destierro se plañia y lamentaba á este dolor moral como si le abrasaran carne y sangre, ó le rompieran miembros y huesos. Imaginaos el perro lanzado de la querida casa de su dueño; el ave despojada de su nido; la leona herida en sus cachorros; la madre que acaba de perder al hijo de sus entrañas; reunid todos esos pios, todos esos aullidos, todos esos rugidos, todos esos lamentos, y acaso concebireis la expresion varia que al dolor daba aquel cuitado al verse de nuevo constreñido á dejar su patria.

—Que me maten, padre, que me maten. Al subir la escalera del cadalso sonreiré gozoso, porque mi último suspiro será para el aire y mi última mirada para el cielo de Venecia. Que me maten, si quieren, pero que no me separen de tu lado, de este hogar, de esta ciudad, de mi patria. Cuántas veces hubiera querido ser el pez sepultado en los fangares, la sal disuelta en las aguas, el canto rodado por las ondas con tal de estar perpétuamente aquí donde he nacido. Que en buenhora me maten, pero que no me destierren. Mis carnes se hallan separadas de mis huesos, por la horrible fuerza de los tormentos. Y al descoyuntarme así, han invocado tu nombre y han dicho que cumplían tu sentencia. (El Dux inclinó la cabeza hácia atrás como para no oír semejante blasfemia). No me dolí, no me duelo todavía, á pesar de tantos dolores como me atenacean. No me quejaré, no me quejo todavía, á pesar de tantas penas como me aguardan. Tú me vestiste de estas carnes con tu amor; tú las conservastes con tu cuidado; plu-



guiera al cielo que de algo te sirviesen y pudiese dárte las para renovar tu vida y devolverte el vigor de la juventud. Mas aquí en Venecia me engendraste, aquí me abriste los ojos al día; en estas lagunas se adobó mi cuerpo, en esta luz se atezó mi piel, en este aire se avivó mi pecho, en este cielo se esparció mi mirada; y yo no puedo vivir fuera de aquí. Hacedme, si quereis, esclavo; ceñidme una cadena: me resignaré con tal de arrastrar mi servidumbre por estos muelles. Encerradme en los pozos donde ya he estado contento; la esperanza de mezclar mis restos á los átomos de Venecia bastará para convertir aquellas lobregueces en los espacios celestes. Padre mio, que no me destierren, que no me lancen de aquí, que no me aparten de este nido, que no desarraiguen mis piés de este suelo, que me dejen vivir con cuantos hablan mi lengua, aunque sean mis mayores enemigos, los que me han herido, los que me han puesto en el tormento, los que me han abrevado de calumnias, al fin y al cabo, venecianos como yo, confundidos conmigo en el seno de la patria á quien amo como debiera amar á Dios.

En este momento, á una señal de Loredano, los esbirros cogieron al pobre cuitado, y con violencia lo bajaron al muelle, y lo metieron en un barco, el cual zarpó hácia el Oriente, sin que ni una palabra, ni un movimiento, ni un gesto se notara en el Dux, yerto como fúnebre estatua. Y aun no había zarpado el barco cuando la campana de San Márcos, que repica por los nuevos príncipes á la hora de su exaltacion, dejó oír sus alegres ecos en medio de la estrañeza de todo el pueblo. Y bajó el Dux la escalera del Palacio como un cadáver que se moviese; y llegó á su antigua casa como un cadáver que se encerrara en su panteon. Y al estar allí, despues de no haber hablado en más de un año ni una sola palabra, se llevó la mano á la frente como si le atormentara una idea; y aplicando el oido, escuchó de nuevo el acento de la campana dulcificado por la laguna, y tan solemne que se diría que hablaba la Basílica. Y quiso sollozar; pero al querer sollozar, se le rompió una aneurisma, y cayó redondo en el suelo como si hubiera recibido el latigazo de un rayo. Loredano, entró en aquel supremo instante, inclinó su cuerpo sobre el cuerpo yerto, se cercioró de que no latía aquel corazon, y yéndose á su casa, abrió su libro de comercio, y puso esta palabra: estoy pagado. En seguida se lo entregó á Guido para que lo leyera; y Guido exclamó:

—Aprovecharé la leccion y tomaré una veneciana venganza.

## CAPITULO IV.

### Satisfacciones de la venganza.

Á media noche, en oscura plazuela mal iluminada por lámpara mortecina puesta al pié de una efigie de María, paseábanse dos hombres sigilosamente envueltos y rebozados en sus largas capas que les recataban el rostro. Por los muchos gestos que hacían, moviendo á todos lados sus cabezas cubiertas con sombreros anchísimos, veíase cómo les agitaba cierta febril impaciencia. Uno de ellos en su aire revelaba el hábito de mandar que denota imperio hasta en los menores actos de la vida, y el otro revelaba el hábito de obedecer no menos arraigado y antiguo. Esperaban seguramente á alguien, con desesperacion grandísima el uno, con menos el otro, con verdadera inquietud ambos. El mas alto andaba por lo regular dos ó tres pasos antes que el mas bajo en señal de superior jerarquía. Pero la diferencia en el andar entre ambos no quitaba nada á la expansiva confianza de su conversacion animadísima. En cuanto digan algunas palabras, va el lector á conocerlos, y por consiguiente, no estará de más que yo le confie quienes eran y lo sepa así á ciencia cierta de mis labios. Pues eran el implacable gentil— hombre Guido; y su escudero, el gárrulo y erudito Gasparo. Embebido aquel en sus ideas de venganza, y embebido éste en todo cuanto embebía á aquel, aguardaban allí ambos á algun agente misterioso que les ayudase en las satisfacciones de su impaciente pasion. Desde la hora trágica del rapto, Guido solamente pensó en hallar á Lucrecia y en perder á Lippi. Como todos aquellos que tienen una idea fija, en esa idea respiraba y vivía, habiéndose, por una especie de trasfusión misteriosa, convertido en su verdadera alma. Vengarse, hacer sufrir á los demás todo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



cuanto él mismo había sufrido: hé ahí el pensamiento único donde se concentraba toda su existencia. Por él se movían sus piés, respiraba su pecho, latía su corazón, agitábanse sus nervios, corría por el cuerpo su sangre y por el alma su idea; como si ese pensamiento constituyera una doble naturaleza, material y moral.

—¡Cuánto tardan!

Decía Guido, fatigado ya de paseos tan largos y apoyándose en una esquina.

—Vendrán, señor, vendrán; no hay que apurarse.

—No me apuro, me quejo. Quien ha esperado tantas horas su venganza, bien puede esperar algunos minutos á sus vengadores.

—Sereis satisfecho.

—¿Es verdad que ha venido Lucrecia?

—Es verdad.

—Quisiera arrancarte de los ojos con mis propios ojos su imágen.

—Decid cuanto os venga al magín, haced cuanto os pida el gusto; pero no trateis de verla.

—¡Ah! ¡Qué sacrificio!

—Si preferis satisfacer vuestros caprichos á satisfacer vuestras pasiones; id, corred, atisbadla.

—Quisiera que mis ojos tuviesen luz y fuego como el cielo, para iluminarla á ella y para consumirlo á él.

—Quered cuanto os plazca; pero seguid el plan ideado de suerte que no adviertan cuán próximo está su castigo y vuestra venganza.

—¿Llegaron á Venecia?

—¡Cuántas veces preguntais las mismas cosas y obteneis las mismas respuestas! Llegaron.

—¡Se habrá rendido Lucrecia al deseo de su raptor! No hay duda. La juventud, la flaqueza de los sentidos.....

—Buena es para rendirse ni á cien asaltos. Segun todos los indicios, está como al entrar en el Convento. inmaculada. Pertenece á esa casta feroz de mujeres que defienden su castidad como gato panza arriba.

—¡Oh! ¡Qué comparacion!

—Recordando lo que en público se arriesgó á hacer, aquello que hizo con vos en San Juan de Florencia, podeis imaginar lo que hará en secreto con ese loco de semi-fraille, aunque perdidamente le ame como creo que le ama.

—¿Será posible? La mujer es el animal caprichoso por excelencia.

—Todos la llamamos ángel si nos corresponde, bestia si nos desdeña.

—¿Concibes que prefiera un fraile escandaloso á un noble semi-rey?

—A cierta edad de la vida el alma busca el amor, y el amor la correspondencia. Rara vez obedece el sentimiento á la razon. ¿Qué quereis?

Si Lucrecia calculára, os preferiría á vos; pero ama y prefiere su amor. Así es la vida, así el alma, así las pasiones. Y nadie deshará lo que hizo Dios.

—¿Cómo habrá podido defenderse contra tantas asechanzas? ¿Cómo salvarse de su propio corazón que la arrastra á los brazos de su amado?

—Primero, por su virtud. Todavía hay seres virtuosos en la tierra. Luego por su educacion. Lucrecia tiene la mejor, la que enseña á huir de vicio, no por temor de caer á los ojos de los demás, sino por temor de caer á los ojos de la propia conciencia. Luego está ahí el frailecillo Serafin, que les ha salvado la vida, y que se pinta solo para esto de cumplir sus deberes y sostener al que combate, y consolar al que llora, y acorrer al que en algo le necesita. Les ha salvado la vida, les ha traído hasta aquí, y guarda como un cerbero la virtud de Lucrecia y detiene como un freno los apetitos de Filippo. Tal es la verdad del caso en toda su desnudez, sin que haya ningun atenuante innecesario en la energía de vuestro natural y en la lealtad de mi afecto.

—Pero, ¿de qué vivirán? Abandonada de su padre, sin recursos, debe padecer horrible miseria.

—¡Bah! El cielo alimenta con su rocío á la flor, el campo con sus semillas al ave. No tengais miedo, no se morirán de hambre dos frailes; antes bien comerán como dos avestruces.

—¡Gasparo! ¿Satisfaré mi venganza?

—Sometiéndooos á mis instrucciones.

—Pareces un poder público, segun los aires de denominacion que tomas, un verdadero poder público.

—Ya lo creo; como que he puesto en movimiento una legion de esbirros casi igual á la que tiene á sueldo la Señoría de Venecia, para servir á mi ilustre amo y saciar sus insaciables venganzas.

—¡Qué satisfaccion tan grande la satisfaccion de antiguos rencores! ¡Qué placer tan vivo el desquite!

—Hay muchas maneras de desquitarse.

—Ya lo creo.

—El fondo de las pasiones humanas siempre es el mismo; las formas infinitas. El César Alejandro Severo se vengó del senador Ovinio, que, siendo muy débil de temperamento y muy cobarde de ánimo, aspiraba al Imperio, con asociarlo á su autoridad y concederle de grado la deseada preminencia. A poco de tal concesion, invitóle á acompañarle en las tristes asperezas de la guerra como le acompañaba en los sabrosos goces de la Corte. El co-emperador no podía negarse á este deber anexo al supremo cargo de imperante. En la primera jornada Alejandro marchaba á pié, y Ovinio tenia que marchar á pié tambien, por no esponerse á desmerecer de su colega en concepto de los militares. Pero molido, aspeado, mal trecho, pidió commiseracion y le subieron á caballo. Aun no habia subido,



cuando las exigencias de la guerra demandaron que se aumentara la celeridad de las marchas y se disminuyera el número de los descansos. Ovinio no podía con el caballo, cuyos movimientos le ataraceaban de agujetas todo el cuerpo. Y le bajaron del caballo para tenderlo en rudo carro de guerra. Y los cardenales y las agujetas se le recrudecieron al choque de las ruedas con las piedras y al balance casi marino del vehículo, en tales términos que importunó á todos los dioses, reclamando un poco de reposo, con lo cual llegó á mostrar bien claramente, según deseaba su enemigo, la imposibilidad absoluta de ejercer un cargo tan superior á sus fuerzas, teniendo que retirarse entre las generales burlas, avergonzado y corrido. ¿Veis qué donosa manera de vengarse? ¿No buscaríais vos con empeño una satisfacción semejante para aquietar vuestro corazón?

—Demasiado dulce me parece en atención á la vehemencia de mis deseos.

—Vos seríais, de seguro como aquel napolitano que se la tenía jurada á un su enemigo, del cual aparentaba ser favorecedor y amigo. Maquinando planes en su cabeza y apercibiendo medios de venganza, llegó por fin á sitio apartado y solitario, donde á mansalva y sin recelo acometió su tenaz intento, derribando al contrario, y poniéndole la punta de su espada en la garganta para acabar con su vida. Mas no se contentó con esto el vengador: sus rencores le inspiraron aun mayor crueldad, le inspiraron el decirle que renegara de Dios y de sus santos si quería vivir. Y en cuanto acababa de renegar, le inmoló, clavándole la espada, satisfecho de haber conseguido dos cosas: la perdición de su cuerpo y de su alma; la muerte segura y la condenación al infierno.

—Una venganza de esta suerte en lo cruel y en lo intensa desearia yo alcanzar. Lo único que me repugna ahí es la traición que finge, la horrible traición que finge cariño al aborrecido. Eso nunca lo haria yo; pero vengarme si lo haria cien veces, deseando para mi enemigo en esta vida algo más que la muerte y en la otra vida algo más que el infierno. ¡Cuánto tardan!

—Aquí los teneis.

En efecto, oyéronse unas voces semejantes al grito agudo de las aves nocturnas en la oscura soledad y al choque de los remos en las aguas. Eran las voces de los gondoleros que avisaban el paso de la góndola entre las sombras. Llegados cerca de la placeta descendieron dos hombres muy rebujados en sus mantos tambien y se encaminaron adonde estaban Guido y Gasparo.

—Tenacidad en la venganza.

Exclamaron al aproximarse.

—Tenacidad.

Dijeron nuestros dos conocidos como respondiendo á una evocación.

—Aquí estamos.

—¿Dispuestos?

Preguntó Guido.

—A todo.

Respondió el que llevaba la voz.

—¿No vacilareis?

—No vacilaremos.

—Vuestra audacia asegura el cumplimiento completo de mi deseo.

—Completo.

—¿Ningun obstáculo os detendrá?

—Ninguno.

—¿Ningun escrúpulo?

—Buenos somos los piratas para escrúpulos. El mundo se ha empeñado en deshonrar nuestra profesion y yo en creerla honrosa. El mar, como el aire, pertenece á todos.

—Lo que yo quiero es recibir vivo y sano al artista en mi poder.

—Lo recibireis.

—Mañana deben salir en barco que parecerá un festin flotante á la alta mar. Pues hay que ir allí, perseguirlos, alcanzarlos, y coger al designado por Gasparo que os acompañará. A los demás dejadlos.

—¿Y luego?

—Luego, imposibilitados de volver á la laguna de San Márcos, ir á la ribera del Adriático, cerca de la desembocadura del Po, y allí al pie de una torre que tendrá mis divisas, depositar la presa.

—Lo haremos como lo mandas.

—La mitad del precio de esta hazaña se dará mañana, ántes de zarpar; la otra mitad cuando esté concluida la hazaña y la víctima en mi poder.

—Sereis satisfecho. Con deciros que estoy condenado á muerte en cinco Estados de Europa, os he dicho bastante. Con decir que si la Señoría supiera solamente que habeis hablado conmigo, os colgaba por los piés, sobra para saber si seré yo pájaro de cuenta.

—Os encargo la mayor habilidad, medio seguro de conseguir la mejor fortuna.

—Nuestra estrella es tan favorable como nuestros vientos. Una gitana, que me ha mirado á la mano, me ha dicho cómo llegaré á Emperador. Y lo creo, porque despues de contar veinte naufragios, aun me siento con fuerzas para vencer y conquistar un reino.

—Adelante.

—Adelante.

—Aquí el único que corre riesgo, soy yo.

Exclamó Gasparo.

—¿Cómo?



Preguntó Guido.

—Vosotros vais á vuestro elemento; y yo estoy en el agua como los peces fuera de ella. Aquí en Venecia me mareo; imaginaos qué me sucederá en alta mar. Si huelo un alga, largo un vómito. De suerte que, al lograr nuestro intento, el artista volverá apresado, y el apresor destripadísimo.

—Dejémonos de estas tonterías y manos á la obra.

Exclamó Guido con animacion.

—Manos á la obra.

Dijeron todos á una.

—Al rayar el alba ¿Gasparo estará en la puerta oriental del Lido?

Preguntó con imperio el pirata.

—Al rayar el alba.

Respondió Gasparo.

—¿Sin falta?

—Sin falta.

—Retirémonos.

—Retirémonos.

—Al gran canal, frente al palacio Foscari.

Dijo Guido á sus gondoleros.

—A San Zenobio para hacerle un voto antes de amanecer, á fin de salir con fortuna de nuestra empresa.

Dijo el pirata á su compañero.

Y las dos góndolas tomaron su direccion respectiva como dos grandes aves acuáticas, dejando una estela fosfórica y un reflejo fantástico al choque de los remos que despedían gotas luminosas del color de la luna y al culebrear de los reflejos del farolillo que fingían como fugaces collares de topacios. Los gritos de los gondoleros se disiparon en la atmósfera y Venecia quedó entregada á su profundo sueño.

Al amanecer, resonaba en modesta hostería encrespada disputa entre un galan que se adornaba y componía como para fiestas, y un fraile que hojeaba su libro de horas. Los dos eran jóvenes, los dos robustos. Mas en las facciones abultadas del uno se revelaba la influencia predominante de los sentidos, y en las facciones armoniosas del otro, la influencia predominante de la contemplacion y el misticismo. Vestía el galan calzas de seda blancas, uboncillo de terciopelo rosa recamado de plata, capilla del mismo color y los mismos adornos que el juboncillo, gorra florentina con largos plumajes que le caían sobre el hombro izquierdo, mientras el fraile solo vestía su estameña burda de la órden seráfica. En los movimientos del uno se veía la exhuberancia de vida, y en la contemplacion del otro se veía cierta profunda tristeza.

—¿Qué loco eres! Filippo.

Decía el fraile.

—¿Qué machaca eres! Serafin.

Contestaba el galan.

—Imposible volver por tu bien.

—Imposible quitarte esa manía de enderezar entuertos, corregir vicios, rescatar cautivos en continuo inacabable sermoneo.

—¿Mas no quieres que sermonee, cuando corres peligros innecesarios por ese afan de divertirte?

—¿Y qué otra cosa puede sacarse de la vida? Mañana se apaga al menor viento como una candela; y se disipa en los aires como la esencia de un frasco abierto, y si no aprovechais estos instantes fugaces, la perdeis en el vacío. Á divertirnos, á divertirnos.

—Pero ven aquí, alma de cántaro, ven aquí; recógete en tí mismo, y reflexiona con madurez lo que haces.

—Mira: desde que en mi camino te has interpuesto; desde que apareciendo en aquel subterráneo de Prato, evitaste que libara mi amor; desde que desceñiste mis brazos del cuerpo de Lucrecia que habia en el primer momento del rapto estrechado fuertemente contra mi corazón, Serafin, te aborrezco. Y dicen que soy calavera epicúreo, sensual, voluptuoso, viciosísimo. Si lo fuera, ¿hubiese salido de mis manos Lucrecia tan pura y tan virginal como entró? Y la he tenido allí, á mi lado, respirando su aliento, sintiendo palpar su corazón bajo mis manos, á merced de mi capricho; y ni siquiera me he atrevido á darle un beso; yo, el saltador de todas las virtudes, el amante de todos los imposibles, el feroz enemigo de la castidad, el.....

—No quieres conocerte á tí mismo, ni conocer el carácter de las pasiones. A medida que es un amor más exaltado es tambien menos voluptuoso. A medida que penetra más profundamente en el alma, se deja más lejos los sentidos. Las otras mujeres han sido tus caprichos; Lucrecia es y será siempre tu pasión. Las otras mujeres te arrastran como un torbellino; Lucrecia te posee como un cielo. El respeto que te inspira ha puesto un freno á tus ímpetus y la ha sacado incólume de tus manos.

—Si otra vez la tuviera á mi alcance, te juro que me la comía.

—Es una santa. Nacida y criada para dama de alta jerarquía soporta con resignacion sublime el triste estado á que la han reducido su pasión y la tuya. La hija del potentado Butti, la prometida del gentil-hombre Montaperto, la más hermosa florentina se reduce con sublime resignacion á las tristezas de enfermera en hospital de Venecia como la última de las desgraciadas ó de las arrepentidas.

—Confiesa que en una virtud así hay mucho de verdadera demencia. Confiesa cuánto más feliz seria en mis brazos, donde podría encontrar dichas con las cuales ni se atreve siquiera á soñar su deseo.



—Te ama y te ama con pasión. Pero no quiere placer alguno que manche su honra ante el mundo y su conciencia ante Dios. Prefiere morir á claudicar.

—Pues mira; cada cual tiene sus aprensiones en la mollera. Yo creo que no me ama. Yo creo que, de amarme como dices, se entregaria á mi amor, cual se entrega á la serpiente la avecilla fascinada.

—Tiene un corazón muy grande, pero una conciencia mayor que su corazón.

—Ama poco, muy poco.

—Si la hubieras visto desesperada ayer cuando supo que intentabas asociarte á la fiesta de los pintores y salir á alta mar en esa orgía flotante.

—¿De veras?

—Y luego dices que no te ama.

—¿Es tan fría!

—Quien no ama no se interesa de esta suerte. La llamas fría, porque no consiente que devore su virtud un beso de tus labios.

—El amor verdadero no resiste un minuto á los impulsos del corazón.

—Filippo, no salgas con esa libertad; no vayas á la fiesta.

—¿Por qué tal manía?

—Porque, oculto, podrás conjurar muchos peligros y libertarte de muchas asechanzas.

—¿Qué peligros, ni qué niño muerto?

—Has salido bien de todas tus empresas y tienes una fé ciega en tu destino. Pues donde ménos se piensa salta la liebre. Lo que no sucede en un año sucede en un día.

—Tanto me dá. Con eso, al cambiar de suerte, cambiaré de emociones.

—Bueno eres tú para sufrir contrariedades.

—Te parece poca la resistencia de Lucrecia, y la sufro.

—Dos graves peligros tienes al mostrarte en Venecia.

—¿Cuáles? Veamos.

—La amistad de Cosme de Médicis y la enemistad de Guido de Montaperto.

—¿Y qué?

—La amistad de Cosme de Médicis puede conseguir de la Señoría Veneciana que te arranquen á este asilo y te devuelvan á Toscana; y esto, despues de todo, no seria lo peor.

Filippo levantó los hombros con verdadero menosprecio á semejante amenaza.

—Pero, en cambio, no sabes adonde puede llegar la enemistad de Guido Montaperto. No sabes qué venganzas acariciará en su corazón, cuando puso á precio tu cabeza en Prato. No sabes adonde alcanza la cólera de un

amante desdeñado y celoso. Si lo hubieras visto como yo despues del rapto, con la boca llena de espumas como un perro rabioso, si hubieras oido sus juramentos como yo los he oido, ¡ah! no estarias, no, tan sereno y tranquilo.

—¿Y qué quieres? ¿Quieres que convierta en cenobio esta Venecia de los placeres, yo, que he convertido en orgías los cenobios? ¿Quieres que en los brazos de esta Vénus de los mares, cuya sonrisa embriaga, me porte como un penitente muerto al amor y á todo afecto? No, no, no. Déjame ver cómo el sol naciente colora estos edificios de mármol y de cristal; como, al mismo tiempo que las palomas del Alcázar y de la Basílica abren sus alas á la primera luz, despliegan las naves sus velas teñidas en bermellon y en azafran; cómo las ondas mueren, coronadas de espumas, en las islas ceñidas de árboles por cuyos ramos cantan las enamoradas avecillas; cómo las blancas gaviotas y las primeras golondrinas pasan entre los mástiles, y los delfines saltan jugueteando por la ancha estela que la quilla ha dibujado en las aguas; cómo el cordaje y los palos vibran cual otras tantas arpas al beso de las brisas; cómo, en los lejanos horizontes, se pierde esta maga de mil hechizos, esta Venecia, cual las diosas marinas en sus conchas de nácar, mientras los instrumentos músicos en concertadas armonías y las voces humanas en melodiosos coros dan un acento de amor á todas estas maravillas del mar y de los cielos.

—Sea en buen hora; ante las hermosuras de la naturaleza eres como ante las prendas de la mujer, incontinente. Artista y amante, no sabes reportarte. Ve, pues, donde te llama tu deseo; pero ve advertido de que todos cuantos te amamos, vemos en este cumplimiento de tu capricho un verdadero peligro.

—Ya sabes que, en vez de evitarlos, acostumbro á buscar los peligros.

—Pues quien ama el peligro, perecerá en él. Así lo dijo, Filippo, quien ni puede engañarse, ni engañarnos.

Tal fué la última palabra que pronunció Serafin, despidiéndose de Filippo. Coloraba el día naciente la ciudad, cuyos edificios parecian amasados en las reverberaciones de la alborada, cuando el fraile asomó á la puerta de su hosteria. Resplandecian los cielos con tales fulgores y el mar con tales reflejos, que un momento se detuvo extático en la contemplacion del espectáculo, como si, en vez de monje, fuera pintor. Pero sacudió aquel éxtasis bien pronto y se fué camino del hospital donde vivía Lucrecia. Esta le aguardaba ya, vestida con el uniforme que la República designaba á las huérfanas de los grandes hospitales: túnica de estameña azul por ser de los incurables, toca de lino blanco que le caía á guisa de mantilla desde la frente á los talones, sombrero de paja á la espalda, rosario de cuentas de cristal en la mano. A semejante hora solo se veian los campesinos de Palestrina y de Chioggia que aportaban legumbres y flores al mercado en barcazas, ó



las domésticas con sus trages de sarga morada y sus pañuelos de seda blanca á la cabeza. Serafin y Lucrecia pasaron, antes de salir, por todas las habitaciones del hospital, y dieron á cada enfermo, con las medicinas que tenían propinadas, los consuelos del alma y las oraciones de la religion. Los pobres que los veían de esta suerte consagrados al bien, los saludaban con el mayor cariño y pedían á Dios que prosperara los días de aquellos santos bienhechores. Hecho todo esto en el hospital, con una caridad que tomaba los vuelos y los impulsos del entusiasmo, iban á los tugurios donde yacía la miseria. Y derramaban el bien á manos llenas, y socorrian al hambriento, y consolaban al afligido. Los huérfanos, al ver á Lucrecia, su mirada de un resplandor suavísimo, su sonrisa de un tinte celestial, su frente que parecía resplandecer con luminosa aureola, tendían á ella las manecitas y la buscaban de igual suerte que las avejillas buscan el alimento y el calor de la vida en sus pródigas madres. Por donde quiera que iban, dejaban un reguero de luz, y de esperanzas, y de bienes, que nadie podía borrar de la tierra, absolutamente nadie, porque el bien tiene la eternidad de Dios y es en esencia Dios mismo. En estas correrías el alma de Lucrecia se abrillanaba cada vez mas y su vida adquiría esa incomunicable santidad que deslumbra los ojos de la conciencia. Donde quiera que iba, iba con ella el bien. Y no le bastaba, como no le bastaba tampoco al buen Serafin, el socorro material: acorria con palabras dulcísimas, consolaba con profundos consuelos, asistía tanto á las desgracias morales como á las desgracias materiales. Así, en torno del franciscano y de la enfermera, se había poco á poco extendido una leyenda poética que los exaltaba como los rayos de una aureola mística exalta la frente de los santos. Felices aquellos que viven para los demás, en vez de vivir solamente para sí, y ahogan el inhumano egoísmo. Felices aquellos que dan las virtudes de su alma en sacratísima comunión á sus semejantes. Felices aquellos que, despues de repartir sus tesoros, reparten sus consuelos. Felices, mil veces felices cuantos no han dejado de su paso en la tierra ni una sola mancha, y han contribuido á arrancar y despuntar las espinas que erizan al planeta. Serafin y Lucrecia eran dos seres desgraciados. Perteneciente aquel á una religion, en cuya verdad no creía, experimentaba de continuo el combate entre sus sentimientos y sus creencias. Enamorada ésta, de un hombre con el cual no podía unirse ni ante Dios ni ante el mundo, llevaba consigo otro combate tan porfiado y tan terrible como el combate de su protector y de su compañero. Para estas dos almas no había paz posible en la tierra. Si Serafin confesaba públicamente su fé, recogía el deshonor y la hoguera. Si Lucrecia se lanzaba en brazos del hombre á quien prefería, se infamaba ante la sociedad, y se perdía para el cielo. Uno y otro eran vehementes; Serafin en la profesion de sus principios, Lucrecia en la intensidad de sus afectos; pero uno y otro se vencían y dominaban á sí mismos; Serafin por temor al mundo, Lucrecia por

temor á Dios. Y en tal estado padecían ambos con padecimientos inexplicables. No se alcanzan dominaciones tan imperiosas sobre los afectos, sino á precio de muchos y muy porfiados combates. Para que domine la voluntad sobre todas las otras facultades humanas hasta el extremo de no cejar ni ante los golpes del corazón y las inspiraciones del sentimiento, necesitase un temple muy acerado y un natural muy fuerte. Serafin, cuya virtud se había ejercido mas aun que la virtud de Lucrecia, encontrábase en estado moral inferior al estado moral de su protegida. Por temor al mundo callaba sus creencias sobre Dios, mientras que Lucrecia, sumisa á Dios, desafiaba las engañosas opiniones del mundo que la creían perdida para siempre, á pesar de haber conservado su pureza en los incidentes de un raptó inevitable. He aquí la situación de ambos, que como todas las situaciones complicadas, traerá forzosamente dramáticas incidencias en la vida de aquellos dos personajes, de los cuales Serafin cree lo que no puede decir y Lucrecia ama lo que no puede obtener: estado fecundo en terribles y pavorosos casos.

Los dos jóvenes se habían ido á un zaquizamí de los barrios cercanos á la Guidecca, por saber que allí se albergaban una agonía dolorosa y una miseria terrible. Efectivamente, en una de aquellas islas, dentro de oscura cueva que rebosaba humedad salitrosa, sobre triste montón de pajas, agonizaba pobre mujer, la cual sentía, no tanto separarse de un mundo donde solo gustara amargo acíbar, como separarse de unos hijuelos á quienes amaba con la exaltación que dan las grandes desgracias á los grandes sentimientos. La infeliz enferma sentía que la eterna noche bajaba sobre sus párpados y oscurecía sus ojos; que la angustia de la última hora atosigaba su garganta y ahogaba su pecho; que la extinción de todas las fuerzas se acercaba por momentos; y en tan supremo trance, volvíase y revolvíase sobre sí misma para contemplar á su hijuelos, sintiendo mas que la muerte la desgracia de dejarlos solos sobre la tierra, tan desventurados como su madre. Así, llevaba las manos, ora al corazón palpitante con palpitations violentísimas, ora á los ojos apagados en sombras espesas, como para detener á la muerte y pedirle por caridad que la dejase mirar una vez mas á sus hijuelos. Los pobres, al ver á su madre tan demudada, la desconocían, y se esquivaban á ella cuanto mas quería la infeliz estrecharlos en sus entrañas y cubrirlos de besos. Le tenían miedo. Se horrorizaban instintivamente del afecto que ellos mismos producían. Y á medida que mas temían á la agonía y trataban de huir, temía la pobre madre mas á la soledad, al abandono, á la desaparición de sus hijos antes que desapareciese la vida, y trataba de retenerlos con supremos y desesperados esfuerzos. Al ver que sus propios hijos la desconocían, redoblábase los dolores de sus últimas horas, y al par de estos dolores físicos, la pasión exaltadísima por la vida. Su razón se iba; pero quedaba con sus fulgores mas vivaces el sentimiento. Sus ojos se apagaban;



y por lo mismo quería emplear el tacto para tener cerca de sí á los pedazos de sus entrañas más amados cuanto más infelices. Y levantaba cabeza y ojos al cielo como buscando la luz y el aire necesarios á prolongar la vida, no para ella, para las infelices criaturas. La muerte, lejos de ser en esta desdichada madre como una tarde tranquila de otoño, era como un combate horrible en que á la sombra de dolor se mezclaba la falta de resignación. Los pulmones hervían con hervor espantoso; lanzaba la garganta roncós ahullidos; las manos y los pies se crispaban con crispaciones violentísimas; frío sudor cubría todo el cuerpo; y descomponían sus facciones con esa descomposición, cuyo secreto solamente posee la muerte. Y no la apenaba tanto el dolor físico como el dolor moral en aquel trance supremo. De sí misma no se acordaba, sino de sus hijos que le atenaceaban el alma; de sus hijos que huían alejándose al mismo dolor que ellos causaban. ¡Espectáculo terrible! Todas las miserias físicas unidas á todas las miserias morales. La pobre mujer, después de haber luchado y reluchado consigo misma y con sus hijuelos, cayó en una especie de inmovilidad, como abandonada de Dios y de los hombres.

Los tres niños, mientras tanto, como el mayor de ellos apenas contaba cuatro años, se reían, se golpeaban con sendos golpes, jugaban á saltos y departían con voces semejantes al pío de los pajarillos en su nido, sin curarse para nada de la pobre enferma y sin presentir la desgracia que tristemente amagaba sus tiernas cabecitas. Cosas trágicas hay en este trágico mundo; pero ninguna tanto como esas bandadas de huerfanillos, que juegan y rien y cantan y saltan gozosos, en torno del lecho mortuorio ó del ataúd de sus padres, ignorando con ignorancia invencible el número infinito de males que les aguarda sobre la tierra. Tanto gozo cuando debieran sentir tanta pena aflige con aflicción inenarrable á los que contemplan el contraste entre su descuidada alegría y su terrible suerte. La pobre mujer llamaba á sus hijos con voz cada vez más apagada; y sus hijos no se acercaban. Ya perdía la esperanza de verlos y se acurrucaba para morir cuando entraron Lucrecia y Serafin. Al hedor de aquella zahurda, al espectáculo de aquella miseria, á la pena de aquella madre, á la alegaía de aquellos hijos, Lucrecia hubo de vacilar, y seguramente se desmayara si no la sostuviera el enérgico sentimiento de su deber. Serafin, más acostumbrado al dolor y menos sensible, no se curó tanto de compadecer el mal como de procurar el remedio. Mientras Lucrecia se dirigía á los pobres niños, y los besaba y los recogía para llevarlos á la madre que angustiada los pedía á su lado, Serafin, arrodillándose junto á la paja podrida, vertía algunas gotas de cordial en los labios de la enferma, que calmaron un tanto el horror de su agonía, mitigada moralmente también por la caritativa asistencia. Pero ¡ah! las fuerzas que el franciscano llevó á su cuerpo con las gotas cordiales, y el consuelo que la enfermera llevó á su alma con aproximar los pequeñuelos,

reanimáronla solo un momento. Se incorporó casi, se asentó con cierta fuerza, tendió los ojos á sus bienhechores con gratitud, los brazos con furor á sus hijos, y al querer apretar estos pedazos del alma contra su pecho destrozado, dió un grito espantoso semejante al ahullido de una fiera herida, y cayó exánime sobre sus pajas.

Había muerto.

Lucrecia sacó á los niños de aquella caverna, mientras Serafin, de rodillas, pronunciaba los rezos de los muertos con arreglo al ritual de su secta. Era imposible que, al salir de la atmósfera caliginosísima y pestilente, cargada con los miasmas de la muerte, no se detuviese un momento la jóven á respirar la atmósfera luminosa y pura, saturada con las emanaciones de la vida. El coro de las golondrinas recién llegadas se unía á las voces de los pequeñuelos, ignorantes de su desgracia, y regocijados de la universal alegría. Envueltas en torrentes de luz, sobre la tersa superficie de las aguas, deslizábanse en el brazo de mar que se extiende entre el muelle de los Esclavones y la Guidecca, una legión de barcas veleras que recogían el viento bonancible despedido por los celestes Alpes del Frioul, y se encaminaban á los senos del Adriático. Ricos tapices cubrían y alfombraban las tablas: guirnaldas de flores ceñían los bordes; sobre las blancas velas agitábanse innumerables gallardetes; á la proa iban orquestas difundiendo suaves armonías; y á la popa grupos de artistas lujosamente vestidos apurando en copas de oro y plata, á maravilla cinceladas, los vinos de Grecia. La jóven miró aquella escuadrilla de festines flotantes agitándose y estremeciéndose de dolor, pues con esas adivinaciones propias de las mujeres, que penetran profundamente en lo porvenir, presintió los males que amagaban á su amado, los males que sobre su cabeza se cernían. Y en efecto, un poco más lejos del sitio donde Lucrecia se encontraba dirigiendo hácia el asilo aquellos pobres niños, en una de las galerías góticas tan propias de los palacios venecianos, miraba Guido con ávidos ojos la florida flotilla, y decía estas palabras:

—En ese mar te aguardan mis vengadores; allá en la costa mis venganzas. Vamos á reunir á nuestra gente y á realizar nuestro proyecto.

La flotilla se dirigió por el muelle de los Esclavones, pasó entre las islas dejando á sus espaldas la luminosa laguna de San Márcos, se internó en alta mar, y se perdió de vista entre los árboles de aquellos jardines y las líneas de aquellos campanarios, que surgen con tanta magia del movable seno de las ondas. Nada más hermoso que los grupos de lindas venecianas asomadas á los balcones y galerías para despedir la fiesta marina; y las lanchas de la gozosa escuadrilla adornadas con esos matices propios de los que en sus paletas tienen todas las combinaciones del color; y las mesas cargadas con áurea vajilla y servidas, ora por esclavos del Asia, ora por negros de la Nubia; y las canciones acompañadas del rumor producido por



la mezcla de las olas con las brisas; y la alegría general aumentada por las refracciones de los rayos solares en el terso espejo de aquellas claras y luminosas aguas.

En la principal de las naves iban los mas afamados maestros en las artes del dibujo. Y sobre todos ellos erguíase el gran Squarccione que tocaba ya en el ocaso de la vida, y merecía de sus innumerables discípulos toda suerte de ofrendas y agasajos. Génio severo, de esos que nacen con las facultades bastante equilibradas para tener discípulos y fundar escuelas, sin la singularidad sublime que orna las almas verdaderamente excepcionales, y por lo mismo pudiendo servir de enseñanza y de modelo educaba dos series de artistas, las cuales habian de fundar dos maneras de pinturas igualmente deslumbradoras: la manera veneciana y la manera lombarda. Junto á Squarccione veíase un jóven, casi un niño, que le contemplaba extático y que á la sazón, bajo sus consejos, ponía mano en la obra de pintar el mayor salon del Palacio ducal. El único de los grandes maestros vivos que faltaba en aquella fiesta era Bellini, porque émulo de Squarccione, nunca se presentaba donde pudiera su orgullo chocar con aquella emulacion degenerada en verdadera enemiga. Entre el coro de inmortales se encontraba Filippo Lippi, á quien su justa fama y sus brillantes cuadros habian abierto de par en par los salones venecianos. Todos los demás que iban, eran pintores tambien, aunque no á la altura de estos tres genios, y por consecuencia no destinados como ellos á la fama en este mundo, á la inmortalidad en el otro. La primera conversacion versó sobre los artistas de los diversos estados italianos. Squarccione dedió algunas palabras al Zingaro, célebre artista napolitano que acababa de morir. Calificó primero su mérito hablando de las dos cualidades capitales que le enaltecian; la viveza del colorido y la felicidad de la expresion. Nacido y criado en tierra de Nápoles, donde la pintura jamás tuvo la grandeza que en sus tres centros capitales, Toscana, Umbría, Venecia, no puede clasificarse con exactitud la escuela á que perteneció el Zingaro, pero sí decirse con verdad la brillantez de su estilo, inspirado en los mejores modelos entonces conocidos, sin perder su propia originalidad. Tambien contó un rasgo extraño de su vida. Hijo de los abruzos por ende fornido montañés, penzó dedicarse á un oficio manual, propio de su educacion y de su temperamento, para lo cual se fué del rincón de su provincia á la hermosa capitalidad. Una vez allí, en Nápoles, tropezó con la hija de Colantonio, y se enamoró de ella perdidamente. Mas, al pedírsela á su padre, se le cayeron las dos alas del corazón, oyendo que no daría aquella hermosa niña en matrimonio sino á un pintor y pintor ruidosamente célebre. El Zingaro se desesperó. ¿Cómo alcanzar esa gloria un pobre industrial, ageno á toda clase de estudios, experto en manejar groseros instrumentos, incapaz de tener con arte cosa tan delicada como un pincel en sus callosas manos? Mas todo lo puede el amor; y desde

aquel dia tomó con tanto empeño el obtener la deseada prenda, aun á costa de un imposible vencido, que al arte se consagró con todas sus fuerzas, y á maestro llegó en poco tiempo. La fortuna, la gloria y el amor, fueron el premio de este arrojó. Pero tantas grandezas se han desvanecido, añadió, en la muerte que no perdona ni siquiera al génio á pesar de la inmortalidad concedida á su nombre y á sus obras. Creyó Lippi tal conversacion de la muerte y de los muertos asunto demasiado triste, y como en estas llegaron al mar, volviése hácia el Oriente donde despedía sus rayos reflejados por las cristalinas aguas el sol, y conociendo las devociones artísticas de Squarccione invocó á Grecia de la misma suerte que pudiera un poeta invocar á su musa. Squarccione se conmovió á semejante invocacion; y tendió sus brazos al punto donde señalaba el jóven artista. Una especie de sentimiento religioso dominó en aquella asamblea bulliciosísima, inspirando ese silencio profundo que proviene de la concentracion del alma sobre una idea y que se llama recogimiento. Refiere Herodoto como despues del sacrificio de las Termópilas, antes de la victoria de Salamina, al descender los persas en la Ática, quemaron secular olivo consagrado á Minerva, dejando solo el tronco. Dolor intenso tuvieron los atenienses, al ver aquel religioso simbolo de su diosa, el árbol cuyas frutas dan jugo tal que podria creerse la sangre misma del sol, pues alimenta la luz, reducido á un puñado de cenizas dispersas por las brisas marinas sobre los restos mutilados de los altares de mármol. ¡Mas cuánto no sería su gozo al verlo retoñar en el siguiente dia ostentando una rama fuerte y hojosa que anunciaba nuevo y mas corpulento árbol! De igual suerte en el Renacimiento: la Grecia perdida bajo tantas ruinas; la Grecia olvidada por veinte siglos en que brillaron otras civilizaciones; la Grecia extinta, se levantaba de su sepulcro, y en esta resurreccion inopinada, engendraba y lactaba coros de artistas inmortales, venidos á embellecer con los esmaltes de su inspiracion los senos del espíritu y los espacios del planeta.

—Yo quisiera verla, decia Squarccione, con su corona de mirtos y su peana de mármoles. Yo quisiera escuchar aquella voz melodiosa, á cuyos acentos se poblaba de Dioses el Universo y se encendía la llama creadora del génio en la frente del hombre. Campos griegos, campos inmortales, poblados de laureles á vuestro seno acudirán eternamente las inspiraciones en pos de miel con que sostener su vida y de matices con que colorear sus alas. Quién pudiera haberos visto cuando las procesiones subian por las laderas de las colinas al templo que entre bosques de mirtos resplandecía en la cima; cuando el orador recitaba las páginas de los historiadores en medio de un concurso recogido y extático, cuando los jóvenes atletas luchaban en porfias gimnásticas y los coros daban vertiginosas vueltas en los juegos píthicos; cuando las estatuas, recién salidas de las manos de Fidias, se erguian sobre las aras esmaltadas de bajos relieves y aspiraban la mirra y la verbena que-



madas sobre el trípode de oro; cuando, al son de las cítaras y de los coros, las vírgenes danzaban en círculos mágicos, y daban al viento que descendía del Olimpo los rizos de sus negras cabelleras y los pliegues de sus blancas túnicas; cuando el poeta entonaba su oda á cuyos versos acompañaba la música; y la vida entera, como una obra de arte, se asemejaba á deliciosa y continuada armonía, al coro de los astros en la inmensidad de los cielos.

Tras esta invocacion á la antigua Grecia, los músicos sonaron una armonía verdaderamente griega por su sencillez y suavidad. Al son de la música, unos jóvenes escanciaron las copas que rebosaban vino de Chipre, y otros cogieron frescas rosas de las guirnaldas y las deshojaron sobre la espuma que subía á la superficie del oscuro y fortificante líquido. Mientras estos tocaban y aquellos bebían, varios cantaban canciones dignas de los tiempos helénicos y consagradas al vino y al amor. No pidais, decían á una en estas ó parecidas palabras, no pidais que cantemos á los héroes, porque nuestra cítara ensalza involuntariamente el amor y tira con fuerza incontrastable á celebrar la paloma que pliega sus alas tornasoladas y cambiantes al posarse sobre la lira de Anacreonte para beber en su copa, comer en su mano, y traerle á su oído dulces arrullos de amor. No queremos combatir, sino amar; apercebidos agua clara para refrescar nuestros rostros, vino añejo para encender nuestras venas, olientes rosas para ceñir nuestras sienas. Olas que arruyais la nave; brisas, que enchís las velas; árboles de las costas, que nos saludais al paso; aves marinas, que venís á posaros sobre los mástiles; acompañad con vuestras cadencias armoniosas todos nuestros cánticos para que podamos despertar á los genios de la Naturaleza y pedirles larga vida, eterna inspiracion, inagotable amor.

Tras este cántico armoniosísimo, empeñóse una conversacion sobre la naturaleza propia del arte. Filippo, esencialmente naturalista, admiraba la pintura veneciana porque la veía nacer al impulso de sus propias vocaciones. Uno de los mayores indicios para conocer lo que podríamos llamar complexion de las inteligencias, se encuentra en las espontáneas determinaciones del gusto, y en la instintiva eleccion de los modelos. Hijo Lippi del Renacimiento enamorado de la Naturaleza en cuyas emanaciones se embriagaba como uno de aquellos bacantes antiguos que iban delirando por los viñedos, amaba con amor exaltado la pintura naturalista, y la seguía con vocacion verdadera. En el fondo de sus cuadros los paisajes se dilatan, los árboles brotan animados de savia, las flores abren sus corolas de mil matices, las mariposas vuelan con la frescura y la magia de inocentes ilusiones, los pájaros se posan sobre las ramas floridas, el espíritu de la Naturaleza se revela y vive. Mas á pesar de esta vocacion predominante, el artista no pierde aquello que mas caracteriza y determina su gente, su region, su escuela, á saber, el don de trazar la línea que podríamos llamar la idea madre de su arte. Los toscanos, como los griegos, brillan con brillo sin

igual en el dibujo. Sus cuadros tienen algo del bajo relieve antiguo. Aunque la estatua griega todavía se encuentre enterrada en las ruinas de la Edad Media la han adivinado y la han presentido ellos por las intuiciones naturales al génio. De consiguiente sus figuras responden á un ideal de belleza que parece deliciosa armonía. Y este carácter se nota antes de Lippi en Giotto, en los Pisas, en Ghiberti; despues de Lippi en Leonardo de Vinci que también es toscano, y en Rafael que, si ha nacido por la Umbria, se ha educado en la etrusca Perugia y ha visto las puertas del Baptisterio y las capillas del Carmine en la griega y armoniosísima Florencia. Aunque en los tiempos de Lippi las escuelas no estaban ni tan definidas ni tan determinadas como medio siglo mas tarde, en que el Renacimiento llega á su verdadera madurez, pueden darse por existentes así la florentina como la veneciana, y puede decirse que en ésta predominaba el color y en aquella la línea. Por muy realista que un pintor toscano sea, siempre tienen tales armonías en sus figuras que responden á un mundo supra-sensible, y traen algun reflejo celeste de la idea increada; y por muy religioso, por muy espiritualista que sea un pintor veneciano, siempre obedece á la realidad y habita en el mundo inferior de las verdades terrenas. Así es que los ángeles del cielo, tales como pudiera soñarlos un extático en sus arrobamientos; las rosas místicas que al soplo de la oracion se abren y que llevan como el roce de invisibles sobrenaturales alas en sus corolas; los modelos mas acabados de la hermosura plástica y las figuras mas bellas por su forma, se ven allá en los bajos relieves de Ghiberti, en los fondos deslumbradores de Fra Angélico que diriais tomados del éter divino, en los grupos de Giotto y de Orcagna; mientras en la pintura veneciana, en la misma de Carpaccio y otros artistas del siglo décimo-quinto veis los largos intercolumnios sobre los relucientes canales; las góndolas tapizadas de negro y conducidas por gondoleros vestidos de rojo, las galeras llenas de esclavos africanos cuya tez de ébano resalta en la blancura de los mármoles, la alfombra de Persia extendida en pavimentos que parecen de cristal, los músicos con sus dalmáticas de brocado tocando la viola y la flauta en concertadas armonías, los pages con sus calzas y sus juboncillos de raso llevando copas y platos cincelados por prodigiosa manera, los festines orgiásticos donde los caballeros ofrecen á las damas resplandecientes de gozo y ornadas con toda la rica pedrería oriental, los aromas del vino griego mezclados con los arrebatos del voluptuoso amor. Todas estas ideas habian dado á Filippo tal entusiasmo que, embebido en verterlas y arreglarlas, no vió la nave cercana que con cuidado le atisbaba y con perseverancia le seguía hasta anunciar su proximidad por dos medios bien terribles: un grito salvaje de su tripulacion y una descarga cerrada de sus arcabuces.

Aquellos artistas descuidados e imprevisores; sin mas armas que los cuchillos áureos de la rica mesa; sin mas armadura que el damasco y el



terciopelo del pintoresco trage; sin mas propósito que vagar á su antojo por el Adriático y divertirse en ruidosos placeres; hijos de Vénus y Baco, cuando mas en sus goces se encontraban absortos, véense sorprendidos con ese asalto y amezados de pirata abordaje. Á ser mas precavidos y recelosos, notaran extraña nave que les aguardaba á la punta oriental del Lido y les seguía á calculada distancia. Cierta que en mañana despejada y tranquila, cerca de Venecia, salían y entraban tantos barcos ya de la marina oficial, ya del comercio, ya de pesca, que podía uno de ellos tomar el mismo derrotero de los artistas y seguir el mismo rumbo sin verse sospechado de piratería. Y eso que la nave salteadora presentaba bien extraños caracteres. Poco su calado, muchos sus remos, numerosas sus velas, bogaba con la agilidad de los delfines. Entre sus remos se veían tipos de los principales pueblos entonces conocidos, y representantes de razas asiáticas, europeas y africanas. Á popa se distinguía un marino avellanado, de elegante apostura, de negros y saltones ojos, de rostro atezado por el sol y por los vientos, de nariz aguileña, de barba poblada, de labios gruesos, que miraba y remiraba la nave, objeto de sus ansias, con codiciosa y rapaz avidez, propia de un pirata. Este hombre creía tener rayas bienhadas en la mano y estrellas propicias en el cielo. Vencedor mil veces de la tempestad, confiaba en su fortuna, y se reía de la resistencia de las sociedades humanas tan débil cuando se le compara con la resistencia de los elementos. El mar le parecía su imperio, los vientos sus aliados, las ondas sus esclavas; y como los horizontes inmensos y los celajes interminables, sus ensueños y sus ambiciones no reconocían ningún límite. Vivir en la inmensidad como el pez; acostarse para el sueño eterno en las ondas como el sol; luchar y reluchar con los elementos: he ahí compendiada toda su existencia. El oleaje hirviendo azotado por los huracanes sonaba en sus oídos como un coro gigantesco; la vibración de las lonas y de los cables, el crugido de los mástiles, como un arpa. No le gustaba requerir los puertos, ni echar las anclas; pues en la inercia se moría y en tierra se mareaba. Crecido en los combates, la ley de su vida se reducía á combatir con sañudo encarnizamiento, sin curarse para nada ni que cambiasen los móviles y los fines de sus acciones. Juguete de las fuerzas ciegas de la naturaleza, tenía como la naturaleza, á cuyo poder estaba sometido, una crueldad implacable. En su sentir, los fuertes debían dominar á los débiles, como en los abismos de las aguas los peces grandes devoran á los chicos: que no resplandecía con otros resplandores su conciencia ni llegaban mas lejos sus leyes de moral. Hombre de semejante naturaleza abordó y apresó la nave en que iba Lippi.

—¡Oh afrenta! Dijo Squarccione, los piratas llegan hasta las puertas de Venecia.

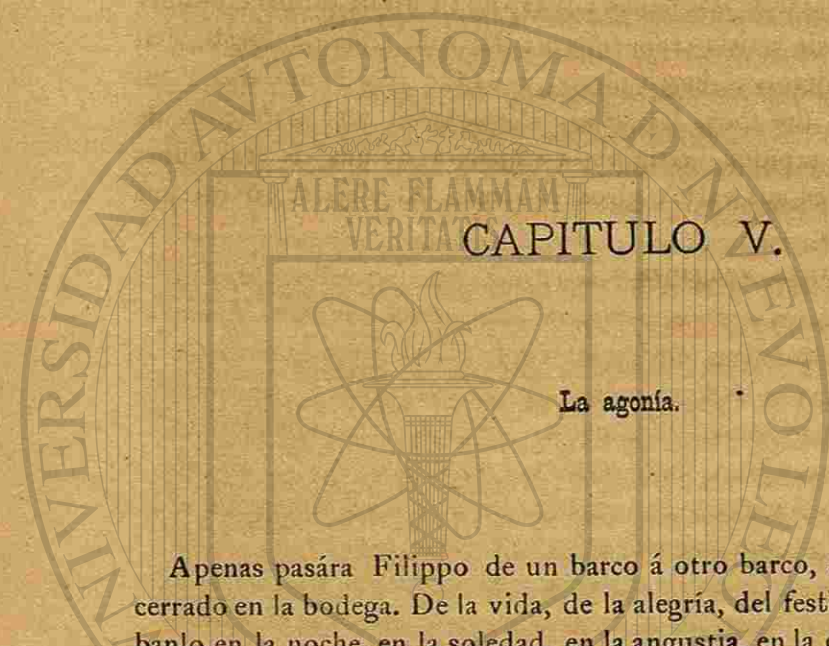
—No tembleis, exclamó el pirata, os pido uno de vosotros que necesito

cautivar, y os dejo á los demás completamente libres. Muchachos, añadió, prendedme al pintor Lippi, y trasportadlo á nuestro barco.

Cuatro piratas, armados de hachas y trabucos, entraron á esta orden imperiosa en la nave de los artistas; se dirigieron á Lippi que los miraba con estupefacción; le ataron las manos á la espalda sin que pudiera oponer resistencia, porque cada artista tenía enfrente de sí un arma de fuego, y él solo cuatro; le condujeron al barco pirata; y dando fuerte impulso á los remos y tendiendo al aire todas las velas, se apartaron y se perdieron de vista en alta mar con rapidez vertiginosa á manera de una de esas nubes que arrastra y disipa en sus varios giros el viento. Al alejarse, oyóse una voz siniestra que decía:

—Venganza, venganza, venganza.





Apenas pasára Filippo de un barco á otro barco, cuando ya estaba encerrado en la bodega. De la vida, de la alegría, del festín, del arte precipítábanlo en la noche, en la soledad, en la angustia, en la desesperacion. Aquellas hondas entrañas del buque parecían como ataud, bastante á dejar espacio al vivo enterrado como muerto, á fin de que pudiera moverse para mayor tormento. A través de las tablas embreadas se oía, en aquella oscuridad artificial, en aquella tumba flotante, el hervidero de las olas, el choque del agua en la quilla y en los costados, la vibracion de las cuerdas y de las velas, el grito y clamoreo de los marineros. Filippo, arrancado al festín, á los coros y á la música de su veneciana orgía, al aroma de los pebeteros que humeaban orientales esencias, al calor del vino hirviente en copas talladas y cinceladas por los incomparables artistas de su tiempo; sentíase vivamente contrariado; pero á sus contrariedades, que le daban la rabia febril propia de su nervioso temperamento, uníanse puntas y ribetes de impacientísima curiosidad. ¿En qué manos había caído? ¿De quién era el barco? ¿Á qué nacion ó gente pertenecían aquellos piratas? ¿Dónde lo conducían? ¿Qué suerte le deparaban? Hé ahí las primeras interrogaciones dirigidas á sí mismo y á las cuales contestaba solamente el silencio. Bajáronle al vientre del barco por una escalera portátil, y aun no le habían bajado, cuando quitaron la escalera, y le impidieron por ende hasta golpear á la puerta de su prision. Así es que, en su despecho y rabia, dejóse caer sobre las tablas para aguardar nuevo accidente que le revelera algo de su incierto porvenir. Y cerró los ojos; y vió pasar en vision interior su vida toda. Los últimos dias ha-

bían sido de penas intensas y de intensos placeres como pide la Naturaleza, que mezcla el dolor á la alegría en grandes proporciones. La seguridad de que Lucrecia solo se uniría con él por un lazo legítimo y de que sus votos religiosos le impedían trenzar este lazo, amargólo con acerbísima amargura. Pero se desquitó de este dolor en la ciudad de los placeres, con cenas, con bailes, con máscaras, con aventuras, con encuentros nocturnos á espada en el laberinto de las callejuelas, con borracheras cogidas en casa de las cortesanas, con exaltacion y delirios de sus sentidos, tan abiertos todos á los goces, ya lo he dicho mil veces, como los de un sátiro ó de un bacante antiguo. Y desde aquellos salones de los mosaicos; desde aquellas galerías de mármoles y de jaspes; desde aquellos festines donde las flores le ofrecían sus cálices y las copas sus bordes y las mujeres sus besos; cayó en la negra bodega de un barco pirata para que todo fuese contraste y desproporcion extrañísima en su tormentosa vida.

La comparacion de estado con estado le embargaba, cuando sintió que el portalon de la bodega se abría; que una escala de mano bajaba; y que por la escala acercábase á él silencioso hombre con mortecino farol suspendido de un brazo y con puñales y otras armas ceñidas al cinto. Ducho en estas aventuras, no mostró un miedo que, en vez de servirle, pudiera valer tan solo para ridiculizarlo ó perderlo; y se dirigió al recién venido, pendiente aun de su escala, y le habló con la desenvoltura propia de quien ni teme ni recela, á pesar de tantos y tan nefastos indicios.

Y dijo:

—¿Cómo desasirme de mi dorada nave? ¿Qué había yo hecho para castigarme en este cepo cual si fuera un escolar desaplicado? Tiene gracia el importuno lance. Caballero ó pirata, sér humano ó monstruo marino, dime pronto qué quieres de mí, y no me atormentes con la sed de la curiosidad y la agitacion de la incertidumbre.

Como el farol caía del brazo á los piés, no iluminaba la faz del recién venido, completamente cubierta por las sombras. En consecuencia no podía Filippo adivinar quien le visitaba á semejantes horas y con aquel silencio. Su curiosidad crecía pues de punto porque el misterio se espesaba mas á cada instante. ¿Cuál no sería su anhelo viendo la única persona que se le acercaba, dejar la luz en las tablas; cruzarse de brazos á su frente; y contemplarlo, sin que diera de sí otra muestra sino la respiracion fatigosa, entrecortada, hirviente, en la cual sentíase latir concentradísima rabia?

—Sér de este ó del otro mundo, gritó Lippi, ya te envíe el cielo, ya te envíe el infierno, sácame de dudas y dime lo que quieres.

—Filippo.

Respondió el interrogado.

—Creo conocer esta voz.

Dijo Filippo.



—Sí la conoces.

—¿Quién sois?

Soy tu mas implacable enemigo.

—¡Cáspita! Lo siento, dijo Filippo, lo siento; porque bueno es tener amigos, aunque sea en las bodegas de un barco pirata.

—¿No te remuerde la conciencia?

—¿Qué me ha de remorder? Á nadie hice daño; divertíme cuanto pude por mi cuenta y riesgo; cumplí fielmente mi vocacion en este mundo; y Cristo con todos.

—Registra, registra tu memoria.

—Por mas que la registro, no encuentro en ella ningun remordimiento.

—¿De veras?

—Alguna cuchillada, algun amorío, alguna envidilla de mis émulos; pecata minuta, cosas veniales, faltas que se rescatan con penitencillas de tres al cuarto.

—Filippo.

—¿Qué voz tan cavernosa!

—Has cometido muchas faltas en esta vida.

—Pues no ha salido mal predicador de este barco maldito. ¿Muchas faltas? Colgar los hábitos porque se manchan con los pinceles. A buena hora viene su merced con esas frailunas monsergas, ni mas ni menos que cualquier cuaresmero motilon. Acabo de tener entre mis manos, á mi arbitrio, la mas hermosa jóven de toda Toscana; y no le toqué el pelo de la ropa. Pude robarla delante de todo Prato y no pude faltarle delante de un conjuro de sus labios y de una negativa de su voluntad imperiosamente expresada. Y á mí, á un mandria de este temple, se le arguye hoy de perverso. Confesemos que merezco ó estar en bienaventuranza como los santos, ó estar en babilia como los imbéciles; pero no en lenguas de predicadores y de frailes.

Los dientes del recién venido rechinaban; su pecho rugía.

—Pues señor, ¿qué habré hecho yo para enfurecer así á este fantasma?

—¿Qué has hecho? Y lo preguntas cuando acabas tú mismo de decirlo.

¿Pues no sabes que has amado á Lucrecia?

—Luego sois.....

—Guido Montaperto.

—En tales parajes, á estas horas, en esa forma, entre semejantes gentes.....

—Sí.

—De suerte que el mayor de los gentiles—hombres se ha trocado en el mayor de los piratas.

—Buscando una venganza.

—¿A qué?

—Al amor que has inspirado y que ha sido causa única de todos mis infortunios.

—Locuras donosas conocí; pero como esta ¡pardiez! ninguna. ¡Vengarse de pasión que involuntariamente se adquiere como se inspira involuntariamente! Todo eso es un vuelco de la sangre en el corazón que nadie puede remediar, y por consiguiente, de que á nadie puede pedírsele cuenta. Yo con mi amor correspondido y vos con vuestro amor desdenado, quedamos iguales. Ni uno ni otro hemos catado la manzana. Así no hay que pedir cuenta ni darla. En Venecia tiene vuestra merced á su amada tan dura como las piedras; pero tan inmaculada como el día de su nacimiento.

—Estoy seguro de que hubiera unido á la mía su suerte; de que la llamara ahora compañera de mi vida y madre de mis hijos, á no haberse interpuesto en mi dicha tu amor.

—Mucho decir es eso, porque no ví jamás mujer ni tan bella de rostro ni tan dura de cascós. Con cien arcabuces no le sacais de la mollera el escrúpulo, la aprension que en la mollera se le clava. De haberos querido, se casa, á pesar mio, y á pesar de cien como yo. No queriendoos, lo mismo importaba mi presencia que la presencia del Preste Juan de las Indias. Ni la mujer fuerte de la Escritura tiene que ver con nuestra idolatrada é inaccesible Lucrecia. Por consiguiente, no os quejeis á mí, quejaos al cielo que la ha hecho de pórvido como á otras mujeres las ha hecho de fuego.

—¿Al cielo? Á tí, solamente á tí puedo y debo quejarme. \*No cayera jamás en la cuenta de amarte si no suscitaras tú aquel amor desapoderado que la llevó hasta negarme al pié de los altares un sí prometido y jurado de antemano. Tú fuiste el fantasma que trastornó su seso y mi ventura. Tú fuiste el artista que, entrando sigiloso en el convento, so pretexto de retratarla, volviste á turbar aquella paz que acaso le inspirara la idea de cambiar su celda por mi castillo. Tú la has robado á mis esperanzas en Prato, y la has traído cautiva y sin honor á Venecia. Y todavía preguntas cómo te has podido interponer en mi camino. He visto una hermosa doncella deshonrada; un respetable padre moribundo; un sensible corazón como el mio partido en mil pedazos. Y aun dices qué razón tengo para vengarme. Desconfiaría hasta de la justicia divina, si no fueras herido, y herido por mi implacable mano. Quería llevarte á una de las varias torres que en las orillas adriáticas se levantan; y no he tenido ánimo para esperar tanto tiempo. Aquí ha de ser mi venganza. Aquí he de verte lanzado, con ese bello traje de tus orgías, al mar inmenso, para que los peces te devoren. He seguido tus pasos como si fuera la sombra proyectada por tu cuerpo. He reunido en torno mio todos estos piratas, especie de tiburones, solo para apresarte. He sacrificado una considerable porción de mi fortuna al logro de este deseo. Va á cumplirse, y me regocijo como si viera llegar uno



de los momentos mas felices que puede contar la humana vida. Mucho has gozado; pero mucho vas á padecer ahora. Una larga agonía te aguarda; tremendo combate con las aguas que te ahogarán poco á poco. La sangre ardiente de tus venas, la dicha exaltada de tu corazón, el brillo esplendoroso de tu inteligencia, la luz de tu fantasía, la aureola de tu gloria, va muy pronto á extinguirse en las aguas del mar.

—¡Buena ocurrencia! Sin duda habláis en broma porque no puedo suponer á tan acabado caballero reo de semejantes locuras. Si nos hemos encontrado en nuestro camino hasta chocar con terrible choque, bien sabe Dios que no ha sido tanto por mi culpa como por vuestra desgracia. ¿Y quereis que pague yo, inocente, el que vos seáis desgraciado?

—Quizás sea verdad todo cuanto dices. Quizás provengan los sufrimientos, que tanto me aquejan, de mi desgracia antes que de tu culpa. ¿El origen del mal? Averigüelo Vargas. Por qué entre cinco hermanos, sale uno jorobado, y cuatro garllardos mozos, teniendo todos un padre y una madre? No hay nada tan relativo como el mal. Resultando bueno el conjunto, la implacable Naturaleza ni siquiera se cura de las particularidades. Una rueda destinada á mover la maquinaria total, te coje por un paño de la ropilla, te da mil vueltas entre sus dientes acerados, te deshila todas las fibras, te rompe todos los huesos y no se hecha de ver, pues continua el movimiento universal, mientras acaba el movimiento de tu vida. No me cuentas si provinieron mis desgracias de tus calaveradas ó de mi enemigo hado. Lo ignoro, y es mas, deseo ignorarlo. Lo único que sé, lo único que á fondo conozco es mi dolor.

—¡Y creéis aplacarlo en cuanto esos sayones me cojan por la cintura y me echen al mar en compañía de los peces! Cuando el agua amarga y salada haya enchido mi vientre, apagado mi respiración, y flote verduoso y yerto sobre la inmensa superficie mi cadáver ¿entrará en el pecho de Lucrecia una pasión exaltadísima por su antes desdeñado novio? Yo caeré al mar. El instinto de conservación, el amor á la vida, el fuego de la juventud, me sostendrán ciertamente en lucha de algunas horas, lucha horrible, hasta que venga á matarme la agonía de algunos minutos; pero vos, dejándome á vuestra espalda en la inmensa soledad, os lleváis un corazón triste y lacerado por dolor mas intenso y remordimiento mas tormentoso que mi misma agonía.

—Ignoro todo cuanto podrá sucederme despues de haber satisfecho esta necesidad de venganza que friamente expongo á mi víctima, solo por atormentarla con el mal anunciado de antemano, más, mucho más horrible que el mal venido de improviso. Nadie ha calculado los estados del alma como se calculan y se anuncian las estaciones del año. No sé el número de ideas falsas, ni la cantidad de efectos extraviados que entran en mis pasiones y que perturban mi juicio. Solamente sé á ciencia cierta toda la inten-

sidad de mi dolor. Al verme desdeñado, busqué en una voluntad distinta de la voluntad de mi amada, el origen de este desden. Y no acierto á decir la emoción que me sobrecogió en Prato viendo plenamente justificadas mis sospechas y cumplidos mis presentimientos, al aparecer ante mis ojos en tu persona la causa de mi dolor. Si en aquel momento hubiera podido, te extirpara de la tierra y te cercenara de la humanidad. Tantas emociones reunidas han producido una pasión exaltada. No te empeñes en reflexiones de ninguna clase. Echas con ellas aceite y leña al fuego que devora todas mis entrañas. El mundo forjado por mis ilusiones ha caído á mis plantas. El horizonte extendido sobre ese mundo, se ha disipado como el sueño de una noche. Para poder vivir necesito saber que hay justicia. El castigo impuesto al malvado asegura el premio debido al virtuoso. Este mal mio no proviene de Dios, proviene del hombre. Es necesario castigar al hombre que lo ha hecho. No puedo castigar á ella, porque castigándola á ella, me castigaria á mi mismo. Tengo que castigarte á tí, Filippo, á tí, el ser mas nefasto á mi existencia y mas aborrecible á mi corazón. Cuando me acuerdo ahora mismo de aquella tarde, los ojos saltan de las órbitas y las sienas en mi cabeza estallan. Los cánticos religiosos habian dado á mi alma atribulada como un perfume de esperanza. Entre los místicos símbolos de nuestra fé, venia la hermosa Lucrecia como un verdadero ángel de los cielos. Y cuando la contemplaba con mayor éxtasis ¡ay! te lanzas sobre ella á guisa de ave rapaz súbitamente descendida de los aires y la robas á las ilusiones de mi corazón y á la honra y á la estimación del mundo. En cuanto este pensamiento me asalta pierdo toda medida, y todo imperio sobre mí mismo; y ciego de cólera me lanzara sobre ese protervo pecho y le arrancara el corazón á pedazos.

—He caído en las garras de un tigre y tengo por inútil moverle con palabras á piedad que no entrará jamás en sus feroces instintos. Prefiero sorber el agua amarguísima del mar á sorberme la ignominia de una humillación. Moriré desesperado; pero no moriré disminuido á mis ojos. Haced cuanto os pida el gusto. Este barco resulta un matadero flotante. Sea en buenhora. Pero si es verdad que me matais por celos, y no por nativa crueldad, entended que Lucrecia os amará menos, y hasta llegará á aborreceros implacablemente despues de mi muerte. Ahora cúmplase vuestra voluntad, ya que no hay medio alguno de contrastarla. No, no os amará jamás.

Á esta asercion bajó Guido la cabeza como abrumado por su tristísima verdad. Y Lippi, que amaba mucho la vida, y se perdía en mil conjeturas para encontrar el medio de salvarse, creyendo entrever un desaliento favorable á sus esfuerzos y á sus esperanzas en la actitud de su enemigo, saltó hácia él con fuerza, decidido á ver de arrebatarle una de sus armas y defenderse de sus asechanzas, vendiendo cara la amenazada vida. En esta sereni-



dad para calcular su defensa y en este enlace de ideas para distinguir el peligro, veíase todo su temple, pues un hombre, ó débil ó cobarde, se perturbara á las obsesiones del terror y perdiera el hilo de los pensamientos, viéndose, sobre todo, al borde oscurísimo de la muerte. Apercibido Montaperto á rechazar toda violencia, aun no había dado Lippi su salto, cuando ya sonaba el pito de alarma, llamando en su socorro la ligera y atrevida tripulación del barco. En tal rápida advertencia consistió su salvacion. Filippo, que conocia todo lo triste de su suerte y que adivinaba todo lo inútil de un esfuerzo débil, se habia abalanzado á su cuello con furor y lo tenia ya agarrado entre sus dedos de hierro, á punto casi de destrozarlo y de traer á su enemigo una inmediata asfixia. Mas la tripulación bajó con rapidez y le arrancó la víctima con celeridad; victoria naturalísima de la fuerza sobre el valor. Guido, al salir de los puños del pintor, amoratada la faz inyectados en sangre los ojos, cárdenos los labios, vibrantes los nervios, hinchadas las venas de las sienes, dió un grito y dijo: «al agua, al agua, al agua.» Los tripulantes cogieron á Lippi que no quiso manchar su trágica situacion con una resistencia inútil, y sacándolo por la boca de la bodega, le arrojaron al agua como si fuera un cuerpo muerto. Chocó en el mar con siniestro estrépito, levantó al choque algunas gotas de agua que recayeron sobre la verdosa superficie, y se entregó á luchar con las ansias y los estertores de la muerte, mientras la velera nave bogaba indiferente, henchida por las brisas, en la celeste inmensidad.

Era una noche hermosísima, de esas que solamente se conocen allá por los celajes y las superficies del Mediterráneo. La luna llena, esmaltada por un plateado que tenia los cambiantes del nácar, se alzaba con magestuosa pausa por los bordes del horizonte. El mar, ligeramente rizado al soplo de una brisa fresquísima, tendia sobre sus aguas celestes como una blonda de espumas, en cuyos juegos la mustia luz del astro de la noche se quebraba, rielando de tal suerte que parecian sus reflejos como copia de los espacios celestes á la hora del nacimiento y de la formacion de los astros. Cercano el sitio, donde cayera Lippi, á la desembocadura del Brenta, sus aguas tienen extraños matices fosfóricos, que, á pesar del claror de la luna, lucian y culebreaban, como una llama indecisa y azulada que se agitate á los estremecimientos de las ondas y á los soplos de las brisas. Por los límites ponientes de las líneas horizontales, el crepúsculo vespertino tendia un franja de púrpura, recuerdo del sol ausente, franja que aumentaba con sus destellos la solemnidad de aquella hora y la hermosura de aquel paisaje. Horizontes azules por los rayos de la luna entonados y rociados por algunas estrellas que dificilmente vencian y atravesaban las plateadas gasas de la luz lunar; aguas, como el cielo mismo de celestes, jaspeadas de espumas, las cuales á su vez teñíanse de cambiantes mágicos; rápidas fosforencias que fingian lazos de estelas brillantes y fugaces; brisas de esas que cantan y que

rizan con suavidad el mar; todo cuanto en la bóveda del cielo y en la inmensa superficie del Adriático se veia, todo, todo provocaba al goce y al recreo del alma identificada con la naturaleza por aquellas deslumbradoras revelaciones del sér y de la vida.

¡Oh! Cuánta tristeza se despierta en el corazon cuando al dolor humano con todos sus horrores opondre Naturaleza su serenidad inalterable. Bajo aquel cielo deslumbrador; sobre aquellas aguas encantadas; entre el coro de las ondas que parecia un coro de diosas marinas sacando de los abismos sus esféricas cabezas coronadas por guirnalda de algas y de perlas; á la luz plateada de la luna que inspira coloquios de amor y al centelleo pasajero de las fosforencias que parecen seductoras ilusiones; cantando las brisas y extendiéndose allá lejos los tranquilos campos de la orilla cuyas luces compiten con los puntos luminosos esparcidos en lo infinito; rodeado de tantos y tan varios aspectos de la vida universal y de tantas y tan variadas fulguraciones de la belleza eterna; un jóven, un génio, un artista, cuya mente guarda fuego más voraz que el fuego de los astros, cuya fantasía pinta paisajes más seductores que los paisajes del Mediterráneo, cuyo corazon tiene vida más exuberante que la misma Naturaleza, un jóven, ¡ay! en la flor de sus años combate porfiadamente con la muerte. Agilísimo en todos los ejercicios del cuerpo, y deseoso de retardar su última hora, á los primeros momentos nada con pasmosa celeridad, y dirige palabras entre suplicantes y amenazadoras á los mismos que en el mar lo han sumergido, conjurándolos á recogerlo y á salvarlo. Pero la nave, sorda á sus clamores, se aleja, se pierde, se desvanece, exhalando para mayor irrision un coro que blasfema de Dios y de la humanidad, al oponer sus gozosas estancias y cadencias á los espasmos de la agonía y á los horrores de la muerte. Las fuerzas abandonan al artista; y tras el abandono de las fuerzas, no tendrá más remedio que tragar el agua en cuyas gotas va disuelta materialmente la muerte. Ya las ondas, le traen de acá para allá y juegan con su cuerpo como pudieran lugar con un objeto inerte; ya le cubren la cabeza, y le privan por algunos momentos de la respiracion necesaria á la vida. ¡Lucha terrible! Sus brazos, con una fuerza verdaderamente hercúlea, apartan todos estos remolinos y tienen poder para contrastar la corriente y subyugar la onda, de suerte que pueda levantarse sobre sus crestas espumosas y columbrar si en los espacios inmensos aparece algun auxilio. Mas, bien pronto la debilidad de la naturaleza humana se rinde al impulso de aquellos esfuerzos y se sumerge en los abismos. Inútilmente, sobreponiéndose á los afectos y á las ideas que lo desgarran, quiere Filippo tenderse inerte sobre las aguas como sobre un lecho; los vientos, las corrientes, las olas juguetean con él y le amenazan de muerte. En estas angustias un estremecimiento horrible sacude todo su cuerpo, el comienzo de la asfixia.

Nos llamamos soberanos de la Naturaleza; sostenemos nuestra primacia



sobre todos los séres; y un soplo de levísimo aire nos une con la vida universal. Apenas hemos bajado á la atmósfera espesa de los séres acuáticos ó hemos subido á la atmósfera rarificada de las regiones superiores, se extingue esta nuestra maravillosa existencia. Y morimos, no solamente por la falta de aire en los pulmones, sino tambien por el rápido envenenamiento de la sangre. Absorbemos tal número de materias nocivas en tantas acciones y reacciones químicas como constituyen nuestra vida, que el cuerpo está lleno de purificadores destinados á expeler los gases ponzoñosos y los líquidos fatales á nuestro complicado organismo. A medida, pues, que la respiracion es más perfecta, la muerte por asfixia es más súbita. El reptil de sangre fria y blanca puede vivir largo tiempo sin aire; mientras la pobre alondra, que se mece en los espacios cerúleos y saluda con sus notas amorosas los albores del naciente día, se ahoga así que está treinta segundos bajo las aguas, por lo mismo que respira hasta con las plumas y es un foco de vivificante calor. Así el pobre artista, en cuanto sus fuerzas desmayaron, y su cuerpo perdió toda resistencia, comenzó á tragar agua y á sentir terrible ahogo que le encendía los ojos, le amorataba el rostro, le partía la garganta y el pecho, le daba la mortal angustia de una próxima agonía, tanto más terrible cuanto que le asaltaba en la juventud, en medio de la gloria, con la salud más robusta y las ilusiones más primaverales y más floridas. Resistiéndose á su fé el creer en la implacable crueldad de la Naturaleza; en que el cielo tan hermoso estuviera cerrado enteramente á sus quejas; dió, antes de que la respiracion le faltara y la asfixia sobreviniera, por esos mandatos imperiosos del instinto, un grito tan desesperado y tan terrible, que, despues de aquel supremo esfuerzo, perdió el sentido, y se quedó sin conocimiento ya de su vida, cercano, muy cercano á su último trance.

No estaba el mar tan desierto como pudiera creer Lippi en su desgracia. Todavía aquel grito tuvo resonancia en la inmensidad. Uno de los fenómenos, que más le conmovieron y más le desmayaron, como era natural, si atendemos á la exaltacion de su fantasía y al predominio de sus nervios, fué la aproximacion de séres extraños; oscuros, viscosos, con paletas delante y detrás, con larga cola de pescado, con cabeza redonda y aproximada á la cabeza humana, con ojos brillantes; extraños peces que nadaban á saltos, y daban una especie de ronquidos, horribles naturalmente en el silencio á que los séres acuáticos parecen condenados. Envueltos en la espuma por ellos mismos levantada; iluminados por las fosforecencias del mar y por los resplandores de la luna; ya sobre, ya bajo las ondas; parecian mónstruos fantásticos al infeliz que los columbraba inciertamente entre los horrores morales y los espasmos materiales de una terrible agonía. En pos de aquellos séres, persiguiéndoles sin duda alguna, venia gracioso esquife remado por fortísimos remeros que le daban violento empuje y vertiginosa celeridad. En el esquife, á su popa, iba sentado una especie de santon árabe, inmóvil

como una estátua, cubierto entre los pliegues de blanco alquicel, ceñidas las sienes de gigantesco turbante, que habia dado á un jóven ricamente vestido, el cual se inclinaba al mar con un harpon en la mano, el placer de cazar los focas, pues no otra cosa eran los extraños mónstruos, cuya aparicion tanto aterró á Filippo en el momento de cerrar los ojos á la luz, tomándolos, sin duda, por los primeros enviados del infierno á recoger su alma en el momento de desprenderse y alejarse para siempre de su yerto y amorado cuerpo. Así gritó Filippo horriblemente. El jóven que llevaba la vista fija en las aguas, movido del terrible grito, miró y remiró el abismo, sobre el cual flotaba, rígida como un cadáver, la figura esbelta y escultórica del desgraciado pintor vestido, con su rico y pintoresco trage. Al verlo, ordenó á los remeros que se detuvieran, y apenas se habían detenido, inclinó el cuerpo con una violenta inclinacion, y agarró al ahogado con un hercúleo esfuerzo. Hubiérase ido ciertamente al mar, de no retenerlo con brío un tripulante y no auxiliarle con rápido auxilio el Santon. Sacaron, pues, á Lippi con presteza, tendiéronlo en la barca con esmero; y el anciano buscó en aquel pecho exánime lo último que en el hombre muere, el corazon. Despues de esta experiencia no muy segura hizo que viraran hácia una galera mora que campeaba sobre las olas y donde habria más remedios y auxilios para socorrer la pobre víctima; precioso y útil cautivo, si acertaban, como querian, á devolverle prontamente la vida. Mientras en la galera mahometana se atendia á Filippo, desnudándole, cubriéndole el cuerpo de esencias, dándole con un fuellecito aire en la garganta para que recobrase la respiracion, salia de Venecia otro esquife en el cual iba un jóven monje y una hermosísima mujer desolada.

—No volveremos á verlo, decia ésta, y un claustro será inmediatamente el sepulcro de mi corazon desgarrado.



## CAPITULO VI.

### El cautivo.

La nave donde recogieran á Filippo y con tanto esmero le cuidaran, hasta devolverle respiracion y vida, que parecian completamente perdidas; esa nave providencial, cuyo auxilio podria creerse milagroso, pertenecía á un gran señor de la morisma, al Sultan de Túnez, cuya alteza tornaba en aquel momento á su reino despues de larga expedicion por el Oriente. Con esas supersticiones, propias de su culto y de su raza, viera en sueños aparecer singular cautivo entre sus siervos; y en sueños prometiera libertar de estos, por cambio de joya tan preciada, tres ó cuatro principalísimos: que el opresor conoce al igual del oprimido los beneficios de la libertad. ¡Cómo se asombraría, al ver confirmados los que él tomaba por anuncios celestes; y con cuánta celeridad se apresuraria á cumplir el voto que imaginaba sagrado compromiso con los cielos! El aire apuesto de Filippo, la riqueza deslumbradora de su veneciano traje, la hermosura varonil de su inteligente rostro, la extraña manera de su fortuita aparicion domináronle el alma y le impelieron al rápido cumplimiento de su religiosa promesa. Así es que llamó al piloto de su tripulacion y le dió orden para que, en cuanto viera veneciano barco á la vista, con tal que fuese mercante y no aparejara hostilidad alguna, le demandase el habla y le indicara con indicaciones de paz como aquel acto tenia exclusivo carácter de concordia.

Miró y remiró largo tiempo el piloto los horizontes; atisbó si habia nave de Venecia á vista; y tras una observacion de cinco ó seis horas, dió con barco de pescadores, fletado para buscar en los mares el sabroso atun, y que en cobro se puso al entrever una embarcacion mahometana. El combate

empeñado siempre en los hondos abismos marinos por una ley de la naturaleza; ese combate que lleva á los peces á devorarse entre si; ascendia por aquellos tiempos á la superficie y semejaba impuesto tambien á los hombres por la implacable fatalidad. Los mares, mas que centros del cambio, eran focos de la guerra. Los marinos luchaban, mas que con los extraños elementos, con sus propios semejantes. El corsario y el pirata trabajaban como no podia trabajar el comerciante. Para los mahometanos, poco aficionados de suyo al mar, y que, sin embargo, dominaban una parte considerable de las costas mediterráneas, el mártir de los combates marítimos superaba en méritos, y por consecuencia en premios, al mártir de los combates terrestres. Por eso sin duda, sus almirantes, verdaderos piratas, aterraban á todos los pueblos cristianos con sus hazañas y con sus empresas. La pobre barca pescadora temblaba, pues, ante la barca mahometana, como pudiera temblar la paloma ó la tórtola ante el águila, esa carnicera pirata de los aires. Sorprendida en su carrera y expuesta á ser fácilmente alcanzada en su fuga, cuando vió señales de paz y amistad, quiso mas bien correr los azares de una aventura incierta que atraerse el desastre de un inevitable apresamiento. Acercóse tímida; y recibió en albricias á su confianza el presente de cuatro cautivos venecianos, vueltos á la libertad por los juegos de un sueño y por los caprichos de un déspota.

¡Qué alegría para estos católicos verse libres de los infieles; para estos venecianos entregarse al pabellon de su patria cuando menos lo esperaban; para estos europeos ir de las tierras cuasi tórridas á las templadas tierras suyas; para estos hombres recobrar la mas necesaria de las facultades humanas, recobrar la libertad! Aunque estaban muy lejos de su patria, rogaron á los pescadores y barqueros que tomaran hácia ella rumbo, y no queremos pintar las emociones sentidas al ver surgir los jardines, como islas encantadas, del fondo de las aguas; y sobre aquella vejetacion, las torres y las rondas y las cresterías y las pirámides de tantos edificios esmaltados por las reverberaciones de la luz en el espejo de las lagunas. Corrióse pronto la noticia del suceso; y salió la poblacion entera á recibirlos. Por ellos supieron Lucrecia y Serafin, los cuales preguntaban á los séres inanimados la suerte de Filippo, el desenlace del caso, tantas veces por sus corazones presentado y por su lealtad anunciado al vehemente artista. De consuelo sirvió al afecto del uno y al amor de la otra saber que estaba vivo, aunque estuviese esclavo. Mas, sobrepuesta la madura reflexion á la primer corazonada, vieron con tristeza el tormento á que le condenaba su propio natural en largo cautiverio. Aquel artista, inquieto, indócil, impresionable, iba á encontrarse en reducida prision tan violentamente como el sano á quien redujerais al espacio reservado á un muerto. Aquel sacerdote de todos los placeres iba á devorar todos los dolores. Aquel artista iba á encontrarse como fuera del aire el dia en que le faltase el alimento á su inspiracion el aprecio,



y el aplauso públicos. Encerrad á quien se ha criado en la libre Florencia y ha vivido la vida del arte, encerradlo entre las cuatro paredes de un calabozo, á la luz cernida por las duras rejas, bajo el látigo del opresor, con grillos al pié, esposas en las manos, mordazas al labio; y decidme luego si no sentirá su cautiverio con mayor sentimiento que esas aves canoras arrancadas á sus hijuelos en primavera, las cuales mueren de dolor en su cerrada jaula por nostalgia del breve nido y del inmenso espacio. Así es que Lucrecia, cuyo amor al artista habia aumentado con los años, no se daba punto de reposo en llorar el cautiverio real del artista, como antes habia llorado su supuesta muerte.

En melancólico anoecer de aquellos siniestros dias estaba la jóven florentina sentada á orillas del mar, contemplando extática los horizontes que ocultaban allá lejos á su amado, y dirigiendo al cielo, en arrobamiento religioso, rezos propios de sus devociones y de sus virtudes. Después de saludar á la Madre del Verbo, que con su luna á los piés y sus estrellas en las sienes, vese entre sueños místicos deslizarse sobre los mares, envuelta en los celajes del crepúsculo; despues de rezar con devocion profundísima, dióse á apenarse con profunda pena y á llorar con amargo lloro por las desgracias del único sér que habia cautivado su corazon ¡ay! en este mundo. Y en lo mas amargo de su lloro, en lo mas fuerte de su hipo, cuando los sollozos le ahogaban, apareció Serafin, radiante de alegría, poseido de una de esas satisfacciones solo permitidas á quien realiza el bien sobre la tierra de manera que la embellece y la mejora así con sus ideas como con sus hechos. Volvió Lucrecia la cabeza, y no pudo reprimir una amarga sonrisa al ver el contraste entre su íntima pena y la alegría del valedor y del amigo.

—¡Hermano!

Exclamó la jóven.

—¡Lucrecia!

Á su vez el hermano.

—Contento venís.

—Como siempre que acabo una buena obra.

—Ha sucedido algo favorable á los huérfanos que adoctrináis, á los pobres que socorreis, á los desvalidos que seguís, á tantos y tantos desgraciados como tomáis en todas partes á vuestro cargo?

—Todos van perfectamente. Entre esos enfermos de alma y cuerpo, los mas graves mejoran, los menos graves sanan.

—Verdadera satisfaccion.

—Pues hoy la tengo mayor.

—¿Por qué?

—Ya sabeis cuánto nos interesaba la pobre señora á quien su marido, imitando los tiranos antiguos, dejara por infundados celos abandonada en

una isla desierta del Adriático, por cuyas arenas la encontramos cuando íbamos á caza de noticias sobre Filippo.

—¡Pobrecita! Poco á poco adquirió el horror á los humanos que las fieras. Su hermosura natural se borró á penas y á lágrimas. Un sayal roto cubria sus carnes desnudas, y un deseo de morir pronto embargaba su alma desolada. Terribles cuartanas le daban calenturas y frios continuos, los cuales con sus accesos la ponian á morir sin matarla nunca. Imposibilitada yo de atenderla por los quehaceres del hospital, os la confíe de grado. Decidme, pues, lo ocurrido.

—Dos cosas he logrado, á cual mas difícil: primera devolverle con mis medicinas la salud del cuerpo, y segunda devolverle con mis consejos la tranquilidad del alma. Recogida en el hospital y curada radicalmente, instaléme en su casa, y tales pruebas di al bárbaro de su inocencia, que la volvió á recibir con amor, dispuesto con decision á conservarla junto á sí toda su vida.

—Felices ellos en su dicha; pero mas feliz aún quien se la ha procurado y traído.

—Regresaba en mi góndola por uno de los canales mas solitarios y una de las calles mas apartadas, cuando, al revolver de ancha esquina, me encuentro con niño y mujer que se estremecian en las aguas y batallaban por salvar sus vidas próximas á extinguirse, pues ambos daban señales de ahogarse ya y de estar poco menos que en las últimas ansias de la muerte y en los últimos estertores de la agonía. Un fraile francisco, pobre de solemnidad, no lleva ni puede llevar gondolero ninguno en su góndola. Encontréme solo en frente de tamaña desgracia. Así es que nadie sino Dios y su Santo Espíritu podian auxiliarme. A ellos acudí con devocion y al agua me lancé con presteza. Apenas sé nadar, y empapada la lana de mi hábito en la pesadísima agua salada, íbame sin remedio á fondo. Pero la voluntad tiene mas poder por sí sola con sus libertades reflexivas que todos los elementos con sus fatalidades ciegas. Por impulso del deseo, superior á la inercia del cuerpo, acerquéme donde estaban los dos infelices y los cogí con violencia, á fin de arrastrarlos á una escalerilla cercana que daba á un postigo, donde podrian reposar de sus fatigas y respirar el aire necesario á su existencia. Allí fué ella. Los dos cuerpos, en el horror de sus estremecimientos, se asieron á mí con tal vigor, que parecian parte integrante de mí mismo; y sin embargo me ahogaban como si tuviera dos serpientes enroscadas al pecho, y no me dejaban con los movimientos necesarios á su salvacion y á la mia. En este amargo trance todo lo creí perdido, pareciéndome que íbamos los tres á morir sin remedio. Sus brazos me encadenaban; su peso me sumergia. Á cada esfuerzo mio para llegar á salvamento, me embarazaban y detenian con un esfuerzo opuesto. Ya me entraba el agua por la boca y me sentia próximo al trance último de la vida. Mi hábito pa-



recia de plomo; uno de los cuerpos se agarraba á mi derecha, otro á mi izquierda, y ambos me retenian con su respectiva pesadumbre y me encenagaban casi en el fondo de la cenagosa laguna sin permitirme ni salir á la superficie ni flotar á mi antojo. De la desesperacion saqué fuerzas. Al primer ahogo subí con tal celeridad que arrastré conmigo á los náufragos. Y de otro empuje logré desasirme de ellos muy próximamente al sitio donde se extendian los deseados escalones. Ganada tierra así, primero traje al niño, que deposité en mi propia góndola; luego á la mujer, que deposité sobre los escalones, no sin haber estado á punto dos ó tres veces de sumergirme nuevamente y de ahogarme con ellos. No quiero decir los esfuerzos que emplearia para volverlos á la vida ni el agradecimiento que tendrían, pues eran hijo y madre. El pequeñuelo, de unos siete años, jugando, se habia caído desde un puente altísimo al agua; y la mujer, jóven y hermosa, se habia arrojado de cabeza tras el pequeñuelo para salvarlo ó morir. Los dos quedan sanos y salvos.

—¡Verdadera felicidad la de hacer bien á nuestros semejantes!

—No hay otra, especialmente para los que necesitan alguna compensacion necesaria á las amargas y á las tristezas de su vida.

—Por todos podremos hacer bien, por todos ciertamente; menos por aquel que mas lo necesita, menos por Filippo.

—¿Por qué no?

—¿Y cómo?

—Todo lo vence el deseo, que llega hasta descomponer la realidad en su seno, como el fuego al cuerpo que circunda.

—Atravesar los mares, ir á tierra de moros, penetrar en sus calabozos: imposible, imposible, imposible.

—Para vos, Lucrecia, imposible de todo punto. Una mujer europea, aunque tenga vuestro ánimo y vuestra fortaleza, no puede arriesgarse á expedicion de ese género.

—Ni yo, ni nadie.

—Permitidme creer, y por lo mismo decir, precisamente lo contrario.

—¿Cómo? ¿Creeis que hay quien pueda arriesgarse hasta ir á tierras de moros, sin miedo al cautiverio, tal vez al suplicio?

—Lo creo.

—¿Quién?

—Y me lo preguntais.

—¿Vos mismo, Serafin?

—Yo, yo, yo.

—Porque os creo capaz de tanto heroismo no me atrevo de ninguna suerte á deciroslo, temerosa de despertar en vuestro pecho uno de esos sentimientos que os arrastran á sacrificaros por todos y por todo.

—Al aceptar el sacerdocio sabia que mi vida estaba llamada por Dios á

un eterno holocausto. Nosotros debemos dar nuestro corazon á las gentes en sacrificios continuos, como Cristo da su cuerpo en hostias consagradas. Por eso nos privamos de lo más necesario, del hogar; y de lo más venturoso y placentero, del amor. No encontramos una mujer querida en nuestra celda desierta. No compartimos ni las alegrías ni las tristezas del alma con esos ángeles, cuyos ojos nos iluminan, cuya sonrisa nos alienta, y que al recoger nuestra vida en sus alas ¡ah! la purifican y la elevan. Nos asentamos á una mesa solitaria como el alma, dormimos sobre un lecho helado como el sepulcro; y no tenemos ni mujer que nos ame, ni hijos que nos vuelvan á la infancia con sus gracias y nos den para las heridas abiertas en estos combates el bálsamo y el aroma de su inocencia. Nuestra esposa es la Iglesia, nuestros hijos los desvalidos. En las alegrías del mundo debemos aparecer como huéspedes fugaces, mientras que como eternos habitantes en las tristezas y desgracias. El apestado, que contagia con su aliento, tiene derecho de que muramos á su lado. Junto al lecho del amor no podemos aparecer, pero necesitamos estar junto al lecho de la agonía. El moribundo ha de morir en nuestros brazos y exhalar el alma en nuestro aliento. El muerto abandonado, que corrompe el aire con sus miasmas pestilentes; debe encontrar, como si fuera un recién nacido, blando regazo en nuestro seno. Para nosotros las espinas que erizan la tierra, y para nosotros las lágrimas que evaporan los ojos, y para nosotros la hiel amarguísima que está en el cáliz de la vida. Por consiguiente, un sacrificio ofrecido al amigo á quien se ama tan tiernamente como yo amo á Filippo, podria ser en el vulgo de las gentes abnegacion, mientras en mí solo es egoismo. Los cielos saben bien cuánto más trabajo me costaria el quedarme que el irme.

—Dios mio, atravesar los mares en cuyas aguas se esconden tantos y tan pavorosos abismos; internarse en el desierto implacable donde tanto vale caer en las garras de las fieras como en las manos de los hombres; penetrar en una ciudad henchida de infieles y dominada por sultanes que tienen de primeros vizires á los verdugos; todo en defensa de quien quizá haya muerto á estas horas, abrasado de sed en los arenales ó consumido de dolor en los calabozos, ¡ay! es un sacrificio que no puede aceptar tu justicia y que debe á toda costa rehuir y evitar tu misericordia.

Y Lucrecia, con los brazos levantados al aire, los ojos puestos en el cielo, la cabeza echada tristemente á la espalda y las mejillas cubiertas de lágrimas, parecia una de esas místicas Dolorosas que en sus oraciones el Angélico ó Gozzoli han visto al pié de la Cruz y en la cima tempestuosa del Calvario.

—No temais por mí. La fé hace verdaderos milagros. Acordaos de Nuestro Padre San Francisco, y de sus discípulos predilectos. Los peces sacaban la cabeza del agua para escucharlos y bendecirlos. Las aves, que venian en



côro y en bandadas, suspendian su vuelo y se bajaban hasta formar como una especie de aureola sobre su cabeza. Los lobos hambrientos se tornaban mansos al rayo de su mirada y les lamian las manos y los piés como amigos perros. La palabra de Nuestro Seráfico Padre valia más que las lanzas, y su persona más que las legiones de todas las Cruzadas. No pudo el rey de Francia obtener con una escuadra y un ejército del Sultan de Egipto, lo que él obtuvo con una súplica y una lágrima. Dejadmé ir, sin más espada que mi cruz, sin más defensa que mi fé, vestido de este pobre sayal, á cuyas toscas lanas Dios dará los resplandores del éther: que despues de haber orado en el desierto donde la aridez de las arenas se contrasta con la fecundidad de las revelaciones, fuerzas tendré para arrostrar el martirio si es necesario, y devolver á nuestra ciudad y á vuestras artes el creador artista que han perdido. Solo necesito, para irme confortado y seguro, una oracion de vuestra alma.

—Yo rezo todos los dias por mi protector y por mi amigo. Pero mirad las dificultades que teneis en frente y los peligros encerrados en cada una de esas dificultades insuperables. Cuanto más generoso el corazon, más frío debe ser el raciocinio. Los mares, los desiertos, los cautiverios, las alimañas feroces, las tribus guerreras, los sultanes africanos surgen como fantasmas interpuestos entre vuestros deseos y su cumplimiento.

—¿Y qué importan? Tiene la fé virtud bastante á vencer todas las resistencias y á sellar con su luminoso sello las oscuras realidades del mundo. Ese imperio que Nuestro Seráfico Padre ejercia sobre las cosas creadas, cuyos movimientos acertaba á dirigir de igual suerte que dirige el alma los movimientos del cuerpo, sin duda provenia de una mágia misteriosa, la mágia de sus ideas. Cuando vaya errante por el desierto, al oír los bramidos de las fieras, al ver las ráfagas del simoun, al extraviarme en los mares de arena, levantaré los ojos al cielo y veré al Dios Padre en su santuario mandándome al Espíritu creador para que venga con su divino auxilio á sostenerme y á ampararme, y me salvaré de toda asechanza. No hablemos más. Hora es ya de partir. La amistad me impele y la desgracia me llama. Combatir con el mal equivale á cooperar con Dios en la obra de la creacion. Morir en este combate equivale á despertar en la inmortalidad. Bendecidme, Lucrecia, bendecidme: que donde están el génio y la virtud, están con ellos un verdadero y divino sacerdocio.

—Serafin, hermano mio, nada hay tan divino como vuestra abnegacion. —Concediéndoo que yo sea virtuoso, notad las tristezas y amarguras que en vida cercan á la virtud misma. Porque una fé distinta de la fé general mueve mis acciones, seria el mundo capaz de quemarme en sus hogueras inquisitoriales alimentadas por el fanatismo, más temible que todas las dañinas fieras del desierto.

—Id en buen hora, puesto que tal es vuestro deseo, id á buscar el cau-

tiverio y á darle por un milagro de vuestra fé la necesaria libertad. Al veros tan resuelto en vuestros deseos y tan confiado en vuestro Dios, voy creyendo que salvareis á Filippo.

—¿Salvar á Filippo?

Preguntó entonces una voz ronca y siniestra que parecia el primer chirrido del ave nocturna exhalado del seno de las primeras sombras.

—Guido de Montaperto.

Exclamaron á una Lucrecia y Serafin.

—Sí, Montaperto.

Dijo Guido adelantándose acompañado de su inseparable Gasparo.

—Aprieta, aprieta, puesto que si no te casas, te mueres.

Murmuró Gasparo al oído de Montaperto con sardónica sonrisa.

—Por fin, Lucrecia, os encuentro.

—¿Ibais buscándome?

—Ciertamente.

—Sin duda por mandato de su padre.

Añadió Serafin.

—Este fraile, á fuerza de ser bueno, raya en tonto.

Exclamó el escudero para su coletó.

—Busco á Lucrecia por mandato de mi corazon.

Replicó Montaperto á Serafin.

—Dadme ante todo noticias de mi padre.

Exclamó Lucrecia con verdadero anhelo.

—¡Pobre Butti! El rapto pudo costarle la vida. Pero, sobreponiéndose o poco á poco la reflexion al dolor, se encuentra muy mejorado.

—Gracias, Dios mio, gracias.

Dijo Lucrecia con arrobamiento.

—Mas si pierde la esperanza.....

.....

.....

—¿Qué esperanza?

Preguntó muy extrañada Lucrecia.

—La esperanza de que endereceis el error cometido por un momento o de extravío en la iglesia de San Juan.

—Imposible, imposible, imposible. No mentiré jamás. Me preguntarian de nuevo si os amo, y de nuevo responderia que no.

—Lucrecia, ha muerto Filippo. Yo mismo lo he arrojado al mar. Ya será pasto de los peces.

—No, Filippo no ha muerto. La Providencia ha impedido que vuestros designios se cumplieran, realizando los suyos inexcrutables á los míseros mortales.

—Nadie diria que vivís en Venecia. Dijo Serafin. Aquí, á la vista de todos, ha anclado una barca de pescadores portadora de la noticia. ¡Ah! la

vuestra vida. Entonces ni siquiera le conocia. El corazon que se resistie



vida de Filippo se ha salvado y su libertad se ha perdido. El Sultan de Túnez, que lo sacó de las aguas, donde, según decís, le habíais vos mismo arrojado, le guardará ahora entre sus siervos en duro cautiverio.

—¿Se ha salvado? De suerte que toda mi concentrada rabia ha ido á perderse en la buena estrella de este mozo. No, no continuará burlando de esa suerte mis designios. Iré al fondo de la morisma para comprarlo, aunque sea á precio de toda mi hacienda, y tenerlo á merced de mi venganza.

—En esos intentos encontrareis siempre un obstáculo, replicó Serafin, mi pecho que escudará al artista.

—De buen papel se ha encargado este, dijo para sí Gasparo, de tercero entre un frailecillo ligero y una semi-monja que, para serlo todo á medias, está también medio loca.

—Y con mi cruz en esta mano y con mi báculo en la otra, le buscaré y le encontraré y le salvaré. Corrompido por las ligeras costumbres de Florencia, necesita una larga enmienda para rehacer su voluntad y purificar su alma y servir á sus semejantes: lleno de artísticas inspiraciones, necesita una vida entera para realizarlas, engrandecer su propio nombre y glorificar el nombre de Dios.

—¿Quién sois vos que así os interponéis en mi camino? Exclamó Guido, inyectados los ojos en sangre, espumosa la boca, trémulos todos sus nervios. ¿Quién sois que intentáis arrancarme violentamente mi presa? Yo os conozco y podría perderos. Yo sé que vuestra religion se opone á la religion de nuestros padres. La autoridad del Papa no alcanza á vuestra conciencia; la redencion de Cristo no satisface á vuestro deseo. El Testamento revelado por Dios Padre á los judíos y el Evangelio ungido por la sangre del Dios Hijo no son para vuestro sentir mas que dos partes primeras de la revelacion eterna, cuya última palabra pronunciará el Espiritu Santo. Conozco, conozco esa secta, y sé que sois uno de sus maestros y de sus pontífices. Y puedo perderos. Y puedo denunciaros á la Inquisicion y veros arder, rechinando los dientes y haciendo los gestos de un condenado en las hogueras.

—Haced lo que querais; pero convenid en que solamente el cautiverio ó la muerte pueden impedirme la consumacion de obra aconsejada por mi conciencia y exigida por mi corazon.

—Guido, ¿y quereis con ese natural tan cruel ganaros mi afecto?

Exclamó Lucrecia.

—Lucrecia, ¿y quereis que con ese amor vuestro á un rival tan indigno, tenga yo, herido en cuerpo y alma, la pasta de los ángles?

—Me amais mucho y no me conocéis nada. La pasion que Filippo haya podido inspirarme, no ha obrado en mi ánimo á resolverme á la meditada resolucion que tomé en la iglesia de San Juan y que tanto ha amargado vuestra vida. Entonces ni siquiera le conocia. El corazon, que se resiste

á unirse al vuestro, me separa de vos; la conciencia, que se resiste á seguir á un religioso, me separa de Lippi. No puedo ser vuestra, porque no os amo; no puedo ser de Lippi, porque no podría llamarle esposo ante Dios y los hombres. Y contra esta verdad tan clara como independiente de vuestra voluntad, de la mia y de la de todos, se subleva vuestro ánimo y se empeña en luchar vuestro deseo. Luchad en buen hora; pero sabed que jamás conseguireis un amor al cual se niega mi corazon abierta y resueltamente.

—¡Oh! Si supiérais que Filippo habia muerto, cambiaran de seguro vuestras resoluciones.

—No, se arraigaran mas fuertemente. Dejaos de porfiar por lo que ni tiene ahora ni podrá tener jamás remedio.

—No hay cura posible á mi dolor; pero hay satisfaccion posible á mi venganza.

—Corazon tan vengativo no será, no, un corazon amante.

—Vuestros desdenes lo han lacerado, y por sus lacerias ha ido infiltrándose poco á poco el veneno de la ira y el deseo de la venganza.

—Satisface la en buen hora; pero solo conseguireis con ella añadir un nuevo remordimiento á la conciencia, un dolor nuevo al corazon.

—Luchad en buen hora, añadió Serafin, por perderlo; yo lucharé por salvarlo: y ya veremos con quién está Dios, si con vuestro odio, ó con nuestro amor.

—Recojo el reto que lanzais con arrogancia y lo sostendré con empeño. La demanda está trabada. Veremos quién vence. Temblad, padre, temblad.

—Dios me dará fuerzas; su Santo Espiritu luz.

—Y yo, si es preciso, concitaré contra vos y vuestros dioses las potestades todas del infierno.

—Dios, dijo Lucrecia, Dios, que brillas en esos luceros, y que te exhalas en estas dulces brisas, acorre al bueno en su obra y quita del corazon y de la conciencia de los malos ideas perversas y siniestros sentimientos.

Guido inclinó la cabeza con reverencia y se marchó con despecho. Serafin acompañó á Lucrecia hasta el hospital, donde debia depositarla, y despues de haberse despedido tiernamente de ella, buscó la embarcacion que iba á conducirlo á predicar la religion entre los moros y redimir á los cautivos cristianos, y especialmente al artista Fra Filippo Lippi.

Bien lo necesitaba. Transportado á las playas africanas, habianle convertido en siervo sus propios salvadores. La misericordia usada con su persona fué la necesaria para devolverle la vida y emplear en él despues mayor dureza. El traje de la esclavitud le envolvía como el sudario al cadáver. Encerráronlo en abovedado calabozo, á través de cuya reja apenas penetraba la luz del día. Una piedra era su almohada; un monton de paja su lecho. En los rincones veíase fresca alcarraza llena de agua que renovaban



todos los días por un agujero abierto en la bóveda, y viejo candil cuyo aceite y cuyas torcidas no bastaban á esclarecer la estancia. Debía estar en triste subterráneo, según la humedad, y cerca de un jardín; porque algunas veces oía ¡él tan amante de la naturaleza! con verdadera envidia el susurro de las fuentes, el coro de los pájaros, el choque de las palmas movidas por las brisas. Mal cuadraba á su inquietud, á su agilidad, á su afán continuo de emociones, aquel sepulcro. En tales tinieblas creía quedarse ciego después de haber sentido con tanta viveza y amado con tanto culto la luz y los colores. Por un momento, si no se disiparon, se distrajerón sus penas, al ver con su vista de pintor el suelo de África: las encendidas arenas, las reverberaciones del sol, la color celeste del mar confundiendo con la color encendida del desierto, las casas cuadradas en forma de algibe, los minaretes sembrados de lucentes porcelanas donde el muezin anuncia la oración, los grupos de palmeras destacándose en los espléndidos horizontes sobre bosquecillos de granados y limoneros entre los cuales resaltan los atezados africanos envueltos, á guisa de profetas, en sus alquiceles y cubiertos con sus turbantes. Pero este paisaje, bastante á deslumbrar un pintor, sobre todo un pintor de las condiciones de Filippo, desapareció bien pronto á sus ojos como un mentido sueño. Y no le quedó más que el calabozo, las duras piedras, las espesas tinieblas, el montón de paja, la nota errante que del vecino campo alguna vez traía á sus orejas el aire transformado en una especie de luz de los oídos. Tal era la tristísima situación de Lippi, acostumbrado en su Florencia á una libertad que tocaba los lindes del desfreno. De consiguiente, pasaba sus días en amarguísimas querellas, único desahogo en su dolor.

—«Quién me diera tornar á las orillas del Arno, decía, y ver las tranquilas aguas deslizándose entre colinas, á cuyos piés se extienden los olivares y los viñedos, sobre cuyas cimas campean los monasterios y los palacios sombreados por las oscuras pirámides de los cipreses y las claras copas de los terebintos y de los pinos. Parece que veo al Este San Miniato, tan adusto como un castillo y tan hermoso como una iglesia; y al Norte Fiesole, con su corona de Monasterios y su cintura de quintas. Quién me diera descubrir ahora la torre filigranada del Giotto; la cúpula sublime de Brunelleschi; las puertas doradas de Ghiberti, en cuyas hojas brillan las figuras armoniosas de Grecia; los claustros serenos de San Marcos, donde la mano milagrosa de Fra Angélico hizo bajar en sus frescos y en sus cuadros el cielo entero á la tierra. Bajo esta bóveda oscura parece que veo la atmósfera luminosa de Toscana cayendo como una gasa de oro sobre las ruinas circuidas de florido verdor. Al través de los laureles y de los mirtos; entre los álamos abrazados por los sarmientos de las parras y ceñidos con las guirnaldas de los pámpanos; al borde del torrente coronado de adelfas; mientras los filósofos y los oradores contendían en elocuentes certámenes

sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; nosotros desbastábamos los mármoles, ceñíamos de hojas resaltadas las joyas, animábamos las tablas al son de las cítaras y de los coros que elevaban á lo infinito en sus conciertos y en sus armonías, por medio de voces angélicas, las ideas y las inspiraciones del arte. Cuántas veces, al brillo de las estrellas y al rumor de las aguas, en la noche callada, he seguido á las florentinas, pareciéndome como ninfas paganas despertadas y avivadas en los senos del campo para traerme la esencia misteriosa de la Naturaleza en la miel y en el aroma de sus lábios.»

«Sobre todo, ¿dónde, dónde está el sitio en que ví por vez primera á Lucrecia? Yo era jóven y ella jóven; yo libre y ella libre también. Pudimos vernos, acercarnos, oírnos, y confundir nuestras vidas, que se buscaban cual dos arroyos corrientes por un mismo declive, para no separarnos ni en la eternidad. Las preocupaciones sociales nos ocultan el poder mismo del amor que todo lo iguala, que lo allana todo, y cuya fuerza desconocemos, á pesar de llevarla en la íntima profundidad de nuestro espíritu. Yo creí que niña tan principal no podría amar al hijo adoptado por la misericordia de un convento. No sabía que bastaba para establecer la felicidad doméstica inspirar un amor idéntico al vehemente amor nacido en mi pecho. Envolvime en misterios, creyendo vencer con lo sobrenatural ó sus apariencias, cuando con medios tan fáciles y sencillos me brindaba la ingénuu Naturaleza. Desconocía que las supersticiones sociales pueden falsificarlo todo, hasta la libertad, pero no llegan á falsificar lo más espontáneo y lo más natural que hay en nosotros, no llegan á falsificar el amor. Lucrecia me hubiera querido á mí como yo le hubiera idolatrado á ella con solo vernos y hablarnos. El amor no necesita más riqueza que la inagotable de sus sentimientos. Querremos encenagarlo en la realidad y volará con su propio impulso y en raudo vuelo á las cimas etéreas de lo ideal. Todos nacemos maestros de este divino arte. En uno solo de los arrebatos amorosos hay más metafísica encerrada que en todas las disertaciones de los sabios. Hasta los dolores en el amor nos complacen; y preferimos una tormenta de celos al frío de la indiferencia. Hay algo más vivido que el calor universal, más necesario que el aire atmosférico, más extenso que el espacio infinito, más profundo que el abismo cerúleo, más difundido que la luz divina, más duradero que el tiempo perdurable, y es el amor. Yo no sentí que había vivido hasta no sentir que había amado. Al nacer ya aspiraba el planeta al amor: después que haya desaparecido, los resplandores que dejará, como el sol en su ocaso, habrán de ser los resplandores del amor. ¿Qué harán los ángeles en el cielo para que la eternidad no les hastie? Amar. Ir á apagar la sed del alma en la ambición y no en el amor, es como ir á apagar la sed del cuerpo en el océano y no en la fuente. Después de haber recibido la inspiración de la luz de tus ojos, que así como me encienden con nuevo ardor



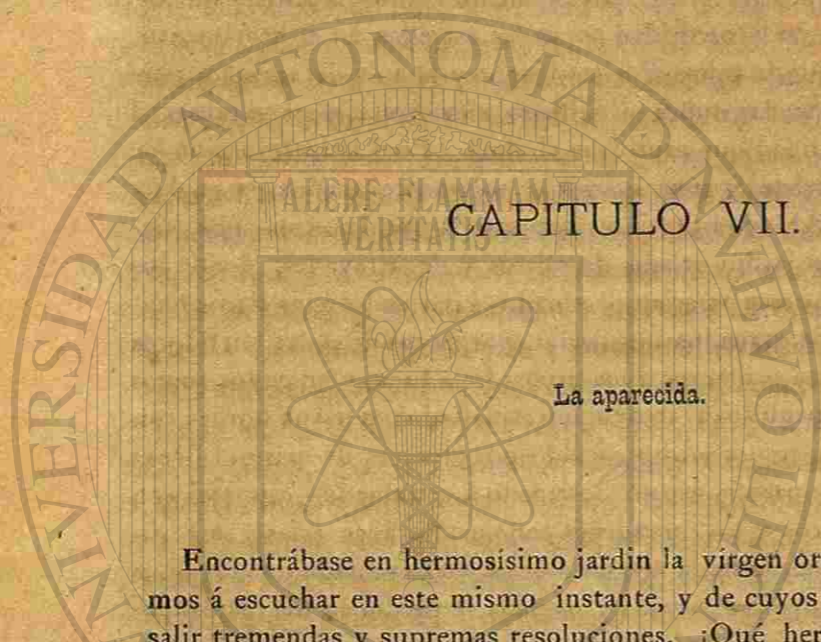
y me coloran con nueva púrpura la sangre, me animan y me sostienen con grandes inspiraciones, fuérame á luchar, seguro de vencer, para llevarte luego una corona que á tí me uniera, como un yugo nupcial, por toda una eternidad. ¿Quién leerá ahora en mi pensamiento? ¿Quién sabrá lo que dice mi corazón cuando late? Nadie representará la belleza, la gracia, la virtud, la inocencia á mi lado como una Musa, ó como una Diosa que se dignara tomar forma y acompañar á los míseros mortales por los espinosos senderos de la tierra. ¡Oh Lucrecia! ¿por qué tan desgraciados que, amándonos desde la eternidad, nunca nos hemos comprendido? Si estuvieras aquí, este calabozo me parecería un cielo, el pan de la esclavitud un manjar regalado, la tosca paja el más mullido lecho, la misma servidumbre la mayor dulzura y el mayor encanto. Nuestro deseo es tan débil que no puede atravesar el espacio y coger en sus alas de fuego la esposa amada del alma para traerla hasta aquí á iluminar y embellecer mi triste soledad, convirtiéndolo en verdadero paraíso este tristísimo cautiverio.»

«No puedo espaciarme por el cielo que llevo en mi frente; no puedo espaciarme en los senos del arte. Aquí, entre estas tinieblas, solo viven las aves nocturnas. Yo, para producir, necesito, como el ruiseñor, la primavera, el cielo azul donde abismar los ojos, el árbol florido bajo cuyas ramas piden las avecillas, el arroyo transparente que murmure, la vida en todos sus aspectos y bajo todas sus formas. Privado de este campo fecundo de las inspiraciones, ni abro las alas, ni aguzo la retina, ni invento cosa alguna. Otras artes más ideales, cuyos medios de expresión se encuentran en la palabra, logran producirse aquí en el cautiverio, quizás más dulcemente, como se produce el ave prisionera con el encanto prestado á sus gorjeos por la nostalgia de la libertad y la melancolía del destierro; pero mi arte solo se produce al contacto de la realidad, como el pedernal solo chispea al choque con el hierro. Nosotros necesitamos la imaginación que crea unida á la imaginación que reproduce. Nuestras obras pictóricas deben animarse en la vivida naturaleza. Y de aquí, de tan oscuro sitio, la naturaleza está ausente. Cae la noche como una sombra espesa en mis ojos y llega hasta oscurecer toda mi conciencia. Ideas matizadas de mil colores, sueños de oro, inspiraciones multiformes, imágenes rientes, que á mi fantasía veniais en tropel y que yo retrataba en las tablas, habeis desaparecido cual desaparecen las flores á los ciervos. Yo soy un cadáver, que para mayor desgracia, tiene conciencia de estar encerrado en su sepulcro.»

Filippo, después de tales reflexiones, dejó caer la cabeza sobre el pecho, absorbiéndose en la última idea de su triste soliloquio. Y así absorto oyó el eco melancólico de un guzla, que parecía tocar las cuerdas de su propio corazón, y el eco de una voz celestial que parecía salir del fondo de todas sus tristezas. Al dulce rasguear de la guzla y con acentos dignos del más acendrado amor, la voz, cuyo timbre suave y cuyo tono agudo delataban una jó-

ven cantora, expresó el amor con las imágenes y las comparaciones naturales en la poesía de los árabes. La luna llena que sale por el Oriente como un disco de plata cuando todavía los rayos del sol puesto enrojecen los límites del ocaso; la fuente que fluye bajo las palmas y los sicomoros en el oasis del desierto; la tímida gacela que corre al menor ruido y la centelleante espada cuyo acero brilla en la oscuridad como las estrellas en el firmamento; la gota de rocío depositada sobre el triste hisopo y la nota del ruiseñor perdida en la oscura noche; las nubes y la lluvia sirviéronle para expresar el amor con tanta ingenuidad que cautivaba el alma. Pero la imaginación de Lippi tiraba hácia lo triste, y creía sueños, y solamente sueños, la guzla y la voz y la canción. ¡Ah! si el cautivo traspasara la pared con sus ojos, viera la realidad; viera un jardín orlado de mirtos y de arrayanes, donde los bosques oscuros de cipreses parecían destinados á dar realce á los claros bosques de limoneros y de granados; un jardín, por cuyos aires los surtidores se deshacían en líquidos brillantes á los rayos de la luna, y en cuyos suelos de pintadas guijas serpenteaban arroyuelos esmaltados por sus bordes con fosforescentes luciérnagas; un jardín cortado por albercas de mármol llenas de cristalina agua, que parecía espejo destinado á retratar los ajimeces con sus alicatados fantásticos y los miradores con sus doradas rejas y sus brillantes celosías. Y al borde de la mágica alberca viera sentada una jóven de rarísima hermosura, cuya tez morena y ovalada se perdía en los resplandores de negros lucientes ojos que brillaban con extraordinario brillo. Su vestido indicaba su prosapia. Los zaragüelles azules bombachos se ceñían al tobillo con pulseras de oro; el ancho fieltro rosa clara, cuyas mangas perdidas tocaban casi el suelo, se prendía á la flexible cintura con faja de tisú, sembrada toda de aljófares; en la erguida cabeza centelleaba estrecho gorri- llo de rica pedrería; sobre la espalda flotaba el velo de las vírgenes recamado con franjas de plata; y los pies se encerraban con tal esmero en sandalias de singular riqueza que parecía calzada por dos astros. Y esta jóven de tanta belleza aprovechaba la noche y la soledad para cantar desde este sitio donde el cautivo pudiera oír las tristes endechas de amor y de esperanza. ¿Qué nueva aventura deparará la suerte al aventurero artista?





## CAPITULO VII.

La aparecida.

Encontrábase en hermosísimo jardín la virgen oriental, cuyas penas vamos á escuchar en este mismo instante, y de cuyos plañidos vamos á ver salir tremendas y supremas resoluciones. ¡Qué hermoso un vergel árabe! La inmóvil arquitectura levanta sus muros pesados, ó para servir de apoyo á las enredaderas y plantas parietarias ó para contrastar con su inercia el balance de los árboles mecidos por las brisas y el movimiento de los susurrantes arroyos desatados en surtidores y en cascadas. Bajo una bóveda de rosas y jazmines, erguida escalera de mármol; entre un grupo de oscuros cipreses blancos miradores con sus arcos dentados y sus áureas celosías; junto á las palmeras, cuyas palmas parece que cantan, las celestes cúpulas sembradas de argénteas estrellas ó embutidas en riquísimos marfiles; al través de largas alamedas de sicomoros, largas galerías de azulejos parecidos á piedras preciosas relumbrando con los mas vivos destellos; á la umbría del follaje, que entrelazándose forman los laureles y mirtos, la alberca que retrata, cual apretado espejo los mas suaves matices del cielo y los mas ligeros cambiantes del aire; aquí y allá los tazones de fuentes lloviendo perlas y recordando en sus cinceladuras, donde se mezclan las letras cúficas con las líneas geométricas y las guirnaldas bellísimas con los nombres, místicamente confundidos, de Dios y del amor. Fingid sobre todo esto una noche africana; en el horizonte azul oscuro, las estrellas de un brillo deslumbrador; en el zenit altísimo, la luna colgada como lámpara de blanquísimo ámbar conteniendo misteriosa luz que juega así en los arroyos como en las fuentes y argenta cada gota; por los bosquecillos cuajados de flores,

la continua exhalacion de aromáticas esencias; doquier el silencio profundo interrumpido solamente por el unisono rumor de las aguas, el gorgojo enamorado de los ruiseñores, el respuntar melancólico de la guzla; la larga cadencia de una cancion por cuyas estrofas vaga ese amor inextingible y ardiente que, no pudiendo satisfacerse aquí en la tierra, se explaya, triste, trístísimo, en la inmensad de los cielos.

Y en semejante escenario imaginaos una mujer mucho mas hermosa que todo cuanto la rodea. Las estrellas no brillan como sus negros ojos; el cielo no resplandece como su ancha frente; las sombras de la noche no caen con tanta majestad como las trenzas de sus cabellos; el aroma de las florestas no huele como el suspiro exhalado por sus lábios; el concierto de los ruiseñores con las fuentes y con las enramadas no suena como la voz de su pecho; la luna circuida de mística aureola y retratada en el cristal de las aguas no compite con su faz en casta hermosura y en dulce melancolía. Unid á esto, á tanta belleza hermanada con la belleza del jardín, la llama que brota de una pasion, la llama del amor, en la cual cobra la vida tal impulso y la voluntad tal fuerza que hacen verdaderos milagros.

La jóven Sobeiya, hija del sultan, que á la sazón se ñoreaba en Túnez, discurría por la floresta, dando á todos los objetos el eco de su voz, el alma de su idea, el calor de su pasion. Una provecta dueña la seguía á alguna distancia y trataba de moderar en ella expansiones del corazon que pudieran costar caras ó bien á su fama ó bien á su existencia.

—¿Qué haces, exclamaba, qué haces? Hija de mi alma.

—¿Lo ves y lo preguntas?

—Detente en tu carrera, no sea que encuentres como cierva en la selva los tiros del cazador y las ansias de la muerte.

—Desde que ví la imágen del cautivo pasando por mis ojos como la nube cargada de rocío por el cielo, ni descanso de día ni duermo de noche.

—¡Infeliz! El sutil amor ha penetrado en tu pecho y ha sobrecogido tu corazon. Mas ¿presientes y adivinas los males que, de amar á un nazareno te aguardan?

—Déjame en paz, Miryam, déjame en paz.

—Alhá te proteja, ya que solo su omnipotencia puede salvarte.

—¡Oh zéfiro! tu aliento da vida á mi pecho; porque llega cargado con suspiros de amor. Rosa, podrán quitarme mis ilusiones como te quitan á tí ay! tus pétalos; pero no el alma enamorada que se exhala en la inmensidad, como tu aroma en los aires. Verde mirto, simbolizas inmortalidad, y tus blancas flores se deshojan como nuestras esperanzas. Narciso brillantísimo, una esmeralda te sirve de cáliz, é hilos de oro y plata se entrelazan para tejer tus vestiduras, mas caen las gotas de lluvia sobre tu corola y te obligan á mancharte en el barro de la tierra como suelen caer las lágrimas sobre to-



da nuestra vida hasta mezclarse con la ceniza de las tumbas. Tú vas, nenufar, sobre las ondulaciones del arroyuelo como los mortales vamos sobre las ondulaciones del tiempo. Tú lloras, triste sauce, y te agitas como los sentimientos de nuestros corazones. Violeta tímida, te escondes y te ausentas á nuestra vista como la desgraciada vírgen que llora forzosas é irremediables ausencias. Jazmin, tu aroma se eleva sobre todos los aromas como el dolor sobre todos los afectos. Purpúrea anémona, eres la última flor del jardín, á pesar de tu régia vestidura, porque tienes negro el corazon. Nube argentada que sobre el disco de la luna extiendes tus gasas, lloras como lloro yo, diferenciándose tu rocío de mis lágrimas en que es dulce y fecundo. Ruiseñor, cantas de esa suerte porque te inspira el amor y te consume el deseo. Paloma mensajera, vete y vuelve, torna y retorna continuamente, á fin de que creamos llevas nuestros mensajes sobre tus blancas alas y los repites con tus amorosos arrullos. Golondrina, que vas á huir nuestros calores allende los mares, tambien serás amiga como aquí del hombre, de ese tirano á cuya vista huyen y se apartan todos los demas animales. Perro fiel, tú me recuerdas cómo la ingratitud humana paga los favores y cambia las mercedes. Camello del desierto, tu paciencia solamente sirve para aquellos que te esclavizan y te azotan.

—Sobeiya mia.

—Miryam amiga.

—¿Cuándo cesarás de hablar con los séres que no han de responderte?

—Cuando cese esta pena que no pueden comprender los hombres.

—¿Y cuándo cesará tal pena?

—Cuando haya satisfecho mi pasión.

—¿Tu pasión?

—Cuando haya logrado mi amor.

—¿Tu amor?

—¿Por qué preguntas de esta suerte?

—¿Extrañas mi extrañeza? Sobeiya.

—La extraño, Miryam.

—Te has enamorado de un nazareno.

—Sí, de un nazareno.

—Y ese amor puede costarte la vida.

—¿Por qué?

—Porque Aihá en sus leyes prohíbe esos amores con los infieles.

—Si los hubiera prohibido, no los tolerara en mi corazon. Así como no ha prohibido al sol que iluminase á los infieles, no puede prohibir al sentimiento que los ame.

—Escritas estan sus leyes en letras indelebles.

—No hay letras tan visibles como nuestros impulsos y nuestros instintos.

—Sobeiya, ese amor puede darte la muerte.

—Miryam, la prefiero á mi dolor. Unas cuantas piedras me separan de él, y no puedo tenderle los brazos y anegarme en su amoroso seno. Ya verás como Aihá permite mi pasión abriendo ese calabozo á mi cariño, de igual suerte que la noche se abre á la aurora. Y seremos como dos perlar de un solo collar, y como dos ramas de un solo tronco. Yo quiero besas sus lábios de grana tantas veces como besa el santón los suras del Koran. No me culpes á mí de este deseo profano; culpa á quien ha extendido su recuerdo en todos los espacios de mi memoria y su amor en todos los senos de mi corazon. No trates de arrancarme este sentimiento, pues necesito de su llama para vivir en el mundo como las aves necesitan de las plumas de sus alas para volar por el cielo. Si nos rechazais, irémosnos libres al desierto como dos pareadas gacelas. Los que el amor ha juntado solo pueden separarse por la muerte. He visto los atezados jinetes árabes en las zambras con sus turbantes de arboles y sus alquiceles de nubes; más ligeros que la marina brisa y más ardientes que la estival siesta; el beso de los desiertos en la morena faz y el abismo del amor en los negros ojos; de barba lustrosa y de pestañas espesas como las sombras de la noche; erguidos y flexibles de talla, y talle á manera de las palmas; capaces así de cantar cual canta el ruiseñor como de combatir cual combate el tigre; y por ninguno de ellos he sentido la pasión que por el nazareno, pobre, triste, cautivo, descubierto una sola vez por mis avizores ojos al través de alta celosía y en el momento de abismarse en su priston.

—Sobeiya, no procedas mal, si no quieres encontrar el mal en tu camino. De una mala semilla no aguardes buen fruto. ¡Ah! Todo es inestable en este mundo. Tú, la gloria de Túnez, reservada como premio al guerrero que siegue en las batallas más infieles, vas á unirme á un infiel. Tu padre, desgraciada, te arrancará el corazon y lo repartirá en pedazos entre los mismos destinados á gozar tus gracias. De más alto que tú cayeron muchos soberbios. He visto reyes poderosos sin reino, caudillos invencibles sin cimitarra, rostros semejantes á la luna llena en el Oriente sin hermosura, mejillas arreboladas como los rayos del sol en el ocaso sin color, estaturas comparables al ciprés sin movimiento, séres afortunados como la prosperidad misma en el infortunio, ¿y no temes que tema verte á tí y á tu belleza desprendiéndose de su felicidad como se desprende una estrella del inmenso y alto cielo?

—¡Felicidad! Para mí, ¡oh Miryam! no puede haberla sino en los brazos del nazareno.

—¿Qué va á ser de mí? Sultana de poderosa tribu, caí en el cautiverio, que pudo costarme la vida. Tu padre me preservó de esta afrenta, movido á piedad por el renombre que en toda Africa me habian dado mis muchas



y buenas letras, mi arte en la danza, mi maestría en el cántico. Y me entregó tu educación. Yo te he enseñado á hablar la lengua de los españoles. Y ahora dirá tu padre que en vez de flores, solo he sembrado espinas en tu pecho. Y me condenará al cautiverio ó á la muerte, desahogando antes en mí que en tí sus cóleras, como si hubiera enseñanza ni doctrina bastantes á refrenar una pasión desbocada. Mañana tus ojos, que relucen como el azabache entre diamantes, parecerán vidriosos y mústios; tus mejillas, cuyo color envidiaría la aurora, pálidas y yertas; tus lábios más rojos que la flor del granado, amarillos como la camamila; tu paso que copiaría la gacela, vacilante como la vejez; y preguntarán qué ha sucedido á tu hermosura y creerán que te ha dado mal de ojo tu Miryam.

—¿Por qué reconvenirme así? ¿Tienes tú la culpa de que el fuego abra-se y el agua moje? Pues tampoco la tienes de que el amor sin esperanza quite á mi paladar el gusto, á mi corazón la alegría, á mis ojos el sueño, á mi vida el encanto. Abreme esa tumba donde está enterrado vivo el sér en quien pienso de día, con quien sueño de noche, á quien sigo á la continua, de cuyo amor está lleno el corazón y cuyas caricias deseo con la vehemencia de mi exaltado amor y con los ímpetus de mi juventud recién salida de la infancia, y que no ha sentido aun el imperio de ninguna otra pasión.

—¿Cómo publican todos los vientos nuestros errores y nuestros vicios! Nadie se entera de los bienes y todo el mundo se entera de los males que haces. Y gracias que la calumnia no llegue á clavar en nosotros sus dientes y sus garras. Acuérdate del halconero que se enamoró de la sultana persa quedando en sus gracias preso como suelen quedar las avecillas en las uñas del cazador halcón. Acuérdate como enseñó á decir á dos papagayos queridos del sultán que había visto á su esposa acostada con el portero de palacio. Acuérdate de cuánto padeció la infeliz antes de testificar su inocencia.

—De todo eso me acuerdo, Miryam amiga, porque tú me lo contaste mil veces. Pero también me acuerdo de que el halcón, como si adivinase la infamia del halconero, se volvió un día contra él irritado y le arrancó los ojos, para que jamás viese cosa alguna por haber visto una sola vez la infamia y la mentira.

—Hija mía, tú que perteneces al pueblo más ilustre del mundo; sultana por tu estirpe, árabe por tu sangre, musulímica por tu religión ¿cómo vas á mezclarte en aquello que más confunde á los mortales, en el amor, con los infieles? Tú adoras á Dios puro en esencia; y ellos mezclan ese culto santísimo al barro y á las piedras de los ídolos. Tú llamas Señor al que tendió como una tienda azul sobre la tierra los cielos; y ellos en su idolatría llaman Señor á su pontífice, á su cura, y al Mesías, hijo de mujer. Dios no quiere que los ángeles y los profetas tengan culto, sino El, solo El, crea-

dor, pródigo, eterno, incomunicable, omnipotente, sublime. No el amor, el odio ha sembrado Alhá entre los infieles; y ese odio no llegará á extinguirse sino el día de la resurrección. Las doctrinas del infiel se asemejan al árbol plantado á flor de tierra que el menor aircillo desarraiga; las obras buenas del infiel, á los vapores del desierto, agua clara á la vista, niebla vana á los labios y á las manos. El fiel que cae en la infidelidad no puede esperar perdón de Dios. La idolatría oscurece tanto la conciencia del hombre que en ella no se puede encontrar felicidad ninguna. Dar un igual á Dios, crimen tan grande es, que quien lo cometa, jamás entrará en el eden; el fuego eterno deberá ser su única mansión. Las creencias de esos hombres se confunden con las telas de araña en lo ligeras y frágiles. No mezcles tu vida con la vida de los infieles. Si tal sucediese diríamos que la santa luz del cielo nos había dado el calor de las llamas del infierno.

—Dime, sábia poetisa árabe, conocedora del Korán cuyos pensamientos sabes de coro y recitas de memoria; dime por qué Alhá, al permitir que otros mortales tengan creencias contrarias á las nuestras no les ha puesto tanta fealdad en el rostro, tanta torpeza en las maneras, tantos defectos en el aire y en el porte que no pudiéramos dar el corazón á ninguno de aquellos á quienes no podemos dar al mismo tiempo la fé y la conciencia. Es verdad: el infiel nazareno se ha llevado consigo, no esta ni la otra parte del alma, sino el alma misma, una, toda, entera. Le ví con los ojos, le amé con el corazón, le recuerdo en la memoria, hablo de él y con él por medio de mi palabra, le ideo perfecciones en el pensamiento, le sigo por do quier con el instinto, y no puedo, teniéndolo en la totalidad de mi sér, desterrarlo de la conciencia. ¿Cómo? Su corazón es como una fruta podrida y sus ojos como una dulce alborada. Tiene la idea llena de sombríos errores y la frente centelleante de divina luz. Sus palabras de muerte se exhalan de unos labios que destilan, como las flores libadas por las abejas, la olorosa miel que alimenta la vida. Yo quisiera conocer en algo que el infierno le posee; pues me parece á mí, perdona si blasfemo, uno de aquellos arcángeles, cuyas alas sacudieron las plumas con que escribió la ley de Dios nuestro santísimo Profeta. ¿Por qué el horror de sus ideas no debía vislumbrarse en sus facciones también? ¿Por qué el error de sus creencias no se había de traslucir en sus miradas? ¿Por qué su religión me rechaza y sus brazos me llaman? ¿Por qué su conciencia es mi enemiga y su corazón es mi amor? Alhá debía haber puesto entre nosotros uno de esos abismos insalvables que ni el cielo colma ni el pensamiento salta. Pero separarnos por creencias que él mismo ha revelado, y unirnos por pasiones que no podrían moverse si él mismo no lo consintiera, como sin su consentimiento no se movería la hoja del árbol, parece impropio de su sabiduría é indigno de su omnipotencia. Nuestros dogmas suyos son, porque no estarían, no, en el Korán sagrado sin sus revelaciones; nuestros afectos suyos, porque no es-



tarian, no, en el corazon humano sin su permiso. Imposible que pueda que rer en mí el bien y el mal á un mismo tiempo. Imposible que trace un camino á mi fé y otro camino á mi vida, cuando ha trazado una sola órbita á los astros. Su voluntad reina sin rival en los cielos y en la tierra. Lo mismo rige el atomillo caído de las ténues alas de una mariposa que el pensamiento encerrado en las escrituras eternas. Lo mismo llueve el torrente que troncha un árbol ó desgaja una montaña y la amarga lágrima que tiembla en mis párpados. Por consiguiente, si mi amor ha nacido, él con su aliento lo ha engendrado; y si lo ha engendrado él no puede menos de ser bueno y santo. Déjame, pues, buscar la correspondencia á mi pasión como el ciervo sediento busca el manantial de agua viva; déjame arrullarla como arrulla la paloma ó la tórtola en el bosque; déjame circuírla de todos mis cuidados como circuyen los pájaros sus nidos y sus cuevas las fieras; yo solamente sé, que amo sin remedio á un mortal y que debo entregarme sin resistencia á la fatalidad de ese amor.

—Arquitecto de los cielos y de la tierra, dijo Miryam fijando los ojos en las alturas, despues de haber oido los juicios escapados al vigoroso razonamiento de Sobeiya, no me abandones á mi soledad, puesto que imploro á grito herido tu auxilio. Libértanos de las llamas infernales y condúcenos al celestial eden. Escuchamos la voz de tu Profeta que nos conjuraba á creer en Dios, y hemos creido. Leimos las leyes diversas que nos mandaban practicar el bien, y lo hemos practicado. Que las naciones infieles no se sobrepongan á los creyentes; y que en el dia de la resurreccion no aparezcamos en tu presencia cubiertos de miseria y de oprobio.

—Rey de los cielos, dijo á su vez Sobeiya, invocando tambien al Dios de sus padres; tú, que puedes convertir los tigres en corderos y las palomas en águilas; poner sobre la frente del esclavo la diadema del sultan, y en las espaldas del sultan los latigazos de la servidumbre; trocar el dia en noche y la noche en dia; extraer de la vida la muerte y de la muerte la vida; consumir con un soplo de tu aliento las flores de nuestros jardines y transformar en flores las arenas del desierto; hacer de las estrellas luciérnagas y de las luciérnagas estrellas; tú debes conjurar mis males y proceder de suerte que el infiel se convierta á la fé, ó tu misericordia perdone mi infidelidad.

—Sobeiya mia, cuando los coreiquitas dijeron á Mahoma que adorase durante un año su Dios y ellos adorarian durante otro año nuestro Alhá, el Profeta les contestó, en nombre del Eterno clemente y misericordioso: «No adoraré ¡oh infieles! vuestros simulacros, no adoreis vosotros mi Dios: vuestro culto y mi culto son incompatibles: mi religion nada tiene que ver con vuestra religion: guardad vuestra creencia y yo guardaré la mia.»

—Entre dos sectas no puede haber ni amistad ni armonía; porque los

sectarios se aborrecen y se exterminan. Pero puede y debe haberla entre corazones que se buscan y que se encuentran por la fuerza misteriosa del amor.

—Sobeiya.

—Miryam.

—¿Estás decidida completamente á continuar hasta el fin ese amor?

—Decidida. Solamente puedo vivir en compañía de mi dulce nazareno.

—Pues bien, escucha.

—Escucho.

—Corres los mayores peligros.

—Nada me espanta ya en el mundo sino su desamor y su ausencia.

—Tiembla, cuitada, infeliz, á los rigores de tu padre.

—¿Cómo quieres que tiemble á los rigores de mi padre cuando no tiemblo á los rigores de Alhá?

—Impera sobre tí misma.

—Mi voluntad bien quisiera; mas se ha rendido esclava completamente al amor.

—Mira lo que haces.

—Mi dicha.

—Tu desdicha eterna.

—Írme en su compañía por las tierras del andaluz, sobrecuyos minaretes granadinos todavía cantan los muezines las oraciones de la mañana y de la tarde. Por las ruinas de Rusafa, ó las orillas del Guadalquivir, veremos la palma que plantara la mano del califa-poeta, y oiremos el romance confundido con las estancias del caudaloso rio. Mi amado, si tú quieres, al rezar una oracion cristiana y convertir sus ojos á los versículos del Evangelio, en vez de convertirlos á las suras del Koran, me parecerá el ángel de la leyenda, que, desterrado del cielo por no haber querido hincarse ante el primer profeta, ante Adan, todavía conserva en el destierro y en la desgracia su celestial hermosura. Y veré la tierra que el sol dora con sus más espléndidos rayos y que el mar besa con sus más plateadas espumas. Y tras el muro ceñudo descubriré el patio alicatado, donde los limoneros llenos de frutas de oro y de flores de azahar menean las ramas al compás de las aguas que saltan de la marmórea fuente. Y tras el patio, la mezquita que el halcon del desierto trajo en su idea desde la oriental Damasco á la romana Córdoba para guardar en el Mirhab deslumbrador los libros del Profeta. Y los fieles besarán mis plantas despues de haberlas visto hollar un sitio más religioso y más querido que la misma Caba. Y mi oracion, no consumida en el fuego de mi amor, pues el nazareno podrá robarme el alma, pero no robarme la creencia pegada á mis carnes y á mis huesos; mi oracion, decia, tendrá tanto poder que derribará por el suelo como frágil pabellon la Iglesia de



Cristo con que los infieles han querido inútilmente profanar el templo eterno de Alhá.

—¡Ilusa! Cuando hayas caído en brazos del nazareno ¿crees que podrás entregarle todo tu sér y guardarte la fé de tus padres? Imágen será tu vida de ese mismo templo de Córdoba que ahora invocas: aunque guardes la palabra del Profeta en los labios y lleves la vestidura de tu gente sobre el cuerpo, acariciarás la fé de Cristo en los recónditos senos de tu corazón enamorado. Al divisar el templo pedirás á Alhá que aumente el esplendor y la magnitud de su casa; al entrar, que abra para tí la puerta de la clemencia y cierre la puerta de la infidelidad; al divisar el Mirhab, que te retenga en aquel lugar de salud y te preserve del eterno fuego; al postrarte, que te eleve de las sombras de la tumba al esplendor de la gloria; pero tu esposo, en el silencio de la noche, en el seno de tu lecho, en los momentos de amor, se llevará consigo como tus ardientes besos tu fé y tus creencias. ¡Infeliz!

—No, Alhá me dió la fé y Alhá me dió el amor. Si ambos presentes son suyos ¿puede perderme con el uno y salvarme con el otro? ¿Puede el uno ser el bien todo en sí, por sí, mientras el otro todo el mal? No lo creo, no puedo creerlo, aunque me lo jureis. El bien es siempre bien; y el mal es siempre mal. De Dios proviene la fé y de Dios proviene el amor. No pueden provenir de él, no, en manera alguna, la verdad y el error, el mal y el bien á un mismo tiempo. Yo creo y yo amo á la par, Miryam amiga, por mandato de Dios, déjame en paz con mis creencias y mis amores.

—¡Ciega! no ves el abismo á que corres.

—Veo el amor que me inspira.

—Morirás en esta porfía.

—No me importa la muerte.

—Parece imposible tanta tenacidad en tan cortos años.

—El que hace de una brisa un huracán, puede hacer de una niña un héroe.

—Y tú dices que amas al nazareno.

—Como el girasol ama al sol, como el ruiseñor ama á su nido.

—Pues no le amas.

—¿Cómo vas á probarme eso cuando hace tanto tiempo que porfías conmigo para que desista de ese amor y no has podido obtener cosa alguna?

—Si amaras, ya que no vieras las propias desgracias, los males propios, el abismo á que corres, la perdición eterna en que te precipitas, verías la muerte que sobre la cabeza del nazareno se cierne.

—¿Qué dices? ¿Qué cuentas? Alhá bendito, es verdad. Mi amor puede perderlo. La cortante cimitarra de mi padre puede segar su cuello. Desprecio todas las desgracias que me amagan; pero no puedo despreciar las desgracias que amaguen á quien amo mucho más, pero muchísimo más, que

á mí misma. Créelo; tomaré toda clase de precauciones para preservarlo de cóleras terribles. Créelo; moriré antes mil veces que consentir un daño para él. Mas quiero verlo, debo verlo, y voy á verlo, suceda lo que suceda, y haya tras mis resoluciones primero la tumba y despues el infierno.

—Detente.

—No me detengo.

—Piensa en él.

—Pienso en mi amor.

—Vale mas caer en el fuego infernal que penetrar en su frio calabozo.

—Pues voy á su calabozo.

—Que Alhá nos salve.





## CAPITULO VIII.

Conflictos.

Mientras Sobeyia intentaba penetrar con grave riesgo de su vida y de la vida de Filippo en la mazmorra donde yacía el pintor; intentaba el Sultan, padre de la hermosa, casarla con el caballero ó el príncipe que tuviese mayores cualidades para asegurar la ventura de tan idolatrada prenda. Semejantes propósitos se revelaron algunos días despues de la noche en que hemos visto los amorosos transportes de la jóven, herida en el corazon de una sola mirada, y quejándose de esta herida con palabras tan melancólicas y tan tiernas como los arrullos de la tórtola desaparejada y viuda. En oriental estancia se encontraba el poderoso señor de la ciudad. Y con decir que era oriental la estancia basta para pintar su riqueza: las puertas incrustadas de oro; las baldosas de mármol, que brillaban como la nieve pura en los altos montes; las cortinas persas, que arrebolaban la luz; las paredes alicatadas con líneas de mil caprichosos juegos á través de cuyas combinaciones lucian mil varios matices; la rotonda de estaláctitas múltiples, asemejándose á una gruta de huries; los ajimeces en dentados arcos de herradura á través de cuyas celosías entraban, exhalados por los naturales pebeteros de huertos y jardines, las esencias del jazmin y del azahar; las pajareras de redcillas áureas henchidas con gorgeos continuos; la fuente en el centro despidiendo con sus cristalinas rumorosas aguas suave freseura y suavísimos murmullos; el sofá de púrpura, á cuya cabeza estaba la ménsula de nácar con las tazas llenas de embriagadoras bebidas y á cuyos piés los taburetes de sándalo olorosisimo; los cojines de tisúes apercebidos por doquier sobre rameados tapices para cuantos tuvieran derecho de sentarse; en la recatada

tribuna la orquesta melodiosa y en los ángulos aquellos jarrones llenos de asiáticas especies, y de tal manera abrigados por los alfareros, que parecían piedras preciosas realzadas en la mezcla de la luz y de las sombras con tanta sabiduría compuesta por los espacios de aquellos camarines consagrados al ocio y al placer.

Perezosamente tendido estaba allí el Sultan. Su túnica ó camisa de seda amarilla, era tan fina, que podría cogerse y encerrarse en una sola mano. Sus zaragüelles de blanco lino, traídos de Armenia, brillaban con reflejos propios de los más relucientes mármoles. Una rica faja de seda los suspendía á los riñones y unos aritos de oro macizo los sujetaban á los tobillos. Su kaba ó sobreveste de brocado rosa rameado de plata, le ceñía desde los hombros á las plantas. Los dos extremos de tal vestimenta componíanse de sandalias preciosas, sobre cuyo tafilete oscuro resaltaban vivísimos bordados, y de un turbante entre cuyas gasas argentadas relucia grande esmeralda que le daba sobre la frente. Un cinturón ó tahali de pedrería lo completaba todo, como que de él bajaba sobre el costado la cimitarra, signo á un mismo tiempo de fuerza incontrastable y de incontestada soberanía.

A una señal, como si seres invisibles lo sirvieran, abriéronse las puertas y dejaron pasar á la córte. Nada tan pintoresco. El bord de vivos colores resaltaba entre los trages, dando al conjunto de aquellos varios grupos subidas entonaciones que hubieran deslumbrado al más valioso colorista. Junto al blanco lino yemenita componia como ideado contraste la roja escarlata marroquí. El negro bornoz de los guardias armonizábase con las flotantes túnicas de brocados que llevaban los cadies. Al inmenso mofláh con que los ulemas cubrian su cabeza juntábase los giffarás de origen español y las tocas ceñidas con cordones de lustrosa sedería. Los mancebos lucian sus gorros recamados de oro, y los ancianos sus largos velos que les daban aspecto de majestuosas y funerarias estatuas. Y no quiero añadir á todos estos esplendores el brillo de los arreos militares, de las cotas de malla parecidas á redes de plata, ni de los petos damasquinados, ni de los cascos que relumbraban como encendida lumbre, ni de las gúntias suspensas al costado y cuyas vainas se asemejaban á serpientes con escamas de jacintos, zafros y rubies.

El sultan de Túnez, despues de haberlos saludado con las frases propias del hiperbólico estilo oriental, díjoles que estaba decidido á casar inmediatamente á su hija, porque el hijo único que tenia, estaba destinado á luengas tierras y á grandes dominios, necesitando, por tanto, un príncipe en su familia; pero que estaba indeciso entre el mas poeta, el mas noble ó el mas guerrero de su corte, indecision tanto mas de comprender y de justificar, cuanto que el elegido para el enlace con la princesa debia ser tambien el elegido para la gobernación del reino. Y despues de haber dicho esto, alzando la voz, exclamó:



—Said, recuérdame en tu estilo épico algunas de las grandes acciones humanas, á ver si me persuades que para dar la felicidad no hay agente como un poeta bajo el cielo; porque al resplandor de la fantasía reúne la exaltación del corazón, y á la exaltación del corazón la bondad del natural y del carácter.

—Tus órdenes son mandatos, ¡oh conquistador de tantas zonas en esta tierra de Africa! El poeta que te lame la mano como un perro del serrallo devoraría las entrañas de tus enemigos como un león del desierto. Cantaré, si quieres, el polvo levantado por tus plantas y lo encareceré mas que la nube venida de lejano lago á calmar la sed de la campiña en el ardiente estío. Mis palabras en sí valen menos que granos de cebada; pero si tú las oyes y las aceptas, se trocarán en perlas de la inteligencia. Mi corazón podrá ser carbon negro y frío; pero una mirada tuya lo convertirá en carbon rojo y encendido. El mundo se cae á pedazos bajo torrentes de lágrimas como se caen los mas bellos edificios á las inclemencias del viento y de la lluvia: los versos lo sostienen y lo aderezan hasta hacerlo un verdadero paraíso. Imitaré á Firdousi, ¡ay! sin lograr emularlo: que la retama no dará frutos dulces como la palmera aunque la riegues con la miel mas sabrosa del Eden. Alabanzas sean dichas en loor de Alhá, que ha encendido el sol en el cielo y la inteligencia en la frente; que ha pintado el lucero de la tarde y la fantasía del poeta. Roguemos á Alhá y movámosle á que en el mar inmenso nos dé por compañero un piloto, en la tierra un ulema, y en la otra vida un profeta. Y despues de apercibidos así, contemos la historia de Zohak, que vivió mil años, para castigo del mundo. En su tiempo disminuyó la religion y aumentó la magia. Su corazón era de hiena, su cabeza de culebra, sus dientes de víbora. Arrancó dos mujeres á su hogar y las llevó al palacio, aunque las infelices temblaban como dos hojas de álamo. Todas las noches llevaba robustos mancebos á su presencia, les abría el cráneo y daba sus sesos á las serpientes. Diariamente, pues, mataba dos. Y santones prudentísimos, disfrazados de cocineros, salvaban todas las noches una de estas víctimas y dejaban matar la otra por no engendrar sospechas, sustituyendo los sesos de los vivos con sesos de cordero. Y el malvado Zohak tuvo un sueño y vió un mancebo erguido como airoso ciprés, que le aplastaba todos los huesos con un ariete y lo arrastraba, atado á una fuerte correa, hasta la cima de siniestra montaña. Y al despertarse de tal sueño, lanzó un grito que sacudió como un huracán su sala de cien columnas, y conmovió como un terremoto los lechos de sus tres mil concubinas. Creíase inmortal, como si la bóveda del cielo girando sobre un muro de bronce no pudiese pulverizarlo y destruirlo. ¡Ah! Los sábios le interpretaron el sueño y le dijeron que Feridoun daría cuenta de él á la justicia del cielo. Y desde aquel instante buscó al libertador para inmolarlo. Una vaca, cuya piel se parecía en lo multicolor á la cola del pavo real, lactaba y

sostenía al vengador. Y Zohak se ponía su corona de turquesas, se asentaba en su trono de marfil, y pedía á todos los genios malos ponzoñas para acabar hasta con el aire reservado al que debía llamarse su enemigo en las divinas predestinaciones. Y el predestinado montó en su caballo negro, irguió la frente tanto que frisaba con el sol, y llenó su inteligencia con la idea de justicia y su corazón con el ansia y anhelo del castigo. Y llegó al palacio de Zohak, y aunque lo vió tan alto que tocaba casi con Saturno en el cielo, dejó la rienda suelta á su corcel y arremetió con fuerza á sus muros. Y como si las águilas le hubieran dado sus alas y los huracanes su fuerza, entró en el vedado alcázar y se asentó en el vacío trono. En tanto que Feridoun venía de la tierra del Iram á limpiar aquel triste alcázar de monstruos, Zohak se iba á la tierra del Indostan en busca de sortilegios y hechizos. Los eunucos de éste no podían comprender como un extranjero osaba penetrar en el palacio de su sultán y erguirse y presentarse á sus ojos con una corona en su frente como altivo ciprés sobre el cual se levanta la blanca luna. Y llamaron al tirano, que volvió con un ejército de genios malos, tan negros como la noche y tan exterminadores como la peste. La batalla fué terrible. La tierra se estremecía y los aires relampagueaban; caían de las casas los ladrillos y de los palacios las piedras; los sablazos flameaban como los rayos en tempestad oscura y las flechas caían como los granizos de tonante nube; el polvo de la batalla oscureció la luz diurna y el bote de las lanzas horadó las piedras y los peñascos; el héroe se levantó llevando un escudo de oro tan reluciente como el sol en la mañana y una correa de piel de leones tan larga como la cadena del tiempo; y fué atado el tirano y conducido á una roca, donde clavadas sus manos y clavados sus piés, despedía del corazón torrentes de negra sangre. Esta gran justicia nos enseña de qué suerte debemos proceder en la vida para encontrar el bien, que es tan necesario á nosotros y á nuestros semejantes. ¿Habeis visto lo que fué Feridoun para la monarquía persa? Pues eso mismo sería yo en mi amorosa boda. Combatiría el mal como nuestro héroe combatió á Zohak y depositaría mi corazón y mi diadema á las plantas de tu hija.

—He oído, dijo el sultán, tu relación, y no podré con facilidad olvidarla. Por ella veo que la buena poesía se hermana con la buena moral. De grado te daría con este anillo el corazón de mi hija y el dominio sobre la tierra si no estuviese decidido á oír al valor y á la nobleza. Ya habeis escuchado al competidor con quien lucháis. Una imaginación llena de encanto vale mas que un cinturón lleno de oro. Una prosapia enlazada con nobilísimos abuelos significa una grande proximidad al Profeta. Eres noble, Ayoub, cuéntame, pues, tus ascendientes y háblame con verdadera sencillez de tu origen.

—Yo, Sultán, desciendo de Abdel-Melek, y no puede haber mas noble prosapia que la mia en toda el Asia. Ni los descendientes de Fátima, ni



los hijos de Ali, ni la posteridad de Abbas competirán jamás con quienes fueron, si no la pluma, la espada del Koran. La bella ciudad de Damasco está unida á nuestro nombre como la esposa al esposo. Otros califas oprimieron al califato y devastaron con sus alcabaleros las provincias; mis mayores pidieron á la guerra y á la conquista el tributo indispensable al mantenimiento de su autoridad y de su imperio. En nuestras manos y en manos de nuestros tenientes voló, como si tuviera alas de halcon, la enseña del Profeta desde la tierra del Iemen hasta la tierra del Nilo, desde la tierra del Nilo hasta la orilla africana del Atlántico, desde la orilla africana del Atlántico hasta el peñon de Gibraltar, puerta del Andaluz y que es tambien pórtico de Europa. Pero ¿á quién cuento esas cosas? Á los mismos señores del Magreb, testigos de que mis padres pasaron por sus tierras con más estruendo que las nubes tempestuosas por sus cielos. La indómita España quedó sujeta por nuestro freno, que le travó la boca; y domada por nuestras espuelas, que le ensangrentaron los hijares. Mil ciudades desde Algiciras la verde hasta Mérida la romana y desde la fenicia Gades hasta la sabia Osea, entraron como sultanas en nuestro serrallo y sometieron la cerviz á nuestro yugo. Allá en Oriente, en nuestra cuna, el Imperio de mi familia cayó á causa de que los nietos del yerno de Mahoma no podian olvidar recuerdos de religion y aspiraciones de estirpe. El muslim se levantó contra el muslim, los descendientes de Abbas contra los descendientes de Abdel-Melek, las ruinas profanadas de Babilonia contra los esplendores nacies de Damasco. Y por haberlo querido así el hado enemigo, las zorras vencieron á los leones, los Abassidas á los Omniadas. Mis últimos parientes, que aun podian con sus cimitarras tintas en sangre infiel, mantener el respeto á su autoridad y á su gloria, fueron asesinados en un festin por los domésticos que á cada cual servian y que les cercenaron las cabezas. Noventa cayeron á una señal dada, y sobre sus cuerpos palpitantes arrojaron los enemigos un tapiz y bebieron y cantaron, mezclando el vino maldecido con la pura sangre nuestra, y la cadencia de los cánticos y el rasguear de las guzlas con los estertores y los quejidos de la más terrible agonía. Uno solo se salvó, refugiado en tribu africana, perdido en los desiertos, bebiendo por todo licor la blanca leche de vuestras camellas, y alimentándose por todo alimento con los dátiles endulzados por vuestro ardiente soi. Y ese fundó el califato de Córdoba, que ha sido como un espejo del cielo, y la aljama de Sierra Morena, que ha eclipsado á la grande aljama de la Meca. Hé ahí, Sultan, mi ascendencia materna. En cuanto á la paterna, mejor que yo la sabes tú. Allá donde el rio del Andaluz se acerca al mar, hay una ciudad, que en vano han pretendido bautizar los nazarenos, pues pertenece y pertenecerá mientras viva, á las huries del mahometano Eden. Sapiéntisima era Córdoba, pero Sevilla la vencía en tañer la cítara y en estudiar el cielo. Cercada de jardines se eleva en su recinto la Giralda, á cuya cima vienen

las estrellas siempre que quieran oentarnos algun secreto del Empireo. Allí se enseñan la astronomía y la música. Y de su último rey descende este mancebo que te habla. Vuestras crónicas cuentan como lo vieron allá en el esplendor de su trono y aquí en la tristeza de su destierro. El que habitó los alcázares sevillanos ¡ay! no tuvo en el desierto una tienda. El que ciñó diadema cuyas piedras se confundian con las estrellas, no encontró turbante que guareciese su cabeza de las inclemencias del aire. Allí le despidieron las hijas de Sevilla, hiriendo con las uñas sus bellos rostros y rasgando de dolor sus ricos velos; aquí las ondas del mar y las arenas del desierto se arremolinaron para anegarlo y confundirlo. Al primer poeta que le saludó en Tánger le dió el último dinero traído de Sevilla y sellado con el rojo licor de sus venas. Y el que derramó oro como luz el sol, tendió la mano en los caminos y tuvo que pedir limosna á los viandantes. Como encontrara una rogativa que iba en procesion á impetrar de Dios agua para los campos secos, díjoles: yo os inundaré con mis lágrimas. Y las miradas, que antes le buscaban, se convertian lejos, muy lejos de sus ojos sin luz; y los brazos que antes se alzaban suplicantes á él; caíanse desmayados como las plantas marchitas. Sus pequeñuelos se encontraron faltos de lo que tienen los cachorros, del pecho de una madre, del abrigo de una madriguera, del fresco de una sombra. Sus hijas, destinadas á desposarse con reyes, corrieron las calles y las playas de las ciudades africanas, mal vestidas de harapos; y por un pedazo de pan hilaron el copo como infelices mendigas. No tuvieron ni alpargatas las que encerraron sus piececitos en borceguies cuajados de perlas. Y los pregoneros que anunciaban su salida del alcázar y separaban las gentes á su paso, las quisieron tomar como criadas. Y en el calabozo, al son de su cadena, trazaba el rey elegías que hubieran partido en mil pedazos, de dolor, hasta las frias piedras. Cómo no trazarlas cuando venia del país donde los limoneros con sus frutos de oro se mezclan á los granados con sus flores purpurinas, y los granados á los olivos cuyo florecimiento se asemeja á una blanca nevada. Cómo no trazarlas cuando allí la luna se levanta seguida de estrellas como reina oriental de su corte, y rielá en las aguas del Guadalquivir perfumadas de azahar, y entona con sus reflejos de plata los miradores sembrados de azulejos y las torres que parecen mantener sobre su cima el profundo y alto firmamento. Mi padre, al morir, solo me ha legado una cosa, la llave del alcázar construido por nuestros sábios alarifes y profanado por los reyes nazarenos. Y yo he prometido que algun día iremos allá donde los ruiseñores tienen sus mas preciados nidos, donde las palomas arrullan con suavísimos arrullos, donde bajan las aves del aire y las estrellas del cielo, donde en estancias cubiertas de marfil y oro, perfumadas de aromas, se esconden las huries del Profeta, prometiendo y guardando purísimas caricias de exaltado amor. En cuanto al último rey moro de Sevilla, tú sabes que descende directamente de aquella tribu beduina



llamada de los Lakmitas, cuyos camellos surcaban en todas direcciones el desierto y cuyas tiendas se vieron mil veces en los areniscos é inciertos límites que separan la Siria del Egipto. Y muerto ya y enterrado, los peregrinos andaluces venian de la sin par Sevilla á la triste Agmat, y recorriendo su cementerio sembrado de cipreses, arrodillábanse en el montecito de tierra que cubria su cuerpo, y vertian lágrimas tan amargas como la hiel de nuestros higados y recitaban versos tan dulces como la frescura de nuestros oasis. Hé ahí mi ascendencia paterna y materna, grande por su poder y por su desgracia, digna de llenar la epopeya con sus hazañas y la elegía con sus tristezas. Si por esposo de tu hija me eligieras, contaria á tus nietos estas historias para que fueran dignos de sus preclaros nombres.

—La nobleza, dijo el sultan, grande privilegio entre los hombres. Con la poesía puedes encantarlos; pero sólo con la nobleza puedes regirlos. Mas ni nobleza ni poesía serian cosa alguna sin la fuerza que impulsa á la guerra. Ya hemos oido á los poetas y á los nobles; oigamos ahora á los guerreros. Adelante, Abdelazis, y háblanos de tus esfuerzos y de tus proezas, pues perplejo yo entre un gran númen y un gran nombre, quizá corte mi incertidumbre y mi duda una gran cimitarra.

—De leones hijo me llaman las africanas tribus, exclamó Abdelazis. Tú habrás visto el leon, sus guedejas erizadas sobre el fuerte pescuezo, sus garras aceradísimas, sus dientes entre los cuales parece blandir la roja lengua, sus patas y sus manos ligeras, el centelleo siniestro de sus ojos sanguinolentos, el salto de su rabia acompañado de rugidos que resuenan como la tempestad en los montes. Pues tales somos los de mi tribu en la guerra. El paso de los ejércitos, el relinchar y piafar de los caballos, el ruido de los atambores y clarines, el rechinar de los dientes retumbando á impulsos de la ira, el flamígero centelleo de las cimitarras, el trueno y retrueno de los mosquetes y espingardas, el polvo que levantan los combatientes y que en negros nubarrones se condensa, el hedor de la sangre que todo lo mancha, los gritos de los moribundos, la gozosa alegría de los vencedores y el resuello de los vencidos, todos estos trances y todos estos estruendos me exaltan y me alientan como á los corceles ligeros las músicas de la batalla y á las águilas voraces las tormentas y las tempestades del aire. Perros infieles, diremos á nuestros enemigos, no tiene el huracan fuerza tanta para desarraigar los árboles como nuestras cimitarras para desarraigar vuestras vidas de la tierra y despedir vuestras almas, chispas sacadas del pederual á los profundos infiernos. No huyais á los castillos, porque hasta sus almenas llegarán los que saben arrastrarse por tierra como las serpientes y volar por el aire como los milanos, combatir como los tigres y cebarse en los cadáveres con la crueldad de las hienas y el hambre de los cuervos. Os echaremos de vuestras ciudades como si echáramos pacientes camellos de

sus establos. Hemos visto volar á unos como perseguidas moscas y hemos visto á otros postrarse de hinojos y caer á nuestras plantas como voluntarios cautivos. Nuestra sangre jamás se ha mezclado con la sangre de los infieles; y nuestra guerrera tribu pelea desde el vientre de las madres hasta el vientre de las tumbas. Cuando Alhá quiere exterminar á las razas enemigas suyas, se vale de nuestros fuertes brazos. Habiéndonos dado para la pelea corazon de hierro, en el cual se mellan los mejores aceros, nos ha dado para el hogar corazon de niños, que se derrite como la blanda cera. Y yo, que tantos muertos he sembrado en mis batallas y tantos cautivos he hecho en mis victorias, muérome de amor á la mirada de una hermosa y me rindo esclavo suyo, sin voluntad y sin conciencia. Los reyes enemigos tiemblan y en sus tronos se estremecen al vernos; y tiembla mi corazon bajo su malla como una delicada rosa al ver la hermosura. Dejadme, pues, amar mucho: que nadie necesita en tanto grado de las virtudes del amor como aquellos que mucho han peleado y mucho han aborrecido en la tormentosa vida.

—Ya os he oido.

Dijo el Sultan, despues que el guerrero hubo acabado su discurso.

—Puesto que nos oiste, decreta acerca de nuestra suerte.

Exclamó Ayoub.

—Y te obedecerán estos tus vasallos como la fiera al domesticador, como las criaturas á Alhá.

—La recompensa que voy á daros tiene subidísimo precio. Vais á tener en vuestras manos la luz de mis ojos, el carmin de mis mejillas, la sangre de mi corazon, el aliento de mi pecho, mi hija, mi hermosa Sobeiya, amada de mis entrañas, porque el cielo no me ha concedido ninguna otra descendencia. Con ella tendreis esta diadema de Túnez que en vano quisiera arrancar el mayor rey de Francia á las sienes de mis predecesores. Con la corona de Túnez se os dará el dominio de una parte de África, compuesta de beduinos hábiles en hablar la lengua del Profeta, levantada entre el reino de Egipto y el reino de Magreb, frente á esa hermosa Italia á cuya conquista ni he renunciado yo, ni podrán jamás renunciar mis nietos: que para las grandes empresas se guarda el aliento y el vigor de los grandes deseos. Recoged, pues, esa perla inapreciable, y á fin de que pongamos á Dios tambien de nuestra parte, no quiero que dejemos de consultar á la suerte. Aquí tengo una garza, la cual, de cada tres palabras que se le dicen, repite siempre una. El nombre que pronuncie será el nombre tambien de mi yerno.

En efecto; el vizir se dirigió á la jaula áurea, donde estaba la garza real, y le dijo el nombre del poeta, Saïd; el nombre del noble, Ayoub; el nom-



bre del guerrero, Abdelazis, combinándolos de suerte que los tres se dijeran por tres veces en primero, en segundo y en tercer lugar.

—Abdelazis.

Dijo, al fin de un breve rato, la garza.

—Abdelazis, serás mi yerno en este alcázar, mi rey en Túnez.

—Gracias sean dadas primero á Alhá; despues á ti.

—Avisad á mi hija.

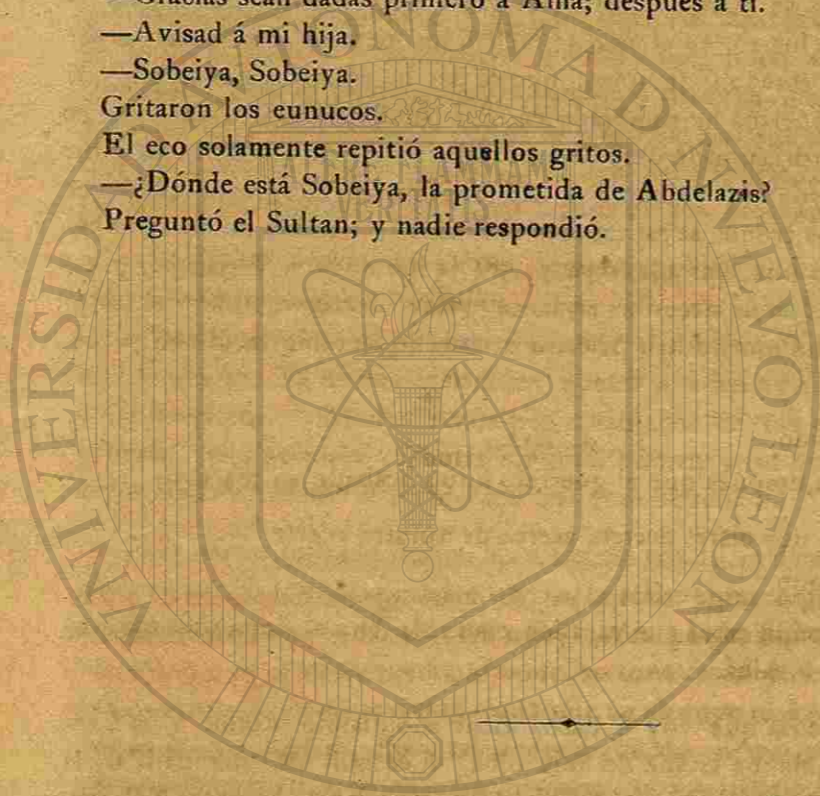
—Sobeiya, Sobeiya.

Gritaron los eunucos.

El eco solamente repitió aquellos gritos.

—¿Dónde está Sobeiya, la prometida de Abdelazis?

Preguntó el Sultan; y nadie respondió.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO IX.

El Hado.

Recluido Filippo largo tiempo en su mazmorra donde le tenia como abandonado un implacable olvido, cierto día, sin saber ni adivinar siquiera la razon de aquel cambio, encontróse súbitamente con la puerta franca y un jardín oriental á merced de su albedrío. Habreis visto muchas veces un ave enjaulada que, á través de sus hierros, ha piado y saltado por el espacio inmenso y por el aire libre con verdadera tisteza; habréisla visto lograr una salida, y estremecerse de placer, y abrir sus alas como dos relámpagos, y lanzarse á lo infinito con ímpetu, y volar en la inmensidad dejando tras sí una sarta de notas alegres, las cuales todavía suenan en vuestras orejas cuando su cuerpo ha desaparecido como si tuviera la inconcebible rapidez de la luz; pues de igual suerte, el artista, abandonando las lobregueces de los abismos á que lo redujera su nefasto hado, lanzóse en brazos de la naturaleza, como para recoger una mas nueva y mas ardiente vida. El paralítico que recobra la necesaria elasticidad de sus miembros; el ciego que recibe en sus ojos, condenados á noche eterna, la luz del día; la madre que abraza vivo un hijo á quien creyera muerto, no sintieran regocijo comparable al regocijo del pintor, cuando penetró desde el frio de los sepulcros en el calor de la vida, y desde la noche en la luz, y desde estrecho recinto en mas anchuroso espacio, y desde la soledad en la comunicacion con tantos seres, y desde la ausencia de todo color en aquel océano de resplandores arrebolados por iris diversos que presenta la naturaleza allá en las espléndidas tierras y en los luminosísimos cielos del Oriente. El mas colorista de los pintores toscanos en aquel tiempo no se cansaba de mirar y remirar có-



mo los árboles se recortaban en los aires; cómo las mariposas discurrían sobre las flores; cómo las flores resaltaban sobre el follaje; cómo el follaje atraía con su resina y con su miel á las abejas; cómo de tal conjunto se exhalaba un aroma tan vivaz y tan embriagador que, al aspirarlo, creeríais aspirar el alma misma de la tierra en su purísima esencia. Así pasaba desde la alegría mas loca á la contemplacion mas extática; y desde la contemplacion mas extática, al saboreo de todos aquellos deslumbrantes juegos de la luz para disolverlos en su paleta y reproducirlos en maravillosos cuadros. El pez que se asfixia en el aire no vuelve al agua con el sentimiento de vivísimo placer con que volvía el pintor naturalista á la Naturaleza. Ahora, fuera de sí, corriendo de un punto á otro punto y gritando de placer, asemejábase á caballo desbocado que hubiese sacudido freno y brida; ahora, ensimismado, inmóvil, extático ante un arroyo, una flor, un árbol, un surtidor, una pajarera, el vuelo de un ave cortando con su sombra la celeste claridad del horizonte, el coleteo de un pez en las claras aguas de un estanque ó de una fuente, en aquel arrobamiento de la contemplacion extática, asemejábase al poeta persa de quien cuentan las leyendas musulmanas que los ruisenores anidaban en su cabellera, y que los empollados y nacidos en aquel extraño sitio, al calor de su cerebro, cuando rompían los huevecillos y tomaban plumaje y voz para lanzarse al aire, tenían la virtud de volver locos de amor á todos cuantos llegaban á oír sus gorjeos y sus arpegios henchidos así de innumerables inspiraciones como de estrañas y misteriosas ideas.

Pero la contemplacion extática no correspondía ciertamente á su naturaleza. Filippo no era un filósofo á quien pudiese satisfacer el culto místico del ideal; era un artista necesitado de la accion y de encerrar en formas visibles y palpables su idea. El Oriente despertaba emociones vivísimas en su alma. Imposible que llegueis á imaginarlas si no acertais á compartirlas. En su variedad la vida ha prodigado las aptitudes con tanta largueza, que no sabeis cómo los colores penetran en los ojos de un pintor, y las armonías en los oídos de un músico, y los sentimientos en el corazón de un poeta, si no os habeis educado y hasta habeis nacido para la pintura, para la poesía ó para la música. Nada tan cerca de nosotros como la naturaleza, en cuyo seno vivimos, de cuya luz nos iluminamos; que nos alimenta con su calor y nos da con sus átomos los materiales de nuestro cuerpo y con su jugo la sangre de nuestras venas; ¡ah! nada mas cerca de nosotros; y sin embargo nada mas difícil de ser interpretado por el sentimiento estético de cada cual y expresado por las varias formas del arte. La montaña, el mar, los horizontes, las selvas, los edificios mismos tienen á los ojos verdaderamente pictóricos tales relieves y tales resplandores, que en vano pretenderíamos comprenderlos como ellos los comprenden, nosotros los profanos, tan verdaderamente incapacitados de alcanzarlos como de reprodu-

cirlos. Hay oídos que, oyendo, y sin estar aquejados de sordera, no perciben la música, ni sienten la melodía y la armonía; y hasta ojos que, viendo, no ven, y si ven, no aprecian ni sienten las líneas y los colores. Hasta en razas enteras pasa esto. Explicadme por qué los anglo-sajones no han tenido ni en el Viejo ni en el Nuevo Mundo un Ticiano, un Veronés y un Murillo. Existen inteligencias matemáticas que en todo ven la proporcion y el número; inteligencias telescópicas que se abisman allá en los inmensos espacios; inteligencias microscópicas que solo descubren las cosas casi invisibles de puro diminutas; inteligencias para las cuales aparece siempre la idea en su pura abstraccion é inteligencias para las cuales no existe la idea sino encarnándose en plásticas y deslumbradoras formas. La inteligencia de Lippi era una inteligencia artística, exaltadamente enamorada del color, de las líneas, de la luz, de la expresion, del relieve, de la forma en sus determinaciones mas plásticas y mas reales. Ya podeis imaginaros cómo resplandecería en sus ojos el Oriente. Ya podeis imaginaros qué efecto produciría en su alma el desierto con sus reverberaciones metálicas y el cielo con sus tonos incandescentes. Ya podeis imaginaros lo que serían en los ámbitos de su mirada un mar de azul perla, estrellando sus ondas en una playa de doradas arenas, junto á la cual se lavantan aquellos edificios árabes que tiran desde el rosa claro al rojo oscuro, y á cuya puerta se encuentra el brocal de un pozo y el grupo de unos rosales, no lejos de la palmera que ve á sus plantas, retorcidos fantásticamente, los nopales con sus amarillas flores y sus pencas verdes de una rigidez metálica, contrastando con la flexibilidad de las palmas que se simbrean y cantan y alzan su verdi-negra corona, allá en la inmensidad de los cielos.

Filippo recorrió en todas direcciones el jardín, salió á todas sus eminencias, contempló sus vistas. Grande, inmenso aquel dichosísimo lugar, tenía sus irremediables defectos; ser al fin y al cabo una jaula grande: si respiraban los pulmones el embalsamado aire de una deliciosa atmósfera, no respiraba el alma otro aire mas preciado y mas necesario, el aire de la libertad. Para contrastar esta desgracia no había remedio como ejercer la propia actividad. Imaginaos lo que varias veces ha presentado la poesía en sus múltiples obras, imaginaos la llegada de habilísimo industrial á una isla desierta; su primer empeño será arrastrado por los ímpetus de su instinto, procurarse instrumentos á los cuales deber los medios necesarios de elevar sobre el mundo de la naturaleza su propio mundo, su creacion propia, su hechura, el producto de su trabajo, la industria. Un artista, sentiráse á su vez llamado por otras vocaciones, é impelido tambien á emplear su actividad y á tener en el espacio un reflejo de su alma, una creacion de su idea, una obra de arte. Filippo no podía ver entre los verdes sicomoros, al través de las grutas de jazmines, dibujarse en cielo reluciente los rosados muros de los palacios y los altos minaretes de las mezquitas destacarse entre las



palmeras, sin moverse, arrastrado por la inspiración que de todo aquello se exhalaba como una nube de aromas, á emplear sus pinceles y reproducir la naturaleza y trasformarla allá en los cielos del arte. El industrial se hubiera procurado con las industrias propias de la fecunda naturaleza humana, instrumentos de trabajo; el artista se los procuró también, desde las tablas á los pinceles, desde los pinceles á los colores, desde los colores á los aceites. Relatar los medios de que se valió, los engaños á que hubo de recurrir, los esfuerzos que hizo á fin de lograr para sí en aquel encierro de su jardín, cuanto el trabajo libre ha creado para todos en la sociedad, parecería obra demasiado prolija al autor y demasiado pesada á sus lectores. Bástele decir á quien relata y á quien lee saber, como pasaron ocho días de grande empeño antes de reunir todos los múltiples objetos necesarios á su gigantesco trabajo. En esto, como en todo, Lippi mostró la cualidad culminante de su temperamento moral y material, aquella energía en la fuerza y aquel ímpetu en la voluntad con cuyo auxilio cumplió sus obras y ejercitaba sus facultades, así en los empeños de la vida como en las producciones del arte. Parecía materialmente un dios, según avasallaba la materia y la forma á los conjuros sobrenaturales de la idea.

Dada su situación moral, tenía necesidad de producir y de crear. Cuántas emociones y cuántas aventuras desde la mañana en que, desoyendo los consejos de Serafin y de Lucrecia, había salido en aquella orgía flotante ideada por los pintores venecianos á la mar, para caer bajo el yugo de los piratas. Cómo se había visto de próximo á la eternidad, cuando, anegado en las ondas, luchaba á brazo partido con las angustias de la asfixia y los estertores supremos nuncios de la muerte. ¡Qué providencial encuentro con el joven que le salvara y que le condujera cautivo á Túnez! Ya en su cautiverio de Túnez y en su calabozo; qué mensajes tan misteriosos, qué auxilios tan extraños, qué presentes tan raros, qué iluminaciones tan súbitas de esperanza, qué cantares tan melodiosos á él consagrados, qué pruebas del auxilio y del amparo de un ser misteriosísimo, invisible, á cuya intervención inesperada en su infortunio debía el alivio de sus innumerables y terribles males. Los espejismos con que resplandeciera el Oriente, habían teñido de varios matices sus ojos; las emociones con que sus posteriores misteriosas aventuras habían agitado su corazón, llevábanle á producir nuevas producciones, de esas que se engendran naturalmente en las fiebres por que suele pasar el genio creador de los artistas. Así es que, necesitando Filippo crear, creaba con la devoradora actividad, propia de su exaltado natural y de su exaltadísimo temperamento.

Enamorado del colorido oriental reprodujo con sus pinceles mágicos la Naturaleza que le rodeaba, y entre la Naturaleza que le rodeaba puso al Sultan á quien había debido la vida, al padre de la infeliz Sobeyia bien ajeno al bellissimo arte entrado con el cautivo por sus puertas. Aunque habíase

ya ideado entonces la perspectiva y conocióse el secreto de la pintura al óleo, Filippo, que por ciertos aspectos pertenecía al mundo moderno, por otro aspecto pertenecía al mundo de la Edad Media. Y su cualidad culminante consistía en enamorarse con amor tan profundo de la Naturaleza, que la copiaba tal como la veía, sin atreverse á realzarla cual habían de hacer sus sucesores, en los celajes del idealismo. Aquella alma tan exaltada, tan llena de frenéticos sentimientos, los cuales ardían como un volcan de pasiones, al prosternarse ante la Naturaleza y adorarla, hacía con un candor semejante al candor del mas exaltado místico; y sin desfigurar los objetos, ni aun para hermostrarlos en su exaltada inspiración. Copiaba y recopiaba las flores, los árboles, las avejillas, y entre estas copias ponía como un centro la figura del rey moro envuelto en los pliegues de su brillantísimo traje. En la crisis suprema del Renacimiento resultaba Lippi la expresión exacta de su época, por lo mismo que repetía y copiaba la Naturaleza. El mundo moderno, al sacudir las cenizas de la Edad Media y entrar en la madurez de su edad, recomponía la historia con recomposiciones necesarias y completaba la vida con su verdadero complemento. Así el Sultan, colocado entre flores, parecía el Sultan repetido y tomado en los senos mismos de la realidad y no en los espejismos del arte. Estábamos, pues, en pleno naturalismo; y Lippi era por excelencia el pintor naturalista.

La figura del Sultan se había quedado como grabada en su memoria. Luego, todas las tardes, le veía pasar por una de las terrazas próximas á su jardín y recogerse religiosamente cuando el muezin anunciaba desde la torre altísima la oración religiosa. Como los orientales suelen tener en su fisonomía la misma uniformidad que en su alma, un solo gesto y una sola expresión predominaban con verdadero predominio en aquella faz expresiva del mandato y del imperio. Un oriental es como una escultura en la perennidad de su expresión y en la uniformidad de su fisonomía. Por consecuencia, cara tan inalterable y una, copiada por pincel tan inspirado y tan hábil á un mismo tiempo, debía tener parecido tal que casi casi llegara á confundirse con la identidad completa. Memoria y fantasía se auxiliaban con mútuo auxilio en la mente inspirada de Lippi para crear un deslumbrante cuadro capaz de fijar todas las miradas y de atraerle, hasta en regiones tan apartadas de su patria y tan ajenas á su arte, gloria inmarcesible.

Luego, en la flor de su edad, en la plenitud de su genio, en la posesión entera de sus facultades y de sus fuerzas, en el zénith de su inspiración comenzaba verdaderamente á sentir lo que no había sentido hasta entonces, con necesidad tan por extremo imperiosa, comenzaba á sentir una reacción naturalísima hácia el amor casto, puro, consagrado á una sola mujer, nacido del sentimiento, y alimentado por las satisfacciones incomparables de la virtud y por la confianza serena en la inmortalidad. Siempre que acariciaba tales sentimientos, veía aparecer en el fondo de sus inspiraciones y de sus



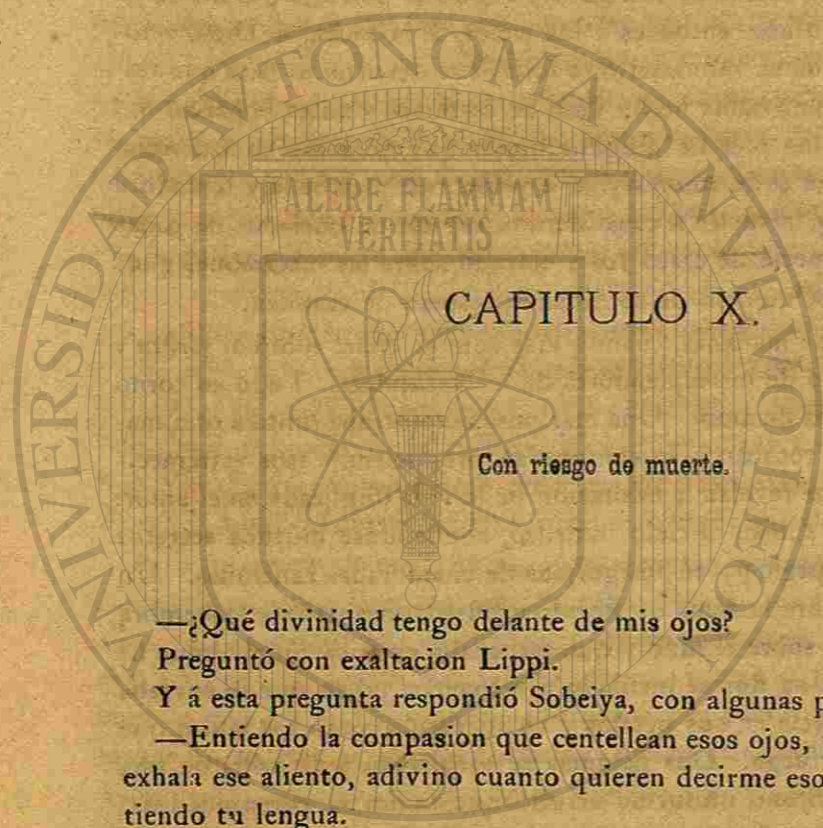
ensueños la única persona capaz de inspirárselos, veía aparecer la casta y hermosísima Lucrecia. En aquel estado, náufrago redimido por un verdadero milagro, cautivo y en la soledad del cautiverio, alejado de su patria, en manos de infieles, sin saber cuál podía ser su futura suerte, debía volverse con amor hácia la santidad del hogar tantas veces acariciado, nunca conocido; y en el hogar descubrir la única ventura posible, la que tiene su origen y su fundamento en amor legítimo, correspondido y purísimo. Nada mas natural, pues, que convirtiese sus ojos á lo pasado y que encontrara, como único faro entre tantas tinieblas, el casto amor de Lucrecia. Dada la mezcla irremediable de paganismo y de cristianismo que habia en su alma, alzabase con el pensamiento al cielo y pediale á la Virgen Madre socorro en su desgracia y proteccion para Lucrecia, á fin de qué le conservara la inclinacion natural que hácia él siempre habia mostrado y la retuviera libre de caer en las tentaciones de cualquiera otra pasion, de cualquier otro amor. Con la viveza propia de su imaginacion veíase muchas veces á los piés del Papa, ofreciéndole un cuadro religioso, y sacando en cambio de esta oferta la remision de todos sus pecados antiguos y el levantamiento de sus votos monásticos, á fin de unirse en casto indisoluble lazo con la mujer única á quien verdaderamente habia amado en este triste mundo.

Pero ¿qué seria de ella? Al fin, naturaleza tan elevada ¿no se cansaria de consagrar su amor á ser tan extraño como Filippo se reconocia y se proclamaba á sí mismo allá en el silencio de su pensamiento y de su conciencia? ¿No podria, herida por tantos sucesos, tomar alguna resolucion que impidiese mas y mas el logro de los deseos y el cumplimiento de las esperanzas de su amado? A las puertas del claustro, la noticia de la muerte de Filippo, la conviccion de que jamás volveria á verle, esos arrebatos nacidos de la pérdida de toda esperanza, podian arrastrarla á la suprema resolucion de profesar y al eterno apartamiento de este triste mundo, muerta y enterada en vida. Cuando pasaba la posibilidad de tal suceso por la mente del artista se retorcia de dolor y se entregaba, cual si estuviera loco, á toda clase de violencias, arrancándose los cabellos con furia, y con furia hiriéndose y golpeándose la cabeza. En semejante estado de ánimo sus culpas se erguan como serpientes en la memoria y le acusaban hasta de las desgracias mas irremediabiles y mas fatales de su vida. Decíanle, pues, con terrible elocuencia como tantos amores fugaces, tantas aventuras de una hora, tantos extravíos que al cabo solamente le dejaban acerbo amargor en los labios, habian recibido en castigo la terrible imposibilidad de unirse con la persona mas querida, con la bella Lucrecia, con la que guardaba toda la miel de la felicidad necesaria al sustento de su vida y de su alma. Y como sus sentimientos cambiaban con tanta facilidad, y en sus cambios recibian impulsos violentísimos, la conviccion de que la responsabilidad principalísima de su mal caía sobre su vida, le atenaceaba la conciencia hasta arrancarle gritos de

dolor como si le mordiesen los sesos y las entrañas. Y en estos arrebatos, tiraba paleta y pinceles, huía del jardín y de sus flores, abandonaba la luz en cuyos reflejos crecian sus remordimientos; y metido de grado en el calabozo, dábase á toda suerte de extremos y á todo el desvarío propio de su pensamiento. Conjuraba entonces á los cielos, á la tierra, á Dios, á los santos, á la patrona de su monasterio, á todas sus devociones para que testificasen y dijese como habia hecho voto de castidad, y antes le harian mil pedazos que caer á los piés de ninguna mujer que no fuese su Lucrecia, aunque le requiriera á él de amores y se le presentase mas bella y tentadora que la misma Venus, resuelto á pasar de una especie de burlador de todas las mujeres á una especie de casto José, elevado sobre las tentaciones y los arrebatos del sentido, modelo de continencia, espejo de castidad.

En una de aquellas mañanas, cuando mas solo se creia, subió al jardín y se encontró en medio de los esplendores de la Naturaleza. Todo en torno suyo, todo, le hablaba de amor. Una mariposa revoloteaba junto á otra mariposa, y sus alas se tocaban y se confundian produciendo esos estremecimientos eléctricos que revelan la exaltacion de la vida duplicada en el amor. Un par de alondras subian al cielo inmenso, confiándose mútuos secretos contenidos en los arpegios y en los gorjeos de enamoradas canciones. Unruiseñor, clavado sobre la rama de florido arbusto, encantaba á la hembra que tendia sus alas sobre el nido y que escuchaba extática aquel himno de verdadera pasion. Una flor se inclinaba á recoger el pólen que le enviaba otra flor y se estremecia en sus pétalos y en su corola como los labios que reciben un beso de fuego. Dos palomas se arrullaban á la orilla de una fuente con ese monótono uniforme arrullo que indica la perennidad del amor, y una tórtola gemia las endechas de la viudez. Filippo, que llevaba sobre su corazon siempre un retrato de Lucrecia, moviéndose al amor íntimo en las revelaciones de aquel amor externo y universal, besólo mil veces con transporte. Y despues de haberlo besado, experimentó un dolor tan grande en su corazon, al verse sin aquella dicha, que sintió aborrecimiento á la luz, como todos los infelices, y se encerró en la mazmorra. Y allí volvió á renovar su voto de consagrarse exclusivamente al amor de Lucrecia, como si no existiese ninguna otra mujer en el mundo, y de consagrarle una castidad purísima para cumplimiento de la cual pedia el auxilio de la Virgen Santa. Cuando se arrodillaba para dirigir su oracion al cielo, apareció en lo alto de la escalera, como una radiosa evocacion, la hermosísima So-beiya.





—¿Qué divinidad tengo delante de mis ojos?

Preguntó con exaltación Lippi.

Y á esta pregunta respondió Sobeiya, con algunas palabras en árabe.

—Entiendo la compasión que centellean esos ojos, percibo el aroma que exhala ese aliento, adivino cuanto quieren decirme esos labios, pero no entiendo tu lengua.

—Impórtame poco, dijo Sobeiya, porque estoy segura de que entenderás el castellano.

—Como el puro toscano, contestó Lippi, aunque no lo hablo.

—Ahí tienes un medio de entendernos, yo hablaré en la lengua de los héroes y tú hablarás en la lengua de los poetas.

—Mucho tardamos en los medios de convenirnos, cuando realmente tenemos ya arreglado el convenio.

—¡Infiel!

Exclamó Sobeiya, dirigiéndose solemnemente al pintor como para hacerle una advertencia.

—¡Infiel! dijo Lippi con tristeza; ¡qué palabra tan vana, dirigida á quien desea ser para tí la misma fidelidad!

—¿No has entendido su significado?

—No.

—Yo te lo explicaré.

—Bien lo necesito, porque antes de verte ¡ah! te había presentado, y al presentirte, jurádole fidelidad eterna.

No olvide el lector la poca memoria que tenía Lippi en achaques de amor y por consecuencia la facilidad con que olvidaba, á la vista de una mujer, sus ideas, sus juramentos y sus votos.

—Tú sabes que nuestras religiones son diversas.

—¿Y por qué hablar de todo aquello que nos separa, cuando sentimos y conocemos tan bien todo aquello que nos junta?

—Porque nuestra separación, tan negra como la noche, puede convertirse en unión perdurable, como la unión de dos estrellas en el cielo, si vencemos el obstáculo que nos divide y arruinamos el muro que nos aparta.

—¿Obstáculo? Yo siento latir tu corazón. ¿Muro? Yo te veo ante mí deslumbradora y puedo tenderte los brazos y estrecharte contra mi seno si tu voluntad lo permite.

—Decíanme que los cristianos son entre los hombres como los caballos entre los animales; á saber, los más nobles de los nacidos.

—Deciante la verdad.

—¿Y tú, que has adivinado por qué he venido; tú, nazareno, propóneme algo, practicable solamente por las fieras del desierto; propóneme la satisfacción de nuestras pasiones más rudimentarias pasando sobre los escrúpulos más vulgares?

—¡Sultana!

Dijo Lippi mordiendo los labios.

—¡Cautivo!

Le contestó Sobeiya como para llamarlo al respeto.

—Las pasiones intensas no suelen curarse de los obstáculos, ni aun pareciendo insuperables.

—Las pasiones profundas ¡ay! aspiran á la inmortalidad.

Lippi, al oír tan bello lenguaje, hizo como un movimiento de extrañeza.

—¿Sabes por qué ha preferido mi corazón un nazareno cautivo á todos los musulimes libres y poderosos?

—¿Por qué?

—Porque vosotros sois hombres de una sola mujer.

Lippi se sonrió sardónicamente al oír esta afirmación de Sobeiya.

—Nuestra ley, el santísimo Koran, dispone que el hombre tome pocas mujeres, dos, tres, cuatro á lo sumo entre aquellas que más le hubieran complacido. Hasta señala cómo la perfección suprema es el enlace con una sola mujer, acompañada excepcionalmente de una esclava. Y la corruptela, que todo lo vicia, ha admitido una infinidad de mujeres en los serrillos de nuestros nobles á título de esclavas; irreparable culpa, que paga la gente de mi rito y de mi raza con castigos continuos.

—La pasión, que te ha traído hasta la dura mazmorra del esclavo, no debía inspirarte esos razonamientos tan fríos, sino los delirios y los éxtasis de un amor sin límites.



- ¡Cristiano!
- ¡Sultana!
- ¿Sabes lo que arriesgo al venir aquí?
- No.
- Pues arriesgo la vida.
- ¿Cómo?
- Mi padre, que me idolatra, de saber mi descenso á este sitio, segaría-me en su irritacion con su propio alfange la garganta.
- La muerte se encuentra en la esencia y en la sustancia misma del amor, como en la esencia y en la sustancia misma de la vida. Amar es morir, y morir es amar. No te importe, sultana, si verdaderamente me amas, ese vano riesgo. Morir por tí, morir tú por mí, ¿qué término mejor á esta triste vida?
- Pero morir amando y amada es morir dos veces. Precisa que pasemos por el borde oscuro de este abismo como pasan los elegidos para entrar en el eden por el filo de una navaja.
- ¿Sabes cuál es la mayor necesidad que puede cometerse en este mundo?
- ¿Cuál?
- Desconocer y desaprovechar los verdaderos momentos de felicidad.
- ¿Pues?
- Y ahora tenemos la dicha de que tú me ames y yo te ame.
- Justamente.
- Por consecuencia.....
- Por consecuencia ¿qué?
- Déjame que, á lo menos, reciba de esos labios el sello que ha de marcar para siempre mi alma.
- No, no. Te pondré el hierro candente de mis labios en el alma, como cuando se le pone al caballo la marca de su dueño, cuando seas mio.
- Lo soy desde este momento.
- No, ahora tú y yo somos de la muerte.
- Que no debe llegar sin haber gustado antes la vida exaltada del amor.
- Desgraciado del que solamente aspira en el mundo á la satisfacción de sus pasiones.
- Me hablas de la muerte material que nos reserva la ira de tu padre y no comprendes la muerte moral que me está dando la crueldad implacable de su hija.
- Nazareno, me ofendes. Me crees tan liviana que me imaginas capaz, por haber arriesgado á causa de tí la vida, capaz de arriesgar tambien el pudor.
- Amar no es resistir.
- Es vencer, muchas veces, vencerse á sí mismos.
- Victoria no debe llamarse, no, derrota de todos los pensamientos, de

- todos los propósitos, de todos los deseos ante el sér querido, por cuyos besos, tan necesarios como el fuego mismo de la vida, se puede y se debe dar hasta la esencia de nuestro sér y la honra de nuestro nombre.
- Me conoces muy poco.
- ¿Y tú me conoces á mí?
- Te adivino.
- ¿Cómo?
- Por el relampagueo de tus ojos que calcina hasta mis tuétanos, por el simoun de tu aliento que me extravía y me trastorna la cabeza.
- Si tan trastornada la tuvieras caerías en mis brazos.
- Caería en tus brazos como cae el ave herida á los piés del cazador.
- Justamente; tú lo has dicho en tu estilo oriental.
- Crees, nazareno, menos fuerte á una mujer que á un ave.
- ¿No me dijiste lo principal, no me dijiste que me amabas?
- Ningun empacho tuve en decirte un pensamiento revelado por mi presencia en este sitio.
- Descendida ya hasta mi infierno ¿qué te importa descender hasta mi corazon?
- Seré tuya cuando lo consientan mis ritos.
- ¿Por qué mostrarme la felicidad, y al tocarla, escondérmela con placer tan bárbaro?
- Porque no me contento con que sea tuyo mi corazon, quiero que lo sea mi conciencia; y no me contento con que lo sea mi conciencia, quiero que lo sea mi reino. Por jóven y por galan tienes ya mi corazon; por renegado de tu religion tendrías mi mano; y con mi mano el reino de Túnez.
- ¡Renegado!
- Exclamó Lippi, que creia tener ya lograda su dicha, una dicha tanto mas grata cuanto que se presentaba sin haber sido ni presentida ni anunciada, y la veía desvanecerse allá en los confines de lo imposible.
- ¿Te espanta la condicion impuesta por una musulmana á un nazareno? Filippo bajó tristemente la cabeza.
- Yo os creí á los italianos escépticos.
- Pero no hasta el punto de abandonar á nuestro Dios.
- Y si no abandonas á tu Dios por mí ¿qué abandonarás? ¿Qué muestra de cariño podrás darme? ¿Con qué prenda contaré? ¿Cómo sabré que tu amor no es un capricho del corazon, ni una voluntariedad, ni un relámpago?
- Te lo juro.
- Me lo juras por un Dios en quien yo no creo.
- Te lo juro por un Dios que no cabe en tus mezquitas.
- No blasfemes; nuestras mezquitas jamás pretendieron contener en sus frágiles y estrechas naves al que es eterno, al que es inmenso.
- Por compasion, apiádate de mí. No me abrases con esa mirada al mis-



mo tiempo que me hielas con ese desden. No me maltrates de esa suerte.

—¿Desden dijiste?

—Desden.

—Lo que desdeno no es á tí; lo que desdeno es la muerte.

—Por matarme.

—No te entiendo.

—¿Crees que puede estar mucho tiempo un corazón humano en este anhelo sin quebrarse?

—Creo que me amas, porque te ha enardecido la sangre un momento, sin haber llegado con mi cariño hasta el alma.

—Tirana, traidora, asesina, ¡oh! ruégote que no me atormentes así.

—¡Atormentar! Y tú ¿qué haces?

—Yo pido una gota de rocío para estos labios sedientos, un poco de calma para este corazón desgarrado, una esperanza para este cautivo opreso; pido, pues, tu amor.

—¡Mi amor! Pides lo que ya posees. Soy tuya, te lo he dicho, tuya ó de la muerte. Pero necesito justificar ante los hombres y sancionar ante Dios la entrega que haga de todo mi ser.

—¿Cómo? ¿Dé qué suerte?

—Nosotros tenemos nuestro cadí para anudar el matrimonio en su tribunal y nuestro iman para santificar el matrimonio en su mezquita.

—¿Pero no envidias religión como la nuestra que solo consiente al hombre una mujer?

—La envidia en esto y no la quiero en lo demás.

—Hay mayor facilidad para tí en seguir mi religión que para mí en seguir la tuya.

—Te engañas.

—¿Por qué me engaño?

—Porque proponiéndome á mí el abandono de mis creencias, resolución que bajo la dura cimitarra de mi padre se castigaria con la muerte, me propones pura y sencillamente el suicidio.

—¡Dios me libre!

—Para seguir yo tu religión tendríamos que asaltar estos muros tan altos, tendríamos que refugiarnos en ese desierto tan inclemente, tendríamos que buscar una nave amiga en las orillas de ese mar á los fugitivos nefasto, tendríamos que irnos como se van de nuestros climas á vuestros climas las viajeras y errantes golondrinas.

—Con tu poder y con tu industria todo lo conseguiríamos.

—Bajar aquí es una temeridad sin ejemplo y un riesgo sin igual. Huir de aquí seria imposible. ¿Cómo esquivar tantas miradas avizoras? ¿Cómo saltar tantos muros inexpugnables á cuyos piés se abren fosos profundísimos, llenos todos de agua? ¿Cómo recorrer el espacio que nos separa de la

orilla sin que nos alcanzase una lanza, nos hiriese un arcabuz, ó nos degollase una gumia? Infiel, tu matrimonio conmigo es una imposibilidad manifiesta. Renegado, tu matrimonio conmigo es mi mano por premio y con mi mano el reino de Túnez. Te ofrezco, pues, mi amor y una diadema.

—Inútiles ofertas si han de costar el sacrificio de mi religión y de mi conciencia.

—¡Ah! ¡Perro nazareno! Te comprendo. Haste dejado allende los mares un hogar que amas tanto como el ruiseñor su nido y una mujer con la cual estás unido como la tórtola con su pareja. Y quieres que yo te allane el camino para volver á tu hogar y á tu esposa, y en premio, que reciba el título honroso de esclava de mi rival y concubina tuya. ¡Presérveme el cielo de semejante caída y concédame un premio por mi resistencia tan grande como el castigo que mereces por tu culpable intento!

—No desváries. Si algo me detiene, sultana, es la fé en los dogmas que han creído mis padres y el temor de hundirnos por toda una eternidad en el infierno, donde me aterraria mucho más que el tormento de las voraces llamas, la seguridad de no poder amarte en semejante lugar de odios y de horrores.

—Yo, en mi religión, soy algo mas que tú debes ser en la tuya. Mi padre ha creído necesario dividir sus dominios, de los cuales tiene una parte en Asia y otra en Africa. Para Asia destina el único hermano mio; para Africa me destina á mí, ó mejor dicho, á mi esposo, pues nuestra religión, que consiente la regencia de las sultanas en la minoridad de sus hijos, no consiente su directa exaltación al trono. Quien sea esposo de mi corazón será tambien rey de Túnez. Si tu corazón desprecia el collar que formarian en torno de tu cuello mis amantes brazos, acepte tu ambición la diadema de mi reino.

—Yo, sultana mia, yo, ni tengo ni he tenido nunca ambición. Tus brazos amorosos valdrian mas para mí que todas las preseas y todas las insignias de este mundo, juntas y sumadas. Dominar en el reducido espacio de tu corazón me importaria mas que dominar en los reinos de la tierra y hasta en las estrellas del cielo.

—Porque sabes, ingrato mio, que nada habria mayor que mi corazón y sus sentimientos.

—Sultana, te conjuro á profesar la religión de tu esposo.

—¿Por qué no has nacido tú, extranjero, en algun aduar africano; ó yo, sultana, en alguna cabaña europea? ¿Por qué no te criaste al pié de las palmeras, á la sombra de los fardos cargados sobre el lomo de los camellos, en las tiendas movibles de las tribus nómadas, comiendo un puñado de dátiles rociados con agua clara del oasis y recitando en la inmensidad las suras sagradas del Koran, que abren como llaves invisibles de par en par las puertas del paraíso? O, de otra suerte, ¿por qué yo, infeliz, no creo en



que el dulce Profeta de Jerusalem muerto á manos de los judíos en el Calvario, es un verdadero Dios, tan grande y tan poderoso como el omnipotente Alhá, cuya gloria desborda los límites del tiempo y llena la inmensa eternidad?

—Y todo esto puede salvarse con que Dios te toque en el corazón y te haga creer aquello que necesites para ser mía.

—Imposible. En mi religión ha habido, como en la tuya, mujeres que han profesado la teología; y por imitarlas y hacerme digna de mi rango, he estudiado profundamente todas las cuestiones teológicas. Yo he creído siempre que la mentira desapareció y la verdad vino cuando Mahoma entró en la Meca y arrojó los ídolos para reemplazarlos por el Dios único y vivo. Desciendo de los compañeros del Profeta, de aquellos que oyeron al pie del árbol las palabras sagradas de sus inspirados labios y las guardaron, como en primoroso Mirhab, en su sacratísima memoria. He estudiado á los tabies, y entre los nombres de estos santones quiero yo que esté mi nombre como entre los nombres de los teólogos se encuentra y se cuenta el nombre de Fathima. Nada más fácil que la herejía, nada más difícil que perseguirla y acosarla. Tiene tal fecundidad que por todas partes se reproduce y todos los días renace cual las antiguas plagas de Egipto. A la hora de su muerte, el Profeta mismo vacilaba y pedía tintero y plumas, como si no hubiese escrito ya la verdad completa y absoluta en su divino Koran. Inmediatamente despues de haber espirado gritó su general Omar. «Quien diga que Mahoma es muerto, sentirá mi cimitarra en su garganta, porque ha sido elevado al cielo como Jesus, el hijo de María.» «¿A quién adoras tú? le preguntó entonces Abu-Beker si adoras á Mahoma, sábetelo que Mahoma es muerto; si adoras al Dios de Mahoma, sábetelo que el Dios de Mahoma es vivo eternamente.» Y recitó este versículo de la sura tercera. «Mahoma no es mas que un hombre sencillo encargado de un ministerio celeste; antes que él otros hombres superiores habian sido ya encargados de ministerios idénticos.» Pues si la herejía puede nacer á la muerte misma del Profeta, á los piés de su cadáver todavía caliente, entre sus mejores compañeros, no hay remedio, el gran ministerio, que puede arrogarse un creyente en este mundo, es el ministerio de conservar pura la fé y preservarla de tantas y tan temibles herejías como la manchan y la desfiguran.

—No te empeñes, sultana, en lo imposible; no te empeñes en que reniegue de mi religión para seguir la tuya. Está visto, lo que menos te importaba era el amor de este pobre cautivo, y lo que más te importaba, su conversión á tu fé. No eres una amante que busca á su amado, y que desea vivir y morir en sus brazos; eres una creyente que buscas un alma de católico para el eden de su profeta. Aquí estoy, á tus piés, tendiéndote suplicantes ambas manos, tratando de abrasarte con mis ojos, de envolvete en mi aliento, de consumirte hasta los huesos en un beso de mis labios, más

lleno de fuego que el sol de los desiertos; y tú, en vez de calmar este afán satisfaciendo tu pasión, te empeñas en hablarme de teologías ajenas y aun contrarias al amor, que debiera ser en este momento decisivo y supremo, nuestra única divinidad sobre la tierra. Ven, pues, y amémonos. Cambiemos nuestros besos como hemos cambiado nuestras almas; confundamos nuestra sangre como hemos confundido nuestra vida; amémonos con el ímpetu propio de nuestros corazones; y luego veremos si pueden separarnos los libros diversos de nuestra fé cuando nos hayan unido para siempre el fuego y el ardor de nuestros dos corazones.

—No quiero decirte cuánto te amo, por no verte ufano hasta la soberbia con el espectáculo de esta pasión exaltada. Pero no puedo ocultarte que he descendido á tu cárcel en alas del amor; que en las largas noches tu imagen está de mí tan cerca como yo misma; que he seguido y husmeado tus huellas con el instinto certero de los canes; que la mazmorra, donde yacemos, me ha parecido tan luminosa como el eden celeste regado por las aguas clarísimas y corrientes; que esta oscuridad tiene á mis ojos el claror de la aurora más sonrosada y más bella; que mi corazón te pertenece á tí en cautiverio como tu cuerpo pertenece en cautiverio á mi padre; que al oír tu voz, me ha parecido oír la voz de los arcángeles celestiales, entonando á Alhá uno de sus himnos; que en tu ausencia el sueño huye de mis párpados como del huracán huyen las nubes, y me parece mi lecho erizado de agudísimos puñales, pues no encuentro en él paz ni reposo; que estoy embriagada con tu aliento como si hubiera bebido el maldito vino de tu patria, y temo perder mi cabeza á manera de esas flores consumidas por los rayos del sol en la ardorosa siesta, las cuales inclinan sus mustias corolas sobre el tallo; que mis mejillas unas veces se han encendido como los claveles rojos, y otras se han desmayado como la amarilla retama á los impulsos varios de tus recuerdos; que, si por desgracia, no fueras mío, prefiero á tu olvido y á tu desamor, no ya el dulce beleño del olvido, sino hasta las llamas voraces del infierno.

—Pues si me amas así, ven, ven, ven á mi lado. De lecho mullido te servirán mis brazos, de almohada mi mejilla, de arrullo mis besos; y cuando te vea la luna llena tan feliz y tan amada, palidecerá de celos, y se caerá del zénith al dolor y á la sofocación de su envidia.

—Ya mil veces te lo he dicho, y te lo repito ahora: por tí arrostro las iras de mi padre y arriesgo la pérdida de mi existencia. Pero no puedo darme á tus brazos ni corresponder con mis favores á tu pasión, sino despues de haber sabido de tus labios que estás resuelto á dejar la religión de tu Profeta Cristo, por la religión de nuestro profeta Mahoma. Entonces, la corte de Sobeiya tendrá en África igual fama que tuvo la corte de Ebu-Abed en España, y brillaremos en nuestro solio como brillan la luna y Orion allá en la inmensidad de los cielos.



—Me llamarás porfiado.  
—¿Aún te resistes?  
—Me dirás tenacísimo.  
—¿Piensas oponerme nuevas objeciones y nuevos escrúpulos?  
—Te dolerás de mis palabras.  
—No las pronuncies, si han de matarme.  
—Crearás que no te amo.  
—Preparas las excusas antes de las quejas, como si adivinaras la justicia de éstas.

—Sultana.

—Te dejo, nazareno, te dejo entregado á tus pensamientos, despues de haberte pedido que elijas entre mi amor ó la muerte. Mil espías nos cercan. Orejas tan agudas como las orejas del ciervo nos escuchan. Séres invisibles nos celan y nos acechan. La conversacion de amor, siquier sea inocente, con aquellos á quienes nuestra religion llama los infieles, abre hoy las puertas del sepulcro y mañana las puertas del infierno. Yo he despreciado por tí la diadema que mi padre me reserva, el amor que mis compatriotas me profesan, la vida misma que tan perezosa y suave suele deslizarse en estos jardines de Oriente, hasta la ira de Alhá y las maldiciones de su Profeta. Si, á cambio de todo esto, insistes y persistes en tu negativa, sabe que me has asesinado á mí, así como tú has muerto. En cuanto nuestros cadíes, nuestros ulemas, mi padre mismo, se enteren de que he bajado aquí, me condenarán á muerte, y á muerte te condenarán, para que juntos nos precipitemos en los abismos, ya que juntos manchamos la vida y la tierra. Nazareno, ó crees ó mueres. Mejor dicho, ó crees ó morimos. Cada rumor que oigo, me parece el paso de los espías atisbando mis acciones, y viniendo despues de haberlas conocido, acompañados de los guardias á infligirnos el castigo de nuestra culpa y á anunciarnos la venganza de mi padre. Deja, pues, nazareno, deja tu religion.

—¿No comprendes, sultana, que pides lo excusado? Yo he bebido mis ideas religiosas con la leche misma al pecho de mi madre. Y me he criado, creyendo venir del cielo cristiano en mi cuna, y esperando volver al cielo cristiano despues de pasar por las sombras del sepulcro. Cada estacion del año, mejor dicho, cada mes tiene una fiesta en cuyos esplendores mis creencias se han avivado para no extinguirse jamás, como jamás se extingue la luz en el universo. ¡Ay! Yo recuerdo la procesion de Mayo que nuestros sacerdotes acompañaban cantando las letanías de la Virgen y bendiciendo los campos humedecidos por el rocío y llenos de las amapolas que lucían entre los trigos recién dorados y bajo los árboles cubiertos de flores y cargados de canoros y amorosos nidos. Yo recuerdo la Ascension del Señor, en cuyo día las plantas todas, hasta los llorosos sauces, volvian sus hojas hácia el cielo; la Asuncion de la Virgen Santa, en cuyo día veíamos arrobados los

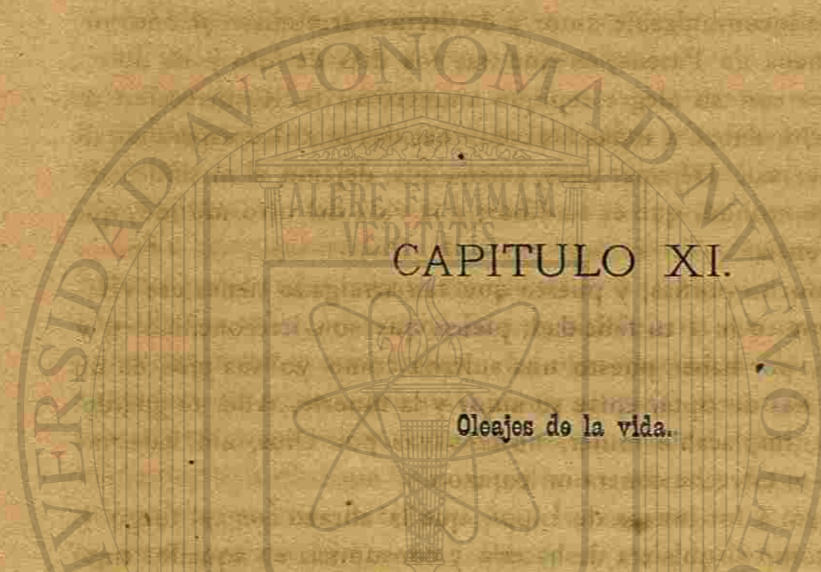
aires abrirse para recibir, calzada de la luna, vestida del sol, envuelta en ecerúleo manto, coronada de estrellas, á la que llevó á Dios en sus entrañas, y sobre cuyas sienas circundadas de místico esplendor volaban los ángeles, sembrando regueros de luz y en cuyos oídos cantaban los serafines diciendo santas palabras de incomunicable amor y de divinas armonías. ¿Cómo olvidar aquella mañana de Pascua, en que tras los días de luto y de dolor, nuestras campanas con su alegre repique anunciaban la Resurreccion de Cristo á los fieles, y daban á todas las cosas nacidas la dulce esperanza de la renovacion universal? Déjame, pues, amada mia; déjame, al mismo tiempo, la vida de este mundo, que es tu amor; y la vida del otro mundo, que es mi fé y mi creencia.

—Nazareno, mucho porfias, y puesto que tan arraigado tienes ese vivísimo deseo de unir tu fé á tu felicidad, piensa que son irreconciliables; y que has de optar, por haber puesto una sultana como yo sus ojos en un cautivo como tú, has de optar entre su amor y la muerte, Alhá te guarde.

—No te vayas, implacable mujer, no te vayas por Dios, sin haberme dejado antes que te estreche contra mi corazon.

Sobeiya se lanzó á los brazos de Lippi, que la abrazó con tal fúego y con tal ímpetu, como si quisiera deshacerla y consumirla en aquellos transportes de amor. En su ceguera no echó de ver el artista que la lastimaba contra un objeto ceñido á su pecho y pendiente de su cuello. Sobeiya no se quejó, por ser su curiosidad superior á su mal, pero desasiéndose de los fuertes brazos, se abalanzó al cuello de su amado, abrióle la túnica, y echó de ver que llevaba allí escondido en un medallon de oro el deslumbrador retrato de Lucrecia. Y á tamaño descubrimiento, rugió la sultana despechada, como pudiera rugir herida una leona.





## CAPITULO XI.

Oleajes de la vida.

¡Qué bien pensaron los antiguos, cuando al ver la fuerza desordenada de las pasiones, creyéronlas, no solamente afectos más ó menos perturbadores del alma, sino energías también del universo! Viento como el simoun por el abrasado desierto; el levante en las gaditanas playas; el sirocco en las costas de Italia, encienden la mente al par de la sangre; la tempestad, antes de estallar en los aires, chispea por nuestros nervios; la aurora boreal, no solo perturba la aguja imantada, sino las ideas humanas; y todos estos fenómenos demuestran la existencia de relaciones misteriosas entre la máquina eléctrica de nuestro cerebro, y el inmenso laboratorio de electricidad que componen allí en los espacios infinitos el cielo y la tierra, el sol y las estrellas. Hay en toda pasión una parte, que cae bajo la autoridad de nuestra conciencia y que se mueve por los impulsos de nuestra voluntad; pero también hay otra parte esencialísima, que depende, tanto de nosotros, como pudiera depender el oxígeno á cuyo calor se enciende y se anima nuestra vida. La verdad es que nacemos en la cárcel de lo contingente, y suspiramos por las cimas ideales de lo absoluto, que todos queremos la posesión tranquila de lo eterno; que, descontentos del propio sér, aspiramos á extendernos y dilatarlos en los demás séres, nuestros semejantes; y que de esta irremediable suerte nuestra, tan duradera como la duplicidad de la naturaleza humana, brotan los conflictos y los combates de tantas y tan múltiples y tan encontradas pasiones. En el fondo de todas ellas, en su esencia íntima, está necesariamente la esencia ó sustancia del sér; pero en sus ráfagas, en sus espirales, en sus torbellinos batallan fuerzas de todas clases, elementos físicos y

químicos, á los cuales no podemos mandar con la facilidad con que mandamos allí donde alcanza nuestro soberano albedrío. No lo dudeis: en el arpa que forman nuestros nervios, muchas cuerdas obedecen más á la nube del lejano horizonte, que al impulso interior é íntimo de nuestro propio sér. Triste es decirlo, pero en nosotros, animales y ángeles al mismo tiempo, la vida material precede á la vida espiritual, y la nutrición se impone antes, mucho antes que la conciencia. La razón, la parte superior del sér, llega después, mucho después que el sentimiento y la imaginación, esas facultades preciosas, pero inferiores del alma. Y en los huracanes del sentimiento, y en los arreboles fantásticos de la imaginación avivanse esos delirios que sacuden todos nuestros nervios, que trastornan todas nuestras ideas, y que se llaman pasiones. Desgraciados de nosotros si sobre los abismos donde hierven esas tormentas, cuya fuerza contrasta muchas veces la fuerza de nuestra voluntad, no hubiera encendido Dios los dos mejores astros que alumbran lo infinito moral, la razón y la conciencia. Á su luz debemos que las pasiones, en vez de extraviarnos aumenten por mil medios en el alma aquellas energías para la realización del bien que se llaman virtudes. No las confundais con las súbitas emociones del placer ó del dolor; tomadlas por fuerzas sometidas al supremo imperio y á la dirección suprema de ese motor que llamamos razón, iluminado por esa eterna revelación que se llama conciencia; y entonces, solo entonces, tendreis una idea aproximada de la bondad que pueden alcanzar por sí mismas las pasiones, á pesar de su violencia. Pensadores hay que ponen el bien supremo en la ausencia de toda pasión, hasta de aquellas más propias para llevar al cumplimiento de la ley moral nuestra breve y tormentosa vida. Se engañan. Aconsejar á los hombres la ausencia de pasión ó la apatía, la ausencia de movimiento, ó de acción, la atonía, el olímpico desden por el mundo y por la humanidad, por todo cuanto nos toca tan de cerca y nos pertenece por tantos y tan legítimos derechos, equivale á predicarles el suicidio. Un alma que no se apasionara sería como un pensamiento que no se moviera; y un pensamiento que no se moviera, sería como un Dios que no creara. Imposible separar nuestras pasiones del temperamento natural, en una palabra, del cuerpo, como imposible separar nuestras ideas de la sensibilidad. La verdad es que la perfección moral se encuentra en el dominio del alma sobre el cuerpo, y en el dominio de la razón sobre el alma, y en el dominio de la conciencia sobre la razón. Así, solamente así, las pasiones pueden ser y serán verdaderamente fecundas.

Dicho esto, digamos también que no podemos exigir esta rigidez moral á séres colocados por la naturaleza y por la sociedad, por la historia, en medios ambientes, los cuales podrían llamarse apestados. Una pobre muchacha como Sobeiya, nacida en climas ardientes, hija de un déspota que se cree á sí mismo un Dios, educada en el serrallo, persuadida de que en otro



mundo encontrará sensuales placeres, sujeta á la fatalidad como á una cadena de peso incontrastable, debe rendirse al asalto de las pasiones, y encontrarse de sus pasiones verdaderamente esclava por faltarle aquella primera libertad del alma, soberana de los movimientos instintivos de nuestro sér, y guía suprema de toda nuestra vida. Era, pues, la pobre muchacha como una flor que cae en la corriente, era una especie de cuerpo inerte arrastrado por la pasión, á la cual no podía oponer en el ardor de sus sentidos, en la exaltación de sus sentimientos, en el hervor de su sangre, la enérgica y entera resistencia del alma. La vida moral y la vida física se compenetraban como el cuerpo y el alma. No podeis exigir, pues, que allí donde el calor produce toda suerte de fluidos, á cuyo impulso se mueven las corrientes vitales, la vida en su fecundidad, la sávia en su movimiento, la sangre en su circulación, sean iguales á lo que pueden ser allá donde el frío lo paraliza todo y á todo le da la inercia, la temperatura del hielo. Es la vida una y múltiple. Y por tener estos caracteres, encontramos en ella la identidad del alma unida con la identidad de la conciencia, al par que la varia riqueza de los fenómenos vitales. Sobeiya, pues, tenia en sus ojos el ardor del cielo africano, en sus instintos la exaltación propia de aquel clima, siendo móvil como la gacela, astuta como la tigre, cruel como la leona, abrasadora como el desierto. Así es que, al ver sobre el pecho de Lippi un retrato de mujer, se exaltó hasta el frenesí, sintiendo una pasión rara en las mujeres de Oriente, y por lo mismo que rara, intensísima. Con el furor propio de su natural impetuoso, la jóven sultana se desasíó de los brazos de su amado; borró los besos de fuego que le llegaban hasta el alma, y echó á correr, como una cierva herida, subiendo á saltos la escalera y cerrando tras sí la puerta que cayó como la tapa de un sepulcro sobre la frente de Filippo, reducido tras aquellos instantes de luchas y porfías á su antigua y triste soledad.

Al salir del subterráneo estaba tan ciega la muchacha, que chocó en su rápido vertiginoso paso con dos ó tres árboles. Habíala encendido en ira la convicción terrible de que Filippo no se resistía al cambio de religion, sino en realidad al cambio de amor. Entre las pasiones que más atenaceaban el alma de aquella sultana, ninguna tan fuerte como el orgullo. Y el orgullo quedaba terriblemente herido de la misma herida que el amor. A la convicción de que el amor, y solamente el amor movía á su amado en la resistencia al cambio de religion que debía unirle perpétuamente con ella, siguió esa pasión de los celos, verdadero dolor de los dolores, cuya intensidad desgarraba las entrañas del alma. Quien la hubiese visto en aquel instante, dijera que la herían con mil puñales, que le abrasaban la sangre, que le descoyuntaban los huesos, que le rasgaban los nervios, segun las manifestaciones de dolor terrible pintadas en su faz, y los sacudimientos eléctricos extendidos de piés á cabeza por todo su cuerpo, semejante á un árbol combatido ó por el huracán ó por la tempestad. Si en aquel momento hubiera

podido arrastrar á la odiada rival á su presencia, rematárala con la indiferencia con que un sacerdote, un sacrificador inmola de grado la víctima destinada al sacrificio. Pero, en la imposibilidad de alcanzar á la desconocida cristiana, reconcentrábase toda su ira sobre el amado que le inspirara una pasión, y luego no le diera medios fáciles y legítimos de satisfacerla en todos sus anhelos.

Dada tal situación, dos afectos la movieron con rápido movimiento; á saber, el anhelo de amor y el anhelo de venganza. Quería satisfacer su pasión y quería al mismo tiempo que de esta satisfacción para ella resultara algún grave daño para Filippo. Nada más fácil. ¡Ah! El amor va unido á la muerte como el infortunio al genio. La felicidad de amor se obtiene á costa de la desgracia de otros en las batallas y competencias de la humana vida. Una naturaleza femenil, pulida por la cultura nuestra, ama con delirio hasta el mal que del sér amado recibe. Una naturaleza africana ama con igual exaltación las satisfacciones de su amor ó las satisfacciones de su venganza. El alma de Sobeiya extendía sus largas alas sobre Filippo para acariciarlo primero con pasión y despues herirlo sin piedad. Ya sabía que le bastaba al logro de ambos efectos caer en sus brazos, y luego publicar su caída. Entregarse al nazareno, y decir que se habia entregado, equivalía á la muerte de ambos, decretada por la crueldad implacable de las costumbres y de las leyes africanas. Ella moría, es verdad, pero Filippo también. Y si dejaba este vida y amor; en cambio no volvía jamás á los brazos de la cristiana cuyo retrato pendía de su garganta. Así, á un golpe, caían tres víctimas sobre la dura tierra; pero se saciaban dos pasiones en el alma de Sobeiya: la pasión de su amor y la pasión de su venganza. En la jóven mora habia la ceguera propia del instinto, la fuerza de la fatalidad. Como el águila se lanza sobre la avecilla, como el tigre sobre la presa, lanzóse desandando el camino andado, sobre el calabozo, bajó la escalera, tendió sus brazos á Filippo, y le dijo, clavando los ojos de fuego en sus ojos, y los labios en sus labios: soy tuya.

Y al encerrarse ella en la mazmorra, como en su alcoba nupcial, disponia su ceñudo padre, sin consultarla siquiera, el certámen que ya conocemos, donde porfiadamente se trataba de su enlace con el más gentil mancebo de toda Africa. Concluida la fiesta y decretada la palma de la victoria, Sobeiya pasaba á manos de su esposo, como los objetos y artículos puestos á la venta pasan y circulan del comprador al vendedor y del vendedor al comprador. El Sultan de Túnez ni comprendía ni imaginaba siquiera resistencia alguna á su voluntad, tan omnipotente y avasalladora como las fuerzas ciegas del Universo. Era un hombre alzado á las cimas de la sociedad por la fortuna, y sin más superior que las supersticiones engendradas por su alma, á guisa de esas montañas, las cuales solo tienen sobre sí las nubes evaporadas de su seno. En cualquier fenómeno de la naturaleza, en cualquier coin-



cidencia de la casualidad, veía un mandato divino, y lo observaba ciegamente. Bastábale, por ejemplo, para entregar su hija á uno de los competidores el oír su nombre repetido, antes que los otros dos nombres, por una misera urraca. De él se decía lo mismo que de Almanzor; si al firmar una sentencia de muerte, se equivocaba, tenía validez de ley la equivocación. En sus relaciones con la mujer, ora fuese esclava, ora esposa, ora hija, parape- tábase en la superioridad reconocida al sexo fuerte sobre el sexo débil por la letra del Koran; y lo que decretaba, cumplíase como estaba decretado, sin remisión y sin falta. Así es que, inmediatamente despues de elegido el esposo que la garza designara para su hija, mandóle consagrar á Sobeiya una descripción del amor mientras él disponía que la jóven viniera ruborosa y trémula á su presencia.

—Mis ojos lloran, decía el guerrero, á pesar de la dureza de mi corazón. Y lloran la felicidad, como los ojos del peregrino que, al volver de la Mecca, descubre en los celajes del horizonte la colina donde está asentada su patria. En vano tratara de ocultar este afecto, porque lo publicarían dos cosas: las lágrimas caldeadas que manan de mis ojos y las rojas cicatrices que brillan en mis mejillas escaldadas por mis lágrimas. Yo guardaré estos sentimientos como el avaro su tesoro, como el pastor su ganado, como el guerrero su guma. Y te consagraré cariño de ardor tal que en su comparación aparezcan pálidas y frias las arenas del desierto y las estrellas del cielo. Cuando, junto á tí, discurra por las encantadas estancias y los mágicos jardines, asemejaréme á Orion acompañado de la luna en la inmensidad de los cielos.

Y mientras esto escribía el elegido, buscaban los eunucos á la novia, sin hallarla en ninguna parte. No quedó en el palacio estancia que no escudri- nasen; ni en el jardín árbol que no interrogaran. Por doquier iban diciendo á gritos su nombre y encontrando eco tan solo para repetirlo. En vano in- terrogaban á la pobre Miryam por el paradero de la virgen hermosa; con- testábales con silencio tan profundo como el silencio de las tumbas. Adon- de nadie bajaba ni pensaba bajar era casualmente al sitio único en que podían hallarla, á la mazmorra del cautivo cristiano. Pero ¿quién podía ofender á la hija de los sultanes, á la princesa de sangre real, á la sabia musulmana, á la lectora y comentadora incansable del Koran, suponiéndola capaz de bajar desde las alturas del cielo, donde ya estaba con las huries del Profeta, á la mazmorra del esclavo, donde solo podía encontrar el cieno de todos los vi- cios para manchar su cuerpo y las espinas de todos los remordimientos para traspasar y taladrar su alma? No sabían quienes así pensaban los espacios y los abismos que el amor llena con su éther; no sabían las distancias que el amor suprime con su celeridad, solamente comparable á la celeridad de la luz; no sabían como en los senos del amor se encuentra una igualdad tan

segura é implacable como en los senos de la muerte. Ni la diferencia de al- curnias, ni la oposición de creencias, ni los odios heredados entre familias enemigas y razas eternamente contrarias, pueden vencer la invencible fuer- za del amor ni separar á los que ha juntado su influjo y su poder. Sobeiya habia descendido á las tinieblas y á los abismos, encontrando allí una felicidad jamas gustada en los arreboles de la luz ni en las alturas del solio.

Continuemos. En el momento en que los domésticos buscaban á una por aquí, por allí, por acullá á Sobeiya, óyese de pronto indecible tumulto en la calle. Gritos, alaridos, exclamaciones resuenan formando el mas ruido- so aquelarre que podia imaginarse. De intervalo en intervalo dos voces pre- dominan sobre todo el tumulto y parecían como detener aquel estruendo. Mas en el apagado eco de tales voces, y en los rumores que las acompañan, puede advertirse fácilmente como se trata de calurosa disputa, seguida de los rumores que suelen seguir á estas competencias del humano ingenio. En efecto, Serafin habia aparecido en las costas africanas y al pisarlas, expe- rimentado lo mismo que experimentaban todos los grandes apóstoles de una idea en aquellos tormentosos días de la Edad Media, el afan por la pre- dicación. Y como quiera que, existiendo en Túnez la libertad religiosa des- de los tiempos de San Luis, vivían allí muchos cristianos, y mezclaban su traje y sus creencias con las creencias de los moros, el fraile, acostumbrado á corregir con sus palabras todos los extravíos, pronunció en el acto uno de esos sermones propios de su entendimiento, y que, conteniendo las here- jías, como, por ejemplo, la nueva redención, el nuevo cristianismo, el adve- nimiento de la tercera persona de la Trinidad, el comienzo de otro Evan- gelio, contenían al par otras ideas perfumadas de un oloroso misticismo so- bre estos dos puntos capitales, sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, que conmueve el corazón de los oyentes. Un santón de los que habian estado en tierras de Andalucía; y departido con gentes de todas las religiones y de todos los climas, en una especie de lengua solo comprensi- ble para los ribereños del Mediterráneo, creyó necesario salir á la defensa de su Dios, y he aquí empeñada la disputa, cuyos ecos han llegado hasta los espacios del alcázar y han suspendido los ánimos de la numerosa servi- dumbre que los habitaba y los henchía.

El espectáculo, en verdad, era digno de ser reproducido por cualquier gran pintor que manejara privilegiado pincel. En una plaza, que parecia cerrado patio de ceñuda fortaleza, segun lo espeso de las paredes y lo raro de las ventanas, sobre esas gruesas piedras donde los santones se asientan, elevábase erguido el hermano Serafin, en actitud de predicar á una multitud de cristianos que le escuchaba de hinojos y con las manos plegadas, mien- tras al otro lado, un santón de luenga barba y profundos ojos, envuelto en los pliegues de su blanco alquicel parecido á un sudario, escuchaba unas veces con reposo é interrumpia otras veces con vehemencia la elocuentísima



arenga del orador cristiano, produciendo todos estos movimientos del alma diversas y encontradas emociones, que se reflejaban y relucían como destellos misteriosísimos del alma en los ojos y en las caras de los innumerables oyentes.

—¿Cómo? Decía el santón después de haber oído las palabras del fraile, Dios no tiene ni forma ni figura. Su inteligencia está confundida con su sustancia como la onda con el agua del mar. Su eternidad no le permite ni tener padre ni tener hijo alguno. Si hubiera otros dioses que no fuesen él mismo, ya en los cielos, ó ya en la tierra, perecieran consumidos por el rayo de su pupila, más ardiente que la llama del sol. Los ángeles no podrían batir sus alas de luz delante de ninguna potestad que no fuese la potestad divina, pues los ángeles no podrían caer desde el éter, donde se bañan sus cuerpos transparentes, en las sombras de la idolatría. Solo Dios es grande.

—No niego, replicó Serafín, ni la unidad, ni la entidad, ni la eternidad de Dios. Mi creencia es vuestra misma creencia en el fondo; la incomunicable unidad del Criador. Pero siento que así como mi alma es esencial á mi persona, sin ser mi persona misma, la esencia de Dios es esencial á las tres personas de la Trinidad cristiana, sin ser ellas mismas en sí. Una persona se deriva de otra como el calor se deriva de la luz, sin ser y siendo al par la luz misma por uno de esos misterios de que hablan, como por inspiración movidos, los labios, y que no llegan á la comprensión de nuestra inteligencia. Dios se esparce en las tres personas y se concentra en la unidad. Y las tres se diversifican y se unifican sin que el tosco entendimiento humano pueda comprender cómo ni por qué. Vuestro Dios en sí tiene una majestad maravillosa; pero vuestro Dios no se comunica con nosotros. Y en mi fé, en mi creencia, el Padre primero me dió el sér, el Verbo después me ha dado el amor y el Espíritu me dará la verdad y la ciencia; es decir, que la incomunicable sustancia divina se comunicará por estas irradiaciones á nuestra deleznable sustancia.

—Blasfemaste, cristiano, blasfemaste. Nuestro Dios no toca ni puede tocar con su sustancia incomunicable la débil sustancia nuestra. Entre él y nosotros hay séres intermediarios que ni participan de su naturaleza divina ni participan de nuestra humana naturaleza. Y esos séres nos traen sus revelaciones. Así, el arcángel Gabriel escribió el libro de la luz, y se lo entregó al profeta Mahoma. Vosotros habeis divinizado á vuestro profeta, nacido de mujer al pié de una palmera, nosotros no hemos divinizado al nuestro porque solo Dios es Dios, y solo Dios es grande. Los malvados, por lo empedernido de sus corazones, han dicho que Mahoma era un hombre como los demás. En efecto, no ha extendido el cielo como una tienda sólida sobre nuestras cabezas; ni ha separado la luz de las tinieblas, ni lo húmedo de lo seco; porque solamente Dios puede hacer todo eso; pero ha escrito el

libro de la verdad y ha vertido en sus sublimes suras la luz de los cielos, Dios nunca se comunicaría con los mortales de otra suerte. Alhá es grande y Mahoma su único profeta.

—Siempre resulta lo mismo; la imposibilidad de comprender por vuestra religión las relaciones entre la conciencia del hombre y el pensamiento de Dios. Existe el sol con la virtud de dar la luz y existe el alma con la virtud de sentir la luz: entre el sol que la produce y el alma que la recibe debe existir un mediador, y Dios ha hecho este cristal de nuestros ojos más bello y más luminoso en su pequeñez que la infinita máquina del cielo. Pues entre la esencia eterna y la humana esencia debe existir un mediador, un paráclito, que traiga de lo infinito por una revelación, tan necesaria y tan universal como la vida misma, el resplandor necesario á nuestras múltiples y numerosas ideas. El Verbo es virtud creadora que ha hecho el mundo; y luz espiritual que ha esclarecido el alma. Como ningún sér creado puede crear, increado debemos decir al Verbo, luz eterna, éter sin mancha, alma de la vida, principio de las cosas, ideal de los ideales. El sér contingente nace del sér absoluto como el día pasajero de la claridad eterna; y la fuerza creadora de Dios se encuentra en la virtud divina del Verbo. Y así como de su fuerza provienen las cosas, de su pensamiento provienen las ideas.

—Todo eso parece á mis oídos como una logomaquia incomprensible en comparación de la clarísima imagen del Profeta que recibió de Alhá el libro eterno de la verdad revelada. ¡Bendito sea Mahoma! Sus marchas tenían tal longitud que se le pudrían los piés; sus agonías tal frecuencia que se le secaban las entrañas. Montañas de oro altísimas surgían á su paso por los senderos de la vida para tentarlos como á un codicioso vulgar; y él ponía más arriba que tales montañas su desprecio por las cosas de este bajo mundo. Mahoma merecerá siempre el nombre de profeta único, así entre los árabes como entre los bárbaros. No hay inteligencia como la suya sobre el mundo. Cada profeta le pide un sorbo del mar de su ciencia; y cada santo una gota del rocío de su virtud. Inútilmente tratáis de medir su grandeza. Como un astro deslumbrador, de lejos pierde su verdadera magnitud y de cerca deslumbra y ciega la vista. Su hermosura es delicada como una flor, su corpulencia alta como palmera, sus miradas fulminantes como los rayos, sus dientes blancos como las perlas, sus labios encendidos como el coral; si amenaza, salen de sus manos legiones armadas y exterminadoras, y si reza, producen sus oraciones una melodía tal como las órbitas de las estrellas y los coros de los ángeles. Así ha recorrido los siete cielos con su estandarte en las manos y no ha dejado sitio alguno tan cerca de la eterna majestad como su sitio de predilección y preferencia. Cuando quiere amenazar á una ciudad, las puertas se abren por sí mismas, los pórticos por sí mismos se caen, los ríos salen de madre, las tapicerías arden como hisopo; y donde se levantaban muros de diamantes solo se descubren después ma-



res de cenizas. Pero si protege, si intercede por nosotros con Alhá, al gusano de la tierra le brotan alas para llegar hasta el cielo. No hay ningún profeta comparable con Mahoma; ni vuestro mismo Jesús.

—Jesús no podrá ser llamado profeta, porque es el prometido á los judíos, el Verbo adorado de los cristianos. Dios mismo. Y habiendo encendido la luz con su mirar en lo infinito, sintió sobre sus párpados el sueño de la muerte; y habiendo creado con su palabra todas las cosas en el Universo, se sometió en su vida á los males de nuestra triste humanidad y á las tristezas de nuestros acerbos dolores. Jamás sus manos cogieron una cimitarra; jamás sus palabras armaron una guerra; jamás sus predicaciones vertieron una gota de sangre.....

Al oír estas sentencias que parecían vejatorias para el Profeta, sublevaronse contra ellas los musulmanes y los santones, amenazando de muerte á quien inconsideradamente las vertía. Al ver amenazado á su apóstol, corrieron en defensa suya los cristianos con el ímpetu propio de todo enfurecimiento. Y las amenazas de muerte eran tales de un lado y otro, que los oficiales de la justicia cogieron á Serafin y lo llevaron para salvarlo de terribles acechanzas al palacio, donde seguramente determinaron encerrarlo en las mazmorras. Iban á abrirse éstas entre un tropel de gente anhelosa por saber que el blasfemo quedaba á buen recaudo. ¿Y qué iba á suceder en tal trance? ¿Y qué iba á pasar cuando los domésticos del Sultán hallaran á su hija encerrada en las mazmorras de los cautivos y en compañía de un cautivo? Sensible caso aquel que solo podía lavarse con sangre.

## CAPITULO XII.

### Epíolos recuerdos.

Mientras buscaban los domésticos el paradero de la hermosísima Sobeiya, oía el Sultán á uno de sus favoritos cristianos, uno de esos que pasaban con tanta facilidad de los palacios españoles á los palacios morunos, historias de nuestra reconquista. Difícilmente comprenderá un lector europeo como en la alarma de toda la servidumbre, y en el estruendo general del palacio, cuando la princesa había desaparecido sin dejar rastro alguno, en términos que se la creería tragada por la tierra, el Sultán, el padre, tuviera tiempo de entretenerse y espaciarse en el recreo de oír épicas narraciones, cuyos asuntos versaban sobre las hazañas de los nazarenos, y oírlas impasible, rígido, indiferente, como un sér inanimado, como una estatua. Los que sentimos á cada paso el sacudimiento de las grandes emociones; los que tomamos parte á cada momento en los casos y desgracias de nuestros semejantes; los que nos interesamos, no ya por el hecho cercano, sino por todo aquello que atañe á gentes de otras razas y de otros hemisferios, no comprenderemos nunca el temperamento de fría indiferencia á que están condenados los musulmanes por dos de sus dogmas primeros; por la extensión dada á la voluntad divina hasta anular la voluntad humana, y por el ciego fatalismo que rige nuestros actos y nuestros pensamientos; como la fuerza puede regir los átomos y la cohesión de los átomos en la fría materia. Penetrando tales ideas en la vida, llégase á imaginar que todo hecho cae, como el grano de arena de la clepsidra, de un mundo superior; y que todo movimiento de la voluntad toma su origen allá en leyes mecánicas y celestes de un orden superior y anterior á nuestro miserable albedrío. Por eso,



y solamente por eso, el mahometano se muestra indiferente, así á las maravillas de la Naturaleza, como á los halagos del arte; así á los hechos que pasan en torno suyo, como á los hechos que más de cerca le atañen; abismada su existencia en las contemplaciones religiosas y perdida su propia personalidad en la personalidad de Dios. Naturalmente, de aquí nace una indiferencia tal que hace de los seres humanos seres mecánicos, solo accesibles á las extremas pasiones de la vida, al odio ó al amor; es decir, á la galantería y á la guerra, en que siempre brillaron extraordinariamente los árabes.

Tendido en cojines de damasco, y envuelto en brocados riquísimos; el turbante propio de su alta dignidad á la cabeza, y el tahalí de pedrería á la cintura; junto á la misteriosa ventana, á través de cuyas rejas murmuraban los rumores de las bullidoras fuentes y los gorjeos de las armoniosas pajarreras; con pebeteros de ámbar á los pies y pomos de esencias en las manos; escuchaba el Sultan las narraciones de su poeta favorito, Fernan, el cual á un tiempo mismo le servia para ejercitarse en la lengua castellana, muy apreciada en todas las cortes árabes y para conocer nuestras hazañas, referidas con aquella antigua libertad que siempre concedieron todos los déspotas á todos sus confidentes. La libertad humana sube hasta la cima de esas grandes eminencias levantadas para suprimirla. Un hombre, acostumbrado á mantener su imperio y su soberbia sobre las espaldas de esclavos innumerables, deja penetrar en el seno de los palacios las mismas palabras que persigue con sus esbirros, y la misma idea que devora con sus hogueras. Lo que mata al conspirador aviva al cortesano. Lo que no puede oírse en las espesas sombras de las conjuraciones se oye en las áureas salas de los alcázares. La verdad suele burlarse de sus perseguidores, y por éste ú otro medio, les taladra los cerrados oídos y se entra en las negras conciencias. Así Fernan se consagraba á la apología de los cristianos en los alcázares de los creyentes árabes consagrados al culto de Alhá y á la lectura del Koran.

Efectivamente, el señor de Túnez, en aquella posición, murmuraba párrafos del libro de su raza y apotegmas de su religión. El gran día, exclamaba, es el día del Juicio Universal. La gran revelación es la revelación del Koran, que ha descendido de un cielo invisible á la manera que el día desciende del cielo visible. Dios es único é increado; y como único, no puede tener hijos, que serían ó creados cual las mas humildes y bajas criaturas, ó idénticos á él, por cuya razón, ó no existirían, ó serían Dios mismo en esencia. El os ha creado de una vez y en una sola pareja, que son nuestros primeros padres. No teneis que ir á su presencia con otra carga que vuestras obras. Si le amais, os favorecerá. Si no le amais, le tendrá sin cuidado, porque para nada os necesita. No hay otro Dios sino él; no hay otro poder sino el suyo. Vosotros, miserables mortales, disputareis unos con otros en el día del Juicio sobre vuestra vida pasada; y ya no será hora de enmendar-

la. El que más haya combatido en la tierra, mayores premios encontrará en el paraiso.

—Palabras baladíes, dijo Fernan, muy baladíes, en comparación de aquellas que dicen: Amaos los unos á los otros, como nuestro padre celestial os ama á todos. Amad á vuestros enemigos. Bendecid á los que os maldicen. Rogad por los que os persiguen y calumnian. No busqueis sino el reino de Dios y su justicia, pues lo demás se os dará por añadidura. Las aves del cielo ni siembran ni cosechan, y Dios las alimenta. Los lirios del valle ni hilan ni tejen, y Dios les ha ceñido un manto mas hermoso que el de Salomon en su trono. ¡Ah! Sed perfectos, como nuestro padre, que está en los cielos, es perfecto.

—La grandeza de los dioses de cada gente, replicó el Sultan, poco sensible á la virtud de estas palabras sublimes, en cuyos acentos la caridad evangélica del Cristo contrastaba con los odios guerreros del Koran; la grandeza de los dioses de cada gente se descubre en la gloria y en el poderío que procura el talisman de su nombre á los guerreros y á los conquistadores. Nosotros acabamos de cojer la perla mas preciada que guardan los joyeros del mundo, la sultana de las sultanas, vuestra Constantinopla, metida ya por fuerza en los mahometanos serrallos. La estación de las nieves habia pasado, y la dulce primavera embellecido con sus dones el campo. Mecíase la rosa sobre el tallo, y comenzaba á plañir sus amores el ruiseñor en los bosques. La tierra se cubria de una verde mullida alfombra para que pisaran blandamente sobre ella los soldados de la fé. Como los aires se poblaban de viajeras golondrinas, las tierras se poblaban de blancas tiendas. El Sultan oró á Dios y consultó á sus generales; en una mano cogió la cimitarra de Ostman y en la otra mano el libro de Mahoma; con una mirada penetró en los cielos abiertos á la oración y con un gesto hizo rodar los cañones, aquellos cañones tan poderosos que cada uno podia derribar con sus sacudidas una fortaleza. El monarca de la tierra revistó las filas de sus soldados; aconsejó la prudencia de Azaf á sus visires; contempló el brillo de las manzanas doradas puestas sobre las enseñas santas; azuzó así los leones que se alimentan de carne fresca como los tigres que jamás se sacian de sangre humeante; recitó las suras del libro sacro relativas á la guerra con los infieles y recordó las tradiciones que prometian la media luna á la sin par Constantinopla. Los rostros de los predestinados al martirio relucían como las estrellas en las tinieblas; las oraciones de los ulemas, postrados en el duro suelo, llegaban á las alturas como enjambres de zumbadoras abejas; las legiones de seres invisibles precedían á los ejércitos vibrando espadas que derramaban el frio de la muerte en nuestros enemigos al mismo tiempo que la llama de la esperanza y de la vida en nosotros; y los místicos y los contemplativos caminaban á la retaguardia para que sus palabras santas no dejasen penetrar



ningun espíritu maligno en la santa y armada ciudad movible del Dios de las batallas. Ejércitos así tuvieron de los torrentes el ímpetu y de los mares la extension. El pobre emperador de los griegos vió bien pronto que no podía luchar con los vencedores de la tierra, como no puede luchar la alondra con el milano, y demandó misericordia y ofreció tributo. Pero el rey de los creyentes respondió con tres palabras: islamismo ó guerra. Anunciado de antemano por la aurora, extendió el sol sus alas de oro en las terrazas celestes del Oriente; los árabes y los genizaros se irguieron en su puesto y apuntaron á los enemigos pechos la boca de los cañones; las llamas competidoras del relámpago y el rayo, y los estampidos competidores del trueno y del terremoto salieron de aquellos encendidos volcanes; el humo llevó la noche al día y veló así los espacios del cielo como los resplandores de la luz; claváronse las flechas en el corazón de los infieles desposeídos de ángeles de la guarda; las piedras de las catapultas derribaron en los infiernos á los temerarios que oponían alguna resistencia; las balas de los mosquetes y arcabuces acribillaron los muros por cuyos agujeros se veían las cabezas de los infieles, semejantes a las cabezas de las tortugas, saliendo de sus caparazones; y á pesar de que los barcos francos, cuyos mástiles tocaban el zenith, socorrian á los griegos en armas, y hacían innumerables mártires en nuestras valerosas tropas, los fosos se colmaban de cadáveres y las viviendas se calcinaban al fuego y se convertían en nubes y mares de cenizas. Las palabras del Koran se cumplieron, las palabras que dicen á los infieles: «Donde quiera que esteis, os alcanzará la muerte.» Y á los heridos por las catapultas en lucha abierta contra los soldados de la fé: «Los golpearás con piedras que encierran la sentencia de aquellos á quienes alcanzan.» Y los nuestros, firmes en su sitio, continuaron expidiendo de sus labios el soplo de la muerte y arrojando en la tierra los cuerpos malditos de los cristianos. Pero la victoria se esquivaba á tantos llamamientos; porque una cadena tendida entre Gálata y Bizancio impedía el paso de nuestras naves al Bósforo y el embite mayor de nuestro ejército á la plaza. Y los fieles sacaron sobre sus hombros las embarcaciones y las hicieron, deslizándolas sobre una superficie untada de sebo, flotar en el agua donde estaba guardado nuestro verdadero triunfo. Y se cumplió aquella profecía que anunciaba la toma de Constantinopla para el momento supremo en que las naves del mar bogaran por el polvo de la tierra. Y en la puerta de Andrinópolis comenzó al venir la noche el asalto, verdaderamente horrible y temeroso, porque cada soldado nuestro llevaba en la punta de sus picas un farol ó una bugía, que les daba, á los ojos de los cristianos, aires de genios exterminadores con espadas de fuego, y á los ojos de los fieles aires de ángeles dichosos esparcidos por un campo lleno de flores transparentes. Los musulmanes combatieron y oraron. Altas las murallas, pero mas altas aun nuestras resoluciones; fuertes las cuerdas y escalas por donde subían, pero mas fuertes los

propósitos que los impulsaban. Agarráronse los nuestros como arañas á las piedras y mandaron las almas de los nazarenos muertos, como bandadas de buhos, á las nieblas precursoras del infierno, entre las polvaredas y humaredas de los combates, las cuales se elevaron hasta el firmamento, y como un velo fúnebre, cubrieron su celeste bóveda. Por fin viéronse los sitiadores dentro y cerraron furiosos con los sitiados. Las cimitarras lucían siniestramente como largos cometas; las espadas segaban sin descanso y tendían cabezas sobre el ensangrentado suelo; las flechas cubrían los aires y se clavaban como víboras aladas en los cuerpos; los mosquetes granizaban rojo granizo de fuego; los cañones despedían tales ráfagas de plomo derretido que se estremecía la tierra como las entrañas de una parturienta; el incendio avanzaba por todas partes y destruía con sus llamas á los que perdonaban las armas, en tal manera que diríase desquiciada la tierra y caída como ruinoso techo sobre nosotros la máquina celeste. El emperador cristiano estaba en su palacio maldito. Y al saber que el creyente ha llegado, sale, caballero en airoso corcel; y un musulman le derriba de su áurea silla y le mata metiéndole en las entrañas los filos de su cimitarra. En seguida ábrense las puertas y penetran los fieles; y por espacio de tres días con tres noches, saquean las viviendas y ven en sus brazos las hermosuras griegas, cuya sonrisa aventaja en lo dulce y en lo aromática á la misma miel.

Así, al día tercero el Sultan dijo su voluntad tan necesaria como el destino y la promulgó como promulga la luz el sol. Con tal motivo las espadas volvieron á sus vainas y los arcos al ángulo de su reposo. El humo de los combates se desvaneció en los cielos, el polvo cayó sobre la tierra; y al ruido maléfico de las campanas siguió el cántico de los muezines, cuyas voces armoniosas entonan desde los altos minaretes cinco veces al día las oraciones laudatorias á la unidad de Dios. Limpiáronse las iglesias de los ídolos que las profanaban; perdieron al fuego de nuestras oraciones las manchas de la idolatría; en el seno de los templos se levantó la cátedra donde debía leerse el libro santo y el mirhab en que debían guardarse sus inmortales páginas. ¿Quién no ha visto Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del iris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éther. Sus iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas; y su Basílica con bóveda de estrellas, que descansa sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre; todas cruzadas de mil varios adornos, su Basílica es hoy el verdadero templo de la sabiduría. Altares tenía allí Azrael, ó sea el Angel de la muerte; altares Juan, ó sea el profeta del amor. Mas ningun lugar sagrado comparable á Santa Sofía. Obra fué de cristianos, pero destinada desde la eternidad á los musulmanes. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia, astrólogos de la India, tallis-



tas de la Persia; y un viejo vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos trabajaron asiduamente en esta obra soberbia. Pero un día faltó dinero, y el emperador Justiniano se lo contó á Dios. El Eterno, que reservaba, como he dicho, aquella magnífica fábrica para los creyentes, le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantescos todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas de plata tambien representaban á los doce apóstoles; al pié de las doce estatuas en misales de materias preciosas, doce evangelios magníficamente encuadrados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas; y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento sosteniendo cinco mil cirios que brillaban como las estrellas y olian como el incienso. Hé ahí la ciudad que acabamos de tomar á los infieles, y sobre la cual se extenderá siempre nuestro dominio y brillará cada día con luz mas nueva la resplandeciente media luna. ¿Qué Dios favorece mas á los suyos: el nuestro que nos ha concedido ó el vuestro que os ha quitado la sin par Constantinopla?

—Yo he visto con dolor esa ciudad en poder de los infieles, Sultan. Las piedras, al caer de los muros levantados en su defensa, han caido sobre mi corazón y le han hecho brotar sangre. Todos los cristianos llevamos el luto de Constantinopla muerta y todos asistimos al duelo de Santa Sofia profanada. Yo he visto tambien esa ciudad, que tú describes como pudieran describir el milano ó el tigre sus inocentes presas mientras las tienen palpitantes entre las garras; y yo la admiro por su hermosura y la venero por su historia. Paréceme verla todavía alzándose en los celajes del horizonte. La nave en que ibas á visitar al Califa, y donde yo te acompañaba, se detenía al acercarse, como si los mismos cuerpos inanimados pudieran conmovirse ante el maravilloso espectáculo. Jamas lo olvidaré. Allí los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos se extiende un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el mar de Mármara, con reflejos de Atenas; y á otro extremo el mar Negro, con misterios de Asia: entre los dos mares el Bósforo, aquella espacie de rio salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse tambien las dos mitades de la tierra, las dos mitades de la historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces he contemplado el cuerno de oro, las aguas profundas y trasparentes al mismo tiempo; las costas de preciosísimos dibu-

jos, los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles; los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioskos, ceñidos de rosas los piés y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan umbríos y de minaretes blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas sobre las cuales se alzan en el éther, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia; magnífico cuadro, digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así, mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Osman, paseaban como las fieras sobre las ruinas por las calles profanadas de Constantinopla, traía yo á mis mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio; las plazas, en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas así en direccion del Oriente como en direccion del Ocaso juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el día en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, solo por haber elevado Constantino como un templo de la fé verdadera la capitalidad de Constantinopla, las basílicas, testigos de los concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales con la serpiente del paganismo herida á los piés y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienas, definian los nuevos dogmas y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los cruzados reflejando en sus armaduras el sol, y la actitud de los emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica que parecian vacíos y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fé en el alma de cien generaciones de poetas y enardecía la sangre en las venas de otras cien generaciones de héroes. Imagina, Sultan, como verian mis ojos tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos. Las basílicas, henchidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanges del exterminio en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, mas amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalem, mas santas que los cielos. El muezin profanó con sus gritos las torres de donde subian al Empíreo, acompañadas por el eco de las campanas, nuestras oraciones, que en su vuelo



nos transportaban á la contemplacion extática de la madre del Verbo ceñida de místicas estrellas. Los lugares santos, que fueran monasterios, trocaron en serrallos. ¡Ah! Yo ví las sacras efigies caidas como soldados despues de una batalla; los monjes errantes y encorvándose bajo la pesadumbre de las reliquias salvadas al naufragio; los sabios recogiendo los últimos destellos del alma de Grecia para llevarlos como un arbol de las ideas en su ocaso al lejano occidente; los santuarios destruidos, los altares rotos, las aras dispersas, las fieras del desierto en los templos y los señores de la tierra perseguidos y acosados en los desiertos. Pero no os envanezcáis con vuestra victoria. Si habeis conquistado el espacio donde se alza la santa ciudad de Constantinopla, no habeis conquistado el cielo, donde resplandece el solio de la eterna justicia. Y una noche, al acostarme, despues de haber sentido el taladro de tantas espinas en mis sienes y el remolino de tantas pasiones en mi corazon, rogué á la Virgen Madre que nos amparara á nosotros los cristianos y no os permitiera á vosotros los infieles esa conquista de tantas y tan preclaras ciudades. Dormíme con el aroma de esta plegaria en los labios y el rumor en la mente. Y aun no me habia dormido cuando una luz celeste inundó mi alma y una mujer sobrenatural surgió de esta luz mística, y me dijo: no te apenes, cristiano, que si ha caido en poder de musulmanes la ciudad mas hermosa de Oriente, caerá en poder de cristianos la ciudad mas hermosa de Occidente. El alma, que ha de conquistarla, baja ya desde los cielos á la tierra. Y en el dia de tal conquista las regiones cristianas se dilatarán hasta lo infinito y las regiones musulmanas irán restringiéndose poco á poco, á manera de una piel que se arruga y encoge, hasta volver á quedar confinadas en sus antiguos desiertos.

—¿La ciudad mas hermosa de Occidente?

Preguntó el Sultan, que habia oido hasta entonces impasible y frio las blasfemias proferidas contra el islam y los musulmanes por su poeta favorito, semejantes á las blasfemias proferidas por él contra la cruz y los cristianos.

—Sí, la ciudad mas hermosa de Occidente.

Añadió Fernan recalando sus afirmaciones con acento imperioso.

—Entonces no puede ser otra mas que Granada.

—Justamente, Granada.

—Alhá nos preserve de daño semejante; porque, si sucediera, la derrota se extenderia sobre nuestros ejércitos, la ruina sobre nuestros imperios, el desierto sobre nuestras ciudades.

—Pues yo te fio que está escrito por Dios; y lo escrito por Dios en el

cielo con letras de estrellas se cumple indefectiblemente en la tierra con hechos inevitables.

—Puerta del Paraíso ¿vas á cerrarte? Vivero de los mártires ¿vas á extinguirte? Tierra de España, tú estás fundada sobre los huesos de nuestros progenitores y los astros innumerables de tus cielos son ígneas centellas despedidas por los alfanges y las cimitarras de nuestros capitanes. La sangre mahometana ha regado desde las montañas de los francos hasta las playas de los andaluces; huélela y sentirás que la han vertido los santos, puesto que huele á almizcle. ¡Ah! No temo á tus profecías. Los ángeles del sétimo cielo, caballeros en corceles blancos, vendrán con sus estandartes verdes en una mano y sus alfanges áureos en la otra á sostenernos y confortarnos, como en las batallas de Alarcos, de Zalaca y de Uclés, por las cuales recobramos nuestra España, tan amenazada entonces de los cristianos como hoy nuestra última fortaleza, nuestra querida Granada. El ruido de los atambores hará retemblar la tierra, y el grito de los clarines saltar las colinas, pues si salvamos á Granada, teniendo el Oriente y el Occidente, esperamos ver los altares de Roma convertidos en pesebres de nuestros corceles y en abrevaderos de nuestros ganados. ¡Oh, Granada! Que Alhá te guarde para los que te hemos hermozeado y engrandecido, para nosotros los musulmanes.

—¿No la conoces? ¿No la has visto jamás? El eden, que vuestro profeta os ha pintado, carece de la frescura de sus valles, de las formas de sus montes, de la belleza de sus vírgenes. Inútilmente querrá saber lo que es música suave quien no haya escuchado las cadencias del Genil por la vega entre los cañaverales; lo que es luz pura quien no haya visto el dia reluciendo en Sierra Nevada; lo que es oro nativo quien no haya recogido las arenas del Darro. En el círculo de sus montañas descúbrese las colinas de Loja, por cuyas faldas yacen tantos y tan deleitosos jardines; los truncados conos de Sierra Elvira, con reflejos metálicos en sus aristas y extinguidos volcanes en sus alturas; las líneas de las Alpujarras, parecidas á esas nubes inflamadas por los arreboles del ocaso; las cimas cubiertas de nieves eternas, cimas, ya esféricas ó ya agudas, como rotondas de cristal y como pirámides de plata. Cuántas veces por sus colinas, al rumor de las fuentes que se desatan en arroyos y á la sombra de los álamos que se elevan al cielo, desde el pintado ajimez de un mirador moruno, he visto aquí las cien rojas torres de la Alhambra surgiendo del follaje y dibujando sus barbacanas en los horizontes; allá las interminables galerías del Generalife, con sus azulejos parecidos á piedras preciosas y sus tejas relucientes como el oro puro, destacándose entre los sicomoros y las palmas y teniendo los mirtos y laureles por alfombra y los olorosos jazmines y los trepadores rosales por corona; acullá los barrios del Albaicín, con sus patios misteriosos de color



purpúreo, engarzados en una orla de oscuros aloes y claros nopales, entre cuyas pencas espinosas levantan sus ramas y sus flores las poéticas adelfas, en primer término el cauce del Darro formado por dos hileras de sendas colinas, y en una de estas los naranjales y los granados y en la otra frente á frente los pinos de ancha copa y los verdinegros cipreses; al Norte los picachos volcánicos, elevándose entre un paraíso de florestas, al Oriente los picachos nevados, surgiendo sobre una gradería de montañas, ya celestes como turquesas, ó ya violáceas y casi moradas como amatistas; cerca de mí los cármenes, ornados con asiáticos kioskos, lejos los brazos de la vega llena de quintas y alquerías; por todas partes los matices y los reflejos y los iris de horizontes cuya luz da pródigamente á todas las cosas entonaciones tales que creéis hallaros en los senos de un mundo ideado por la imaginación y teñido de fantásticos colores.

—Alhá me conserve la vida, exclamó el Sultan, hasta que pueda ver ese eden.

—Las cinco colinas, que brillan como cinco faros en su recinto, soportan cada cual su respectivo monumento, cuyos alicatados y esmaltes á otras regiones os llevan como si hubiérais apurado alguna de esas bebidas mágicas que contienen sumos favorables á los ensueños sensuales. Son de ver las mil torres sobre cada una de las cuales campean centinelas, luciendo al sol petos y armas relumbrantes; la ciudad, tendida en torno del cerro de la Alhambra, como una granada entreabierta; las cien plazas, donde se corren cañas, se ensartan sortijas, se empeñan torneos, se celebran zambras; por las tortuosas calles, formadas de ceñudos edificios, el amante que acecha, el peregrino que pasa, el guerrero que cela, el santon que medita sobre el pedrusco adherido á una esquina, la guzla que acompaña canciones de amor exhaladas á través de las paredes desde el fondo de camarines misteriosos; por doquier el coro de las avejillas encerradas en las orientales pajareras, el rumor de los surtidores caídos en mármóreos tazones, el aroma del azahar y de la rosa exhalado por los cármenes; en las mezquitas el muezin que llena los aires con sus notas y sus oraciones; en los contornos las compañías que alardean y se ejercitan para la próxima guerra; aquí el palacio de los reyes creado por las ilusiones de las huries en sus arrebatos de amor y hecho por la mano de los ángeles en sus descensos á la tierra; allí la severa alcazaba con sus muros consagrados á la resistencia y sus fortalezas sombrías como la matanza y como la guerra; en la vega, floresta interminable, las almunias llenas de alcázares y de molinos, consagrados al trabajo y al recreo; en el montecillo que se eleva sobre las torres bermejas y bajo las crestas nevadas miradores de tal suerte adornados, que subís á ellos por escalas con pasamanos de arroyos serpenteantes y murmuradores, por escalones en cuyos

rellanos surgen cristalinas y bullidoras fuentes; delicias no soñadas, ni siquiera por los poetas, y en las cuales no creería la mente, si no la vieran y admiraran asombrados y extáticos los ojos.

—Pero confiesa que, en el espacio ofrecido por la vega mas hermosa que puede tener la tierra, alzaron los moros el conjunto de edificios mas hermoso que puede habitar el hombre.

—Aun creo verla, añadió Fernan. De lo apretados que son sus murellones y de lo espesas que estan sus torres han sacado los tuyos el nombre mágico de Granada, pues á este fruto se parece y á sus granos de rubies. Cada barrio tiene su cerca y cada cerca sus inexpugnables fortalezas. Descúbrese en la llanura, hácia la sierra volcánica, el lugar ocupado primero por aquellos antiguos hispanos que celebraron el famoso concilio de Elvira y mas tarde por aquellos árabes damasquinos que creyeron encontrar en nuestros valles los poéticos valles tendidos por las hendiduras del Líbano. Cerca del Darro, álzase la Alcazaba Cadima, de severa antigüedad, indicando haber representado la primer defensa de los vencedores, no contra los nuestros, ó huidos ó resignados, sino contra las divisiones y contiendas de sus propias gentes. Entre esta Alcazaba y el rio descúbrese otra nueva, obra de africanos, y como africana, ceñuda y terrible. Tres barrios, á cual mas poblado, encierran sus muros. En ellos la Mezquita de los morabitos y las factorías de los mercaderes; la Mezquita de los convertidos y la Cauracha, que profundiza en la tierra y está llena de leyendas; por sus arrabales pintorescos, los zenetes, guardia africana de los reyes nazaritas; y en todo su conjunto maravilloso torres cuadradas y torreones cúbicos, formando el mas bello y mas extraño laberinto que puede imaginarse en las exaltaciones de la imaginación y en los juegos de la poesía. Al pié de la Alhambra; el barrio de los Gomeres, venidos de la sierra Velez de Gomera; y en la loma de Abahul, tan pintoresca, el barrio de los Antequeramos, lanzados á semejante sitio por las victorias inmarcesibles del gran develador de Antequera. Así, muchas veces, desde la cuesta de los Molinos, heme puesto á contemplar la ciudad; y viendo los muros que tiran á sombríos y las tierras que tiran á rosadas, con coronas de almenas destacándose en el azul claro de los cielos y circuidas de florido ramaje y cortadas por surtidores que me parecían movibles columnas de cristal de roca, he comprendido los calificativos dados á la ciudad por los poetas árabes cuando la llamaban granada de rubies, nido de palomas, taza de jacintos y amatistas, luna llena, oriente del sol, puerta del paraíso, templo del amor, peana del Eterno.

—Aquellas montañas se dibujaron, aquellos cauces se abrieron, aquellas vegas se dilataron para que los musulimes plantaran sus edificios, trasunto de los cielos y espejo de las estrellas.



—Todos los he recorrido, y sobre todos la Alhambra. Yo he atravesado la puerta Real, yo he visto la torre de Armas, yo me he detenido en los ricos mofesares, yo he paseado por los patios del serrallo donde las fuentes murmuran entre los arrayanes y las albercas resplandecen á una en los pilones de mármol sombreadas por los aleros de cedro y de marfil. Tosco es el exterior, irregular la planta, rudos los paredones, ceñudas las murallas; pero, en cuanto atravesais aquellas puertas, veis el Eden tal como la sensual imaginacion árabe lo ha pintado con todos sus goces y todos sus hechizos. Uno de vuestros poetas me decia que los ángeles del cielo trajeron el éther necesario para amasar la áurea pasta de cuya luz estan formadas las estancias; que las flores del azahar deshojaron sus cálices y extrajeron sus zumos para perfumar las aguas corrientes por aquellos patios; que las hurries desmontaron las piedras preciosas de sus diademas en las cuales beben su luz las estrellas para cuajar las multicolores estalactitas de sus bóvedas; que el paraíso se quedó desierto de bienaventurados porque todos cogieron los cometas que pasaban por el Empireo y bajaron caballeros en sus colas de lumbre, á recrearse en ver el milagro de la tierra y la envidia de los cielos. En efecto, andad, andad; y vereis á cada paso mil maravillas. El zaguan está alicatado por divina manera. En la estancia áurea de la izquierda el negro siervo que guarda al Sultan, cela envuelto en su rojo traje. En la estancia de la derecha el cadí administra justicia. Cerca de este sitio se abren las saletas revestidas de un zócalo de azulejos y esmaltadas de celeste y plata, donde el rey da audiencia. Por todas partes se alzan las columnas de mármol, erguidas como el tronco de las palmas, y sosteniendo las paredes aéreas como encajes, entre cuyas mallas se mezclan las guirnaldas con las leyendas y las cenefas de estuco que parecen zodiacos del firmamento con los entallados versos y proverbios que parecen zodiacos del alma. Los arcos de filigrana no podrian ser ni mas preciosos, ni mas preciados, si estuvieran hechos de plata y oro. Los templetes ostentan en sus capillas los jarrones de toques metálicos; y al pié, el lecho de púrpura adornado con pebeteros de olorosas esencias y braserillos encerrados en globos de azofar. El baño yace en dudoso crepúsculo, en fresco gratisimo, en subterráneos que parecen apartados de este planeta; y al tenderos por sus pilas de mármol, veis entrar la luz cernida por claraboyas en forma de estrellas, cerca de las cuales campean las altas tribunas, donde ocultas orquestas vierten á torrentes las mas deliciosas armonías. Mirad al término de cualquiera de estos patios y vereis mezclarse las columnas con los surtidores; erguirse por los arcos adornados de encajes, que creeríais movibles al viento, las palmas sonoras y las ramas cargadas de azahar; destacarse entre el borde oscuro de los arrayanes las claras linfas de las albercas; extenderse sobre los ajimeces de ligeras columnillas los aleros de intrincadas labores; relucir en el pavimento los mármoles bruñidos y en la altura las tejas doradas; alzarse en base de

caladas celocías rotondas parecidas á ensueños; y tras una puerta de modesta apariencia agrandarse las galerias en tantas perspectivas y unirse los arcos en tales segmentos que diríais ver el largo camino á cuyo término se encuentra el paraíso. Y solamente con el paraíso pueden compararse las estancias reservadas al retiro y al placer; los pavimentos relucientes como si fueran de metal; los zócalos cuajados de azulejos que desafian al iris en matices y á la pedrería en brillo; las paredes alicatadas con juegos de líneas en cuyas combinaciones se agotan los recursos del humano ingenio; las cenefas de ramajes y versos entrelazándose como los arabescos de pérsicos tapices; los alhamíes en que apenas cabe el vistoso lecho tendido al pié de alhacenas realzadas por relumbrantes jarrones, la techumbre donde el ébano y el marfil se juntan como la claridad y la sombra en la alborada, donde relucen cual cintas de estela en las aguas ó rayos de luna en las selvas los toques de azul celeste y los plateados relieves, donde campean puntos de tan diversos colores que los tomaríais por alas de gigantescas mariposas, donde bajan en caprichosos recortes geométricos estalactitas que os dan la idea de hallaros en las grutas destinadas á cuajar las esmeraldas y los diamantes, donde al lado de las estrellas del cielo veis las conchas del mar; objetos cuasi fantásticos, que se animan al aire perfumado de los cármenes y hablan y hasta cantan al rumor que sube de las colinas en que duerme Granada y de las vegas por que corren el Darro y el Genil, componiendo la palabra bienaventuranza, la cual resalta en todas partes como la perfecta felicidad en las pupilas de los elegidos que pasean por los bosques y las enramadas de vuestros sensuales edenes.

—Fernan, describes con tanto arte la casa de los monarcas nazaritas que nos parece verla con nuestros ojos y tocarla con nuestras manos. Alhá no consentirá que la gran victoria concedida á los fieles en Bizancio sea contrastada por una gran derrota en Granada, no lo consentirá.

—Pues, á pesar de tus súplicas, por todas partes estallan amenazas de esas que anuncian el fin de los imperios. Las guerras civiles, destructoras del califato cordobés, rompen por el reino granadino. Los habitantes del Albaicin, que duermen á la sombra de su alcazaba, detestan á los habitantes de la ciudad, que duermen á la sombra de su Alhambra. Abencerrajes y zegríes, zenetas y gomeres, sirios y africanos, judíos y conversos toman pretexto de cualquier caso para mostrar esos desabrimientos que roen las bases de los imperios y mellan el metal de las diademas. Muerto en la batalla de Calatañazor aquel visir invencible, sobre cuyos hombros descansaba el imperio y en cuyas manos la morada de los califas era como un juguete, cuando el polvo recogido en cien combates cubria su cuerpo inanimado, quebróse, al par que su alfange victorioso, la autoridad suprema, y



cayeron despeñadas las ciudades musulmicas; porque el serrallo fué liza, los esclavos y los negros de la Guardia Real combatientes, los eunucos del harem dominadores, los barrios de la ciudad enemigos, los walies de las provincias soberanos, y el desastre llegó hasta la rebelion, y la rebelion hasta la guerra, y la guerra hasta la anarquía, y la anarquía hasta el acabamiento de tan vasto imperio. Pues bien; algo igual sucede ahora en vuestra Granada, y la mano de Dios, que siembra estas discordias entre los infieles, mueve el coraje de los cristianos. Pues qué, ¿no ves como los nobles andaluces levantan los pendones mas gloriosos y cercan las ciudades mas abruptas, entrando en ellas, si no como sitiadores que suben por penosa cuesta á las fortalezas, como águilas que caen de lo alto sobre sus víctimas? En las puertas mismas de Granada, al amor de las sombras, el guerrero castellano, que husmea el instante de poner la cruz sobre la torre bermeja, clava con su puñal agudo las leyendas de la religion cristiana y conjura á vuestras huestes para que peleen con nuestras huestes en los campos y á vuestros ángeles para que peleen con nuestros ángeles en los aires. La batalla de la Higuera, dada cerca de Sierra Elvira, en que vieron los infieles caracolear nuestros caballos al borde de sus acequias y acuartelarse nuestras legiones en el recinto de sus almunias, gallardeando los plumajes de las órdenes militares y los gallardetes de las libres municipalidades entre las ramas y flores de la Vega; aquel singular hecho de armas dice bien claramente como la cruzada de siete siglos llega á su término y se corona con la mas bella diadema que podria reservarle en sus designios el Eterno, con la deslumbradora diadema de la Alhambra. Así, los descendientes del rey Bermejo han escrito escrituras y jurado juramentos de vasallaje al rey castellano. Así, el moro Gilaire ha renegado de su religion y ha corrido á Jaen, donde los nuestros le han dado el apellido de Venegas y los vuestros el de Tornadizo. El rey zurdo cayó tres veces del trono; y el rey cojo le impuso, levantándose en armas, abdicacion vergonzosa. Á los senos de tu reino, á los retiros de tu palacio han venido los destronados y los pretendientes pidiendo lanzas, ora para desahogar sus cóleras, ora para satisfacer sus ambiciones. El reino de Granada tiene un héroe á su cabeza; pero ese héroe ha sido asaltado por el mas implacable y mas invencible de los vicios, por la lujuria, la cual corroe con su veneno así las entrañas de los hombres como las entrañas de los reinos. Los godos, nuestros progenitores, vivian tranquilos en su imperio y gozaban de España á su sabor, herederos violentos, pero necesarios, de los antiguos romanos. Y el último de sus reyes volvió contra sí el prestigio de los nobles, la autoridad de los obispos, las armas de los soldados y las pasiones de los pueblos, porque habia convertido el solio de Wamba en el lecho de la Cava. Los árabes tienen su Rodrigo en Muley-Hacem, el rey héroe, y su Cava en Zoraya, la cautiva cristiana.

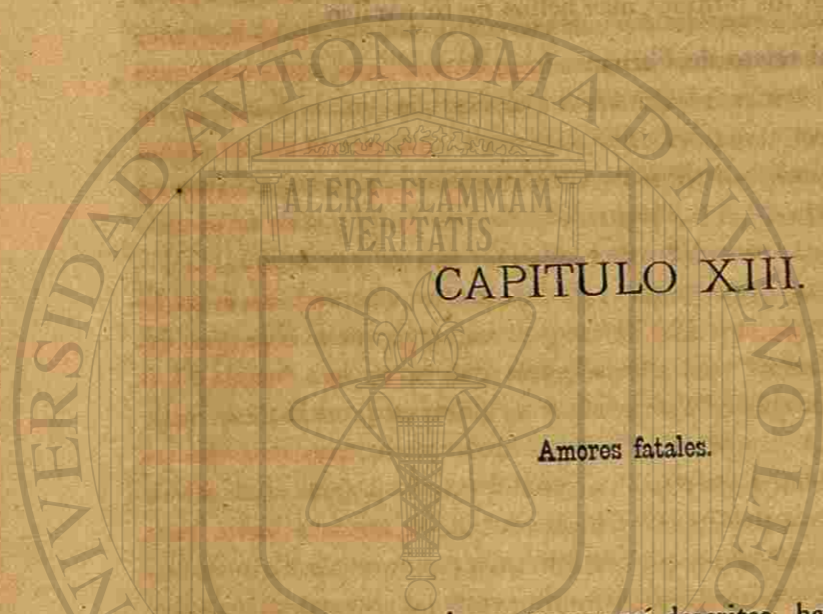
—Cuéntame lo que sepas, Fernan, de esos amores.

—Permíteme un poco de descanso, dijo Fernan, y te recrearé en lo posible con esta interesante narracion.

—No permitas, Alhá, no permitas, exclamó el Sultan, que los infieles entren á su arbitrio en los jardines mas bellos de tu paraíso.

Y abrió los oidos al relato de Fernan.





En una de las estancias antes por mí descritas, hallábase circuida de sus siervas la sultana Aixá, la cual parece por la dureza de sus facciones, por el imperio de su ademan, por la fuerza de su acento, mas bien que reina y señora, general ó pontífice. Cartas militares, instrumentos matemáticos, pergaminos y papeles varios ocupaban la alfombra sobre la cual yacía tendida, casi apoyando el codo en cojín de rica púrpura con el descuido de un militar en su tienda, la cabeza en la palma de su ancha mano más propia para manejar los instrumentos del trabajo varonil que para hacer las delicadas labores reservadas por la sociedad y por la naturaleza al débil y bello sexo. La sala de su habitual residencia en la Alhambra era la sala de los Abencerrajes. Al través de las cortinas que ornaban su entrada veíanse las columnas del patio de los Leones soportando su alicatado teñido de azul y plata; y oíase el rumor de las aguas, que despues de haber subido á las alturas como para dorar sus gotas en los resplandores del granadino cielo, despeñábanse por las tazas de mármol y alabastro. Una luz misteriosa caía de los ajimeces sobre que campeaba la rotonda, y se cuajaba como en rica pedrería por las pintadas estalactitas y por los caprichosos arabescos de sus paredes y de sus bóvedas. Sala terrible aquella sala poblada de sangrientos recuerdos. Como la tribu más guerrera de cuantas habitan Granada, la tribu de los Abencerrajes, se hubiese levantado en armas un día, el Sultán Aben Osmin llamó á sus jefes con halagos, los paseó por los ricos patios con cariño, y encerrándolos en aquel retiradísimo camarín del harem con perfidia, los entregó ¡traidor! á sus negros y á sus eunucos que, armados de puñales y gummies,

los descabezaron al borde del surtidor destinado á refrescar aquellos espacios, hasta teñir en sangre las claras aguas y dejar tendidos como en campo de batalla los yertos cadáveres con las cabezas cercenadas del tronco y esparcidas por el siniestro pavimento. Dada Aixá, antes á los negocios de Estado que á los recreos propios de su sexo; en su natural ambicioso y en sus aspiraciones inquietas gustábale encerrarse dentro de aquel cuarto para meditar lo mismo sobre las maniobras de las facciones que sobre el poder de los monarcas. Dicen cuantos la conocen, cuantos la ven todavía erguida sobre un reino despedazado, que si la última posesion de los musulimes en España pudiera salvarse de los decretos del destino y del poder de los cristianos, salvaríanla seguramente el valor y la entereza de esa hembra.

Mujer de sangre real, engendada entre los sueños que suceden á las fatigas del combate, crecida al fragor de las guerras; deparóle el cielo por esposo uno de los hombres que más alientos guerreros han tenido en el mundo, el bravo é infatigable Muley-Hacem, gloria espléndida de su raza, el cual, sin menospreciar las artes de la paz, vibra con la magestad de un dios antiguo los rayos de la guerra. No lleva ciertamente Aixá al ánimo de su real marido la dulzura y la poesía que necesitan los varones hasta para sus más gigantescos esfuerzos; pero, en los estremecimientos de la agonía que sacuden á guisa de terremoto el reino granadino, quizá sus cualidades, inútiles en tiempos vulgares, sirven para prestar aliento de esperanza á la misma desesperacion. Allí, donde el comercio ha llevado mil ideas católicas, y la cultura ha empobrecido la fé mahometana hasta entregarla al raciocinio, y el frecuente trato con nuestra gente ha trasformado las costumbres, Aixá permanece en su antigua fé, inaccesible á las emociones que embargan tantos ánimos y á los cambios que trae consigo el tiempo. Odio al cristiano, amor al Koran, culto á la guerra, ambiciones de gloria, delirio por el poder, dureza en el mando, indocilidad en la obediencia; hé ahí las calidades de esa reina árabe nacida para grandes empresas y condenada á representar irremisiblemente una irremediable decadencia. Gran consejero en los apuros de un reinado azaroso, gran teniente en los azares de una guerra varia; gran sosten para las vacilaciones del ánimo no es en realidad lo que necesita su esposo, una compañera en cuyos brazos reposar despues de los combates, y en cuyos coloquios obtener algun esparcimiento para el ánimo. Al verla austeramente vestida, con el Koran abierto ante sus ojos, con los astrolabios cerca de sus manos, acompañada de sus dos hijos tendidos á su lado como dos cachorros, llena de arrugas la frente por la elaboración continua de las ideas, contraídos los labios con una amarga sonrisa, duras todas las facciones, diríais con seguridad que Aixá no era tanto una mujer como un compañero de Hacem. Nadie le sostenía como ella en sus empresas. Nadie como ella celebraba su arrogancia. Al verlo partir, le exaltaba á preferir la muerte al deshonor, y al verlo volver solamente le sonreía



con agrado cuando le imaginaba victorioso. Así nadie ha celebrado como ella la altivez con que Hacem ha respondido á mis reyes cuando al requerirle y conjurarle para el pago de ciertos tributos, les ha dicho que en su reino ya no se bate moneda para henchir las arcas de los cristianos, sino que se forjan lanzas y cimitarras para esgrimirlas en una constante campaña contra ellos. El Sultan, que tiene mucho de belicoso, necesita al lado una mujer que tenga mucho de tierna. Por el amor buscamos el complemento de la propia naturaleza en cualidades y aptitudes diversas de las nuestras. Para eso lo ha inspirado pródicamente la naturaleza.

Los tiempos son de guerra, y busca la guerra el amor como se buscan y se completan los sexos contrarios. Hacem no descansa un punto en las batallas. Y como no descansa un punto en las batallas, necesita los amores. Después de haber esgrimido muchas veces su alfange y haber derramado muchas veces la ruina, el incendio, la muerte, aspira á mas dulces afectos, como si el corazón le aconsejara oponer á las fuerzas destructoras las fuerzas creadoras de la vida. Pero ¿dónde encontrar el amor? Una noche, tras inesperada victoria, fatigado de su continuo batallar, paseábase Muley-Hacem solo por los encantados cármes y las copudas alamedas de su Alhambra. La luna estaba en el zenit tan hermosa como el semblante de una virgen enamorada que palidece á la melancolía de sus amores. Su luz de plata, cayendo sobre las cúspides de la Sierra que llamaban del Sol los antiguos, nacaraba la nieve. En lo alto del cielo resplandecían algunos astros que lograban á duras penas atravesar con sus destellos las gasas de la luna; y en los bordes de los arroyuelos, cuya linfa repetía los rayos del astro de la noche, extendíase como una guirnalda de luciérnagas. Esas flores, tan frecuentes en el Mediodía, que guardan sus mas finas esencias para la noche, perfumaban los aires con tales aromas que realmente podían trastornar los mas firmes cerebros. Entre los juegos de luz y de sombras, sobre las ramas de los álamos dulcemente meneadas por las brisas, cantaba el ruiseñor, de suerte que sus gorgeos hubieran podido tomarse por la oda exhalada del amor universal. Muley-Hacem comparaba en su tristeza este concierto amoroso de todas las cosas con la soledad de su vida y decía que su alma estaba llamada á encontrar la nota correspondiente á sus aspiraciones en la armonía universal y el deseo que concordase con sus deseos en el coro infinito de todos los seres creados é increados que se hallan por la inmensidad esparcidos. Y al decir, al murmurar todo esto, tendiendo los brazos á lo infinito, para buscar las sombras sin forma correspondientes á las ideas sin expresion posible, oyó el acorde de una guzla, cuyas cadencias respondían mejor á la íntima interior tristeza suya que el rumor de los arroyos, y el susurro de las hojas, y el gorgo de las aves en el sublime silencio de la noche. Aquella sí que era una melodía triste como la misma tristeza y amorosísima como el mismo amor. Una hurí descendida

del paraíso la entonaba sin duda, para decir lo que no podían expresar ni la una con sus rayos, ni el cielo con sus resplandores, ni el bosque con su rumor, ni la naturaleza entera con sus aspiraciones instintivas á producir y á expresar una idea.

Al son de la guzla siguió el son de un cantar producido por angélica voz de mujer, la cual en su dulzura, en su melodía, en su tristeza formaba una de esas angélicas cadencias, cuyo origen hemos convenido de comun acuerdo en poner allá donde se acordaron, mucho antes de que comenzara á fluir el tiempo, las sinfonías que debían componer en sus parábolas y en sus élip-ses los astros. Oyó esto y salió fuera de sí el alma de aquel hombre, que suspiraba por las armonías angélicas en medio de las disonancias guerreras y de las pasiones políticas. El cantar estaba compuesto en romance; y producía amargas quejas engendradas por largo y pesado cautiverio. Cantaba en efecto una jóven tierna tristezas de esclava, embellecidas por esa propiedad de embellecerlo todo que siempre tuvo el dolor. Su voz se elevaba á la elegía, plañendo el hogar de donde la arrancaron como á la planta de su tierra, como á la avecula de su nido; el templo bajo cuyas bóvedas se perdieron las oraciones de que estaba naturalmente impregnada el alma; la noche fatal en que vió asaltados los muros de su castillo y muertas las gentes de su familia; la comparacion necesaria entre la vida que le deparaba el amor de los suyos y la vida que le ofrecía su desamparo, huérfana de todo padre, viuda de toda esperanza, habiendo caído, desde señora en esclava, adscrita al palacio de una sultana y constreñida por la fatalidad á la adoracion de altares y de dioses los cuales no eran ni los altares de su infancia ni los dioses de sus padres. Pena tal guardaba tanta poesía, que cualquiera hubiese imaginado oírle pintar algo más que uno de esos cautiverios tan frecuentes en aquellos tiempos y con tal reciprocidad sufridos por unos y otros pueblos enemigos en los sendos casos adversos de la eterna guerra. Creeríase que cantaba la prision á que yace sujeta el alma en este mundo y las dulces aspiraciones á otro mundo iluminado, no por ese pálido sol que al fin es una pavesa, sino por el ideal de luz inextinguible. Todas estas ideas y todas estas emociones conmovieron el alma de Muley-Hacem mientras cantaba la cautiva sus penas. Y allí le sorprendiera el alba con sus resplandores á no haber cesado la voz en sus cadencias. Pero, al desesperanzarse de volverla á oír y recluirse en su alhami para conciliar el sueño y recapacitar los medios necesarios á encontrar y ver á la cantora, negóse el despierto cerebro á todo reposo, y mil figuras ideales, retratos fantásticos á los que debía corresponder la divina voz, vinieron en sueños á perturbarle y á decirle esas voluptuosísimas fantasías, á cuyo soplo se enardece en nuestras venas la sangre. Cuanto mas entregado se hallaba á estos esparcimientos vió un resplandor que ahuyentaba las tinieblas, y tras el resplandor aparecer la siniestra figura de Aixá.

En vuelta en blanco cendal, con una lámpara en la mano, los ojos extra-



viados, los labios contraídos, errante la mirada, podía confundírsela á primera vista con la imágen de uno de esos ensueños tétricos que vienen á turbar la paz del alma en las largas y silenciosas noches. Efectivamente, Aixá no iba á derramar el placer en torno de su esposo; antes al contrario, por si acaso olvidaba cetro y espada en el sueño, iba á despertarle para decirle como se ennegrecía el cielo en todas direcciones y bajaban los ángeles del último juicio desde las nubes y se estremecía sobre sus bases el imperio granadino y vacilaba la corona de los nazaritas en la frente de sus últimos sucesores. El necesario olvido, el reparador reposo, el silencio de la idea, esa eternidad diaria llamada sueño, tan saludable para la vida así del cuerpo como del alma, ese no ser á tanta costa alcanzado y tantas veces inútilmente pedido al espinoso lecho, quedaban interrumpidos por la presencia inesperada de aquella mujer, cuya voz, á manera de la trompeta apocalíptica, despertaba todas las penas de la vida, todos los terrores de la eternidad y todos los remordimientos de la conciencia. Hacem, que soñaba despierto con la cautiva cristiana, y que se embebía en contar los medios de verla pronto y hablarla, recibió aquella inesperada visita con natural desabrimiento y renegó entre dientes de su mala estrella que así le ligaba por tan estrechas ligaduras con aquel sér extraño, siniestro, repulsivo á todos sus deseos y á todos sus instintos.

—Desde las ventanas de tu palacio puedes ver los infieles, Hacem, y duermes. Ayer he recitado la oracion de los muertos; he pedido á Dios por los méritos de los espíritus puros que rodean su trono, por los méritos del profeta Mahoma, por los méritos de todos los vivos que enviara el día á la noche de la tumba, que rociara cenizas frías con la lluvia de su gracia, y acordara por mansion á un sér querido de mi alma el encantado paraíso. ¿Y sabes quién era el muerto? Pues era nuestro reino de Granada. Todo es temible en estas tormentas continuas y en estos diluvios de sangre. Llegan los infieles, caballeros en sus trotones de guerra, hasta los pies de tu Alhambra; y no les ciega el esplendor de tus torres bermejas amasadas con sangre de cristianos. La hoja de sus espadas toledanas reluce á esta luz, solo repetida antes en los mahometanos alfanjes, tan temidos como nefastos cometas. No se corta el sueño en la callada noche sin oír algún relincho, que indica la proximidad de un caudillo, el cual puede pasar entre las voraces llamas, puesto que ha pasado entre las musulmicas lanzas. Nuestro pueblo sabe de memoria los nombres de los Girones, de los Toledos, de los Manriques, de los Tendillas, de los Mendozas; y al mismo tiempo que sufre los botes de sus lanzas y las correrías de sus vasallos, admira tanto valor puesto á servicio de tan mala causa. Si un Garcilazo muere á la saeta de nuestras gentes, un Arias recoge de este joyero de ciudades la preciadísima Estepona. Muley, no niego tu destreza en cabalgar, tu certería en herir, tu fortuna en justar; pero cuán lejos van estando los tiempos en que cautivabas obispos y

los traías presos á tu real de Granada. Entonces te apuntaba el bozo, y ahora te apuntan las canas. ¡Cuántos héroes, como Aliatar han muerto á manos de guerreros bisoños como el valeroso alcaide de Antequera, ignorado segundon de una ilustre familia! Pasaron los tiempos en que un rey débil celebraba la festividad de Santiago ciñendo armas de aparato más que armas de combate á ochocientos ginetes, que fingian inútiles alardes, acompañados de damas montadas en palafrenes enjaezados ricamente y vestidas de guardabazos y almaizales para arrojar en su locura fingidos arpones á nuestras fuertes murallas. Entonces habia en Castilla una reina que husmeaba nuestra algalia y nuestro estoraje; ahora hay una reina que solo husmea nuestra sangre. Tú mismo has presenciado la batalla del Madroño en que un jóven, casi imberbe, llevando el nombre mismo del Cid, que Alhá confundía, el nombre de Rodrigo, y ciñéndose armadura digna de gigantes, armadura completa, con el lanzon en una mano para arremeter furioso y en otra mano la rodela donde campea un leon calenturiento, tendió los nuestros á sus piés, arrancándoles audaz las ondas y las armas á las cuales fiaban su salvacion y su defensa. Poco despues, aquella fortaleza de Archidona, fabricada en sitio á que ni las águilas pueden llegar fácilmente, cae en manos de los freires calatraveños, presididos por su maestre el de Giron, tan fuerte en el ataque, tan audaz en el cerco, tan furioso en la acometida, que le han creído hasta sus mismo enemigos, vista la imposibilidad de subir por los repechos erizados de muros donde ha plantado sus pendones, un siniestro ángel exterminador, bajado del cielo como bajarán los encargados de preceder al último juicio, y depositario de la ira de Dios con la cual ha consumido lugares que parecían inaccesibles á la cólera devastadora del hombre. No hay castellano que no haga el juramento de Ponce de Leon, prometiendo por el logro de una ciudad y por el éxito de un combate, vestirse toda la vida de cilicio y aguardar, cuando la vejez les impida combatir, su muerte en un convento. Así no alcanzan paz nuestras tierras sino merced á vergonzosas treguas. Es verdad que tú has tomado á Zahara; pero tambien es verdad que un santón de esos cuya vida se parece á profecía continua ha anunciado que solamente pueden sobrevenirnos males de tal victoria, cuando todos los granadinos, desvanecidos por la ventaja de un momento cantaban en coro tus loores. Y bien pronto se supo la realizacion de este horóscopo, porque bien pronto resonó por toda la vega el grito doloroso, «¡Ay de mi Alhama!» anunciando como perdida para siempre la ciudad más preciada de nuestro reino. Así los ojos arrasados de lágrimas columbran con tristeza en los horizontes el triunfo de los cristianos. ¿Qué les contestaremos á nuestros parientes de África en esta vida y á nuestro profeta Mahoma despues de la muerte, cuando nos pregunten por nuestro Eden ideado despues del celeste, para mostrar como la Omnipotencia divina alcanza á hacer lo imposible? Hoy tenemos el más rico de los palacios en la más bella de las co-



linas, y mañana tendremos un aduar en el desierto; hoy miramos las frentes de tantas tribus ilustres inclinándose en nuestra presencia, y mañana solo miraremos, cuando queramos saber algo de nuestra vega, las sombrías alas de la golondrina que habrán rozado los adarbes de las torres bermejas. Muley, tales tristezas habitan en tu palacio, se deslizan hasta tu lecho; y duermes todavía.

—Aixá.

Exclamó Muley—Hacem espereándose de fatiga tras la extensa, aunque distraída, atención que prestara al discurso de su mujer.

—¿Qué quieres? Hacem.

—Quiero un poco de compasion para mí.

—Tenla tú del reino, y si no del reino, por cosa demasiado grande para encerrada en tan mezquino pecho, tenla de nuestros hijos.

—No puedo compadecer á persona alguna en la tierra, cuando toda la compasion que empleara en los demas la necesitaria para mí mismo.

—¡Me insultas de esa suerte!

—¿Te parece poca desgracia no dormir en paz como duermen allá en sus mazmorras los esclavos?

—Tengo dos hijos, y desde el punto en que me sentí mujer, deseé tenerlos. Quiero para mis hijos, dignidades, riquezas, coronas, como buena madre que soy, gracias á Alhá. Y pues quiero, no para mí, para ellos, todos estos bienes, ya puedes suponer cómo veré el reino granadino cayéndose á pedazos, sus vegas mas hermosas taladas, sus hijos mas valientes cautivos, sus predios mas ricos incendiados, sus muros mas fuertes ruinosos, sus ciudades mas queridas sitiadas, su próximo fin anunciado por tantos y tan terribles anuncios como los que pudieran verse en tierra y cielo al acercarse el último juicio.

—Aixá, dijo Muley, incorporándose en el lecho y dirigiendo miradas de odio á su impertinente mujer, tu esposo no ha consentido un punto de descanso á sus fuerzas. Tu esposo ha pasado por el mundo á caballo y cimitarra en mano. Tu esposo ha caído sobre las tierras cristianas como el rayo sobre el árbol, como el huracan sobre la selva; como la tormenta sobre el mar. Una humareda espesa y un rastro de sangre indelebre señalan su paso por todas las comarcas que recorre con su furia. Las victorias rebosan en nuestros anales, los timbres se aumentan en nuestros escudos, los cautivos se amontonan en nuestras mazmorras, los despojos crecen en nuestras porfias, el riño nazarita se salva del feroz empuje castellano. Solamente puede perderlo para siempre la intriga asesina deslizándose en nuestros palacios, la division artera en nuestras gentes, los facciosos traidores en nuestras hueses, los rebeldes á su rey en nuestro pueblo. Y tus quejas suscitan todos estos males en razas de antiguo mal contentas.

—Suprime tus errores y verás como suspendo mis plañidos.

—Estoy seguro de que dejaré el reino íntegro á tus hijos; y estoy seguro tambien de que tus hijos lo perderán para siempre. Quieres destinarlo al trono y los encierras como viles mujeres en el serrallo. Quieres que aprendan á reinar y no los envias á combatir. Quieres que tomen el alfange cuyo filo cercena las cristianas cabezas y los acostumbras á la aguja cuya punta borda los femeniles brocados. Las gentes llaman á tu predilecto, á tu primogénito, á tu Boabdil querido, el chico y el desventurado, como diciendo que, al morir su padre, morirá con él tambien la última esperanza y la poster fortuna de Granada.

—Injusto, injustísimo conmigo, Hacem, con tu mujer, con tu Aixá, con la madre de tus hijos. Apenas saliera de la infancia cuando estaba Boabdil ya en la guerra. Apenas dejara el pecho de su nodriza cuando le caía en los labios acostumbrados á la dulce leche el amargor acerbo de la sangre. Las lanzas cristianas han herido su garganta en la edad en que solamente la habian tocado los besos ardientes de esta madre. Los cautivos que le sirven por él están cautivados en cien victorias. Su arrojo en adelantarse á todos le llevó al cautiverio de Lucena y su heroísmo en el cautiverio le colocó entre los hombres mayores de su raza. Y lo injurias creyéndole indigno de una corona que llevará con gloria, y de un reino que defenderá con heroísmo. Alhá permita que le legues el reino con fortuna, pues ya lo conservará él con gloria. Así tuviera en la maestría del padre toda la fé que tengo en la estrella del hijo.

—Mira, Aixá, no me molestes de esa suerte. Entre el coro de loores que á todas partes me sigue por haber defendido este reino nuestro con tanto brio, no opongas tú la discordancia de esa agria voz y de esos importunos lamentos. Teme que algun día tu esposo te maldiga y te repudie.

—¿Esas tenemos, exclamó Aixá enfureciéndose como una tigre herida y dando á sus facciones duras y rígidas mayor rigidez y dureza con el aspecto de su cólera, esas tenemos? Pues no en vano amenazas, Hacem, á una mujer como yo, capaz de levantarse en armas contra tí mismo y de ponerse al frente de un motin popular para arrancarte la corona de las sienas y del pecho el corazon. Granada es un hervidero de odios. Los fugitivos de tantas ciudades como nos ha arrancado la desgracia no pueden ver á las antiguas familias damasquinas, porque atribuyen á su molicie las más naturales desventuras. Los muchos renegados, que por todas partes pululan, atrevidos y cebados por inmundas logrerías, no pueden ver á los fieles, que los desprecian con justísimo desprecio como á traidores y apóstatas. El Zeneta maldice del Gomel; y el Gomel del Zegrí; y el Zegrí del Abencerraje. La division reina en nuestra propia familia. Tu valeroso hermano, á quien llaman las gentes el zagal, aspira á una corona imposible en reino tan recortado, cuyas últimas migajas pertenecen exclusivamente á mi Boabdil y á su hermano. De estos hijos tuyos no puedes fiarte, estando como están ambos



á dos en mis manos; y sabiendo ambos á dos como saben, cuanto desprecio debe inspirarles el malaventurado que ha perdido su Alhama.

La cólera de Muley-Hacem no pudo sufrir más tiempo tanto insulto, y estalló con terrible estruendo. Como el leon, que ha oido en el desierto sonar un tiro, relampagueó su mirada, rugió su pecho, rechinaron sus dientes, erizóse su melena, abriéronse sus garras. De un salto abandonó el mullido lecho, y de un tiron descolgó el cercano alfange. Apenas descolgado, desenvainólo con espasmo de ciego furor; y apenas desenvainado, asestólo al cuerpo de su insolente mujer. El conocimiento que ésta tenia del natural violentísimo de su Muley, sirvióle para ponerse en cobro y evitar el golpe, el cual dió en la puerta del Harem por donde huyera la sultana, exaltada, iracunda, terrible, imperiosa, guerrero en fuga más que mujer en celo, pues ni lanzó un quejido ni vertió una lágrima, metiéndose en su lecho como pudiera meterse una leona en su caverna.

Muley-Hacem, despues de haber frustrado el golpe, se contuvo al freno de su conciencia, y se volvió hácia su cama recitando esta plegaria del Koran.

—Las alabanzas son para nuestro Dios y por Dios las buenas acciones. Salud y paz á tí, profeta de Dios. Que las divinas bendiciones caigan tambien sobre tí. Salud y paz á todos los servidores de Dios, justos y virtuosos. Confieso mil veces todos los dias la fórmula sagrada de tu culto «no hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» Prospera, Dios mio, el nombre de Mahoma en este y en el otro mundo. Haz por él, Señor, lo mismo que has hecho por el nombre de Abraham. Si he faltado alguna vez á tu fé, perdóname todos mis pecados. Compadécete de mí, oh sér por excelencia santo y misericordioso; compadécete.

Y luego haciendo dos reverencias, una al lado derecho y otra al lado izquierdo, como para saludar á los ángeles de su guarda, remató la plegaria con estas palabras:

—«Que la salud, la paz y la misericordia sean contigo.»

Tales oraciones dirigió al cielo y perdones demandó á Dios el sultan por haber tenido, en vértigo de rabia, no el propósito deliberado, el impulso ciego de matar á su mujer Aixá. Cumplido el ritual de su oracion y satisfecha la justicia del cielo, tornóse á meter en cama, y trató de conciliar el sueño. Pero ¿cómo habia de caer sobre los párpados, cuando tantos y tan graves pensamientos le pesaban en la mente? Guerrero por condicion, duro por naturaleza, empedernido en los feroces ejercicios de las peleas, cruel porque la crueldad se imponia á su vida y á su ministerio así en el empeño de debelar las tierras cristianas como en el empeño de someter los bandos musulmicos; su natural de peleador y su oficio de monarca le exigian buscar compensacion necesaria á tanta rudeza, en el alma tierna de una mujer que le atase al hogar y le hiciese sentir la felicidad contenida en los afectos dul-

ces y sencillos. Pero, si Aixá tenia bien puesta su fama de honrada, pues la honra sus gentes la llamaban, en cambio no tenia ninguna de las cualidades necesarias para endulzar las ambiciones de un imperante y embellecer los azares de un soldado. Fea de rostro, fornida de cuerpo, dura de corazon, fuerte de temperamento, altiva de carácter, cruel de entrañas, austera de costumbres, experta en los secretos de Estado, capaz de las hazañas guerreras, antes podia aparecer como un compañero compartiendo el trono de Hacem que como una esposa encantando su existencia. Y Hacem necesitaba en los tormentos de sus ambiciones un consuelo, en los conflictos de sus batallas un iris, en la hiel de sus odios un calmante, en las empresas de sus ambiciones una hurí, en los secretos del hogar una beldad, en toda su vida un amor. Las leyes de su culto le permitian muchas mujeres, muchas esclavas; pero no encontraba en esos pobres séres que se entregaban al favor real como tímida florecilla al ardiente sol, aquellos esparcimientos de ánimo, aquellos coloquios de ternezas, aquellas inspiraciones de poesia, aquella dulzura de sentimientos que constituyen los verdaderos hechizos de la vida y los verdaderos placeres del amor. A medida que entraba en la madurez de la edad y que se despedia de esos ensueños de gloria naturales en la juventud, necesitaba con mayor necesidad de una pasion purísima y de una tierna mujer. El cielo acababa de depararle milagrosamente la esperanza de encontrar satisfaccion á esta necesidad con el cántico misterioso que parecia bajar del paraíso entreabierto á sus aspiraciones y á sus llamamientos. Aquella voz angelical acabó de penetrar en sus entrañas y de conmoverle el fondo mismo del alma. No dormia, pues, no podia dormir hasta conocer á la beldad misteriosa que le transmitiera aquel fuego con su voz y le abrasara el pecho con su amor. Así es que aun no asomaba casi la alborada, aun no relucian las nieves de la cordillera, aun no entonaban sus primeros cánticos las alondras, aun no se oian los primeros rumores que al despertar produce la mañana, cuando ya Muley habia recitado la sura consagrada por el Koran á la aurora, bendiciendo al Dios de la luz y rogándole que lo eximiera de los males anejos á la condicion humana, de los maleficios subsiguientes á la luna eclipsada, del soplo de aquellos que arrojan su aliento sobre los nudos de los dedos, y del negro proyectó que lleva siempre en mientes el envidioso contra el envidiado. Y despues que hubo cumplido estos rituales de su culto, llamó al principal de sus esclavos nubios, negro como el ébano y vestido de blanco como el alba, cuya figura se destacó sobre el tapiz rojo iluminado por el doble resplandor de la lámpara que se apagaba y de la aurora que nacia.

—Alhá te guarde.

Dijo.

—El prospere tus dias.

Respondióle Hacem.



—¿Ordenes?  
Preguntó el negro.  
—Inmediatas.  
Contestó el imperante.  
—Cumplidas al par de dadas.  
—¿Has oído cantar esta noche mientras velabas mi sueño un cántico de cautiva?  
—He oído.  
—¿De dónde provenía?  
—Estaba yo en la torre de Comares y me pareció oírlo salir de la torre del Harem.  
—¿No sabes quién cantaba así?  
—Lo sé.  
—Dilo.  
—Una jóven cautiva.  
—¿A quién pertenece?  
—A tu hijo mayor.  
—¡Oh! Un jóven tan apuesto dueño de tan preciosa prenda.....  
Exclamó Hacem rechinando los dientes de celos.  
—No te enfurezcas.  
—¿No?  
—No.  
—¿Pues cómo?  
—Esclava de tu hijo, está segura si la ama el padre.  
—¿Por qué?  
—¡Y tú me lo preguntas!  
—Boabdil es enamorado y gentilísimo.  
—Pero, como los cristianos, ama á una sola mujer, á la hija de Aliatar, á la bellísima Moraima.  
—¿De veras?  
—Todas sus esclavas son meros adornos de sus estancias, meras aves de sus jaulas.  
—Me tranquilizas.  
—Está, además, adscrita al servicio de tu esposa, y ya sabes como las gasta Aixá.  
—¡En el joyero de mi casa y no haberla conocido!  
—Los que teneis tantas riquezas, tomáis algunas veces por despreciables vidrios los mas preciosos diamantes.  
—Vamos al harem.  
—Toma algunas precauciones.  
—¿Qué dices?

—No te lances desde tu trono sobre la cautiva como se lanza el águila desde su cielo sobre la presa.  
—¿Por qué?  
—Porque son de temer los celos y las venganzas de Aixá.  
—No me importan.  
—Deben importarte, si no por tí, por tu reino.  
—Condúceme con seguridad y sin peligro. Pero no olvides que ardo en deseos de ver á la muchacha; y despues de verla, arderé en deseos de mirarla; y despues de mirarla, arderé en deseos de poseerla.  
—Todavía la conoces solamente por la voz.  
—Imposible que salga de un cuerpo deforme. El cuervo grazna; y gorguean el ruiseñor, el canario y el gilguero.  
—Pues mas hermosa que su voz todavía es su persona.  
—¿Cómo le llaman?  
—Le han dado un nombre de estrella, la han llamado Zoraya.  
—Estrella de mi fortuna será, estrella de mi vida, estrella de la mañana mas feliz de mi vida, estrella de mis pasos.  
—Véte, Sultan, por esa galería secreta de la izquierda y llegarás al tocador de la Sultana. Apenas el sol haya dorado los miradores del Generalife cuando habrá salido de su secreto alhamí á barrer y arreglar la regia estancia.  
—¡Barrer! Su escoba debe ser celeste, y el polvo que levante, debe convertirse en astros.  
—Corre por ahí.  
En efecto, el sultan se personó en recatada tribuna del tocador de la Reina, donde, á traves de sus áureas rejas, veía sin ser visto. Ya el sol doraba las cumbres del Generalife, y Muley decía la oracion de la mañana que empezaba con las palabras «Dios vivo,» cuando salió Zoraya. El ciego de nacimiento, que ve derrepente la, para él, primera luz, pasa la estraña emociion que pasó el alma de Hacem al sentir por vez primera en su vida el verdadero amor. Hubiéranse podido oír á un tiempo mismo los latidos de su corazon y de sus sienas, pues los sentimientos y las ideas pugnaban por romper su agitado cuerpo, que se estremecía como presa de un terrible accidente. Y no podia menos. La aparicion era sobrenatural. La cabeza de Zoraya tenía las mas bellas proporciones. El negro cabello le tocaba las plantas y la envolvía como un manto. Bajo la espaciosísima frente centelleaban los negros ojos con un centelleo celeste. Morena, derramaba en torno suyo el ardor que los desiertos y la poesía que una noche de luna en el Oriente. Así Muley estuvo á punto de lanzarse desde la tribuna como habia dicho su esclavo nubio, como el águila real se lanza desde los aires solitarios, desde el éther lejano, desde el cielo altísimo, sobre su codi-



ciada víctima. Pero la necesidad que sentía de contemplarla sin conmovér-la ni interrumpirla ¡ah! le retuvo hasta el aliento.

Zoraya comenzó por vestirse y arreglarse ella misma, creída de que nadie la contemplaba en aquel apartado retiro del nazarita alcázar. La túnica blanca se desprendió de sus hombros y quedó á los ojos del sultan extático, tan hermosa y tan pura como Eva al despertarse en la inocencia sobre la tierra inmaculada del paraíso. Hacem recitó involuntariamente en el éxtasis de su alma transportada á otro mundo las oraciones llamadas en el Koran suras de Fátima y de Aichá, sin saber ni lo que hacia ni lo que decia, pues su alma estaba á los piés de Zoraya como la misma blanca túnica que la esclava vestía.

—Dios mio, dijo, te suplico por la penitencia y el arrepentimiento de Eva, por la huida y las promesas de Agar, por la fé y el martirio de la mujer de Faraon, por la pureza y la virtud de la madre de Jesus, por la intercesion de Khadijá, por el amor al Profeta de Aichá que me concedas pronto el favor de convertir esta esclava en sultana y de elevarla desde su alhamí á mi lecho y desde su servidumbre á mi trono.

Zoraya, entre tanto, se apercibía á vestirse y se aderezaba por bien modesta manera. La camisa interior cayó sobre sus desnudas carnes como la nube sobre la luna. El largo cabello se recogió en modesta red y medio se cubrió con un gorriño carmesí, que resaltaba sobre su sedoso lustre como la nube arrebolada sobre las tinieblas del ocaso. El pantalon bombacho se prendió al círculo de su cintura y á la garganta de sus piés. El modesto almaizar ciñó su cuerpo, y ya así, miróse en la fuente que corre en medio de la estancia, y se encontró hermosa. Muley descendiera de la tribuna y la tomara en sus brazos, satisfaciendo su pasion, si no le moderara tales ímpetus el deseo de que semejante beldad amase en su persona, no al sultan, sino al hombre. Esta consideracion única le sirvió para no dejarse arrastrar de los ímpetus que le inspiraba aquel acceso de su fiebre amorosa y aquel hervir de su encendida sangre. Y se quedó contemplándola con el arrobamiento con que contempla el jóven enamorado las gracias divinas de su primer amor.

Y tenia que contemplar Zoraya. Lo primero que hizo, despues de vestida y arreglada, fué irse á un escondite y sacar de allí primoroso cuadro que representaba una imágen cristiana de la Virgen Madre, y besarlo mil veces, y consagrarle ferviente oracion. Despues, encendió los pebeteros, y quemó en ellos las esencias necesarias á embalsamar la atmósfera. En seguida arancó á los jarrones de metálico brillo las flores marchitas y los llenó de flores recién cogidas y abrigadas con gotas de matinal rocío. Y hecho esto, dirigióse á la pajarera llena de aves cautivas como ella, hermosas como ella, que al verla aletearon, fascinadas por el resplandor de sus ojos, y atraídas á tomar un grano de alpiste en el rosicler de sus labios. Luego abrió la ce-

losía del ajimez y contempló ávida el pedazo de cielo que se divisaba por el cercano jardin, al traves de la cortina de jazmines y de la enramada que formaban entrelazándose los naranjos y los granados, sobre los cuales subian al cielo las pirámides de los cipreses y desde el cielo se inclinaban sobre la tierra las coronas de palmas rematando el tronco enhiesto de las orientales palmeras. En aquella mirada dirigida por los expresivos ojos de la muchacha al cielo, hubo una expresion tal, que Hacem creyó descubrir aspiraciones á la libertad y al amor.

—Tendrás mas que el amor, dijo entre dientes, sí, tendrás mi amor; y tendrás mas que la libertad, tendrás mi trono.

Y apenas habia dicho esto, cuando apareció su mujer, Aixá, imperiosa, adusta, con la sonrisa del desprecio en los labios, con la aureola del insomnio en los ojos, mal ceñida en descuidado traje; y retratando en todo su sér las inquietudes asesinas de la ambicion tan opuestas á las vívidas inquietudes del amor. Verla Hacem y salirse de la tribuna fué todo obra de un momento. Y salirse é idear el medio de arrancar Zoraya al dominio de Aixá obra de otro momento tambien.

Llegado, pues, del harem á Comares, llamó su esclavo nubio y le dijo:

—En tí pongo mi confianza.

—Yo en Dios para que tamaño peso no me abrume.

—Necesito que Zoraya desaparezca de la servidumbre de Aixá y de Moraima.

—¿Un rapto?

—No.

—¿Pues que?

—Una muerte fingida.

—¿Cómo?

—Mi médico te dará á la presentacion de este pergamino un narcótico; quedará la cristiana como muerta.

—¿Luego?

—Di que un cristiano te ha ofrecido fuertes sumas por el cuerpo de su compatriota y quédate con ese preciado cuerpo.

—¿Querrá Aixá venderlo?

—Necesita mucho dinero para sus conjuraciones y lo venderá sin escrúpulo. Allí tienes mi tesoro. Mete la mano en su caja y coge todos los diamantes y todos los záfiro necesarios al logro de mi deseo.

—Serás servido.

—En cuanto recibas el preciado cuerpo, sin que nadie lo advierta, llvárslo donde dice ese pergamino y lo tenderás en la estancia y en el lecho que rezan sus palabras.

—Tú mandas en mí como Mahoma en tí, ó como Alhá en Mahoma.



—Que nadie sepa donde el cuerpo ha ido y que todo quede terminado con el día. Cuando la luna salga, esté Zoraya en el camarín designado y yo á sus piés.

—Tu voluntad es ley.

Y desapareció el nubío, quedando Hacem completamente entregado al juego caprichoso de sus pasiones y al curso vario de sus ideas en continuos íntimos callados soliloquios.

—Ambicion, exclamó Hacem en cuanto estuvo solo, ¿de qué sirves á los humanos en el mundo? Andando alrededor de los objetos que deseas en continua carrera, nunca lograrás satisfacciones completas. ¿Adonde subirás en la tierra que no veas algo ó alguien mas elevado, siquier ese algo sea el cielo, y ese alguien sea Dios? Vencidos todos tus enemigos mas encarnizados, rotos los reinos mas rivales tuyos, aun no has destruido nada como no destruyas lo indestructible, tu propio deseo. Con todo el oro que ha arrastrado el Darro no puedes comprar un día de vida ni detener un minuto del tiempo. Con toda la gloria que te deparen obras y hazañas inmortales no puedes impedir que perezca en el último juicio la tierra donde está contenido tu recuerdo y grabado tu nombre. Cuando miras mil frentes inclinadas no sabes si se inclinan tambien las conciencias que tras ellas laten. Cuando están mil rodillas en tierra no distingues si tambien se han arrodillado las almas. La corona mas ligera pesa con abrumadora pesadumbre sobre la frente, y con profundísima tristura sobre el corazón. La ambicion tiene por hermana inseparable á la envidia. Así, aun no has sentido sus mordeduras en el deseo cuando ya te ha amargado el paladar, como que se riegan y crecen con hiel. Toda ambicion se ha arrastrado alguna vez, y al eruirse, ha tenido que desquitarse de sus humillaciones con la crueldad y la venganza. Como el ambicioso es el mas egoísta de los hombres, tambien es el mas solitario y aislado, aunque se encuentre en medio de numerosas muchedumbres. La palidez de la muerte tiene su semblante, la nieve de las canas cae sobre su cabeza, la fatiga de la ascension continua destroza su pecho. Yo detesto la ambicion y quiero el amor. En estrecho nido ignorado de los hombres, contemplando eternamente á mi Zoraya, moriré tambien, pero moriré como se muere en la tranquila casa, llorado, y no como en el proceloso trono, aborrecido. Una de las mayores desgracias que caen sobre los poderosos consiste, en ignorar si las gentes les siguen y les aman por ellos mismos ó por las altas posiciones que ocupan. Yo ocultaré á mi Zoraya mi corona; y ella me amará solamente por mis naturales prendas. ¡Oh día larguísimo! ¡Cuando fenecerá tu luz, y vendrá la noche propicia á los amantes!

Y como todo llega en el mundo, llegó tambien la deseada noche. Zoraya, despues de una comida en que corriera abundantamente el vino á pesar de los preceptos mahometanos, sintióse presa de terrible sueño que llegó á

confundirse con la muerte. Sus compañeras vertieron abundantes lágrimas y lanzaron agudos sollozos. No satisfechas de estas manifestaciones de duelo, cogieron con ambas manos los rizos que les caían sobre las espaldas y se mesaron con furia las largas cabelleras. Distinguióse entre todas por su dolor la tierna Moraima, pues segura del cariño de su Boabdil, nunca creyó tener en las esclavas, ni moras ni cristianas, temibles rivales. En cambio la austera Aixá disertó sobre los desórdenes de la mesa y tomó pretexto de aquel inesperado caso para argüir muy largamente del olvido de las leyes koránicas y de la maldita manía de beber vino. Cautiva andaluza, la pobre Zoraya conservaba en su conciencia, y siempre que podia en sus oraciones y prácticas religiosas, como hemos visto, el culto de sus padres; mas en el Harem, sin que nadie la hubiese consultado, pasaba por renegada y mahometana. Así no es mucho que sobre su cadáver frio recitara Aixá la oracion musulímica por los difuntos, y volviendo su rostro á la Meca, dijera los cuatro tekbiros necesario para encomendar los muertos á la divina misericordia. En el primero exaltó la gloria de Dios, en el segundo le consagró largas alabanzas, en el tercero le pidió para Mahoma las mismas bendiciones llovidas sobre Abraham, y en el cuarto le conjuró á que acordase justicia á la difunta si habia sido buena y perdon si habia sido mala, convirtiendo su tumba en lugar de delicias y en pórtico del paraíso. Pero, aun no habia acabado esta plegaria religiosa, cuando sobrevino proposicion de rescate, y con la proposicion de rescate el propósito adivinado por Muley en Aixá de entregarla á cambio de tesoros muy buenos para alimentar las guerras civiles y conseguir el logro de todas sus femeniles ambiciones. El nubío cogió el cuerpo y lo depositó en la mágica estancia señalada por el enamorado Sultan.

Era de noche. Bien lo indican el canto del cuclillo en la llanura, del buho en la caverna, del ruiseñor en la floresta, de la rana en el estanque y del grillo en la yerba. Dentro de preciosa estancia yace sobre un lecho de damasco carmesí el cuerpo de Zoraya, revestido de lino blanco como la nieve y coronado de flores recién cogidas en los encantados cármenes. El suelo de alabastro brilla como si fuera un pedazo de la luna llena; las paredes primorosamente alicatadas tienen todos los colores del iris realzados por la hojarasca de plata y oro; la bóveda compuesta de estalactitas varias parece destilar esas gotas de luz que se llaman soles y estrellas; levántanse á las alturas surtidores de esencias que perfuman el aire, y penetran por las venas como un sueño delicioso; y de las alturas caen suaves melodías impregnadas de amor que á su vez embriagan el alma. Sobre sendos cojines, á los piés del lecho, se ven trages orientales de la mayor riqueza y joyas tan preciadas que valdrian ellas solas un reino. La luz, á cuyo resplandor todos aquellos objetos están iluminados, guarda reflejos dulcísimos y extraños como si proviniera de otros cielos y astros enteramente desconocidos para los mise-



ros mortales. Una klepsydra, puesta á la cabecera del lecho, acaba de vaciar todas sus arenas, cuando Zoraya se incorpora dando un suspiro, y se lleva la mano derecha á la frente y la mano izquierda al corazon como queriendo sacudir un triste sueño y descargarse de una gran pesadumbre.

—¿Dónde estoy? Dijo. ¿Qué es de mí? Muerta, muerta, y he debido llegar al otro mundo.

Y á esta reflexion se lanzó del lecho y recorrió la estancia.

—Dios mio, dijo. ¿Me has enviado al cielo, al infierno, al purgatorio? No lo sé. ¡Oh madre, madre mia! El ángel de la guarda, con que tantas veces entretuviste mis insomnios y ocupaste mi pensamiento, no ha venido á recibirme en las riberas de la eternidad. Ni oigo las letanias sin fin que despiden los bienaventurados de sus labios; ni veo las palmas de luz que cimbrean en sus manos las mártires. La Madre de Dios, cuya sonrisa me bendecía en el crepúsculo, cuando la campana de nuestro castillo desde la torre altísima llamaba á los campesinos al reposo y á la oracion, no ha derramado sus rosas místicas sobre mi cuerpo virginal y sobre mi alma inocente. Todas las esperanzas de mi cautiverio han marrado. Si sobreviví al raptó, si me resigné al Harem, si pude vivir entre infieles como la rosa entre zarzas, fué con la esperanza de encontrar en mi paso desde este mundo al otro por los cielos eternos de mi Dios las almas bienaventuradas de mis hermanos y de mis padres. Los ví caer defendiendo tu santo nombre; los ví espirar en la pelea con la mirada convertida á tu gloria; y se han perdido como el polvo levantado por sus corceles, y se han disipado como la sangre derramada de sus venas. El surco de los combates se tragó sus cuerpos y sus espíritus, confundidos con el terruño, como una capa de polvo puesta sobre otra capa de polvo. Y aquí, en el otro mundo, por cuyo logro suspiré tantas veces, se extienden las mismas líneas de los palacios árabes, se oyen las mismas melodías, se aspiran los mismos aromas, se ven sobre cojines de damasco las mismas deslumbrantes y despreciables joyas; de modo que esta muerte, por la cual habia suspirado, creyéndola el logro de mi libertad, se reduce á la prolongacion de mi cautiverio: ¿Para qué todo eso, para qué, si aquí estoy sola? Dios mio, llamo y no me responden. Deben haberme enterrado viva en alguna de las estancias de Granada. Pero este sepulcro es horrible, este sepulcro en el cual ni siquiera se encierra el amor, lo único que puede consolar de la ausencia del cielo. Dos cosas he querido que no pienso lograr jamás, ¡oh hado implacable! despues de la vida la bienaventuranza y en la vida el amor.

—Las tendrás.

Dijo Muley-Hacem, abriendo unas cortinas y lanzándose á los piés de Zoraya.

—¡Ah!

Gritó ésta con grito indecible como si hubiera recibido una herida.

—¿Tiemblas?

Preguntó el Sultan.

—Sí. ¡Qué miedo!

Respondió Zoraya.

—¡Miedo al lado de un caballero!

Y clavó sus ojos con tanto ahinco en los ojos de Zoraya, que ésta sintió misteriosa fascinacion.

—¿Por qué tiemblas?

—¿Por qué tiemblo? Porque es tan extraño todo cuánto me sucede aquí.

—¿Extraño?

—Incomprensible.

—Se comprende fácilmente; de esclava has pasado á señora.

Y volvió á fijar con tal ardor sus ojos en Zoraya, que volvió Zoraya de nuevo á estremecerse.

—¿Por virtud de qué milagro?

Preguntó la jóven con anhelo.

—Por virtud del amor.

—¿Quién me puede amar á mí, á esta pobre cautiva?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—No puedes saberlo.

—¿Eres algun mago, algun hechicero, que me ha detenido á las puertas del sepulcro, y que me ha encantado con sus conjuros?

—No me conoce, exclamó para sí el Sultan, no sabe quién soy. Gracias, Dios mio, gracias.

—Dime quién eres.

—¿Para qué necesitas saberlo? Soy un mortal que te amaré hasta más allá de la muerte, sí, hasta más allá de la muerte.

Y el fuego que despedía la mirada de Hacem y el aroma que exhalaba su aliento subian hasta la cabeza de Zoraya y la trastornaban mas, mucho más que antes la hubiera trastornado el narcótico.

—¿Amar? ¿Me amas?

Preguntó.

—Como no puedes imaginártelo. Si fuera rey del cielo pondria á tus plantas el sol, y si fuera rey de Granada pondria á tus plantas el solio.

—No, no. Ni soles, ni solio. Lo que yo necesito es mucho mas reducido, lo que yo necesito es un corazon.

Tales palabras exaltaron el ánimo de Hacem con una verdadera exaltacion. El contraste entre esta sencillez propia de una mujer amante y las ambiciones de Aixá, que á la continua le atormentaban, fueron para él como una revelacion. Por vez primera sentia el amor en sí, el amor desprendido de todos los intereses terrenales, el amor puro y eterno. Por vez pri-



mera veía abrirse ante sus ojos extáticos una alma enamorada. Después de haber gustado la gloria, la ambición, el poder, gustaba ahora el amor. Así es que no creía en tanta dicha. Así es que no se cansaba de absorber por su alma y por su cuerpo los efluvios de aquella nueva existencia nunca antes sentida. Parecíase otro á sí mismo, y parecíale otro también el mundo que le rodeaba. En su éxtasis no se atrevía ni siquiera á tender una mano á Zoraya, temeroso de que aquella aparición se deslustrase y se perdiese en la realidad como entre nuestros dedos se pierden y se deslustran las ténues alas de las pintadas mariposas. Al resplandor de aquella luz, al choque de aquellas emociones, erguida la jóven esclava, pero fija en los pensamientos que iban despertándose por su alma, de rodillas aun el apuesto sultán como un idólatra que adora una imágen, formaban pintoresco grupo digno de que un pintor inspirado lo hubiera recogido de aquel centro de colores y matices, para transmitirlo á la posteridad.

—¿Amor sientes por mí?

Preguntó Zoraya.

—Amor eterno.

—¡Ah! No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque vosotros sentís amor exaltado hácia la lanza que os ha abierto paso al través de vuestros enemigos, hácia el troton que os ha devuelto á vuestro hogar desde una peligrosa retirada, hácia el concepto que de vuestro valor han tenido los mismos que os han disputado la victoria, hácia el timbre y el mote de un escudo forjado en fuego y teñido en sangre, hácia el laurel cosechado en los surcos de la batalla, hácia la divisa conseguida en los torneos y en las cañas, hácia las ambiciones del poder y las competencias del gobierno; pero no hácia nosotras, eternas esclavas, queridas un momento con el deseo y abandonadas por toda una eternidad después del goce, que en cuanto bajamos á vuestras instancias y nos perdemos en vuestros brazos, somos como esas flores arrancadas al tallo, olidas un momento con gozo, y luego arrojadas al suelo con desprecio para desaparecer en olvido eterno.

—¿Quién te ha puesto en condición de maldecir del amor antes de haberlo sentido?

—He pasado por vuestros harenes y he departido con vuestras esclavas.

—Verdad.

—Y yo traía de mis tierras un sentimiento arraigadísimo, el sentimiento del amor único. Mi madre me destinaba á un hombre; y este hombre no podía tener otro amor sino el mio, ni unirse con ninguna otra mujer sino conmigo. Para mí el amor confunde dos almas en una sola vida, dos vidas en un solo hogar, y después de la muerte, dos cadáveres en un solo sepulcro. Si no es así, tal como lo he aprendido en mi educación y en mi culto, no quiero el amor. Levántate pues, oh moro, de mis plantas, pues no aguar-

des que caiga en tus brazos quien, al verte en el harem con otras mujeres, ó se resignaría por indiferente, ó se mataría por celosa.

Hacem se puso de pié al imperioso mandato de Zoraya, pero no se movió del sitio donde al principio se había arrodillado. Su cabeza, que superaba en mucho á la cabeza de la pobre niña, se inclinó instintivamente para recoger en los ojos aquella amorosa mirada y en los labios aquel embriagador aliento. Zoraya al verlo levantarse, creyó que iba á partir y sintió un frío glacial, como si en una tempestad le rehusase su amparo el árbol bajo cuyas ramas buscara refugio y salvación. Desde aquel mismo punto la sombra extendida por el cuerpo de su interlocutor era indispensable á su existencia, aunque todavía no supiera ella misma cuanto pasaba por las profundas interioridades de su propio sér. Así es que, instintivamente, en vez de alejarse cuando Hacem se levantó, acercóse á él, y le miró con una mirada celeste, de esas cuyos rayos dotados de penetración y de dulzura inexplicables, llegan al fondo del alma, y levantan allí ideas tan inextinguibles como la conciencia y sentimientos tan duraderos como la vida. No se estremece la palma herida por el rayo, el cedro doblado por el huracán, la colina atravesada por el terremoto, como se estremeció el cuerpo de Hacem á la magia de aquella inexplicable y suprema mirada en cuya expresión se contenía toda una vida de amor y todo un horizonte de esperanza.

—Si Granada me perteneciera con sus mil torres; si me perteneciera la Alhambra con sus cien estancias; si me perteneciera la Vega desde las cumbres de la Sierra de Nieve hasta las cumbres de la Sierra de Loja, daríalo todo por este solo instante; y aunque luego mendigara de puerta en puerta, sin guía alguno porque nadie se compadeciera de mí, bastaría el recuerdo de este minuto para endulzar la eternidad de mi pena. Podría vivir cien años, y al término de mi vida vendría trémulo á hincarme aquí, y á besar el sitio donde se han posado mis rodillas y tus plantas. Podría morir, y al entrar en el paraíso, despreciaría á todas las huries prefiriendo á contemplar su hermosura radiante de bien aventuranza, contemplar tu cuerpo rígido por el frío de la muerte y devorado por los gusanos de la podredumbre. Permíteme que enlace con este brazo mio por toda una eternidad tu cintura flexible como la palma: permíteme que oiga al rumor de esa fuente la unísona melodía de tu voz por siglos de siglos; permíteme que beba como único licor tu suspiro embalsamado y que tome por único alimento tu sonrisa; y si lo quieres, arrojaré alfange y sacerina, despediré yegua y troton, y tomando una guitarra africana, rasgearé sus cuerdas y cantaré inmóvil á tus piés, como los ángeles á los piés de Alhá, tu amor y mi ventura.

A este raudo arrebató de lirismo amoroso respondió Zoraya con amarga sonrisa y con tristísimo suspiro.

—¿Suspiras, bien mio?

—De tristeza.



—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aun no has respondido cosa alguna á mi primera observacion.

—¿A cuál?

—A la observacion de que nosotras cristianas, solo podemos amar á un hombre; pero á cambio de que este hombre ame á su vez una sola mujer.

—Zoraya, nosotros podemos tener muchas esclavas, pero casi todos los musulmanes ilustres han preferido siempre á ese rebaño del harem el amor casto de una sola mujer. El rey maspreciado de nuestra tierra andaluza fué el ilustre Ebn-Abed, tan grande por su ciencia como por su valor, y por su valor como por su infortunio. Y á pesar de tener el mas hermoso serrayo de Occidente, prefirió siempre la incomparable Romaiquilla, caprichosa beldad que se entretenia en fabricar ladrillos con barro de canela molida y ámbar pulverizado y almizcle en pasta y algalia y mirra del desierto, mezclado todo con agua de rosas.....

Zoraya meneó tristemente la cabeza, como si aquellas palabras le hirieran con mortal herida el corazon.

—¿Qué tienes?

Preguntóle el Sultan.

—Cuando dices tales comparaciones, tú debes ser ó un rey, ó un príncipe, ó un visir, ó un grande cualquiera de alta prosapia é inmenso poder.

—¿Y qué?

—¿Qué? ¿Lo preguntas cuando ya lo dije? No quiero amores con reyes y magnates. La corona real me daría celos por verla mas cerca de tí que mis amantes brazos. Granada me parecería una rival muy temible. El tiempo que pasases entre visires, alfaquíes, eunucos, guardias, cortesanos, esclavos, lo robarías á mi amor. Y no recuerdo para nada el harem. Y no digo nada de la guerra. Y no cuento los negocios de Estado. El poder ahoga el sentimiento. La gloria absorbe al fin y al cabo un corazon. Las ambiciones de la plaza pública y del campo de batalla no dejan tiempo para pensar en la mujer y en los hijos. Yo prefiero una dulce medianía. Me basta con un hogar y por todo reino un jardin. Me enamora mas la tranquilidad de un matrimonio sin cuidados que la gloria de un guerrero sin derrotas. Para consagrarse al amor estorba todo lo que no sea el amor mismo.

Hacem no sabia qué responder á estas palabras tan estrechamente ligadas con todos sus afectos. Si de antemano le hubiese dicho á Zoraya los medios necesarios para rendirle á su albedrío, no los dispusiera su propia razon como los disponia en momento tan oportuno el revelador instinto de su amada. A un brazo fatigado de pelear, á una mente gastada en las ideas y combinaciones políticas, á un corazon reñido con una esposa ambiciosísima, á un monarca hastiado, á una vida cansada del poder y sus tormentos, por mágica adivinanza, ofreciales reposo en la tranquilidad de

amor inestinguible y sereno. Hacem habia encontrado, pues, el hogar de su alma y el centro de su vida. Hacem convenia, pues, en todo y por todo con su amada. Estaban sus deseos satisfechos. Una mujer de divina hermosura, ignorando quien era, le amaba por sí mismo con una adoracion exaltadísima é incesante. Su vida entraba en cauce por cuyos bordes mecianse todas las flores de la tierra y en cuyo fondo se retrataban todos los matices del cielo.

—Dispon de este esclavo á tu antojo. Podrian coronarse de lirios los montes y cubrirse de mariposas los valles; si tú no estabas á mi lado, pareceríanme tan tristes y tan adustos como el desierto y su sudario de hisopos y malezas. Podrian convertirse en oro fino los alicatados de este alcázar, en plata bruñida los pavimentos, en esmeraldas y záfiro las bóvedas; si tú no lo habitabas junto á mí, pareceríanme mas desnudo y mas salvaje que las cavernas de las alimañas feroces. Podria surgir en la vega una aljama á cuyo lado fuera pobre la resplandeciente de Damasco y la profanada de Córdoba; no la querria si tú no rezabas mis rezos y no leias en mi Koran. Si yo aquí fuera rey, por una sonrisa tuya daría los Alijares, por una mirada el Generalife, por una palabra la Alhambra, por un beso Granada, por una noche á tu lado el reino entero desde Málaga hasta Almería y desde las cimas de la Alpujarra hasta las riberas que miran al Magreb. Importaríame poco el Califato de Damasco reunido con el Califato de Bagdad, la gloria de los Omniadas reunida con la gloria de los Abassidas; un imperio que se extendiera desde Constantinopla hasta Cádiz y desde Alejandría hasta Fez; si dominios tantos me distraian ni por un minuto de tu amor. Podria embellecerse mas aun el paraíso prometido por Mahoma, y lo despreciaría, si no lo gozaba por entero al mismo tiempo que tu divino amor. Pídemme, pues, cuantos sacrificios quieras, el mayor de ellos jamás llegaría al menor galardón que tú puedes prometerme y yo esperar.

—¿De veras?

—No tienes otra cosa que decirme despues de haberme oido.

—Yo soy nacida en la oriental Andalucía, pero oriunda de la Vieja Castilla.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Quiero significar que jamás soltamos una palabra sino hemos de cumplirla.

—¿Dudas de las mias?

—No dudo.

—Manda.

—Oye.

—Dí pronto.

—Moro, ¿tú crees en Dios?



—Creo en el inmenso, en el infinito, en el eterno, en el absoluto, en el omnipotente y omnisciente, en el infalible, en el inefable, en el perfecto: creo en Alhá.

—Y no has oído alguna vez la campana repitiéndose en los riscos y llamando á la oración hasta las avecillas del aire. Y no has visto la cruz bendiciendo los campos y sembrándolos con sus bendiciones de flores. Y no has entrado á rezar al pie de los altares donde resplandece la Virgen Madre, y á decir en coro las santas letanías. Y no has admirado en nuestros templos los pavimentos cubiertos de losas sepulcrales que encierran las generaciones pasadas y las ventanas cubiertas de vidrios multicolores en cuyos iris nadan los ángeles del cielo como reclamando nuestras almas para conducir las á la bienaventuranza. Sublime tu Dios; pero ha dictado un código de guerra á los hombres y ha recluido las mujeres en el serrallo, mientras el mio, más humilde, probado por el dolor y por la muerte, como el último de los humanos, ha impuesto la caridad y la paz entre nosotros, y nos obligaría á vivir los dos solos en matrimonio bajo el mismo techo y á dormir el sueño de la muerte en la misma sepultura. Moro, cree en mi religión y ama á mi Dios.

—Pedirme eso equivale á pedirme la muerte.

—Muramos.

—Ahora que tan dulce debe sernos la vida.

—Con el agua de esta fuente puedo bautizarte, y con el filo de ese alfanje podemos abrirnos ahora mismo el camino de la eternidad.

—No digas esas locuras. Me invitas á cegar cuando no he visto ni en las estrellas luz como las que despiden tus ojos. Me invitas á ensordecer cuando no he oído en los aires melodía como la que produce tu voz. Me invitas á morir cuando solo desde este instante gozo con goce verdadero y pleno de la vida. Ven á mi lado tan inseparable de mí como el amor que siento y no te vayas, cual tímida gacela, espantada por el ruido de tus propios pasos y por la sombra de tus propias supersticiones. Déjame contemplar esa magia digna de una hechicera, esas pestañas negras como las sombras en torno de los astros, esa frente espaciosa como el horizonte, esos labios rojos como la adelfa, ese talle flexible como la palma, esas gasas que envuelven tus formas cual resplandores de la luna llena, y esos piés que podrían caminar como las nubes sobre las espigas, sin troncharlas nunca. Cree que esta embriaguez producida por tu aliento durará toda la duración de mi alma. Cree que besaré las huellas de tus plantas como besa el devoto las letras del Koran. Cree que llevas atado con cadenas junto á tí como un cautivo mi pobre corazón. Ya que tantas flechas me clavas con los rayos de tus ojos, cúralas con el bálsamo de tus promesas. Ya que tantas penas me causas con los dolores de este amor, alivialos con el consuelo de una esperanza. Beberemos en la misma copa como beben las palomas pa-

readas en la misma tasa. Dormiremos en el mismo lecho como duermen las avecillas en el mismo nido. Que no crezca este amor, porque me abrasaría, que no mengüe porque me helaría, como crece y mengua la inconstante luna; sea pues desde esta hora suprema, lucero fijo y con luz igual. Ya conozco que no necesitas en el mundo de cosa alguna. Te sobra para dominar con el imperio de tu mirada, para lucir con el encanto de tus gracias, para cantar con el eco de tu voz, clávame tu cifra en la espalda como al esclavo y tenme siempre rendido como un perro, con tal que me tengas en tu presencia.

—¿Dios mio! ¿Y mi religión? ¿Por qué no la sigues?

—Porque sería ir á la muerte; y necesito para tí, por tí, de la vida.

—Y me vas á obligar á condenarme.

—El hado, que es Dios mismo, te lanza á mis brazos.

—Por tí voy á olvidar á mi Dios, por tí voy á perder el cielo á que estaba destinada mi alma.

—Si tu religión nos juntara, yo la abrasaría en este mismo instante, porque todo aquello que me junta á tí, es divino; pero tu religión nos separa. Yo no puedo aceptarla sin morir en el acto. ¿Me quieres muerto en la hora de ser feliz? Traspasa con este puñal mi corazón, y vive por toda una eternidad para que sepas por tus remordimientos todo el mal que me has hecho.

—¡Ay! Dios mio, no soy libre, y colocada por el destino en la necesidad de optar entre él y tú, opto por él. Abrásame con tu cólera y sírvame de excusa ante tu misericordia que yo no he labrado mi propia debilidad.

Todos estos coloquios llegaron por fin á unir aquellos seres indisolublemente. Enardecidos por sus propias palabras, cayeron abrazados y se olvidaron en aquellos abrazos de toda otra cosa que no fuera su mútua felicidad. Un mes entero pasó Hacem allá en el palacio encantado, un mes pasó sin penetrar en las torres de la Alhambra, sin ver á la sultana Aixá, sin oír la voz de los faquies, sin leer las suras del Koran, sin consultar al cadí sobre los pleitos y sentencias, sin saber del visir las cosas del gobierno y del reino. Todo el mundo extrañaba su ausencia. Unos decían que los cristianos le habían cautivado en atrevida correría; otros que las peris lo habían atraído á sus cavernas y hechizádolo con irremediables hechizos. Este le creía muerto en duelo singular con el rey de Castilla; aquel le creía ido al África para pedir auxilio á Túnez ó Fez en la agonía de su reino. Y eran tanto más de pensar todos estos desvarios cuanto que menudeaban las noticias de casos adversos á su corona y á su pueblo. Entre tantas quejas sobresalían las quejas de Aixá que, irritada por todo extremo, atribuyendo á pasatiempos amorosos la ausencia de Hacem, sentía á un mismo tiempo vértigos de ambición en su desvariada cabeza y puñaladas de celo en su despedazado corazón. Pronta al odio y atenaceada por la envidia;



queriendo ocupar el sitio altísimo de su esposo como mas digno de su ánimo varonil y de sus austeras costumbres; ansiando privar al sultan de una corona para trasmitir el honor á su hijo y apoderarse ella del usufructo; reunia los padres de las familias nobles, los walíes de las ciudades amenazadas, los jefes de las tribus malcontentas, los corifeos de los barrios conmovidos, y los incitaba á remediar tanto abandono poniendo á Boabdil en lugar de Hacem, con la seguridad de que en semejante mudanza se encontraba la salvacion de todo el reino y la victoria sobre los infieles. Su humor era lo que los antiguos llamaban humor negro. Mujer avellanada y huesosa no encontraba placer alguno ni en la mesa, ni en el baile, ni en el juego, ni en las zambras. Una desgana continua y una melancolía profunda la aparejaban á correr toda clase de riesgos y á amar toda suerte de peligros.

Y como nada temía y á nadie amaba, hacia de sus palabras un torrente de injurias, sobre todo, al hablar de su fementido esposo. Aunque las desventuras sobrevenidas caian sobre el reino, casi le satisfacian por el odio invencible que sentia hácia el rey. Triste y taciturna, los párpados en continuo movimiento, fruncidas las cejas, lívido el color, febril la piel, pintado el insomnio en las ojeras, la hipocondria en la sonrisa, la hiel en los lábios, atormentaba á todo el mundo, pero por un desquite digno de la justicia distributiva que reina en la naturaleza, se atormentaba mucho más á sí misma. Con qué colores pintaba la toma de Alhama, á cuyas cimas atribuía el destino que tuvo el Ararat en el diluvio: servir de asilo á la corona granadina en la espantosa hora del universal naufragio. Cómo recordaba los mil caballos y los caballeros salidos de Granada á recobrarla, volviendo grupas y dispersándose á la vista del pabellon cristiano cual bandada de gorriones al movimiento de haraposo espantajo. Sus ojos lanzaban siniestros reflejos, sus dientes rechinaban con ruidoso rechinamiento, crispábanse sus puños y erizábanse sus cabellos al recordar los cadáveres musulmicos insepultos por los desfiladeros y enterrados en los vientres de los cuerpos y de los perros. Sus narices roncaban con ronquidos semejantes al resuello de un moribundo, si invocaba el día terrible en que vió el sol poniente reverberarse en las armaduras y lanzas cristianas, extendidas sobre Loja como arreboles relampagueantes en sangriento y tormentoso y encendido ocase. Veíanse los riscos agrios, los abismos profundos, el resuello de los que subian por los desfiladeros, la lucha cuerpo á cuerpo entre los combatientes sobre rocas que se hundian y desplomaban, si á las anteriores narraciones juntaba la narracion del asalto de los caudillos castellanos á la Afarquía de Málaga. Oíanse caer los capacetes, quebrarse las lanzas, rodar las corazas, piafar los caballos desmontados de sus jinetes, si hablaba del desastre y rota de Lopera. Sollozaban todos con ella cuando sollozaba mas que con ternura de mujer, con entereza de guerrero, recordando la entrada de Hamet el segri en Ronda con sus gomeles heridos y mermados. Tanto furor cer-

cia enfureciendo á los demas al mostrar aquel paraíso siempre amenazado, sus almazaras sin movimiento, sus ruzafas sin gente, sus alquerías en cenizas, sus cármenes talados, sus fuentes teñidas en sangre, sus fortalezas ruinosas, sus glorias eclipsadas, y un horóscopo siniestro pensando con terrible pesadumbre sobre todo el reino.

—Sí, decia con religioso acento; Hacem irá á reunirse con los réprobos en el infierno. Veráse consumada su perdicion eterna. Las nieblas de perdurable noche envolveran su rostro en el otro mundo y las manchas de perdurable oprobio ensuciarán su nombre en la humana memoria. Consumiránse sus huesos en las llamas perdurables y no tendrá con Dios ni un solo intercesor. Entonces no sabrá como librarse del fuego que lo devore. Cogedle pues, ceñidle pesadas cadenas: que si dais sus entrañas á los perros en este mundo, dais al mismo tiempo su alma á los abismos en el otro. Condenado inapelablemente, querrá volver á la tierra para salvar sus ciudades y redimir sus culpas; pero le lanzarán con hierros encendidos en lo mas hondo los genios del mal que guardan los avernos como guarda el hornero los hornos. Y le dirán que padezca por haber faltado á sus juramentos, puesto la mentira en lugar de la verdad, y roto un cetro santo, entregando sus míseros fragmentos á los perros infieles. Y al verle morderse los puños, preguntaránle á una los guardadores del infierno, si alguien le advirtió sus pecados; y él responderá que sí, pero que opuso á sus quejas sordera en los oídos, indiferencia en la mente, frio en el corazón, asco en el estómago. Así, confesará sus culpas, pero tarde porque no habrá rescate para sus penas. Elevará al cielo sus plañidos inútilmente, porque una voz misteriosa le dirá que se prolongaron sus días para procurar su arrepentimiento y solo se obtuvo su reincidencia. Volveráse á los bienaventurados pidiéndoles del agua sagrada en que han lavado sus manchas, y no tendrá respuesta por haberse ido tras los placeres mundanales, y olvidado del juicio final. Y aunque trate de incorporarse, quedará tendido en su lecho de brasas toda una eternidad. Y un heraldo le dirá: maldicion sobre el impío, que ha corrompido toda pureza y ha negado con sus hechos y sus ideas en su vida terrena la vida futura. Así es que todos cuantos se congreguen y conjuren para derrocarlo de su profanado solio, no harán mas que adelantarse al día de los castigos eternos y tomar sobre sí el ministerio de los rigores divinos. ¡Sús! pues, leones del desierto. Id, seguidos de vuestras hembras y de vuestros cachorros, á beber la sangre maldecida del tirano. Y le encontrareis en el lecho de sus inmundos placeres, de donde caerá herido por vuestras garras al lugar de los eternos dolores.

Estas palabras sembraban odios en los ánimos como las trombas siembran tormentas en los mares. Cada linaje sentia una ofensa reciente, la cual, á su vez, le recordaba un agravio antiguo. Poco duchos en cosas políticas, imaginaban estos pueblos ocurrir á todos los males futuros con desarraigar



los males presentes. Por ende, cada jefe, se iba á su hogar respectivo, y despues de haber bebido cóleras amargas en las palabras de Aixá las transmitia airado al ánimo de los suyos, tan abierto á las pasiones como el inmenso Sahara á los vientos. Y, movidos de estas pasiones tumultuosas, requerian sus cimitarras y las probaban al par de sus arcabuces para el próximo tumulto, jurando no desistir sino por la muerte ó por la victoria. Nada mas fácil que estas guerras civiles allí donde cada hombre puede llamarse un soldado, á quien le dan las armas batalladoras casi al par de los sentidos naturales; allí donde cada casa tiene el aspecto de una fortaleza almenada y aspillerada para la resistencia y para el ataque; allí donde cada tribu compone una legion viviente y eterna que trasmite á todas sus generaciones de legionarios un acerbo comun tanto de glorias como de desastres; allí donde cada calle ofrece en sus tortuosidades y estrecheces facilidad indecible para la pelea, y cada plaza se convierte en campamento, y cada murado barrio, guarecido por cien torres, y aislado por su foso, toma las proporciones de una gran ciudad militar, y desde las enseñanzas de las madrisás hasta las arengas de las aljamas adoban los ánimos para el odio y soplan en pechos fáciles de avivarse á la idea de los combates las crueles é indomables aspiraciones á una eterna guerra. No se necesitaba, pues, la calidad de astrónomo político para ver en los abismos y en los cielos de Granada las tormentas y las tempestades próximas á estallar con espantosos estallidos.

Y mientras tanto allá, en la colina del Sol, con las huertas del Generalife al pié, con los cristales de Sierra Nevada á la espalda, con la estrecha vega del Darro á la derecha, con el ancho valle de Genil á la izquierda, con Granada al frente como una cortina pérsica de mil varios bordados, hácia el Norte los volcanes que parecen humeantes de la riscosa Elvira y hácia el Oeste las cordilleras que parecen nubes de la graciosísima Loja; en jardín de umbrosas alamedas regadas por mil sueltos arroyos, y en palacio semejante á un oculto nido, liban sus amores los que podemos llamar ya reyes verdaderos de tan hermosas como alteradas comarcas. Un mes ha trascurrido de satisfacciones continuas, un mes de desvaríos incesantes, un mes de goces sin término, un mes de arroyos sin tregua, un mes de ensueños sin pesadillas, un mes de delicias como no puede tenerlas iguales el paraíso mahometano; y Zoraya, que hasta ha renegado de su Dios por haber unido su vida con la vida de aquel hombre, no tiene curiosidad de saber ni su apellido, ni su oficio, ni su posicion, ni su estirpe. Y debemos decirlo en obsequio de la renegada, todo lo creía de su amante menos que pudiera ser rey de Granada. Tomábalo por noble de sumo valor y de suma riqueza; pero no lo tomaba por un monarca en persona. Así, nada preguntaba. Sabiendo que es feliz, no necesita saber la infeliz nada mas. ¿Qué le falta? Los laureles y cipreses le dan sombra; los miradores alicatados y cubiertos de azulejos albergue; las rosas de Alejandría y los jazmines de Damasco, aro-

mas; los surtidores desatados en arroyos y las parlerasavecillas, música; las hojas del azahar y del granado mezcladas con las ramas del terebinto y de la palmera, colores y matices; las nieves eternas, que toman esmaltes varios y las cimas metálicas que flamean á guisa de llama arbolada, encantadores cuadros; las fuentes frescura; la tierra un amante, y el corazon, amor. El sitio que habita, como templo de su dicha, no tiene ni puede tener igual en nuestro planeta. Se extiende bajo el cielo mas luminoso de la tierra, bajo el cielo de Andalucía; se riega con dos rios, el uno de corrientes de oro y el otro de corrientes de plata, que confluyen al pié de la ciudad moruna; se adorna de colinas donde en las cumbres cimbrean los verdiclaros pinos mezclados con los verdi-negros cipreses; las flexibles palmas confundidas con los terebintos y los sicomoros, mientras por las laderas, colgados como canastillos de flores, verdean los pensiles y cármenes dignos de la cantada Syria; se encierra entre cordilleras niveas y volcánicas; se enriquece con acequias, las cuales riegan desde las moreras productoras de lustrosa seda hasta las pencas productoras de purpúrea cochinilla; se sana con aires embalsamados de espliegol y manantiales compuestos de aguas cristalinas y vírgenes; entre bosques levanta sus bermejas torres la Alhambra; entre florestas sus pintados kioskos el Generalife; entre muros aspillerados en forma de diadema sus granos de rubies la entreabierta Granada, única rival de Damasco, en cuyo recinto se elevan desde las mezquitas los coros de los muezines que saludan las horas santas del dia y pasan hormigueando por las encrucijadas los guerreros que vuelven de sus correrías y de sus ejercicios, ó los fieles que se congregan para oír la voz de los alfaquíes y de los santones; lucen los dorados alminares contrastando con los surtidores parecidos á móviles columnas de plata; el misterio se esconde en los ajimeces, en las celosías, en las ocultas rejas; al par que el cántico, manifestacion del arte árabe por excelencia, henchido de ideas poéticas y acompañado por el laud y la guzla, vuela hácia lo alto, como al impulso de las tristezas infinitas del amor, que tanto se parecen, siendo principio de toda vida, á las infinitas tristezas de la muerte. Recorred el mundo entero y no encontrareis en parte alguna claro-oscuro tan singular, contrastes de tanto relieve, así en el mundo como en la ciudad: el desierto y la floresta juntos, el ventisquero formándose todos los dias y el volcan extinguido, los refinamientos de la arquitectura entre los encantos de la naturaleza, las selvas primitivas y los huertos cultivados con todas las perfecciones del arte, el sensualismo mas epicúreo en la vida confundiendo con los vuelos místicos y con los ensueños poéticos de las almas enamoradas, todas las crueldades de las guerras, tanto civiles como extranjeras, y todas las prácticas de la mas singular y desinteresada caballería. Aun podeis formaros de aquello una idea; porque, si han cambiado los actores, no ha cambiado el escenario; y no existe lugar alguno en la tierra tan parecido al eden soñado por los profetas. Zoraya, desde



una ventana de su palacio lo mira; porque Zoraya lo encuentra siempre nuevo. ¿Quién puede creer que, de tan risueño paraíso, va á exhalar una nube de muerte? ¿Quién puede imaginar que del aroma de las flores, del vapor de las fuentes, del éter de tantos reflejos, del alma de tantas cosas bellas va á surgir una tromba de odios, toda violencias, asolamientos, estragos? Perfumes como un pebetero debía exhalar la vega, y no cóleras; armonías como una guzla debía despedir la luz y no rayos de infinita ira; poesía sin fin debían dar aquellos palacios y no guerras sin tregua: que tanta y tanta vida parece divorciada de la muerte. Y sin embargo, si Zoraya, embebida en la contemplación del espléndido cuadro formado por el paradisíaco valle, pudiera ver el interior de la ciudad, notara que se daban las gentes citas misteriosas y contra-señas extrañas; que se miraban los de la misma tribu como excitándose á una empresa común y los de tribus contrarias como disponiéndose á morir ó matar; que este limpiaba sus armas, que aquel ensillaba su caballo, que el de mas allá hacia recomendaciones á su familia como si la eternidad estuviera cerca; que todos se movían á impulsos del odio y se preparaban para una sangrienta guerra.

Desprevenida y descuidada la pobre jóven reconcentraba en sí misma y hacia como exámen de conciencia. Su amador, que no la abandonaba un instante, á sus piés tendido en aquella sazón, acababa de dormirse profundamente, despues de haberle consagrado lánguidas miradas llenas de ardiente voluptuosidad y elocuentísimas frases henchidas de exaltado amor. Zoraya, pues, á virtud de esos estados del alma que dan algún vagar para convertir el pensamiento hácia sí mismo, escudriñar la conciencia y volver la vista atrás, miraba todo cuanto le sobrevenía con extraña mirada, sin darse cuenta de todo su alcance ni presentir todas sus consecuencias. Y no dejaba de encontrar en los repliegues de su conciencia y en los giros de su idea algún tormento. Lo que realmente la atormentaba era un pensamiento tristísimo, el abandono de su fé. Así decía:

—Dios mío, renegué de tí con los labios y te conservo en el corazón. De la ruina de mi castillo, del incendio de mi hogar, de la desaparición de mis padres, del destrozo de mis altares hubiese salvado la fé que, en la cautividad me consolaba mas, mucho mas que el pedazo de cielo visto al través de las celosías y de las rejas. Para arrancarte de mi vida sería necesario arrancarme esta sangre que me mantiene, esta carne que me viste, el alma entera que me anima, porque Tú, Dios mío, Tú eres el alma del alma. En vano quiero lanzarte del pecho, vuelves á entrar con el aire que respiro; en vano desposeerte del corazón, vuelves á henchirlo con toda clase de grandes sentimientos en los cuales corre tu soplo creador y tu Verbo vivificante. ¡Oh Virgen Madre! ¡Cómo huir á tu culto, cómo dejar de verte con tus flores en los piés, con tus estrellas en la frente, con tu divino Hijo en los brazos para aceptar un Dios implacable y sañudo, de guerras y combates,

el cual se ha bebido en cruentos holocaustos la sangre de mis padres! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y este moro me idolatra. Este moro me redime de mi cautiverio para convertirme en señora de inacabables jardines y de encantados palacios. Este moro me ama con amor que no volveré á encontrar jamás ni en el cielo ni en la tierra. Yo le llevaría, Señor, al pié de tus aras obligándole á pronunciar tu nombre incomunicable y á confundir en el pecho con mi amor tu fé. Mas ignoro qué misterio le rodea, pues me dice, que proclamar tu nombre y recibir la muerte sería obra de un minuto. Y darle la muerte en cambio del amor que me profesa, ¡oh! cosa cruel y horrible, realmente para maldecida por tu justicia y no perdonada jamás por tu misericordia. ¿Qué hacer, Dios mío, en esta pugna horrible entre mi corazón y mi conciencia?

Oyóse en la ciudad, cuando llegaba la favorita á esta serie de sus pensamientos, tal vocerío, que Hacen se despertó azorado, miró á lo lejos con recelo, y debió adivinar ó presentir algo grave, pues cogiéndole á su beldad ambas manos, las besó con efusión, y diciéndole que pronto, muy pronto volvía, pasó por los fantásticos miradores, bajó por las largas escaleras, atravesó los pintados jardines, acercóse al seto del mágico sitio y entró en una inmensa estancia cercana á la puerta, diciendo:

—Cassim, mi visir.

—¿Qué manda V. A.?

Preguntó el visir.

—¿Estamos solos?

—Solos.

—¿Nadie nos oye?

—Nadie.

—Necesito una suprema conversacion contigo.

—Hable V. A.

—No quiero mas tiempo la pesadumbre abrumadora del Estado.

—Cúmplase la voluntad de V. A.

—El amor me ha curado de todas las ambiciones mundanales.

—Bendito sea Alhá.

—Deseo pasar mi vida contemplando á mi sultana.

—Tus deseos tienen fuerza de leyes.

—Mi dicha es sin igual, y no quiero compartirla con persona ni cosa alguna, porque me falta tiempo para gozarla.

—¿Y á quién vas á confiar el reino?

—¿Qué te parece?

—¿Quizás á Boabdil?

—¡Oh! No. Mis astrólogos han dicho que está destinado á perderlo.

—¿Quizás á Aixá?

—Menos. Una mujer mandando en Granada, jamás.



- ¿Quizás á tu hermano el zagal?  
—Buen guerrero; mal gobernador.  
—¿Qué hacer?  
—Conservar el nombre de rey para mí.  
—Perfectamente pensado.  
—Y dar la direccion de la monarquia.....  
—¿A quién?  
—A tí.  
—Bendito sea Alhá y Mahoma su profeta. Cúmplase la voluntad de V. A. Los deseos de Hacem, son órdenes para todos sus vasallos.  
—Despide el Harem.  
—Cosa grave para la alcurnia de V. A. y para el estado de los ánimos.  
—¡Oh! Siempre necesitado de contar con todo, aquel que cree dominarlos á todos.  
—No hay remedio. ¿Qué dirá el sultan de Constantinopla, hoy Califa de los creyentes, cuando sepa tu desprecio por las georgianas enviadas en una de las galeras vencedoras del último de los Constantinos? ¿Qué dirá el sultan de Fez si devuelves ó regalas ó vendes las mas bellas siervas engendradas por la ardorosa África, incomparables gacelas del desierto? ¿Qué dirá el sultan de Túnez cuando sepa la poca estima en que has tenido las mas preciadas joyas? La fama de tu debilidad llegará á Egipto con tus mujeres egipcias olvidadas. No pienses tal, Hacem, no pienses tal: que si lo hicieras, creeríante cristiano tus vasallos, y estábamos perdidos.  
—Pues, á lo menos, repudiaré á Aixá.  
—Ya debias haberla repudiado.  
—Por repudiada. Notificalo mañana en la Alhambra, pasado mañana en la ciudad.  
—Tus deseos tienen fuerza de leyes.  
Al llegar aquí, penetró en la estancia el esclavo predilecto de Hacem, el esclavo nubio, todo azorado y confuso. Al mismo tiempo que el esclavo nubio, penetró estridente rumor parecido al eco de una tormenta.  
—¿Qué traes?  
Preguntó Hacem.  
—¿Cómo llegas hasta aquí con tanta irreverencia sin previo anuncio y sin permiso?  
Preguntó á su vez Cassim.  
—Porque, ya sabeis que soy un perro y he preferido desacataros á perdersos.  
—¿Qué sucede?  
Preguntó Hacem.  
—Que Granada está insurrecta.  
—Respondió el nubio.

- Se habrá levantado como suele el inquieto Albaicin contra los Gomeles ó los Zegríes.  
Dijo el Sultan, alzándose de hombros.  
—No; se ha levantado casi toda la ciudad.  
—¡Cá!  
Respondió el Sultan.  
—Aixá ha movido los ánimos.  
—Ya sabrá Aixá quién es Hacem.  
—Corre el rumor de que una hada siniestra ha resucitado á una esclava cristiana; y que esta esclava cristiana te ha traído aquí para hechizarte primero y luego convertirté á la religion de los infieles.  
—¿Y hay quien crea semejantes majaderías?  
—Las cree todo un pueblo.  
Respondió el nubio.  
—Espantoso rumor se oye.  
Dijo el visir.  
—Ya te he dicho que tienes el gobierno; sácame, pues, del apuro, le dijo el Sultan al visir.  
—Pues comienza como de perlas mi reinado.  
Exclamó el visir.  
—Algún mal ha de ir mezclado á tanto bien.  
—Y el Sultan dejó á sus interlocutores; y se dirigió al mirador de su Zoraya.  
Granada se conmueve hasta en sus cimientos con la desaparicion del rey en tiempo de tanto peligro. Las palabras de Aixá, trasmitidas por alfaquies y santones, producen supersticion grandisima en pueblo de natural supersticioso. Los astrólogos leen los cielos y sus señales; miran los advinos las rayas de las manos; recitan los agoreros siniestros horóscopos; y todos caen á una en tristes y nefastas profecias. Ciérranse las puertas de los zacatines y ábrense las puertas de las alcazabas. Los atambores truenan como la tormenta; los atabales gritan como si de cada uno de sus gritos se desprendieran fulminantes iras. Aquí el pueblo escucha á un profeta que maldice; y allá á un ciego que canta elegías de profundísima tristeza. Cada granadino empuña un arma. Las torres se erizan de lanzas como para un largo sitio. El Albaicin resuena cual pudiera campamento ocupado por innumerables ejércitos. La plaza de Bibarrambla tiene todo el aire de un campo de batalla. Por aquí los Abencerrajes hablan de su venganza y despiden de los anchos pechos, encendidos á manera de fraguas, siniestros resuellos de muerte. Por allí los Zegríes preguntan si aquel será el día último de su rey y de su reino. Por allá los Almoraides, Gomeles y Gazules se esperezan y aprestan con la salvaje alegría de quien busca en el combate las satisfacciones del combate mismo. La tierra resuena con siniestra reso-



nancia; las armas vibran con vibración que espanta; las miradas relampaguean relámpagos de ira; las voces de mando y los conjuros de rebelión producen un estruendo en el cual creerías oír carcajadas de epilépticos y clamores de naufragos y mahullidos de tigres y graznidos de cuervos y respiración de voraces incendios, confundiendo con rumor de nubes topantes; la ciudad entera tiene el vértigo de la guerra y se resbala como una sola víctima por el borde oscurísimo de la muerte, al relucir de las cimarras, al chasquear de los látigos, al correr de los bandos, al rugir de los mosquetes, al resollar de los odios, pues parecía haber llegado el día apocalíptico del supremo y último juicio. Imposible que en tal efervescencia no se empuñe inmediatamente al combate y que en tales combates no se pasee inmediatamente la muerte. Los bandos allí no luchan en pro de tal ó cual causa, movidos de tal ó cual razón, sino para desahogar el odio inextinguible sentido por cada cual contra su sendo enemigo. Así, este cuenta la historia de sus contrarios y los execra y jura su exterminio; aquel saquea una casa y reparte sus tesoros como pudiera repartir rico botín de reciente correría; entra un faccioso en casa de su rival y degüella la familia entera sin perdonar ni las mujeres del harem ni los niños de pecho; corre un criminal y pega fuego al edificio que le parece señalado á la quema por recuerdos y resentimientos añejos; cada cual se apercibe á la ofensa y á la defensa; surgen las barricadas como cráteres de otros tantos volcanes; empuñanse las luchas parciales al arma blanca, á brazo partido, cuerpo á cuerpo; los combatientes respiran odios horribles; la matanza siembra víctimas por todas partes; los heridos se quejan y los victoriosos rugen; lanzan sus últimos estertores los moribundos; y de montones hacinados de cadáveres salen como arroyos de sangre, iluminándose todo del chispear de los fogonazos y del relucir de los incendios, como si hubieran desentrañado al infierno para verterlo sobre la tierra. Y, entre tanto, Hacem y Zoraya, recostados en cojines de damasco, miran á Granada y el esplendor incomparable de su vega y de su cielo.

—Siempre ha sido el paraíso; desde hoy será el paraíso del amor.

Dice el Sultan.

—¿No oyes disparos? ¿No nos trae el aire gritos? ¿No vibran en tus oídos las lanzas? ¿No llega hasta tí un rumor siniestro?

Preguntó la favorita al Sultan.

—Algaradas de la ciudad, contiendas civiles frecuentes en sus barrios.

Respondió con verdadera indiferencia el Sultan, como si no comprendiese que todo aquel tumulto se dirigía contra el sitio en que estaba y contra la hermosura que tenía á su lado.

—Terrible cosa ser sultan, y encontrarse expuesto siempre á tales guerras; con el alma pendiente de un hilo; con la existencia propia vendida y vendida también la existencia de las personas queridas. ¿No es verdad que

debe ser cosa difícil de soportar en los hombros la carga de un Estado y en las sienas el peso de una corona?

—Muy difícil. ¿Tú no quisieras ser sultana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque para ser sultana, deberías tú ser sultan.

—Y si yo fuera sultan ¿qué?

—Si fueras tú sultan, tendría yo celos de Granada.

—¿Celos!

—¡Oh! los tengo de la flor que hueles, porque me roba parte de tu aliento; y del ave que miras, porque me roba parte de tu mirar.

—Sois muy celosas, vosotras, las cristianas.

—Lo somos; y por eso no consentimos que el amor reservado para nosotras pueda compartirse con ninguna otra mujer.

—Miren la cristiana. Ya sabes que en la tierra no hay mujer, ni en el cielo hurí, capaces de competir contigo.

—¿Por qué, por qué no abrazar mi religión, la cual nos uniría indisolublemente en esta vida y en la otra vida?

—Mil veces te dije que pedirme esto equivale á pedirme la muerte.

Al decir semejantes palabras el terrible fragor se aumenta y se acerca; á la puerta de la estancia, donde están los dos amantes, suenan fuertes golpes; y una voz grita:

—Sultan, Sultan.

—¿Quién me llama?

Responde con verdadera indignación el Sultan.

—Hacem, Hacem.

Grita otra voz con angustia.

—Dios mio, exclamó Zoraya levantando los ojos al cielo, ahora lo comprendo todo. Tú el Sultan, tú Hacem.

—Yo, yo; vida mia.

—¡Oh, Dios mio! estoy perdida.

Y un sollozo horrible partía el corazón de Zoraya.

—¿Por qué? ¿Por qué? vida mia.

—Y lo revelas cuando ya no tiene remedio.

—¿Qué quieres?

—De saber que eras el Sultan, hubiese ántes mil veces abierto mi pecho á la muerte, que al amor.

—Ya no tiene remedio. El hado se ha cumplido inexorablemente en nosotros como en las últimas criaturas. Desde las eminencias del trono te ví en las mazmorras de la servidumbre y te amé. Has caído en mis manos y no puedes, no, de mi lado separarte, ni en esta ni en la otra vida.



—Hé ahí, Hacem, la causa de mi tristeza. En la ruina de todos los objetos caros á mi corazon, salvóse como por milagro el culto al Dios de mis padres. La voz de mi conciencia me dice á gritos que por ese culto vamos en este mundo á la felicidad y en el otro mundo á la bienaventuranza. Soñé con hacerte cristiano para que ni la otra vida pudiera separarnos. Y ahora comprendo con cuánta razon me decias que proponerte el convertirte, era tanto como proponerte el morir. Un sultan, por motivos incontrastables, no puede ser lo que podria ser el último mahometano, converso. Déjame llorar mi pena hasta enternecer, si fuera posible, las piedras de este pavimento. Déjame dolerme de haber puesto mi pensamiento en quien tiene ocupado el suyo en cosa tan grande como el granadino reino. Déjame quejarme de que en mi corazon solo quepa el amor á tí, mientras en tu corazon solo cabrá el amor á Granada. Déjame reconvenirme por no haber adivinado cómo tu grandeza jamás podria concederme el título honroso de esposa, sino el despreciable de manceba. Déjame herir con mis gritos el cielo, ya que en la vida nos separa un harem y en la muerte un sepulcro y en la eternidad una creencia. Preferiria mil veces haberme encontrado en el camino de la vida, al último jornalero de la vega ó al último mercader del Zacatin para amarlo con el amor que siento por el rey omnipotente de Granada. En pobre cabaña podia estar siempre junto á mi amado; en estos inmensos palacios todo nos separa, desde la distancia material en nuestras habitaciones, hasta la distancia moral en nuestras dignidades. Y luego, renunciar á que tengas mi fé, es tanto para mí como renunciar á la prueba única de la intensidad de tu amor. Virgen, Virgen Madre, intercede con tu Hijo y mi Dios para que perdone á esta cuitada.

Y al mismo tiempo que Zoraya decia estas palabras entrecortadas con amargos sollozos, la rebelion lanzaba los mas siniestros rugidos; y á la puerta de la cámara real se redoblaban los golpes y se oian llamamientos llenos de angustia al Sultan y á su autoridad.

—No puedo ocultarte cuanto sucede, Zoraya, por lo mismo que estoy decidido á morir á tu lado. Ese rumor, que avanza, indica tempestuosa nube de cólera, próxima á descargar sobre mi frente. Granada cree que su rey, que su caudillo, que su defensor se ha pasado á la legion de esos nazarenos cuyas palabras la ofenden, cuyas espadas la hieren, cuyas huestes la devastan. Y alzada en armas, viene aquí á pedirme cuenta de este atentado á sus leyes, que de ser verdad, fuera grave siempre, y mucho más grave en estos dias de dolor y desventura. Zoraya, nada podria complacerme tanto como seguirte, no ya en tus creencias, en tus supersticiones. Donde quiera que te encuentres, se encuentra el cielo contigo. Pero tienes razon, el destino me colocó en el trono. Y en el trono debemos nuestra voluntad y nuestra conciencia al pueblo. Abandonar su religion equivaldria á abandonar su corona. Abandonar su corona en esta edad de desgracia equivaldria á una

traicion castigada por la historia con maldiciones horribles, tan horribles como las mismas penas del infierno. No solamente necesitas renunciar á toda idea de convertirme á tu fé, sino que, para salvar mi vida, para salvar mi corona, para salvar mi nombre, para salvar mi honor, necesitas, cuando esa puerta se abra y esa turba ya incontrastable penetre por ahí, proclamar en voz alta que has renegado de tus creencias y que perteneces á la religion de mis padres.

—¡Oh! Jamás, gritó Zoraya, retorciéndose los brazos, pídemme si quieres la vida, tuya es; pero no me pidas el alma, no me pidas una fé que solo pertenecen á Dios.

—No insisto, Zoraya. Lo quieres, cúmplase tu voluntad. Habré pagado un mes de amor con el trono, con la vida, con la honra; no me parece caro. Te he propuesto optar entre tu conversion y mi muerte. Sea. Muremos.

Y Muley se dirigió á la puerta que se bamboleaba. El rumor de la pelea crecia con espantoso crecimiento, porque el motin se aproximaba cada vez más, al mágico palacio. Los gritos de la servidumbre, que toda entera temia un degüello implacable, redoblaban al compás que redoblaba la tonante voz de aquella tempestad. Zoraya comprendió todo el peligro en que su amado se encontraba y se dirigió á la salida de la estancia para detenerle. Mas Hacem, resignado á su destino, le respondió con amarga sonrisa.

—Deteniéndome nada consigues, sino agravar el peligro é impedir la defensa.

—Hacem ¿dónde vas?

—Si me hubieras oido, á la victoria. Me desoyes, y voy á la muerte.

—¿De veras? ¿Tu victoria consiste en mi conversion?

—En tu conversion.

—¡Oh! Perdóname. Pero.....

—No me des mas razones. El deseo de Zoraya prefiere la fé de sus padres á la vida de su esposo; pues cúmplase el deseo de Zoraya. Voy á morir; y me es dulce el morir, vida mia, por tu satisfaccion y tu paz.

—Hacem, Hacem, me matas.

—¿Qué quieres? Para los momentos supremos, se necesitan las supremas resoluciones. Me resuelvo á morir. Solamente, oh Zoraya, te pido que, al espirar, me dejes convertir á tí los ojos y beber en mi último suspiro tu aliento. Adios. Voy á morir; pero no te separes de mi lado. Seguramente me sobrevivirás. Ningun árabe osará poner la mano sobre una dama como tú. Se lo impedirá, además de su propia generosidad, el temor al juicio de sus enemigos. Pero ya que muero por tí, júrame no ser jamás de otro hombre.

—Moriremos juntos. Si no hay quien me mate, me mataré yo misma.



Pero siento la muerte, no por el fin de una vida que desde hoy me será odiosa, sino por el principio de una separacion que ha de ser eterna.

—No hay tiempo que perder; abrámos.

Y Hacem abrió de par en par las puertas. Y en cuanto las abrió entraron Cassim y el esclavo nubio con gran golpe de servidores y de esclavos. Y aun no habian entrado, cuando la pelea se esparció por el ameno jardín, asaltadas todas las murallas. Los enemigos de Hacem subian con ímpetu, y los amigos de Hacem pugnaban por detenerlos. Cada paso costaba un combate, y en cada combate morian á veces todos los combatientes, reemplazados en seguida por otros de refresco, no menos valerosos, no menos exaltados y no menos tenaces. Aixá y Boabdil, la muger y el hijo de Muley, habian escogido el camino cubierto que conducía desde la Alhambra á la quinta, creidos de que iban á recoger la codiciada corona caída de la frente altísima, sobre la cual luciera hasta entonces. Poco despues que los azorados servidores, entraban ellos airosos y triunfantes, como quien corre á realizar una antigua venganza. En cuanto toparon con Hacem, Boabdil se retiró confuso, mientras Aixá se adelantó como una tigre, y mirando alternativamente al Sultan y á la favorita, echó por aquella boca toda suerte de injurias.

—¿Con que el monarca de este reino abrazaba la religion de los nazarenos, convertido por la gracia de esa fregona que lavaba mis tazas y barrera mi cuarto? No contento con entregar nuestro reino á las conversas cristianas, entregaba nuestras almas á los demonios y al infierno. Venid, musulmes, decia volviéndose á cuántos la rodeaban; venid y vereis la muerte resucitada. Morir no sabe la perra; pero sabe matar. Como que ha clavado sus uñas de gata en el corazon de Granada. Como que ha prometido entregarnos á todos, y ya nos ha comprado por unos cuantos besos en los lascivos labios de ese adúltero. Castigo á los malvados y venganza para Alhá; ó no hay ya ni granadinos en Granada, ni musulmes en el mundo. Muley es casado con una cristiana y se ha convertido al cristianismo. Muera Hacem; viva Boabdil.

—Los ojos de los mayores amigos del monarca, centelleaban odio al verlo preso de una cristiana y próximo á convertirse al cristianismo. Los alfanjes relucian siniestramente en las manos teñidas de sangre. Las vociferaciones tomaban el estridor de amenazas. Muley—Hacem, lo mismo que Zoraya, estaban bajo una sentencia de muerte; y todo dependía de aquel supremo instante. Los servidores mas fieles del monarca temblaban á un lado; el tímido Boabdil se acercaba á ellos suspenso de las sendas miradas que le dirigian sus padres; Zoraya gemia junto á Hacem, que elevaba mas la frente á medida que crecía el peligro; Aixá triunfaba, dando á su triunfo los visos de provocacion y de insolencia, congénitos á su altivo carácter y á su exaltado temperamento; los partidarios de esta muger batalladora se conocian en la ar-

rogancia, y los partidarios de Muley en el desmayo, cuando este, movido de inspiracion súbita, se adelantó y dijo.

—Granadinos, me he encerrado aquí para que viérais con vuestros propios ojos y tocárais con vuestras propias manos la familia que tengo. Enemiga la esposa del esposo, enemigo el hijo del padre, además de herir las leyes de Dios, que les mandan acatamiento á mi voluntad, hieren las leyes del reino, revelándose contra su natural monarca y señor. Así me han calumniado y han hecho prevalecer entre vosotros la calumnia. Han dicho que yo tenia una muger cristiana, cuando esta, mi muger, si nacida en el cristianismo, ha abrazado la religion mahometana. Que lo confirme ella misma.

Y Hacem se volvió á Zoraya, mirándola como puede mirar el náufrago la última esperanza de salvacion. Y Zoraya, adelantándose en medio de la estancia, exclamó.

—Es verdad cuanto dice Muley. Soy musulmana. No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta.

Jubiloso grito recorrió en un momento desde la estancia del Sultan al jardín de los Aljares, del jardín de los Aljares al jardín del Generalife, del Generalife á la Alhambra, de la Alhambra á la Alcazaba, de la Alcazaba al Albaicin, del Albaicin á Bibarrambla, de Bibarrambla á toda Granada, de Granada á la vega.

—Alfaquíes, santones, jueces, capitanes, ya lo habeis visto. Mi hijo Boabdil es rebelde. Deberia darle muerte; le doy una prision. Mi mujer Aixá es mas rebelde aun. Deberia perderla para siempre; me contento con repudiarla desde ahora y recluirla en la prision de mi hijo. Musulmes, Granada por el Sultan Hacem y la Sultana Zoraya.

Y este grito se repitió por toda la ciudad y por toda la vega, mientras iban Boabdil y Aixá á su dura prision en la torre de los siete suelos.

Y ardió en fiestas á causa de estas victorias amorosas, Granada, que mil veces ardiera antes en fiestas tambien á causa de las victorias guerreras. Cada barrio, así entre los vencedores como entre los vencidos, bien ó mal de su grado, tuvo que festejar igualmente su victoria ó su derrota, y que reirse y regocijarse en público por lo mismo que á la callada se plañía y lloraba los desastres originados en las discordias régias y en las civiles guerras. Granada se pareció á inmenso teatro, palenque de triste duelo, donde los mismos combatientes en una batalla cruentísima tomaban el papel de actores en una farsa ridícula. Quedáronse las tiendas del Zacatin y hasta la posada de los genoveses sin sederia, por los innumerables gallardetes y banderolas que cada familia se vió constreñida á colocar en florestas fingidas por las fachadas de sus casas; que lo hicieron las familias fieles á Hacem por satisfacer su entusiasmo y los infieles por ocultar su despecho. Limpiáronse las armas, todavia humeantes con la sangre recién vertida, para emplearse y



esgrimirse en vanos simulacros y alardes. Procuráronse así los pobres como los ricos aljabas, fajas, marlotas nuevas en cuyos linos ó brocados, combinaron colores varios por singulares modos y esparcieron piedras ó lentejuelas según la categoría de su nacimiento ó la importancia de su riqueza. Los alfanges damasquinos, de cinceladas empuñaduras, de centelleantes hojas, de áureos tabalíes, de filigranadas vainas, de religiosas inscripciones y leyendas brillaron en el escarnio cual otras veces brillaran en la gloria. Salieron por calles y plazas las lanzas mas preciadas, las cotas y coseletes mas ricos, los jaces mas bordados, los trotones mas guerreros. Y junto á estas insignias del valor, veíanse las insignias de la belleza, es decir, los femeniles cinturones cuajados de jacintos, las cofas bordadas de perlas, los atavíos que, demostrando el gusto de las mujeres, demuestran al mismo tiempo el refinamiento de la cultura. Competían las diversas blasonadas tribus en alardes; y las mas contrariadas porfiaban por mostrarse festivas en las fiestas. Así salieron á luz tantos motes y divisas. Los Nazaritas pertenecientes á los reyes fundadores de la dinastía y constructores de la Alhambra, emparentados todos con Muley-Hacem; los Abencerrajes que se imaginaban descender de los primeros auxiliares del Profeta; los Alnayares que mantuvieron en Zaragoza y en Fraga y en Pamplona, el empuje de los Abarcas, de los Berengueres y de los Carlovingios; los Merisanes, que reinaron en Damasco y sostuvieron sobre sus hombros el califato de Córdoba compitiendo con los Abasidas de Bagdad y relacionándose con los emperadores de Constantinopla; los Gazaristas que aun destellan de su linaje los esplendores del nunca olvidado cielo de la Siria; los Zenetas bronceados por los ardores de Africa; los Gomeles, hijos naturales del desierto; los Gazules de Gelulia, los Almoradíes de Tánger requirieron á una sus mas queridas armas, limpiaron sus mas empolvados blasones, enjaezaron sus mas bravos caballos, y salieron á cañas, justas, sortijas, zambras y torneos como si Granada reposase en floreciente paz, ceñida de inmarcesibles victorias. Entre tantos blasones no hay que decir campeón, cual campea la luna entre las estrellas, el escudo Alhamar, por todas partes visto en Granada, campo plata que atraviesa barra diagonal celeste á cuyo extremo abren sus fauces dos dragones, y sobre cuyas líneas hay una alabanza al Dios de los vencedores, en recuerdo de aquella aparición celestial que guió los Almohadés á mil victorias, tan funestas para nosotros los cristianos. Y si las aristocracias ostentaban tales preseas, la plebe con menos lujo, pero con mayor algazara, enardecía las fiestas. Teniendo en poco las sabias leyes de Jussuf que prohibían tales algaradas y resucitando los festejos propios de la Pascua de Alfitra, iban cuadrillas precedidas por tamboriles y dulzainas de un lado á otro lado, ocupadas y entretenidas en tirar á cuantos encontraban al paso esencias, flores, frutas, chucherías y en danzar danzas de una extrema violencia, mientras grupos de guitarristas producían melancólicos arpegios y compa-

nías de juglares jugaban ruidosamente en juegos vistosísimos. En una palabra, la ciudad pasaba de las guerras á las orgías, como suele pasar un borracho del extremo llanto á los extremos regocijos.

No hacía menos la corte. Hacem estaba tan loco de contento por haberse unido á Zoraya como por haber repudiado á Aixá; y quería que todo el mundo participase del estado de su ánimo. En cada casa real había una zambra diversa. Los nacidos no han visto nunca sarao semejante al sarao dado en tibia noche por los salones, por las galerías, por los huertos y jardines del Generalife. Imaginaos aquellos muros tapizados de rosas y jazmines; aquellos árboles varios que en espirales suben desde el riscoso pié á la armoniosa cumbre en la bienhadada colina; las puertas semi-góticas, realzadas con signos de poética bendición y adornadas con ajimeces de áureas celosías; los intercolumnios de alabastro, sosteniendo los arcos de herradura sobre los cuales descansan las techumbres de alerce embutidas en marfil, nácar y metales preciosos; las salas de mármoreos pavimentos, de zócalos compuestos por brillantísimos azulejos, de paredes caladas entre cuyos alcatados se extienden alharacas de plateadas flores y líneas de oro maciso esculpidas y grabadas con poéticas leyendas y armoniosos versos; los arroyos que caen á las albercas por los pasamanos de las escaleras y que por los escalones suben á las alturas en cristalinos surtidores; los pintorescos kioscos los recatados retiros, el mirador bellissimo, comparable á gruta formada de aljófares, ocultos entre los bosques de limoneros y de granados; imaginaos el Generalife teñido por los resplandores de millares de luminarias, poblado por parejas de hermosas moras y apuestos moros, cuyas miradas, al encontrarse, despiden chispas de amor, henchido por las armonías emanadas de ocultas orquestas, que producen notas, las cuales diríanse producidas por cuantos objetos os rodean, animado de la algazara formada por la leila y otras danzas moriscas en cuyos giros el movimiento y el calor comunican los vértigos mas deliciosos de la voluptuosidad y del placer; imaginaos así el Generalife y decidme luego si ha existido ni se ha ideado jamás espectáculo alguno que de esa suerte encienda la sangre y exalte y enloquezca la mente. Aquí, en las sombras, descúbrense algunos cuantos farolillos como aves luminosas venidas de otros mundos á columpiarse en las ramas de los encantados vergeles; allí, en las cascadas desprendidas de lo alto á la ancha alberca, refléjanse resplandores tan sumamente intensos que los tomariais por bajados del sol, capaz de levantarse á un conjuro mágico en la media noche para iluminar tan delicioso sitio; mas allá, en la distribución de los varios reflejos, deslízase como un rayo de luna que esparce poética tristeza, mientras en las salas, en las galerías, en los miradores, por los bordes de los estanques, por las tazas de las fuentes, corren á manera de grecas fantásticas innumerables luminarias de todos colores que confundiriais con piedras preciosas conteniendo una luz sobrenatural en sus resplandecientes



facetas. Pues si absorta dejó á la corte este sarao, no la dejó menos, la fiesta militar y naval, fingida por cuantos soldados habia en Granada, los cuales reuniéronse, los de tierra, en varios vistosos campamentos por los alrededores de la Alhambra, los de mar en varias naves doradas que bogaban en la acequia de Alfacar, fingiendo todos tales alardes que nunca pueblo guerrero alguno se recreó con mas plausibles y mas gratos recreos. Pero en verdad, los festejos que se llevaron la palma, fueron los festejos de cañas y sortijas, ideados como jamás ideara otros iguales en su larga historia la oriental y voluptuosísima Granada. La plaza de Bibarrambla, erigida sobre la espalda misma del Darro, al pié de la cuesta de los Gomeles, rebosa en gente. Sus edificios se han renovado todos con mármoles recién bruñidos, y compuesto y adornado con tela de seda ceñidas por vistosas franjas y sembradas de áureas lentejuelas. Los magníficos miradores, que podrian competir por su color azul y sus estrellas de oro con el cielo mismo, aposentan preciosas moras que gallardean, ricamente adornadas, como pudieran gallardear las mas nobles cristianas. Sus blancas gasas, su deslumbradora pedrería, los rayos de sus ojos, la voluptuosidad de sus sonrisas, campean entre las flores sembradas por doquier de igual suerte que las mariposas en los pensiles. Las músicas guerreras mezcladas con los gritos populares animan y enardecen la fiesta. Fingidla sí podeis. Por las cuevas, por las azoteas, entre las almenas, cerca, lejos, inmensa muchedumbre; por los miradores las bellas damas ataviadas con sus mas ricos trajes y ceñidas de piedras preciosas; en las tribunas, recién dispuestas al efecto, los magistrados y alcaúes con sus altos turbantes, signos de sus respectivas dignidades; aquí un grupo de esclavos, cuyos negros rostros resaltan bajo sus tocas blancas y sobre sus túnicas rojas; allí una legion de graciosos pajes y escuderos, portadores de rodelas y escudos primorosamente esmaltados; por todas partes lanzas y espadas que brillan á la luz, banderolas y gallardetes que vuelan al viento en el principal edificio de la plaza la reina y el rey sentados sobre sendos cojines de púrpura que resaltan entre los dibujos y las flores de las pérsicas alfombras; en la arena ó redondel las diversas cuadrillas, ora un grupo de caballos blancos enjaezados de colores celestes, sobre cuyas sillas campean airoso caballeros vestidos de argentado tisú, ora un tropel de corceles del desierto que se enorgullecen con su carga de jinetes vestidos por diversa manera con terciopelo carmesi, todo recamado de bordaduras de oro, ya una compañía de soberbios brutos cordobeses sujetos por la fuerza de atezados africanos, que en sus marlotas y aljabas verdes ostentan rico ramaje de plata rociado con menuda lluvia de aljófar, ya otra compañía de atigrados trotones que piafan al compás de la música y se ensoberbecen á los gritos de los preclaros nobles granadinos, los cuales visten por la moda asiática; y recuerdan en sus turbantes la oriental Damasco; todos precedidos de heraldos y clarines, acompañados de vistosas divisas, con el blason de su

familia en el escudo y el regalo de su dama en el pecho, seguidos por palafreneros y esclavos, cuyo ministerio se reduce á tener del diestro toda una caballería de refresco mientras gallardean los jinetes de sin igual apostura y componen con cintas y lazos vistosas combinaciones de color y arriesgadas suertes de cabalgar, y empeñan escaramuzas cuyos encuentros, mas bien son vuelos que carreras y cuyas incidencias mas bien peleas que juegos, y ensartan las sortijas á todo galope en las puntas de sus lanzas para depositarlas luego en manos de las preciadas beldades, y rompen mil cañas en arremetidas y defensas, y realizan todo género de alardes entre los sonos de chirimías y dulzainas y añafiles, propios para los combates, y el clamoreo de aquella inmensa poblacion embargada con los azares de las varias empresas tan parecidos en sus episodios á los peligrosos azares de la guerra.

Mereció llamarse la mejor, aunque tambien la mas trágica de todas aquellas fiestas, la que ideara Zoraya por cariño á su patria, un fingido torneo de cristianos hecho entre moros con toda la propiedad demandada por el conocimiento que habia en Granada de nuestras costumbres y por la multitud de arreos cristianos traídos, como despojos, en las continuas correrías. No era mucho que Zoraya imaginase ver este espectáculo fingido, en recuerdo y culto de su patria ausente, cuando antes del favor y poder suyos, otro real espectáculo de este mismo linaje viera toda Granada con general asombro. Entre los caudillos cristianos descollaban D. Diego de Córdoba y D. Alonso de Aguilar por su arrojo heróico en todas las empresas contra los moros. Pero, si este odio común á la raza musulmica juntaba á los dos caballeros, dividiánlos mortalmente los odios sentidos mutuamente por uno contra otro á causa de sus respectivos compromisos en las guerras civiles de Castilla. Llegó á tales extremos su pasion, que el D. Diego mandó á el D. Alonso uno de sus farautes con reto lleno de denuestos para llamarle á singular desafio. Y no obteniendo liza segura en los dominos del rey de Castilla, buscóla nada menos que en los dominios del rey de Granada. Muley, picado de caballero, y escrupuloso en leyes de honor, señaló albergue en su ciudad á los combatientes y campo cerrado donde pudieran partirse el sol y lavar con sangre sus mútuas inolvidables afrentas. Personóse D. Diego en Granada, la víspera del dia señalado, que era, si no miente mi memoria, el 9 de Agosto. Llegada la fecha, el rey se arrellanó en su mirador, las damas en sus ajimeces, el curioso pueblo en las avenidas, los jueces del campo en la tribuna, y el caballero en la plaza, armado de punta en blanco. Y tres veces mandó á su faraute que llamara á D. Alonso de Aguilar y tres veces el silencio respondió al llamamiento. Y cogiendo entonces un retrato del ausente, lo ató con ignominia á la cola de su caballo y lo arrastró con desprecio por todo el recinto de Bibarrambla. Un abencerraje, amigo de D. Alonso de Aguilar, que presenciara la afrenta del caballero cristiano y la rechifla del pueblo granadino, tomó su caballo, requirió sus ar-



mas, y lanzándose á la arena, conjuró á Córdoba para que, la adarga al pecho, la lanza en ristre, la visera calada, y las espuelas en los hijares de su corcel, le esperase, porque iba á mantener por Aguilar el campo. Decidido estaba el caballero cristiano y airado el caballero abencerraje, cuando á una señal del rey lanzáronse los alguaciles á cortar el paso á éste, y á entregarle nada menos que al verdugo por haber roto las leyes de la caballería y hollado los fueros del honor. Intercedió Córdoba para que no le castigaran tan cruelmente, y obtenido el perdon, requirió una sentencia. Y se declaró que el caballero D. Diego de Córdoba se había portado como tal y vencido á D. Alonso de Aguilar en abierto juicio de Dios. Copió el favorecido mil ejemplares de la sentencia y los repartió en todos los dominios castellanos, trazando además muchos cuadros en representación de tamaña aventura. Y luego pidió un copia. Diéronla los jueces del campo, certificada por el escribano. Y Córdoba la trasladó al pié del retrato de Aguilar, añadiendo esta frase: «Tal es mi enemigo.» En tiempos de tales escenas, fácil cosa á una dama castellana idear en Granada un torneo cristiano; facilísima cosa á un sultan granadino cumplir inmediatamente el capricho de su sultana.

La granadina reina, en el suelo de la caballería nacida, gustaba por extremo de estos espectáculos caballerescos á la cristiana usanza. Así designó varias damas, para que armasen á los fingidos cristianos del torneo. Mucho, muchísimo murmuraron las moras y sus familias de estos proyectos, atribuyendo por exceso de suspicacia á tales artificios el carácter de mas vastos planes fraguados para cristianizar todo Gradada. Pero los vasallos de Muley no tienen mas medio que optar entre la obediencia pasiva y la rebelion armada. Así aceptaron, aunque á despecho, sus papeles, y convinieron á una, con los contrariados caballeros moros, en aceptar todas las disposiciones impuestas por la mente de la voluntariosa sultana. Lo mismo hicieron los villanos elegidos para escuderos, aunque en su clase tenían mas intensidad las pasiones y por lo mismo menos lugar los acomodamientos. Granada entera refunfuñaba de estas novedades, al ver en ellas derogacion injustificada de antiguos usos, y tentativas peligrosas de mutaciones cristianas. Pero ningun obstáculo podia arredar á una mujer caprichosa, desconocedora de las preferencias de aquel pueblo suspicaz y olvidada de las terribles rebeliones con que manchara al pié mismo de su lecho nupcial y los comienzos de su proceloso reinado. La corte de Granada tuvo tribunales femeniles de amor como pudiera haberlos tenido cualquiera antigua corte de Provenza. Todo estaba preparado, pues, para la teatral fiesta. Habíanse dado á los contendientes lanzas embotadas y llenas de signos castellanos y católicos. Los reyes de armas con sus gorras ceñidas de varios plumajes y sus dalmáticas recamadas de escudos feudales, acompañaban á sus señores, y los heraldos les precedian, y les seguian los escuderos y pajes vestidos á la española usanza. Tablados varios se improvisaban cubiertos todos de

magníficos brocados tejidos en las ciudades españolas. Al son de cuernos de caza y al grito de pregoneros innumerables se anunciaron las solemnes peleas en el palanque cerrado. La reina apareció rodeada de sus damas, las cuales llevaban todas en las manos los respectivos premios del combate, consistentes en joyas de inestimable valor, tanto por su rica materia, como por sus primorosos y cincelados reales. Los jueces del campo se instalaron al pié de las damas, presididos todos por el Sultan, que quiso dar tan grande honor á la decantada ceremonia. En estrados aparte tocaban músicos escogidos. Cuando sonó la señal del comienzo, vieron todos con asombro aparecer damas gallardísimas, soportando en sus delicadas manos cadenas de oro á las cuales iban ceñidos y atados los bravos caballeros. Y cuando ya los habian soltado en la arena con ademanes de cariñosa despedida, dábanles cualquier prenda de sus vestiduras, cualquiera de sus adornos, un lazo, un joyel, un collar, un zarcillo, un relicario, que ellos se colgaban al pecho con extremos ademanes de gratitud y profundos estremecimientos de amor. Así, las músicas suenan, los heraldos claman, las muchedumbres gritan, las nobles señoras ondean sus respectivas divisas, los caballeros montados en corceles revestidos de acero, se buscan con arreglo á las leyes de la caballería y pelean con arreglo al código del torneo, luciendo sus brillantes armaduras, sus capacetes de oro, sus plumajes de mil matices y flameando sus largas tizoñas en combate porfiado, donde no sabe el ánimo qué admirar mas, si el valor y destreza de los combatientes, ó los animados grupos que forman en los encuentros y en las complicaciones de sus brillantes y atrevidos juegos.

Las gentes del pueblo no pueden sufrir aquel desacato á sus costumbres. Las cauces que han visto aparecer en la vega con tanto horror como los siniestros cometas en los cielos, campean por los espacios de Bibarrambla. Los cruzados, que han herido sus cuerpos, que han talado sus ruzafas, que han puesto mil profanaciones es sus mezquitas, aparecen, siquier sean disfrazados, en el recinto sacratísimo de la ciudad santa. Parecen á sus ojos los mismos que han combatido en la Higuera y los mismos que han asaltado la riscosa Ajarquia y han vencido á la invencible Alhama. Aquellos cascos maldecidos, aquellos caparazones odiados, aquellas insignias aborrecidas, las adargas de infeliz memoria, las espadas tintas en sangre mora, las divisas cuyas ondulaciones han señalado el camino devastado de las devastadoras correrías, brillan merced á la voluntad caprichosa de una vil nazarena, que acaso sueña con adormecer con sus hechizos el reino granadino lo mismo que ha hechizado y adormecido á su rey. Todos estos pensamientos corrian por la acalorada imaginacion del pueblo y centelleaban en sus ojos, cuando aparece en medio de la plaza una inesperada figura que parece personificarlos. Es un caudillo moro, á caballo en un corcel blanco, seguido de varios jinetes, y que grita:



—Á mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil! gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prision y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparicion del jinete moro, acompañado de tal empuje que, sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hácia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer para siempre la corona. El valeroso Hacem perdió la vista de llorar su desventura, no tanto por la ruina de su trono, como por la exaltacion de Boabdil, bajo cuyo mando, segun el horóscopo de consumada astrología, debia caer Granada en poder de los cristianos. Y si mil veces le escucharon los suyos maldiciones de su enemiga estrella, nunca le escucharon maldiciones de su nefasto amor, amante y caballero en el destierro y hasta la muerte.

## CAPITULO XIV.

### Espantoso dilema.

El sultan de Túnez divertía mucho su ánimo, y grandemente lo explicaba, en la ocupacion de oír épicas narraciones relativas á los conflictos de sus gentes con las gentes cristianas. No hay, pues, para qué decir cómo embargaría su atencion la sustancia de estos dramas granadinos, tan ricos en caballerescos incidentes. Absorto estaba en contemplar con tristeza la inevitable ruina á que iba precipitado el reino último de los árabes en España, cuando oyó grande algazara y siniestro rumor de muerte, y gritos de imprecaciones varias, acercándose en rápido crecimiento al lugar donde con sus favoritos y siervos hablaba sobre recientes ó antiguas historias. Como no corria Túnez la deshecha borrasca que á la sazón corria Granada, no eran de presumir rebeliones políticas en aquel endiablado estruendo. Al contrario, la debilidad de los reinos é imperios, antiguos rivales ó antiguos dominadores suyos; la venida de los turcos al seno de Constantinopla con tanta pujanza; la suspension de las Cruzadas, perdidas desde que cumplieron su ministerio histórico de quebrantar el feudalismo y traer á la vida el estado llano; los pactos convenidos con San Luis y hasta entonces realizados, daban á Túnez con cierta libertad religiosa, natural en el deísmo mahometano, cierta paz política, impropia del inquieto temperamento de los árabes. No temió, pues, el señor, á pesar de haber soñado largo rato con Abencerrajes y Zegries, Gomeles y Zagales, que vinieran todos estos bandos en armas á perturbar su taifa fuertemente asentada en costumbres de paz y de obediencia. Mas, por lo mismo, parecía extraño aquel rumor de tempestad en palacio tan quieto como su palacio y en ciudad tan pacífica



—Á mi lado, granadinos, á mi lado, contra esta farsa cristiana y contra esta cristiana reina, precursoras de la pérdida de los musulimes y de la entrega de Granada.

—¡Boabdil! ¡Boabdil! gritan los granadinos, Boabdil que ha roto las puertas de su prision y ha venido á socorrernos y á procurarnos nuestra venganza.

Y un grito de «abajo Muley-Hacem, muera Zoraya,» siguió á la aparición del jinete moro, acompañado de tal empuje que, sublevada hasta la guardia de los sultanes, tuvieron marido y mujer que montarse precipitadamente en un solo corcel, procurado por un último amigo, y echar á correr en rápida fuga hácia el castillo de Sobreña, en cuyos riscos dejaron caer para siempre la corona. El valeroso Hacem perdió la vista de llorar su desventura, no tanto por la ruina de su trono, como por la exaltacion de Boabdil, bajo cuyo mando, segun el horóscopo de consumada astrología, debia caer Granada en poder de los cristianos. Y si mil veces le escucharon los suyos maldiciones de su enemiga estrella, nunca le escucharon maldiciones de su nefasto amor, amante y caballero en el destierro y hasta la muerte.

## CAPITULO XIV.

### Espantoso dilema.

El sultan de Túnez divertía mucho su ánimo, y grandemente lo explayaba, en la ocupacion de oír épicas narraciones relativas á los conflictos de sus gentes con las gentes cristianas. No hay, pues, para qué decir cómo embargaría su atencion la sustancia de estos dramas granadinos, tan ricos en caballerescos incidentes. Absorto estaba en contemplar con tristeza la inevitable ruina á que iba precipitado el reino último de los árabes en España, cuando oyó grande algazara y siniestro rumor de muerte, y gritos de imprecaciones varias, acercándose en rápido crecimiento al lugar donde con sus favoritos y siervos hablaba sobre recientes ó antiguas historias. Como no corría Túnez la deshecha borrasca que á la sazón corría Granada, no eran de presumir rebeliones políticas en aquel endiablado estruendo. Al contrario, la debilidad de los reinos é imperios, antiguos rivales ó antiguos dominadores suyos; la venida de los turcos al seno de Constantinopla con tanta pujanza; la suspension de las Cruzadas, perdidas desde que cumplieron su ministerio histórico de quebrantar el feudalismo y traer á la vida el estado llano; los pactos convenidos con San Luis y hasta entonces realizados, daban á Túnez con cierta libertad religiosa, natural en el deísmo mahometano, cierta paz política, impropia del inquieto temperamento de los árabes. No temió, pues, el señor, á pesar de haber soñado largo rato con Abencerrajes y Zegries, Gomeles y Zagales, que vinieran todos estos bandos en armas á perturbar su taifa fuertemente asentada en costumbres de paz y de obediencia. Mas, por lo mismo, parecía extraño aquel rumor de tempestad en palacio tan quieto como su palacio y en ciudad tan pacífica



como su ciudad. Y se incorporó con presteza sobre los cojines donde estaba recostado, y prestó oído con atención al rumor extraño, henchido de gritos varios, que á mas andar se acercaba con vertiginosa rapidez á su estancia.

Apenas se incorporara, cuando entraron los santones, echándose por el suelo con desesperación, y diciendo á una en algarabía ruidosísima, mil cosas ininteligibles acompañadas de mil aspavientos inenarrables. Apenas los santones entraron así, cuando vinieron tras ellos los guardas y soldados de palacio con tantas espumas de hiel en la boca y tantos relámpagos de ira en los ojos que diríase iban á ensartar en sus lanzas, apercebidas y enhiestas, diablos ó endriagos perdidos en los aires. Apenas entraron los soldados cuando siguieron los eunucos y guardadores del serrallo, todos á rastras, con doloridos acentos en el pecho, con temblor epiléptico en las manos, como si acabaran de cometer algún crimen y tuvieran que esperar seguro castigo. Tras estos oficiales del alcázar veíanse grupos del pueblo medio despavoridos aumentando con su vocerío la infernal tormenta y apercibiéndose como á una batalla terrible. Y entre todos estos grupos resaltaban las altas dignidades del visir y del cadí recogidos en sí mismos con recogimiento religioso, cual si abocados á tomar una de esas resoluciones supremas que traen cambio profundísimo en la vida y cuestan un esfuerzo digno de contarse entre los mayores sacrificios, no quisieran ver ni hablar á nadie. Pero quien realmente denotaba mayor tristeza y se recogía con mayor recogimiento en sí, pálido como el azufre, rígido como la muerte, yerto como la indiferencia, era el designado para yerno del Sultan, cumplido y apuesto jóven árabe, de cuyos ojos acostumbrados á ver sin pestañar los bélicos horrores, caían dos gruesas lágrimas, las cuales dejaban por las mejillas dos rastros rojos como si fueran dos ardientes brasas. No lejos de la estancia, así invadida, en habilitaciones inmediatas, herméticamente cerradas, resonaban chillidos agudos, partiendo de una infinidad de mujeres, semeando el piar estridente de innumerables avecillas presas en la liga ó en la caza. Fácil de imaginar cuanto estruendo los conjuros y ademanes de alfaquíes; los gritos y juramentos de soldados; las voces y vociferaciones del pueblo; los clamores de eunucos mezclados con los chillidos del harem, armarian resonando en las bóvedas de un palacio habitado por tantas majestades y envuelto en los prestigios que lleva consigo la augusta solemnidad del silencio.

En vano intentaba el Sultan averiguar lo que sucedía; del griterío de todos ninguna idea en limpio sacaba para sí. A una interrogación respondía un gemido; á un sacudimiento de la persona interrogada un sollozo capaz de partir en dos las mas frias y las mas duras entre las mismísimas piedras. Y si, molestado por la confusión extraordinaria, inquieto al pensar lo que todo aquel estruendo podía contener, deseoso de certidumbre menos funesta que su ignorancia, pretendía dominar á todos, hablaban todos á un tiempo, aumentando la natural curiosidad, pues los tumultuados parecían venir

ó de plaza sorprendida por el enemigo ó del palacio devorado por el incendio. Llamábale, sin embargo, la atención, el pavoroso recogimiento de su futuro yerno, inmóvil en medio de tamaño alboroto, pero no osaba dirigirse á él, como si quisiera y no quisiera al mismo tiempo conocer el suceso, como si admitiese y deshechase por instintivos impulsos el presentimiento de una gran desgracia. En fin, el vocerío creció tanto que las preguntas del Sultan, sirviendo solo para aumentarlo, fueron sustituidas por uno de esos gestos de imperio, reservados á los imperantes, gesto que al llegar á la vista de todos, á todos impuso forzoso silencio.

—¡Por Alhá! exclamó: ¿Qué sucede en mi palacio? ¿Se ha vuelto loco todo mi reino? ¿Habeis visto por ventura las señales del último juicio? ¿Desembarcó en nuestras playas algun barco pirata? ¿Se tumultuaron los esclavos? ¿Se ha prendido fuego al serrallo? ¿La cólera de Dios nos amenaza con alguna tormenta? ¿O el desierto se ha incorporado sobre sus alas de huracanes y viene á cubrir nuestra ciudad con su sudario de arena? Hablad, hablad: que deseo inmediatamente oiros.

A las palabras del Sultan siguió largo y profundo silencio. Antes, nada podía averiguar por el estruendo; ahora, nada tampoco, por el súbito enmudecimiento. Oíase, despues de estas preguntas, el resuello de los pechos cargados de sollozos, pero no se oía nada mas. Los que gesticulaban como energúmenos, callaban como muertos. Diríase que todos juntos tenían valor para dar la nueva que así les agitara; y separados, ninguno en su poquedad se atrevía á tanto. De ello bien podía concluir el Sultan que algo gravísimo para su persona ó para su reino pasaba en Túnez; mas el instinto de la propia conservación es así, tenaz en sus resistencias á la triste certidumbre de la desgracia ó del dolor, cuando mas empeñado parece en quererla y en buscarla.

—¿Callais?

Preguntó al cabo de largo rato. Y todas las frentes se inclinaron ante la pregunta.

—¿No quereis responderme?

Y en efecto nadie le respondió.

—Gran visir.

—Señor.

—Tú no tienes mas remedio que contestar á todo cuanto yo te pregunte, obedecer todo cuanto yo te mande, ó morir.

—V. A. está diciendo la verdad, como si recitara suras del Koran.

—Pues bien; te mando que ahora mismo me digas la causa de este tumulto. ¿Qué habeis visto para ponerlos así? ¿Qué habeis oido para sulfurarnos tanto? ¿Qué sucede en Túnez?

—Pues, sucede.....

—Habla.



—Sucedee.....

—Acaba.

—Sucedee..... que no sucede nada.

—Nada, y habeis puesto en movimiento toda mi servidumbre; nada, y habeis venido aquí en tropel; nada, y habeis gesticulado y gritado de suerte que yo os creía locos; nada, y en vuestro rostro se refleja la indignacion, el asombro, la extrañeza, la ira, la cólera, tantas y tan tumultuosas pasiones. Decidme cuanto pasa, ó ahora mismo suelto mis tigres y leones para que os devoren á todos.

La multitud volvió con recelo la cabeza como si ya los viera entrar por la puerta, pero no respondió á las interrogaciones del sultan ni una sola palabra.

—Santon.

Gritó el Sultan.

—Señor.

Respondió el santon.

—Te conjuro para que contestes á mis preguntas.

—Señor.

—Contesta.

—Señor.

—Y tú eres el representante de la religion, cuando no sabes obedecerla y cump'irla.

—Cadí.

—Señor.

—Soy tu sultan.

—Y yo tu esclavo.

—Pues si eres mi esclavo, respóndeme.

—Hable V. A.

—¿Te parece que he hablado poco?

—Hable, pues, V. A.

—¿Qué ha sucedido?

—Pues ha sucedido.....

Y el cadí se enjugó el sudor mientras todo el mundo prestaba atencion á lo que iba á decir, curioso todo el mundo, como era natural, por saber su destreza en salir de tan terrible apuro.

—Diré á V. A. Como íbamos diciendo, sucedió que el santon primero (Dios prospere sus dias,) encontróse de manos á boca con perro nazareno (Dios lo confunda). Y este perro nazareno, á quien Dios debe confundir y el santon á quien Dios debe prosperar, se estrellaron en choque brusco, cual suelen estrellarse siempre todos los pertenecientes á creencias diversas y por lo mismo destinados á maldiciones y bendiciones diversas. Porque el santon á quien Dios bendiga y el nazareno á quien maldiga Dios... Creo

que me equivoqué pidiendo maldiciones para el bendecido y bendiciones para el maldito.....

—Cadí del inferno, pruebas mi paciencia con tales madejas de palabras sin ningun sentido; y la cítarra salta en su vaina por salir rabiosa, como una serpiente, y arrancarte á los primeros tajos de su filo esa borrosísima lengua. Acabemos pronto. No puedo sufrir por mas tiempo esta ridiculez. Decidme lo que pasa, ó temblad todos á una por vosotros mismos, por vuestras esposas, por vuestro hijos. ¿Qué sucede? Sepamos sin meras dilaciones todo cuanto sea ó apercibios á recibir un castigo digno de la altura de mi cólera y ajustado á la medida de vuestro desacato.

Los circunstantes volviéronse hácia donde estaba el prometido esposo de la hija del Sultan y le señalaron por instintivo acuerdo como el único justificado para noticiar la falta nueva. Y él, tan fuerte como el leon calenturiento, tan erguido como la palmera africana, tan ardoroso como el abrasado desierto, á pesar de su virilidad y de su energia, desplomóse como medio desmayado á los piés del Sultan, y comenzó á dar esos grandes sollozos propios de los ánimos levantados y de los fuertes pechos, que por salir á borbotones despues de reprimidos largo tiempo, expresan el dolor en su grado máximo y lo comunican á todos con rapidez asombrosa.

—¡Ah! exclamó el Sultan. Ya lo comprendo todo, porque harto vuestras miradas, sin necesidad de vuestras palabras, lo publican. Salga mi destrozado corazon del pecho á pedazos; y fluya mi alma por los ojos derretidos en torrentes de lágrimas. ¡Ay! Mi adorada hija, el regocijo de mi vejez, la aurora sonriente que se elevaba en el ocaso de mis tristes dias, el pensil donde florecian con tan bello florecimiento todas mis esperanzas, la gacela que venia á lamerme las manos y á rendirse á mis piés, se ha muerto, y está ya en las tinieblas, cuando tú, hijo mio, tan amargamente la lloras. Rásguense las telas de mis vestiduras, cáiganse los pelos de mis barbas, nieguese á la luz mi mirada, cúbrase de ceniza todo mi cuerpo, pues la noche eterna ha comenzado para mí desde el punto y hora en que dejo de ver á mi lado el lucero de la mañana y de la tarde, mi tierna y adorada hija. Tome, pues, quien quiera, la corona tunecina, desprendida de mi frente; que yo me voy á una honda caverna, para danzar hasta caer rendido como los derviches, y ponerme cabeza abajo como los santos, á ver si puedo por estas ceremonias confundirme místicamente con Dios, no tanto para tener su esencia incommunicable, como para despojarme de mi sensibilidad, y no sentir así el acerbísimo dolor que me causa la muerte de mi hija. Gota de rocío en boton de rosa, perla de India en concha de nácar, agua de olor en pomo de oro, ¿cómo te has perdido para tu padre sin pensar que te llevabas contigo al otro mundo mi espirante vida? Enseñadme, enseñadme el cadáver de mi hija. Quiero verla y abrazarla y comérmela á besos antes que para siempre la aparte de mis ojos y la encierre en sus entrañas el sepulcro.



Nadie se atrevía de ninguna suerte á decir la verdad de lo ocurrido; nadie osaba contar que, preso un misionero cristiano por causa de sus arengas religiosas y conducido al calabozo del palacio, una vez allí dentro, en el sitio reservado á los siervos, en las mazmorras, habian visto á la princesa de sangre real, á la sultana mas bella del Magreb, á la virgen cantada por tantos poetas, á la novia de un héroe, en brazos del cautivo cristiano, traído de los mares de Italia al tranquilo palacio de Túnez como un nefasto presente. Nadie osaba decir al Sultan que su pena debia ser mayor, pues algo mas triste que la muerte acababa de sucederle; cuando apareció ella misma, su hija en persona, y como el padre la quisiera abrazar, trasportado de alegría, viéndola viva despues de haberla imaginado muerta, le apartó los brazos y le dijo con grande énfasis.

—Padre mio.

—Hija, hija querida ¿por qué me rechazas?

—Porque no soy digna de tu cariño ni debo conllevar tu honra y tu nombre.

—¿Qué me dices? Infeliz. ¿Qué te atreves á decirle á tu padre? Me obligarás á sentir y á deplorar que no hayas desaparecido del número de los vivientes?

—Creo, señor, que sí.

—Alhá, ¿por qué no quitas la vida á este padre infeliz, antes que condenarle á oír semejante palabra de labios de su hija?

Y cayó desplomado sobre los cojines de damasco, cubriéndose el rostro con ámbas manos, para no ver á la que hasta entonces habia sido su delicia, y que, desde aquel mismo momento, iba á ser, segun le decian las palabras de los circunstantes y el propio corazón, su dolor y su afrenta. Al verlo tan afligido, todos le rodearon á porfía, y se complacieron en procurarle alivios y consuelos con verdadero apresuramiento y calurosísima solicitud.

—¡Alhá me valga! gritaba el desventurado Sultan. ¿Qué has hecho, hija desnaturalizada, qué has hecho para convertirme desde mi mayor encanto y hechizo, en escándalo de la ciudad y en el baldón de tu padre?

La bella princesa resplandecía mas que nunca, como suele el astro resplandecer en esos pedazos de cielo brillantes entre los nubarrones de la tempestad. El cabello en desorden, le servía como de manto oscuro, á través de cuyas negras hebras resaltaban mas los torneados brazos y los escultóricos hombros. En sus ojos negros, animados de una expresion que podríamos llamar extática, por lo arrobada y por lo dulce, brillaban trémulas dos lágrimas, que cualquier poeta oriental, hubiera comparado con dos gotas de luz. El rubor, un rubor natural, encendia su rostro en los mas bellos arreboles; y la pena, una pena intensa, hacia respirar con anhelo su pecho. Sola, en medio de aquel tumulto, ella tan acostumbrada á recibir toda suerte de homenajes, parecia acrecentar con el prestigio de su desgracia, las

prendas de su hermosura. Cualquiera, al verla en aquellos instantes de pena, la amara mas que en los instantes de paz y de alegría, pues el toque de su dolor habia sublimado su belleza.

—Padre.

Gritó con desesperacion la jóven:

—No me des ese nombre.

Dijo el adusto padre.

—Te pido por último favor que oigas mis palabras antes de cumplir tus rigores.

El Sultan hizo una seña y todos los circunstantes salieron, quedando solo el padre y la hija.

—¿Has faltado al pudor? ¿Has consentido que el primer mortal audaz profane la flor de tu virginidad, guardada por mí á los primeros príncipes de África? ¿Has arrastrado por el cieno á un tiempo mismo la pureza de tu cuerpo y las canas de tu padre? ¿Por qué, por qué no te he visto antes mil veces muerta, pero digna, como yo te imaginaba, y á la altura de tu estirpe?

—Recluida en el harem, comenzaban á despertarse ignoradas emociones en mi sér, más poderosas que mis virtudes. En el apartado jardín, á la sombra de los cipreses, junto á los mirtos, oyendo desatarse los arroyos, en la contemplacion del mundo que me rodeaba, habia visto las mariposas buscar á las flores, las aves á los nidos, los nidos el abrigo del amor, y en mi soledad y mi tristeza habia suspirado mil veces por que un rayo de aquella luz y un átomo de aquel calor, á cuyo influjo se animan todos los seres, descendiera hasta mi pecho y entrara, animándolo, en mi corazón. Examinaba yo mi sér, mi vida, mi alma, y creí que el carmin de mis mejillas, que el resplandor de mis miradas, que el cántico inspirado á mis labios, que el latido de mis sienas, que la oracion de mi fé, necesitaban para ser, y para vivir, de las llamas vivificadoras del amor. Y cuando estas ideas, despertadas por tales instintos, se movian á una en mí, revelándome cielos ardientes en que deseaba abrazarme y consumirme, apareció el cautivo cristiano, con prendas innumerables, y circuido de una aureola tal, que parecia destinada á enardecer mis pensamientos. Y como la mariposa se lanza al cáliz de la flor, y el ave al centro del nido, lancéme yo en los brazos de aquel hombre, creyendo obedecer mandatos de Alhá al obedecer impulsos de mi naturaleza. Pedile con repetidas instancias que convirtiera el corazón á mi propia fé, y no me oyó. Esperé que la diferencia de nuestras religiones dividiera nuestros sentimientos, y los juntó. Entonces, viendo que Alhá no borraba el amor consagrado á un cristiano, antes parecia avivarlo, obedecí á Alhá, y me entregué al destino. Hice de una mazmorra, el palacio de mis amores, y de un es-



clavo, el elegido de mi corazón, y de un lecho de tristeza y de servidumbre, el lecho de mis bodas. Y en mi eden, olvidada de todo, menos de mi amor, hubiera pasado la vida eternamente feliz, á no venir tu servidumbre, y revelarme en sus clamores tu dolor y mi desgracia. Y te digo, padre mio, en mi disculpa; si Alhá condenara el amor de mahometana á cristiano, de princesa á esclavo ¿tenia mas que impedirlo? Si la hoja del árbol y el ala del insecto; si la gota de lluvia y la estrella del firmamento, no se muven sin su permiso, ¿podrá moverse nuestro corazón y eximirse á su divina voluntad? Me inspiró Dios y sentí sus inspiraciones. Padre mio, perdon.

Y la jóven se echó á los piés de su padre, despues de este discurso, encaminado con astucia femenil á implorar y obtener su perdon. El viejo Sultan, tras los primeros arrebatos de la ira, cayó por una reaccion natural en el desmayo subsiguiente á las emociones exaltadas é intensas. Así es que levantó la mano, señaló la puerta, y dijo con imperio á su hija esta sola palabra.

—Véte.

—No puedo irme sin tu bendicion.

—Ya te he maldecido, hija proterva.

—¡Padre mio!

—Has deshonrado mi nombre, has comprometido mi corona, has hecho mil pedazos el corazón de un mancebo ilustre, has escandalizado el palacio, has encendido en contra nuestra todas las pasiones de la ciudad; has entregado tu preciada doncella á los inmundos animales de las mazmorras. No reaparezcas delante de tu padre hasta la hora del tremendo castigo que habrá de infligir á tu perversidad. Los imperios caen, las razas mueren, ¿lo creerás? por culpa de la mujer. El nombre de una Cava, señala el término de los imperios cristianos, como ahora en este mismo instante, el nombre de una Zobeiya, anuncia el término de los imperios musulmicos. Tú has venido á matar mi dinastía en Túnez, que no puede ya salvarse sino purificada por un gran castigo y un gran sacrificio. No me alteres mas de lo que estoy. Vete de mi presencia si quieres huir á mi alfange. El primero de mis impulsos es descabazarte; hija proterva. Mas te enterraré viva donde nadie vuelva á verte, y descabazaré á tu seductor. Él, y solamente él, tendrá que pagarlas todas juntas. Véte, mujer procaz, véte en seguida, si no quieres morir ahora mismo.

—No me voy sin obtener el perdon de mi amado.

—Pues si no quieres irte sin obtener el perdon de tu amado, sabe, infame, como antes, mucho antes, pasarán los cielos y los astros, que mis cóleras y mis venganzas.

—¡Señor!

—No me irrites.

—Pues no me muevo de tus plantas.

Y la jóven se asió á las rodillas de su padre.

—Véte.

Dijo el padre, y cogiéndola de ambas manos, la tendió en tierra sin piedad, la arrastró con ímpetu por el pavimento, la arrojó fuera de la estancia con furor, cerró la puerta con fuerte golpe; y herido por la resistencia misma que interiormente necesitaba vencer para golpearla de aquella suerte, dió dos ó tres pasos como si acabara de recibir una herida y cayó desplomado como si hubiera muerto.

Naturalmente, en aquella férrea persona del Sultan no podian durar mucho tiempo estas emociones, y á poco se repuso. Levantóse, pues, del suelo, miró á una klepsidra que tenia muy cerca y se extrañó del breve desmayo, parecido en su turbacion á un sueño eterno. Vuelto en sí, desasido un tanto de la ira furiosísima que le embargara, procuró reconcetrar todas sus facultades en un solo pensamiento, en salvar su corona y su honra de aquel amargo trance, si es que habia para la honra en el mundo ya alguna salvacion posible. Orientóse antes de todo, como suelen los buenos creyentes musulmanes, y convirtió el rostro hácia el templo antiguo que Abraham, ayudado de Ismael, consagró al Señor. Y como se acercara la oracion del medio dia, lavóse las mejillas y metió los brazos en agua hasta el codo. Y como para conciliarse á Dios comenzó á decir en una salmodia murmurada entre dientes que Dios es vivo y eterno; que el sueño no se acerca á sus párpados; que posee cuanto existe en los cielos y en la tierra; que solo revela de su majestad y de su ciencia una mínima parte; que su trono tiene las bases en los abismos insondables y las cimas en los cielos invisibles. Y hechas las abluciones rituales, y dichas las plegarias de súplicas dió una palmada para llamar á los esclavos y les dijo que le trajeran inmediatamente el cautivo cristiano. Con la celeridad y la prontitud propias de los palacios de Oriente, aun no habia dado la orden, cuando ya estaba cumplida. El cristiano apareció en presencia del Sultan. Enamorado este de la literatura arábigo-siciliana, habia estudiado, al par de la lengua en que estaban escritas las sagradas suras, la lengua en que estaban escritos los tercetos cristianos. Y poseia con verdadera competencia y hablaba con verdadera soltura la lengua italiana, llegada en el siglo décimo-quinto á una gran perfección y á una verdadera hermosura. Así, en cuanto tuvo al poeta en su presencia, dijole en su lengua estas amarguísimas palabras.

—Te recogí en el mar y te salvé de la muerte. Venido aqui, dijete cautivo mio, porque á título de tal podias vivir en mi familia y habitar en mi palacio. Pero te permiti que discurrieras á tu antojo por mis jardines, y



que gozaras toda la libertad compatible con tu condicion y con tu estado. Discurrias de aquí para allá, y aun pintabas, segun me han dicho, y te lo permitia, aunque lo primero fuera derogatorio de la etiqueta de mi casa y lo segundo derogatorio de las leyes de mi culto. Y tú ¿qué has hecho? ¡Infame! Tú has atentado á mi honor; tú has cogido del tallo y has manchado la rosa mas bella de mi jardín; tú has profanado á mi hija destinada en el deseo de su padre á reinar en Túnez y á tener por esposo al príncipe mas cumplido y mas caballeroso del África. No quiero deshacer mis sesos en lágrimas inútiles, ni desahogar mi corazon con quejas y reconvenciones perdidas. Á mal tan grave no hay sino ocurrir con remedio radical y presto. Caballero cristiano, ó la conversion al islamismo y el casamiento con mi hija, ó la muerte. ¿Por qué, por qué cogiste la flor de su virginidad en cuanto lograste alcanzarla con tu aleve mano?

Filippo no se atrevia á replicar con réplica ninguna, porque, en realidad, la reconvencion del Sultan era irreplicable. Pero, con su natural penetracion, á una ojeada miró el artista toda la profundidad del abismo á que estaba abocado y se creyó perdido para siempre. ¿Cómo aceptar creencia tan enemiga de sus creencias, cual esa religion musulmana? ¿Cómo, él, adorador de la plástica, dejar el culto de las formas bellas por el culto del espiritismo vago, completamente contrario á las inspiraciones del arte? Aun concebía en el estado de su ánimo y en las ideas de su tiempo pasarse del cristianismo al paganismo; vestir la túnica de lino acompañada de una corona de verbena en las sienes y de una lira de plata en las manos; asistir entre los coros de vírgenes que entonaran cánticos griegos y trenzasen religiosas danzas, al sacrificio donde en tripode artística se ofreciera junto al ara marmórea cincelada por Praxisteles y por Fidias la ofrenda de hidro-miel á un dios sereno y hermoso tallado en el Penthelico y arruyado por el zumbido de las abejas áticas y por el exámetro de los versos pindáricos. Pero pasarse del cristianismo al mahometismo, imposible, imposible, imposible. Encontrábase en la plenitud completa de su genio. Y habia compuesto ya el San Juan Bautista del Carmine, encendido en esperanzas mesiánicas, y que hablaba expresando toda la exaltacion de la fé y todo el ardor de la juventud, si no con los labios, con los ojos, de la religion cristiana; y habia compuesto el Nacimiento del palacio de los Médicis, donde en el establo en que está la cuna del Salvador se mezclaban las aves del aire con los ángeles del cielo y los corderos y los pastores del aprisco con los potentados y los reyes de la tierra y habia compuesto en Santa María Primerana por la plaza de Fiessole, una Anunciacion, cuyo ángel, no solo traía la buena nueva, sino tambien la hermosura perfecta de los cielos; y habia compuesto en la Puerta de la Señoría aquel San Bernardo de las cruzadas, Bautista del pobre pueblo en el feudalismo, como al Bautista podria llamársele el San

Bernardo, el anunciador, el predicador de Cristo en el desierto; y habia compuesto en el Santo Espíritu de Florencia una Virgen con querubines y serafines que la contemplaban desde el Empireo y con santos y doctores que la adoraban de rodillas; y habia compuesto el cuadro de Proto, donde la reina de los astros, alabada por tantas letanias en la sucesion de los siglos, brillaba con todo su brillo místico bajo las líneas reales y en las facciones humanas de Lucrecia Butti; y habia compuesto aquel fresco en el cual aparecia San Estéban, encabezando con su lapidacion las legiones sagradas de los mártires; y habia compuesto tantos y tantos cuadros religiosos, dignos por la pureza florentina del dibujo, por la hermosura real de la expresion, por la variedad casi veneciana del colorido, por el sentimiento casi griego de la naturaleza, dignos, decia, de contarse entre las mas bellas expresiones que del ideal ha dejado la pintura para honra del arte. ¡Y con gloria tan grande podria precipitarse á locas en apostasia tan escanda'osa! Pasion funesta, que degeneró en verdadero y abominable vicio, lo perdió triste y miserablemente. Y dotado de la mas exaltada fantasia, esta facultad, creadora de las obras perdurables, pero tambien de las esperanzas engañosas, le arrastró á simas tales que no pudo sondearlas en toda su profundidad hasta despues de haberlas recorrido desde sus vertiginosas alturas al negro y pavorosísimo fondo. Sabia de memoria aquel aforismo de Thales que señala á la voluptuosidad como madre natural del dolor, pero á la manera que se saben tantas cosas, apenas aprendidas, y ya olvidadas. Lo cierto es que Filippo debia llamarse y lo era realmente, un libertino en toda la extencion de la palabra. El doble hervor de su fantasia y de su sangre le llevaban á encenagarse en vicios de sensualidad que le traían toda suerte de males y lo extraviaban en toda suerte de complicaciones. Su cerebro, semejante á un hervidero de ideas, que, apenas brotadas, se convertian ya en una serie de risueñas imágenes; su corazon apasionado de las formas y de los colores hasta el delirio; la continua sobreexcitacion de su mente creadora, animada de un fuego interior; el móvil y continuo oleaje de sus sensaciones varias, habian hecho de Filippo un sér profundamente lúbrico, cuya pasion no encontró ningun freno ni en las prácticas ni las enseñanzas de una esmerada educacion. Pero hay que decirlo para honor suyo, en medio de este desarreglo, una sola pasion contenia todas sus pasiones, el amor acendrado á Lucrecia Butti. Si, en vez de impedirse su posicion y sus votos, le facilitarán el matrimonio, fuera el desordenado pintor uno de los hombros de mas órden interior en su vida y en su familia, uno de los esposos mas fieles y mas constantes en las virtudes domésticas. Todas las inclinaciones de la juventud, exacerbadas luego por los incidentes trágicos de la edad madura, se hubiesen convertido al arte y se hubieran purificado en el amor. Pero nacido con grandes inclinaciones á vivir para la pasion mas exaltada entre todas, la cual necesita de una satisfaccion legitima, y refrenado por un



voto irrevocable; su amor, que debiera ser el lazo de flores propio para retenerlo en mundo de hechizos y de encantos, fué la pesada cadena cuyos eslabones lo tenia ceñido y atado á un verdadero infierno. Sus sentidos necesitaban la posesion tranquila y legítima de una beldad amada para encontrar la necesaria calma; sus afectos necesitaban de un amor, en cuyo fuego todos se acrisolasen; su imaginacion necesitaba de una musa para que inspirara ideas artisticas y las sometiera á los consejos de la razon y a las voces de la conciencia; su vida toda necesitaba de esa compañera que la ilumina con sus ojos, que la hermosea con su sonrisa, que la rocia con sus lágrimas, que la endulza con sus consuelos, que la dilata con sus esperanzas, que la diviniza con sus plegarias. Pero no puede fundarse la felicidad del hogar sobre el huracan de las pasiones desatadas. La primera virtud de un amor tranquilo se encuentra en la seguridad de no sufrir mudanzas; y la seguridad de no sufrir mudanzas se encuentra en el culto eterno á lo que existe de inmortal en cada amante, la conciencia y el alma. En el amor feliz sintiera la calma y en el amor desgraciado sentia la incertidumbre; en el amor feliz la esperanza y en el amor desgraciado la desesperacion; en el amor feliz la luz celeste que necesitan los ojos de un artista y en el amor desgraciado las tinieblas de una ceguera perpetua; en el amor feliz la fijeza de su dicha y en el amor desgraciado la volubilidad natural en quien busca emociones por todas partes á ver si encuentra en ellas á sus dolores ó el calmante tranquilizador ó el eterno olvido. El amor, en que hubiera predominado la parte moral sobre la parte física como el amor correspondido y legitimado de Lucrecia, lo salvara. El amor inconstante, volandero, amigo de sensaciones, en que la parte física dominara sobre la parte moral, ¡ah! lo perdió para siempre. Las dos almas que Dios creara, una para otra, se hallaban de todo en todo separadas por los votos religiosos y las leyes sociales. De aquí las aventuras innumerables que llenaron de dolores la vida y el alma de Filippo. Mas entre ellas, no la hubo tan triste, tan trágica, tan extraña, como la que atravesaba en aquel supremo instante. O tenia que convertirse al mahometismo ó tenia que abrazar la muerte. Dejar una vida en la flor de la edad, en el zenith de la gloria cuando todavía le quedaban muchas obras que hacer y muchas esperanzas que cumplir, terrible amenaza para un jóven y para un artista. Pero despedirse de la patria para siempre, indisponerse con todos los amigos del alma, renunciar á los laureles de la gloria, hacer dejacion del único amor sentido con verdadera constancia, sacrificar la religion de los padres, el culto aprendido en la infancia, el sol interior de la conciencia, el Dios en cuyo regazo se espera encontrar la gloria sin eclipse despues de la muerte ¡oh! era un sacrificio al cual no se prestaba en manera alguna un hombre que podia tener cuantos extravíos sensuales se quisiera, pero compensados con puros arrebatos de artista. Filippo no podia defenderse de las justas acusaciones del Sultan; no

podia decir que tendió su mano á una flor entregada completamente á su discrecion; que hincó el diente en la fruta caída sobre sus lábios; que satisfizo un amor descendido á buscarle en su mazmorra; y que cualquiera, en igualdad de circunstancias, no siendo un santo, hubiese hecho lo mismo, arrastrado casi por una fatalidad superior á su albedrío. Pero otro, que no hubiera sido él, en tanto aprieto, discutiera, rogara, argumentara: su conocimiento del mundo, su don artistico de la oportunidad, su experiencia de la vida, su adivinacion del natural de aquellos semitas inaccesibles á toda reflexion y á todo raciocinio, le aconsejaron lo que mas cuadraba á su dignidad: callarse noblemente y aceptar resignado la muerte. El Renacimiento resucitó una de las virtudes que la antigüedad tuvo en mayor grado: la virtud de saber morir. Ya que su muerte estaba dispuesta por Dios y por la ley, no quiso Lippi profanarla ni ennegrecerla con ninguna debilidad. Tampoco quiso disculpar las propias debilidades con la debilidad de la pobre niña que llevara á su prision algunas horas de placer, ya que no de amor. Y tras larguísimo silencio, con ningun gesto de impaciencia interrumpido por el Sultan, y mucho menos con ninguna palabra, dijo Lippi estas solemnes frases:

—Señor, mi resolucion está tomada. Antes mi Dios que mi vida. En el espantoso dilema que V. A. me ha propuesto no puede vacilar mi conciencia. Acepto la muerte.

El Sultan, á pesar de la ira que despertaran en su pecho las ofensas inferidas á su honra, no pudo menos de admirar la entereza de su resolucion y por lo mismo, no pudo menos de contemplarlo con cariñosísima contemplacion. Y tras esta mirada profunda, díjole con cierta uncion estas palabras, tristísimas para un monarca y para un padre:

—Mucho admiro tu fortaleza, y mucho, en verdad, la envidio. Aunque esté resuelto á perderte, no quiero regatearte los elogios debidos al vigor de tus creencias y á la fidelidad á tus juramentos. Pero no olvides que has herido de un solo golpe tu corazon y mi corazon; no olvides que te has condenado á tí mismo á muerte y que tambien has condenado á mi hija.

Al oir esto lanzóse Filippo á los piés del sultan, abrasóle con efusion las rodillas, y le dijo con persuasiva expresion:

—Ya has visto, señor, cómo me he resignado á tu voluntad y he acogido sin murmuracion alguna tu sentencia. Haz de mí lo que quieras; envíame cuando te plazca y como te plazca al otro mundo. Mi crimen no tiene mas excusa que el ardor de esta mi sangre florentina y la hermosura de esa tu incomparable hija. Pero márame á mí que la he seducido, á mí que la he engañado, á mí que la he perdido; y déjala á ella en paz: que aun pue-



de y debe encantar tus dias. Conténtate con mi sangre. Satisface la vindicta de tu reino y la indignacion de tu pueblo, con mi yerto cadáver. Desahoga en mí todas tus iras. Pero no toques á la hermosa niña, toda inocencia, toda amor, toda pasion, que se ha enredado, por ignorancia quizás del mal que te hacia, en las redes tendidas á su virtud, por un probado y experto seductor. Mucho amo la vida; mas no me importa perderla por mi honor. Lo que ha de amargar mis últimos momentos y ha de hacer horrible mi agonía, será pensar cómo hieres de mi propia herida y matas de mi propia muerte á esa blanca paloma. Señor, perdónala, si no por mí, por ti mismo. Considera que es tu sangre, tu carne, tu alma.....

—Vuelve á tu prision, dijo el Sultan, y prepárate á bien morir. No me hables mas, porque no puedes quebrantar ninguna de mis resoluciones. Déjate de encarecerme cuán terribles son mis deberes de imperante, porque hartó lo sé y y hartó lo lamento. Vé á tu mazmorra, y prepárate á la muerte.

En efecto; Filippo, viendo la inutilidad de toda nueva súplica, hizo una gran reverencia, y salió con ánimo resuelto de la estancia. El Sultan, así que lo vió salir, se entregó á todo su dolor, y comenzó á llorar á rienda suelta. Á los pocos minutos, entró un esclavo nubio, y dijo:

—Señor, desea ver á V. A. con grande insistencia, el noble florentino Guido Montaperto.

—Qué entre.

Y en efecto entró el anunciado.

—Señor.....

Dijo inclinándose profundamente.

—Caballero.

Le respondió el Sultan.

—Sé cuanto os ha sucedido con el hombre á quien acabais de despedir.

—¿Y qué?

—¿Deseais para él un castigo correspondiente á su crimen?

—Lo deseo.

—Pues entregádmelo á mí.

—¿Para qué?

—Para que pueda desahogar una pasion, cuyas mordeduras me atañean el alma, la venganza; y hacer que ese malvado sufra en su cuerpo y en su alma todo cuanto ha hecho sufrir á V. A.

El Sultan respondió, al oír esto, con una exclamacion que, en realidad, nada definía ni aseguraba.

Y el caballero continuó en su súplica.

—Francamente, dijo, yo daría cuanto me pidieran, mi corona de príncipe, mi título de nobleza, mi castillo mas fortificado, mi propiedad mas cuantiosa, los dias mejores de mi vida, hasta la bienaventuranza, por satisfacer esta intensísima pasion y castigar á ese hombre que me ha robado toda mi dicha. Cuando V. A. lo encontró en alta mar, habíalo arrojado yo á los peces. Os debia la vida y os ha quitado la paz del hogar y ha herido la virtud de la familia. Ved si es funesto y si debeis satisfaceros con un vulgar castigo. En cuanto supe que aquí se encontraba, vine, porque ha de perseguirle mi sombra en este mundo y en el otro hasta que sacie y satisfaga mi venganza. Entregádmelo, pues, y vereis que el vampiro no chuparía su sangre como la chuparía yo; que el tigre no despedazaría sus carnes, como la despedazarían mis uñas y mis dientes.

—Yo vengo mi agravio, castigo el crimen contra mí, satisfago mi propia venganza. Yo le castigaré pues. Déjame.

Y Guido salió despechadísimo al ver desechada su inútil é improcedente demanda.





## CAPITULO XV.

### Milagros del Arte.

En cuanto llegara el cautivo á su mazmorra, oída la sentencia inapelable, dispúsole todo con minuciosa disposicion para el último viaje. Malversados sus bienes en dilapidaciones continuas y malbaratada su vida en continuos placeres, poco le quedaba por hacer sino sumergirse en su conciencia y presentar á Dios el holocausto de su arrepentimiento. Al borde ya de la tumba, apremiábale el tiempo, y dirigía una mirada al mundo que iba á dejar y otra mirada al inmenso misterio en que iba por siempre á perderse. El testamento, que significa un último adios á la vida, y las oraciones, que significan una primera invocacion al cielo, embargaban por igual sus últimos instantes. No tenía bienes pero tenía recuerdos que dejar, algun cuadro todavía de su pertenencia, alguna reliquia de sus batallas por la vida, alguna recomendacion de su memoria, alguna palabra de amor, la eterna despedida al mundo. Todos estos legados los dejó á una sola persona, á la que debiera haber sido su dicha y fué su desdicha, al amor de sus amores, á Lucrecia. La fidelidad á aquel cariño entró por principalísima parte en la suprema resolucion de la muerte. No abandonar la religion adorada por su conciencia; no abandonar á la mujer preferida de sus sentimientos; he ahí el empeño que le conducia al sepulcro. Así, cogió la pluma y designando con fidelidad los objetos que le recordaba su memoria, lególos todos á la poseedora de su alma y de su existencia; á la que, sin haberse casado, quedaba viüda con su muerte, á la idolatrada Lucrecia. En tan supremo instante no pudo menos de decirle, como descargo de su cargada conciencia, como excusa á su procelosa vida, como comprobacion suprema de todos sus

afectos, que si á ella se hubiera unido desde el día en que la encontró, cual verdadero ángel de los cielos á la puerta mágica, y en los dinteles encantados de la juventud, ofreciérale todas las inspiraciones de su arte repartidas entre mujeres indignas de tal presente y consagrárale todo entero un corazón consumido en placeres indignos de sus profundísimos sentimientos. El amor correspondido, pudo elevarle mas allá de las estrellas del cielo; el amor imposible, le arrojó mas allá de las inmundicias de la tierra. Por consolarse de tan triste condicion, por contrastar un poco las penas de su alma, cayó con la gravedad fatal de una piedra en los estercoleros del vicio. Así lo que mas le atormentaba en aquella angustia suprema, era el no haber tenido á Lucrecia á su lado como parte esencial de su alma y no haberle consagrado todo su sér. Esta sed de felicidad no saciada, le atormentaba en su última agonía. Y para demostrar que si la Iglesia y la sociedad le negaran esa grande satisfaccion, condenándole á tanta tristeza, su voluntad y su conciencia eligieron á Lucrecia por eterna compañera de la vida y eterna esposa del alma, legábale con todos los objetos de su pertenencia todos los recuerdos de su memoria y todas las ideas de su pensamiento. Concluida la carta, y cuando parecia que replegaba sus alas en la contemplacion de las cosas eternas, volviöse, y tropezó con el retrato del Sultan, con aquel retrato que pintara por ocupar en algo sus ocios y por demostrar de alguna suerte al que fuera su salvador lo verdadero y lo profundo de su agradecimiento. Artista siempre, en toda ocasion y coyuntura, mirólo con profunda mirada y encontró con el original perfecto parecido. Mas, como de paso notara algunas incorrecciones de dibujo y algun olvido de marcas y señales muy propias para aumentar la verdad, cogió el pincel y perfeccionó la obra con certeza de mirada y firmeza de toque, en las cuales veíase á un mismo tiempo la veracidad de su inspiracion y la energía de su temperamento. Al borde oscuro de los abismos insondables, no olvidaba ni por um minuto los celestes resplandores del arte, que eran como la luz natural de su espíritu.

Despues de esto, fueron ya para la eternidad todos sus pensamientos. Nunca se comprende el origen divino del alma como poniéndola frente á frente de la muerte. Á este frio contacto, sus alas se abren, y su vuelo se dirige, como á su verdadero centro, á lo infinito. Á medida que la descomposicion se acerca, y que los átomos disipan la vida interior, levantándose como una llama, se dilata por horizontes invisibles á nuestros ojos de carne y clarísimos á la mirada escudriñadora del pensamiento. Las contradicciones de nuestro sér tienen por natural explicacion la muerte, que guarda las armonías eternas en su eterno descanso. Como asomándoos á un lago veis retratarse vuestro rostro, asomándoos á la eternidad, veis retratarse vuestra alma. Y conocéis que la sed del sentimiento jamás saciada; que el hambre de la razon no satisfecha; que las nobles aspiraciones al bien supremo no cumplidas; que el amor á la hermosura ideal nunca vista; que todas esas



tendencias desbordadas del estrecho límite de nuestra vida condicional y relativa, sin realización posible aquí en la tierra, sin dominar, porque en el barro planetario de que estamos formados, ha caído como una gota de esencia celestial, cuyos vapores contienen todas esas ideas de divino origen y de naturaleza sobrenatural, que relaciona la humilde criatura con su divino Criador. A cada una de las tendencias fundamentales de la humanidad corresponde su respectivo objeto, al sentimiento social una sociedad y un Estado, al amor una familia, á la religión un culto, á las inspiraciones un arte, al deseo insaciable de saber una ciencia, y al horror que todos sentimos á la nada y á la seguridad que todos tenemos de un mundo mejor, allende la muerte debe corresponder y corresponde realmente la inmortalidad. Váyase en buen hora el átomo que hemos recogido de la polvareda levantada por los giros del aire en las tortuosidades del camino; séquese el jugo que hemos libado en los frutos del campo, piérdase el calor que bajado de un astro lejano, hemos infundido como nueva vida en nuestras venas, mientras quede el foco donde todas las ideas se concentran, el alma humana en esencia, allí está el éther luminoso venido del cielo y que al cielo ha de volver como vuelven al inmenso Océano dulcificadas y puras, las aguas que ha esparcido en los aires con sus evaporaciones continuas. Esta creencia y esta confianza en la inmortalidad mantenían el alma del pintor, abierta á todos los consuelos y dispuesta á pasar de este mundo á otro mundo mejor como á la natural vivienda que buscaba con sus inspiraciones artísticas. No era en su corazón este sentimiento una especie de conformidad estúpida con un ciego fatalismo, sino una especie de aspiración necesaria á los horizontes de la inmortalidad, entrevistos en esas inspiraciones arreboladas que ornan los bordes de la mente del artista, semejantes á los vapores inflamados que, al caer el día, ornan los bordes del ocaso.

En cuanto llegó á su ergástula, supo Filippo que iba á darse gran solemnidad á su muerte. Por uno de esos caprichos frecuentes en los déspotas, desechó la estrangulación usada vulgarmente en Asia, y adoptó el Sultán la solemnidad de las ceremonias europeas. El poeta castellano, que residía en su corte, le hablaba de los rituales empleados en trances como la decapitación de D. Alvaro de Luna, y quiso el moro imitarlas servilmente. Un tablado cubierto de paño negro se alzó á la puerta misma del calabozo donde se cometiera el crimen sentenciado. Un tajo se puso en medio del tablado. Junto al tajo se colocó la funesta cuchilla que debía ser manejada por verdugo, vestido á la española, y enmascarado, alrededor del cual estarían tres ó cuatro ayudantes encargados de mantener los instrumentos del suplicio y reemplazar en caso de vacilación ó de desmayo al verdugo. Aunque no se veían por temor ó profanaciones de los fanáticos, altares con blandones cristianos y la cruz de nuestra redención, acompañarían, en prueba de tolerancia, frailes franciscanos al reo, para prestarle todos los auxilios de su religión hasta

el momento mismo en que hubiera entregado el alma al Criador. Grande consuelo aquel para un cristiano como Lippi, morir en el seno de su religión y confortado por todos los auxilios espirituales. Así es que arregló las cosas terrenas en sus últimas minuciosidades, y se consagró á pensar en las cosas celestiales y eternas.

La ergástula, ó estancia de cativos y presos, donde estaba Lippi, con todos sus compañeros, parecía una Academia de teología, ó mejor dicho, de varias y encontradas teologías. El pobre Serafin, inocente descubridor del crimen, si no compensaba todo el mal involuntariamente traído con su presencia y su encuentro, servía mucho para fortalecer con sus consejos un alma atribulada é iluminar con alguna esperanza celeste la vida material próxima á extinguirse. Por las mismas razones que al franciscano hereje, habían recluso allí á varios rabinos judíos; y casi por la razón que á los rabinos judíos á varios santones musulmicos, por necesidad de conservar el orden público en las calles y de mantener las obligaciones contraídas por los sultanes de Túnez con los príncipes cristianos y extranjeros. A esto se unió la presencia de dos franciscanos ortodoxos, pues Serafin no había ofrecido ni Lippi aceptado naturalmente prácticas y ceremonias contrarias, como heterodoxas, al puro catolicismo. De suerte que todas las tendencias fundamentales del monoteísmo, los judíos que adoran la Biblia, los mahometanos que adoran el Koran, los católicos puros, y los católicos disidentes, tenían una representación urdida por la casualidad, pero grandiosa, en la agonía de Filippo Lippi. Nada tan conducente á hablar de Dios como la muerte. Nada que nos inspire pensamientos tan religiosos como la inmortalidad. Las diversas religiones no son mas que las respuestas dadas á la inmensa interrogación que sobre los errores de los sepulcros dirigimos á la luz y á la claridad de los cielos. A todo se resigna el hombre menos á morir perpétuamente. Con todas sus desgracias se conforma; pero no con la separación eterna de los seres queridos y con el eterno silencio y las eternas sombras. Si un átomo no puede aniquilarse, un átomo imperceptible, en la creación inmensa, ¿cómo se aniquilará esta alma humana, llena de ideas que vienen á ser como eterna fuente de vida? Si no puede extinguirse la ceniza que se desprende de vuestros huesos ¿cómo se extinguirá la llama de la conciencia, en cuya luz se iluminan espacios morales mucho mayores que el inmenso espacio material? La serie de religiones, por donde el hombre ha querido subir como por una escala mística á Dios, no es otra cosa mas que una serie de resistencias insuperables opuestas por los mortales á la muerte.

Así, todos cuantos representaban las diversas religiones en aquella sombría ergástula, dirigiéronse á Lippi hablándole de lo supremo de aquel trance y de los consuelos que á tanta pena guardaba un refugio seguro en las puras creencias religiosas. El primero en hablarle fué el rabino que, en frases propias de sus severos dogmas, le quiso mover al desprecio de la vida y



al amor á la muerte, olvidándose de que trataba con un hombre, heleno por sus inclinaciones, artista por su vocacion, idólatra de las formas por su temperamento, casi pagano por sus creencias, henchido de aquel amor á la antigüedad y de aquella exaltacion por el trabajo y de consiguiente por la vida que constituian los rasgos y caracteres distintivos de su edad, del creador Renacimiento.

—Noche terrible, decia el rabí, aquella en que el pecado concibe á la criatura y la saca del seno oscuro y vacío de la nada. Pluguiera á Dios borrar tal hora de la sucesion de los tiempos y convertir en sepulcro las entrañas de nuestra madre. Maldigan todas las generaciones nuestro nacimiento bañado en lágrimas y en sangre, acto mas triste que el acto de nuestra muerte, y digno de un duelo mas largo. El castigo y el dolor consiguiente no consisten, no, en morir, consisten ¡ay! en haber nacido. Con la sangre que nos alimentó en el claustro materno recibimos el venenoso jugo de todas las penas juntas, y con la leche que nos amamantó, solo acertamos á engordarnos y mantenernos para la hora suprema de nuestro fin malaventurado. Allá en el sepulcro duermen unas cenizas sobre otras cenizas sin movimiento pero tambien sin dolor. Reina el frio en ellas y con el frio el silencio; y no puede ya enardecerlas el fuego de la concupiscencia ni mancharlas ¡ay! la baba de la calumnia. No hablan; pero tampoco mienten. No andan; pero tampoco claudican. No viven; pero tampoco matan. ¡Qué tierra esta donde al protervo que es fuerte le llaman rey y al débil virtuoso le reducen á esclavo! Estremézcanse tus huesos de alegría en el momento de dejar el calabozo de este mundo y sacudir la herrumbre de esta vida.

—No me hables, rabino, de desamor á la vida y de odio al nacimiento. Engendrado en la desgracia, crecido en la miseria, puesto en el claustro de un convento cuando necesitaba los tumultos del mundo, perdido de amor á una mujer que no pude lograr, con todo el ímpetu de mi voluntad presa de pasiones múltiples y contradictorias, próximo á una muerte violenta, aun bendigo hoy al que ha compensado todos estos dolores con la alegría inexplicable de ver la luz, de sentir el calor vital, de escuchar el coro de armonías compuesto por las avejillas del airè y las estrellas del cielo, de entrever las delicias encerradas en el amor; sublimes y benditas compensaciones á todas mis angustias. Caerá la segur sobre mi garganta; rodará la cabeza separada del tronco por las tablas de mi cadalso; faltará la luz á mis ojos y el aire á mi pecho; pero no se extinguirá, no, la esperanza de continuar la vida al través de la muerte en otros cielos mas esplendorosos y en otro mundo mejor que este nuestro bajo mundo, porque imposible á mi fé creer un retroceso de la vida tan llena de esperanzas á la nada. El sepulcro será otra cuna; la ceguera momentánea de la muerte una adquisicion de otra vista mas penetrante para descubrir, no ya las toscas cosas, sino las ideas en sí; la separacion de los mortales, el encuentro en cimas sublimes con los in-

mortales y los bienaventurados; el frio de la agonía, el comienzo de un calor que no provendrá de esa sombra llamada en nuestro imperfecto lenguaje sol, sino del sol mismo de los soles, sí, de nuestro eterno Dios

—Cristiano, dijo el santon musulman que escuchaba á Filippo, al oírte hablar así, persuádome de que tus libros santos han anunciado la venida de mi Profeta y la sublimidad de su doctrina. En el capítulo decimo-sétimo del Génesis, versículo vigésimo anuncia tu Dios que ha bendecido á Ismael, destianándolo á engendrar doce príncipes y á regir poderoso pueblo. En el capítulo décimo-octavo del deuteronomio dice Dios á Moisés que suscitará entre los hermanos de Isaac un profeta semejante á El y hará fluir palabras eternas de su bendita boca. En el capítulo trigésimo-tercero de este mismo libro, profetiza Moisés que así como la ley de Israel se ha promulgado en el Monte Siná, promulgaránse la ley de Cristo en el monte Seir y la ley de Mahoma en el monte Pharán. É Isaias, cuando vió en la profecía con aquellas congostas de su alma, comparables solo á las congostas de la mujer en el parto, los desiertos extenderse sobre los vientos para anegar en abrasadas arenas á los protervos, vió venir tambien carro de guerra, al cual iban ceñidos un profeta cabalgando en humilde asno, Jesucristo, y otro profeta cabalgando en bíblico camello, Mahoma. Así nuestras religiones bajan como un manantial misterioso de iguales cielos y corren acrecentadas en ideas como rio enriquecido por afluentes á desaguar en el océano de la misma eternidad. Por eso ha dicho nuestro Profeta que si Alhá hubiera querido la unidad de las creencias en el seno de una sola religion, la tundara por una ley de su sabiduría suprema y un mandato de su omnipotente voluntad. Dios nos sacó del polvo con su soplo ayer y al polvo de la tierra nos volverá mañana. Y luego enviará calor vital á los átomos esparcidos y se verbificarán para volver reanimados á la divina presencia. Como los gérmenes brotan del surco, brotarán los cuerpos de la tumba. Como de un solo hombre ha salido la humanidad entera, de todos los cadáveres saldrá la resurreccion universal. Los vivos necesitan de la luz del sol; los muertos y los resucitados necesitan de la mirada de Dios. Los incrédulos en su ceguera lo dudan, olvidando que quien ha podido encender una estrella en el espacio vacío del firmamento, mejor podrá reanimar apagadas cenizas en el vasto cementerio del mundo. Apresúrate, pues, tú que mueves cuanto hay, plegarias, intercesiones, votos; apresúrate á desarmar á Dios con tus ruegos y á pedirle el soplo vivificador de su misericordia.

—No espero nada por mí, por mi vida, por mis acciones, por mis obras, merecedoras de implacable castigo; lo espero todo de los méritos y de la intercesion de Nuestro Señor Jesucristo.

Dijo Lippi oponiendo á las palabras del santon estas públicas profesiones de su acrisolada fé.

—Jesus, dijo el santon, vino á confirmar la verdad del Pentateuco que



le habia precedido y á profetizar la venida del profeta Ahmed que debia seguirle.

—Cierra tus oídos á esas blasfemias, dijo uno de los franciscanos ortodoxos, acercándose á Filippo; y ábrelos á la divina palabra. Cree y confiesa todo aquello que cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. En esta hora suprema cófrmate con la divina voluntad y reconoce la virtud bienhechora de los sacramentos. Acepta la muerte con resignacion y ofrécela como holocausto á Dios. Mira en la muerte misma la sabiduría eterna que te prueba y te conmina, advirtiéndote el castigo preparado, para que el último aliento no te sobrecoja en el placer sino en la penitencia. Ruega sin descanso al dispensador de toda misericordia, interponiendo la mediacion de Jesucristo y su santísima Madre. Pídele al seráfico san Francisco que ruegue por tí, ya que hasta el día del juicio se encontrará cerca del trono de la Santísima Trinidad intercediendo y orando por los míseros humanos.

—Yo, padre mio, dijo Lippi levantando al cielo sus ojos, muero por confesar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo amor ha querido abrirme la legión de sus elegidos y colocarme en el número de sus mártires. El Sultán me ha puesto en la terrible alternativa de elegir entre su hija única, con su corona real, ó la muerte por la fé, y he preferido morir en Cristo á reinar en el error. Ofrezco, pues, tal sacrificio á Dios, y espero en premio á él la salvacion eterna. Mas, como quiera que me halle en la última agonía, y sea esta hora de verdad, pues ningún afeitado puede ocultar vicios á quien todo lo vé, ni sofisma ninguno mentir sentimientos ó ideas á quien todo lo sabe, debo decir y declarar como el amor á una mujer virtuosa y casi celestial, ha sido el firmísimo sostén de mi debilidad en este combate. Y no por hallarme al borde de la eternidad, próximo al supremo juicio, sino por sentirme confortado y dispuesto á cumplir mi voto, ofrezco, si por milagro patente saliera de ésta, apartarme como un San Antonio de toda mujer que no sea ella; trabajar como un desesperado para conseguir la dispensa de mis votos y el matrimonio legítimo; permanecer, ya sea marido, ya fraile, posea ó no á la mujer adorada, en la fidelidad más completa y en el amor más casto. Y si tal no cumpliera, una vez salido de este trance, que el verdugo me descabece sin misericordia y Satanás me atormente por toda la eternidad.

—Déjese, hermano, de todos esos pensamientos terrenales y vuelva su alma á la confesion y á la penitencia para morir redimido y salvado en el seno de la Iglesia.

—A la hora de morir algo me faltaria si me faltase este último pensamiento á mi amada. Todos mis pecados han consistido en no guardarle la misma fidelidad real que le guardaba en mi pensamiento. Toda la desgracia de mi vida ha estado en creer fáciles las emociones capaces de borrar su recuerdo y posible apagar en los vapores levantados por la embriaguez de los

sentidos el fuego de su amor. Declaro haberme equivocado y confieso ante Dios y los hombres que á esta hora de mi muerte resplandece su imágen tan pura en el fondo de mi alma, como el día que la ví aparecer por vez primera ante mis ojos en la más florida y tierna juventud. Confieso, Dios mio, á un tiempo mismo tu religion y su amor.

—Confesad exclusivamente, dijo el franciscano, la religion católica, apostólica y romana. Creed todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. Recibid la muerte con verdadera conformidad, y ofrecedla á Dios como remision de vuestros pecados. Mirad en el cadalso á que vais á subir y en la muerte que vais á probar una verdadera y santa penitencia. No distraigais vuestra idea de la inmolacion voluntaria ofrecida de grado á Jesucristo. Así recibis el más fecundo de todos los bautismos, el bautismo de sangre; y os contareis entre los más meritorios de todos los bienaventurados, entre los mártires. Y yo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os doy la absolucion de todos vuestros pecados.

Mucho extrañará el lector que, en esta conversacion sobre Dios y la inmortalidad, suscitada por el supremo trance de Filippo, no tome parte alguna el exaltado y elocuente Serafín, preso con todos los interlocutores, y á todos reunido en el calabozo central, donde abocaban los calabozos particulares, y donde sus varios compañeros despedían y confortaban al reo de muerte. Ya hemos indicado la causa al decir que, sintiéndose heterodoxo, no tomaba Serafín ministerio alguno en la agonía de un hombre tan desordenado, pero tan creyente y tan ortodoxo como Lippi; y tenia que someterse á un pasivo silencio. En su exaltacion por todos cuantos lloraban y padecían á su alrededor, no hay que decir los consuelos y los remedios arbitrados por él para consolar el ánimo de su amigo, herido por tantas y tan rudas pruebas. Mas en todo lo referente á su alma, y al paso de esta vida á la otra vida, dejaba su lugar á los correligionarios de Filippo, á los frailes creyentes y de toda ortodoxia. Su alma estaba absorta á la sazón y casi perdida en los abismos de una idea que toda entera la henchía, á saber, en la contemplacion y exámen de los procederes seguidos por Filippo durante aquel trágico y extraordinario incidente. El artista, sordo á las voces de la conciencia, ciego á la luz divina de la virtud, ligero como la espuma, sensual hasta la brutalidad, indiferente á las ideas, confesaba su fé y moría por ella con la suma alegría de los antiguos héroes; y él, tan religioso en sus creencias, tan exaltado en sus afectos, tan dispuesto á la predicacion y al martirio, procedió en la vida con tal arte y rehusó la muerte con tal destreza, que en ciudades donde reinaba la inquisicion, donde espiaban tantos y tantos esbirros, donde ardían en las hogueras los hereges, lograra ó por desprecio de los demás ó por propia prudencia, vida tranquila y amplias libertades. Ora hubiese una razon, ora hubiese otra, lo cierto es que le confundía y que le avergonzaba el proceder animoso de Filippo y su envidiable martirio comparados



con la impunidad increíble conseguida por él y solo imputable en el sentir que entonces le dominaba por entero, á una precaucion rayana de la cobardía. Y puesto que oyera votos, y en venas de hacerlos estaban todos, ofreció por su Dios, por el Paráclito, que si alguna vez abordaba en las playas de Italia, predicaria con tanta exaltacion y tanto entusiasmo, que no tuvieran otro remedio sino oírle sus numerosos contradictores, y probarle de alguna manera que temian con verdadero temor, aquella predicacion de heterodoxas ideas:

—Sobre todo, ánimo, decia Serafin hablando para sí en conversacion completamente íntima y silenciosa, y en uno de esos diálogos, en que ciertas facultades del alma discuten con otras facultades á la callada en disputas interiores que deben llamarse los verdaderos combates del espíritu. Sobre todo, ánimo. Las ideas tienden á difundirse como el éther; y aquel que no difunde las propias á la continua, es sin duda porque no cree ni en su bondad ni en su eficacia. Salgan, pues, de mi boca las mias tales como las dicta mi razon, y vayan á mover otras almas regenerándolas en la comunión divina de la verdad. Por el cielo azul, mas allá de las estrellas de oro, se extiende un arco iris de ideas, que juntan nuestra tierra con lo infinito, como las cadenas de que se halla suspendida la mística lámpara ante el santuario, y que faltarian al universo de no haberlas evaporado en la inmensidad, á costa de tormentas y tempestades incesantes, los recónditos abismos de la humana conciencia. Cuando he oído á estos rabíes y santones me he confirmado en el pensamiento capitalísimo de mi vida, en que es eterna la revelacion divina como es eterno el movimiento universal. Y no solamente es eterna, sino cada vez mas luminosa y mas verdadera, segun que la razon humana por las adquisiciones de verdades nuevas y la voluntad humana por la práctica de nuevas virtudes resultan mas aptas para penetrar con su vista interior en los divinos misterios. El Hijo anunciado por el Padre en tantas profecias vino á traer nueva revelacion á la vida y á sellar nuevas alianzas entre lo finito y lo infinito. Pues el Espíritu, anunciado por el Hijo, vendrá tambien á su vez en forma mucho mas bella y etérea que la forma humana, para extender sobre la tierra sus alas como sobre su nido, y darnos un Evangelio mucho mas sublime que el Evangelio de Cristo, en cuyas máximas las almas se templen para obras mayores y las sociedades se renueven con primaverales renovaciones. Y así como leyendo la Biblia, no queda duda alguna de que el Padre ha anunciado al Hijo; leyendo el Evangelio no queda duda ninguna de que el Hijo ha anunciado al Espíritu. Rogaré á mi Padre y os dará un nuevo consolador, dice Cristo en el Evangelio de San Juan. Bien será que yo me vaya, añade en otra parte del mismo libro, porque si no me voy, no vendrá el consolador á vosotros á enseñaros toda la verdad; y no hablándoos de sí mismo, os dirá todo cuanto oyera y os anunciará las cosas por venir. Sí, lo esperamos, y lo vemos en los cielos y lo sentimos en la tierra

y lo amamos en todas las criaturas, animadas de los matices de una luz espiritual mucho mas viva que el éther, como se animan en la primavera las larvas, yertas durante todo el invierno. Hay tres religiones monoteistas: el judaismo, el cristianismo y el mahometismo. Y estas tres religiones tienen de comun ciertos principios dogmáticos cual la existencia de un solo Dios y la aparicion de sus reveladores al par de ciertos principios morales que disciplinan la voluntad y dirigen la conciencia. Y como todas ellas tienen alguna parte de símbolos que se pierden, de figuras que se desvanecen, de imágenes que se apartan de su pura esencia, todas ellas pueden formar en lo porvenir el fondo y acerbo comun de un dogma bastante poderoso á unir naciones separadas hoy por la guerra, y á embellecer con la luz del alma y los beneficios de la paz regiones manchadas de sangre y ocultas entre las sombras. La religion del Paráclito se reducirá á la unidad de Dios, á la santa Providencia, á los divinos mandamientos, á la revelacion eterna y universal, á la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, apagando el fuego del infierno para siempre con la redencion de Satanás devuelto á su primera hermosura y alumbrando el espacio y la conciencia con una luz etérea emanada de las increadas ideas. Y ya que tenemos estas dulces y consoladoras esperanzas, prediquémoslas entre las gentes y muramos, si el deber lo exige, por extenderlas y por afirmarlas en la humana conciencia.

Gran rumor, proveniente de la asamblea ó reunion de numerosísima muchedumbre, atravesó los muros de las mazmorras y heló á una los corazones de sus presentes habitantes, porque denotaba la hora solemne de la ejecucion y el apego de las gentes á estos tristísimos espectáculos. Toda la elocuencia de los sacerdotes concluyó, como si la última verdad de la vida no pudiera oirse sino en el mayor recogimiento, ni el comienzo de la muerte acercarse sino en el silencio, mas expresivo que todas las palabras. Serafin, retraído y aparte durante los anteriores sermones, avalanzóse á su antiguo amigo con efusion y le estrechó en sus brazos con ese dolor tanto mas terrible, cuanto que no encuentra para su expresion y encarecimiento ni una voz, mudo como la muerte. El desenlace de aquella vida, cuya natural gloria oscureciera el desvario de los sentidos, apenábale por lo mismo que veía en él como la justicia divina pesa al fin y al cabo sobre todos los humanos desvarios y castiga con terrible castigo las humanas faltas. Filippo, grave sin afectacion, valeroso sin jactancia, resignado sin decaimiento, vuelto á Dios sin esfuerzo, mirando el supremo trance con una mezcla de dolor y de frialdad que cuadraba á su buen natural, solo sentia dejar tres cosas en las riberas de este mundo: amigos como Serafin, glorias como su paleta, amores como el gran amor de Lucrecia. Así es que, al ver entrar los ayudantes del verdugo, los ejecutores de la justicia, aquellos que debían arrancarle al mundo, lanzóse nuevamente en brazos de Serafin como para estrechar en aquel testigo de su vida todos los recuerdos abandonados aquende la



muerte. ¡Cuán feliz hubiera sido, con qué satisfacción y contento dejara la tierra, si al par de la vocación de su inteligencia en el arte realizara la vocación de su sensibilidad en el amor! Moría, sin embargo, tan joven que después de dejar innumerables cuadros con los cuales se envanecería por siglos de siglos su patria, aun se llevaba pintados en la mente y repetidos en la retina muchos de sin igual esplendor, cien veces más hermosos que los trazados en la primera mitad de su vida y en la alegre juventud de su inspiración. Era en tan alto grado infeliz que, después de haber ido tras todos los placeres anheloso, no había gustado el mayor de ellos, la paz y la felicidad en el hogar, el amor correspondido en la bella alma de una esposa casta, los hijos rodeando la vida, y el último trance aceptado junto á una familia virtuosa que llora y que bendice. De consiguiente dejaba la vida sin haberla realizado en toda su plenitud; dejaba el mundo sin haberlo visto bajo todos sus aspectos; se iba al otro mundo con muchas y muy crudas heridas en el corazón y muchos y muy acerbos remordimientos en la conciencia. Y así, la súplica que dirigió al cielo, á esta hora, en demanda de perdón por su vida pasada, y en premio á su completo arrepentimiento, sellada estaba con el sello indeleble de una grande sinceridad. Vistióse el hábito de la Virgen del Carmen bajo cuya estameña tantas veces latiera su corazón; colgóse al cuello el santo escapulario después de haberlo repetidas veces besado; abrazó por tercera vez á Serafín, el cual se desplomó en tierra sin sentido, y aunque seguro de su fortaleza, apoyóse en los dos frailes franciscanos que le ayudaban á bien morir, y se encaminó con paso firme y airoso continente hacia el tristísimo cadalso. Como le dijeran que hiciese á los encargados de ajusticiarle sus últimos encargos, volvióse hacia ellos, y les dijo que llevaran á su espalda un cuadro cubierto de paño negro que allí tenía para ofrecérselo y presentárselo al Sultan de Túnez antes de arrodillarse á recibir en su pescuezo el golpe de la fatal cuchilla que debía concluir con su existencia. Y como las últimas disposiciones de un reo eran allí órdenes, cumplieronse estas con la necesaria escrupulosidad y al pié de la letra.

Hasta en aquella hora suprema se veía el natural artístico de Filippo. Su último cuidado fué un cuadro y para un cuadro su última palabra. Conforme andaba hacia el trance postrero de su vida, veía de relieve las figuras que podían fortalecerle y consolarle recordándole á una la universalidad del dolor y de la muerte. Estéban, protomártir cayendo en el martirio; María al pié de la cruz; Magdalena al borde del santo sepulcro; Cristo en la noche angustiosa del huerto ó en la tarde terrible del Calvario. Sobre todo, su imaginación, de una gran fuerza representativa, le llevaba al cementerio de Pisa, por sus galerías de mármol, entre sus ojivas, al través de cuyos ángulos se cimbrean los mirtos y los cipreses, frente á frente de aquel cuadro de Orcagna representando la fatal segur, cuyo filo siega los reyes y los papas, y amenaza la cabeza de los más felices amantes, presidido todo por

el sublime ángel de las profundas miradas y de las místicas revelaciones que dicta la palabra escapada á todos aquellos seres y á todos aquellos objetos: *Oh morte, medicina d'ogni pena.* Y á este recuerdo, el sensual y epicúreo veía sus carnes desprenderse del calcáreo esqueleto; su sangre disiparse, bebida por la tierra ó evaporada por los aires, sus huesos mismos romperse para alimentar con sus átomos la voracidad de todas las cosas creadas y servir á las transformaciones necesarias del universo, cual sirve el estiércol á convertir la semilla en raíz y la raíz en tallo, mientras que su alma, á manera de un ave celeste á la cual se hubiera abierto su prisión terrena, salía del cráneo pulverizado, de los ojos extintos, de los labios cárdenos, del esqueleto yerto, abriendo sus grandes alas mayores que el espacio en su inmensidad y entonando sus arpegios más armoniosos que el cántico de las estrellas en sus esferas, por haber ido de un vuelo y haber alcanzado de una vez al invisible ideal, donde se realizan en toda su plenitud nuestros deseos más nobles y nuestras inspiraciones más sublimes con la visión perpétua del Eterno. Y aquellas muchedumbres feroces, apercebidas á presenciar su muerte, gozándose de antemano en la contemplación de su último estertor, estúpidas y crueles, parecieronle como coros que pedían al cielo en misereres interminables, misericordia para sus culpas; y aquella luz vivísima, reverberada por el suelo metálico de Africa que despide sobre sus últimos instantes los más vivos resplandores, parecióle el crepúsculo suave formado por los iris de nuestros misteriosos vidrios en las catedrales góticas, donde el alma se repliega y se recoge para tomar su vuelo á lo infinito; y aquel jardín consagrado á un suplicio con tanto arte como si fuera un torneo y sobre cuyos tablados se aglomeraban los espectadores, parecióle el órgano de la naturaleza produciendo con sus trompetas mágicas un hosanna celeste; y aquellos frailes, que salmodiaban maquinalmente los rezos de rúbrica, y le repetían en los oídos anticipado oficio de difuntos, parecieronle los Bautistas de la bienaventuranza; y aquella muerte, después de meditada en lo más profundo del pensamiento y recibida con resignación por la conciencia, castigo merecido á una vida sin freno. Aquella muerte horrorosa parecióle el pedestal de su gloria y el comienzo de su inmortalidad.

Y bien necesitaba de estos interiores consuelos para ocultarle todo cuanto á su alrededor sucedía. Al verlo, aquellos espectadores que amaban al afligido Sultan y á su profanada hija, lanzaron grito de horror primero, y luego toda suerte de imprecaciones horribles. Aun no pisara el primer escalón del fatal cadalso, cuando se oyó una aclamación general de entusiasmo. Y esta aclamación tenía por causa única que el Sultan se presentaba en el mirador más cercano con toda su corte á ver con sus ojos la aplicación del condigno castigo y oír con sus oídos el estertor último del alma condenada al romper los lazos del cuerpo y entrar en las llamas del infierno. Y como si fueran á matar una legión de reos, por todas las escaleras del cadal-



so, tendidos, sentados, de pié, agrupábanse innumerables ayudantes del verdugo. Y al pié del tajo, con la cuchilla en la mano, enmascarado el verdugo, como si temiera hacer algun gesto de compasion al esgrimir el instrumento de la muerte. Pero Filippo, sereno, tranquilo, en posesion de todas sus facultades, miró al público con fijeza pero sin arrogancia, y saludó al Sultan con cortesía pero sin humillacion. Y ántes de que le ciñesen las manos á la espalda y le obligasen á hincarse de rodillas dirigióse al pueblo y al Sultan, teniendo á su lado los dos frailes franciscanos que le ayudaban á bien morir y á su espalda los dos siervos portadores del cuadro encubierto. Y dijo estas palabras:

—Sultan y pueblo de Túnez, confieso que os debo la vida, aunque me hubiérais quitado la libertad. Confieso que, monstruo de verdadera ingratitud, falté á todas las leyes divinas y humanas, poniendo en olvido vuestros beneficios y desacatando con terrible desacato vuestro honor. Sirvame de pena esta confesion pública y solemne de mi crimen mucho más triste y dolorosa que el último suplicio.

Y aquí puso una larga pausa. Como el pueblo es así, concilióle un poco la benevolencia pública aquella salida singularísima y pudo dirigirse al Sultan en persona, de esta suerte:

—Señor, perdóneme V. A. Mas en mi voluntad están á V. A. consagradas mis postreras palabras y nada hay en la tierra tan respetable como la última voluntad de un moribundo.

El Sultan, más conmovido todavía que el pueblo, asintió con un signo de cabeza á esta parte del discurso.

—Señor, dijo Lippi continuando, prefiero que me mateis á que me creais ingrato. Y para demostraros que no puedo serlo, para deciros cómo vuestra imágen querida se ha grabado en mi corazon, en mi memoria, en mi fantasia, en mi inteligencia, ahí os vais á ver en persona reproducido por mi pincel.

Y dicho esto, hizo una seña, á la cual cayó el paño negro, y se descubrió el maravilloso cuadro.

Un rumor de asombro siguió á la vista del cuadro; y al rumor de asombro un grito de entusiasmo.

El pintor tenía la facultad de crear, por lo ménos de reproducir el tipo de una persona como la naturaleza repite el tipo de una especie. Hablaba materialmente el señor de Túnez como solemos decir en lengua vulgar para encarecer el parecido en los retratos. La cópia del inspirado pincel se confundía con el original de la realidad viviente. Para mayor asombro la expresion del rostro en la tabla identificábase con la expresion del rostro en aquel mismo instante. Aplauso unanime, aclamacion universal siguió á la vista de tal prodigio artístico. El cadalso se convirtió en un teatro; Lippi ó uno de esos actores aplaudidos por extremo en las farsas callejeras de

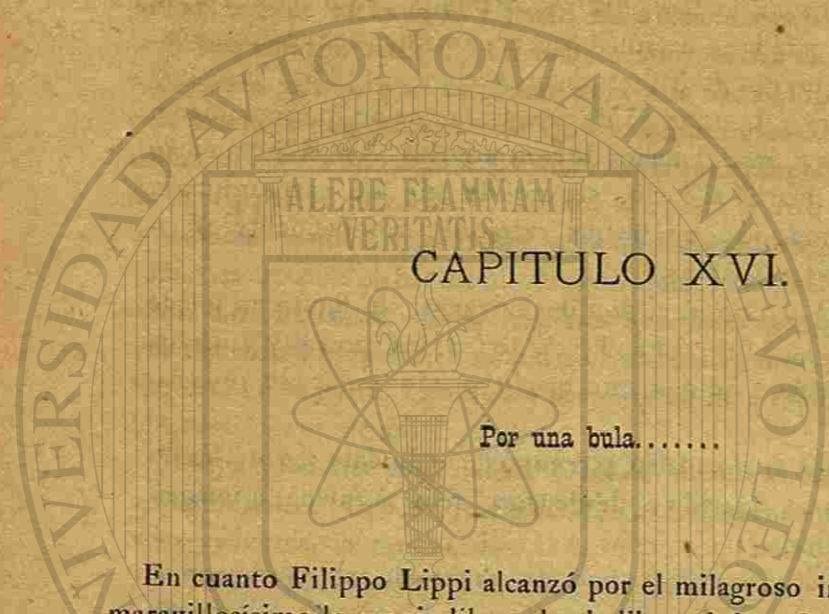
Florenzia ó uno de esos poetas aclamados en las cimas del Capitolio. La inspiracion artistica guardaba aun la virtud propia de otros tiempos, la virtud de obrar milagros. El pueblo y el Sultan á porfia enviaban plácemes al reo transformado en héroe por una de esas emociones que con tanta viveza brotan en el corazon de los pueblos orientales. Solo algun santón fanático se indignaba y maldecía de aquel paganismo, cuyos arrebatos señalaban la decadencia de los antiguos sentimientos religiosos. Pero la alegría y el entusiasmo llegaron á un extremo de expansion que no quedada medio humano de contenerlos y mucho menos de contrariarlos. Así, el Sultan hizo una seña, y el público guardó silencio, seguro de que tan extraordinario caso iba á concluirse con otro no menos extraordinario incidente. Y en efecto, dijo el Sultan estas palabras:

—Vida y libertad. Quien posee el don de avivar así mi figura no puede morir á mis manos. Vida y libertad á él y á todos los presos y cautivos cristianos que con él estén. Solo á este precio puedo pagar ese milagro del arte.

Lippi cayó de rodillas en el cadalso, y renovó mentalmente el voto hecho al cielo de no consagrarse, querido ó desdeñado, feliz ó infeliz, á imágen alguna mas que á Lucrecia.

En aquella universal alegría solo se oyó un rugido de rabia escapado al pecho del verdugo que arrojó la cuchilla y no arrojó la máscara. ¿Cómo no habia de enfurecerse el verdugo enmascarado, si era nada menos que Guido Montaperto, el cual quería cumplir por su propia mano su implacable venganza?





## CAPITULO XVI.

Por una bula.....

En cuanto Filippo Lippi alcanzó por el milagroso influjo de su pincel maravillosísimo la propia libertad y la libertad de todos los cristianos; en cuanto se persuadió de que ningún mal podría sobrevenir á la hija del aplacado señor tunecino; volvió á Italia con la resolución de cumplir su voto, alcanzando á costa de cualquier sacrificio la nulidad de su carácter monástico, uniéndose en santo matrimonio con Lucrecia Butti. Á su vez Serafin, que le acompañaba, en cuanto hubo hollado con sus plantas las tablas del buque italiano, bajo cuya bandera volvían á la patria, corrido de la entereza mostrada por el pintor ante la muerte y de su propia debilidad, juró no descansar hasta morir ó verter en el alma de sus conciudadanos los principios que él creía complemento del catolicismo y continuación del Evangelio. Aquellos dos hombres, pues, al entrar en la edad madura, fijaban con certidumbre sus respectivos destinos, el uno en la satisfacción de su amor y el otro en la propaganda de su fé; el uno en la paz de la familia, y el otro en la lucha por la idea; el uno en los goces del corazón y el otro en las erupciones de la inteligencia. Quizas ambos á dos tenían esa confianza que tan fácilmente se adquiere, despues de inesperada victoria, en los varios trances de la vida porque ignoraban los trágicos destinos reservados casi siempre por la suerte á cuantos llevan sobre sus sienes la aureola del genio, especie de luz misteriosa que vivifica á cuantos ilumina y abrasa al infeliz que la difunde.

El punto de desembarque fué Nápoles, donde obtuvieron los cautivos libres una acogida entusiasta, cual merecian aquellos que ganaban el prime-

ro entre todos los bienes, la libertad, por obra y gracia del mas legítimo entre todos los medios, del genio. La vista de las patrias playas, el espectáculo de aquella naturaleza sin igual, los contagios del público entusiasmo, los propósitos del cambio de vida, las esperanzas allegadas en la última victoria animaron la fantasía creadora de Lippi á engendrar nuevos asuntos y movieron su mano á trazar nuevos cuadros. Nunca la fiebre del genio llegara en él á un grado tan alto ni la necesidad de producir á una impaciencia tan grande. Conseguidos perdon, libertad, vida, por el pincel allá entre los bárbaros, nada podia resistirse á su genio, aquí entre los cristianos. De consiguiente todo para él consistia en crear mucho y crear de prisa para rendir á los papas como habia rendido á los sultanes y obtener el rescate de su corazón como habia obtenido el rescate de su vida. Detúvose, pues, en la hermosa ciudad á trazar varias obras que llevaba de antiguo pensadas en su vastísima mente, con propósito de alcanzar en la corte romana la concesión de la bula necesaria para pasar desde su soledad presente á la ventura doméstica.

Y, entre tanto, corrió la noticia de los últimos casos por toda la península. En aquellos tiempos dramáticos, de mucha inspiración artística, de poco sentido moral, celebróse hasta por gente de Iglesia la conquista obtenida sobre la hija de gran señor mahometano y la industria empleada para evitar el condigno castigo. Mas en ninguna parte llegaron tan lejos el encarecimiento y la fama como en su patria, Florencia. Allí los edificios públicos se convirtieron en academias platónicas donde hablaban los filósofos acerca de las ideas metafísicas en la sublime elocuencia del Timeo y del Fedon; los jardines fueron talleres poblados de escultores, de pintores, de arquitectos, de plateros, de miniaturistas llamados á forjar y aderezar espléndidas joyas, cada una de las cuales daba á sus artífices y á sus dueños como ciertas prendas mágicas de otros tiempos, el don de la inmortalidad; las tertulias, á su vez, tornáronse veladas literarias dirigidas á traducir los clásicos, así griegos como romanos, y á componer tercetos y elegías sobre materias de amor; diríase que Florencia era como un gran teatro de la inspiración y de la idea, sus habitantes como coros encerrados en una de aquellas ciudades fantaseadas por los filósofos antiguos para templos eternos de la ciencia. Todo era asunto allí de arte ó de poesía. Celebrábase un banquete y los invitados iban provistos de versos. Empréndiase una cacería y los cazadores recitaban estancias laudatorias de los ejercicios de caza. Moríase una joven hermosa y se le consagraban volúmenes enteros de tristes elegías. La vida era como un poema continuo y en acción. Los jefes de aquella democracia, los Médicis, lo mismo Cosme el Grande que su hijo Lorenzo el Magnífico, promovían estas fiestas del espíritu con su ejemplo, creyéndolas como un exparcimiento necesario al levantisco ánimo de los florentinos y un apoyo indispensable al primer magistrado de la República.



Imagínese cómo celebrarían allí, con qué laudes, la extraña historia del pobre novicio, exaltado á artista, del artista convertido en fraile, del fraile escapado á su convento, del escapado hecho raptor, del raptor caído cautivo, del cautivo condenado á muerte, del condenado redimido por la virtud y por el poder de un cuadro. Tales peripecias, mas propias de la novela que de la historia, prestábanse admirablemente á los comentarios naturales en el ingenio artístico y en la naturaleza poética de los buenos florentinos. Una mañana salieron á esas cacerías llamadas del halcon Lorenzo de Médicis y sus comensales. El sol nascente doraba las cumbres del Apenino cubiertas de nieves aun no derretidas por los primeros vientecillos tibios de la primavera; el rocío matutino, trémulo en las hojas, recamaba los bosques de líquidos diamantes; corrían los monteros en todas direcciones precedidos por sus perros; alardeaban los jinetes en sus corceles como si fueran á una guerra; este llevaba su halcon al hombro, el otro al puño; las damas, montadas también competían con los hombres en las carreras y en las fatigas, siendo de oír el extraño estruendo producido por las herraduras de las caballerías al chocar con las piedras, y por los estridentes cuernos de caza al dirigir á las gentes, y por los cazadores al correr en los campos, y por las aves rapaces al cebarse en las avejillas inocentes, y por los espectadores al ver con grito de júbilo tantos y tan ricos despojos. Argumento verdadero para un poemita que componía Lorenzo de Médicis.

La ciencia de este tenía mucho de platónica; y la poesía mucho de virgiliana. Su musa ascendía á los montes á bañarse en el rocío, en los rayos de la luna, en el aire embalsamado de lentisco; y bajaba á las grutas á ver como la gota calcárea, destilada por las peñas, luminosa y trasparente, cincelaba las columnas de las caprichosísimas estalactitas. Coronábase de guirnaldas frescas y recogía los conciertos así de las avejillas enamoradas como de los tiernos y baladores recentales. Veíasele huir las plazas, los templos, los monumentos para buscar

Un verde praticel pien di bei fiori

Un rivolo che l'herba intorno bagni

Un angelletto che d'amor si lagni.

Flora sembraba de rosas los senderos de aquella musa; el bacante ébrio le ofrecía sumo reparador de las viñas en vendimia; las abejas descendían á sus labios, ora á traer ora á libar la miel; las encinas inclinaban sobre su cabeza las ramas cargadas de frutos; susurraba mas dulcemente el arroyo así que recogía su encantadora imágen; y las selvas resonaban con los ecos de sus cánticos, á la manera que un coro de arpas armoniosas tañidas por airecillo celeste. Así inspiraba á Lorenzo el llamar Ambra á la quinta ofre-

cida á uno de los primeros cortesanos de su literatura y de su ciencia, del nombre de una ninfa que se baña en el Ombrone, hijo del Apenino, confluente del Arno, ninfa de cuyas gracias se halla enamorado el gentil pastor Lauro desde aquella estival mañana, en que la vió entrar desnuda, huyendo del calor, en las claras y frescas aguas, sombreadas por el frondoso ramaje, cargadas de aromas y generadoras de suaves susurros, deliciosas por todo extremo, de superficie plateada y de seno trasparente, donde trataba de prenderla un dios acuático con sus pérfidos halagos como al incauto pez el pescador con sus sutiles mallas.

Y no era Lorenzo de Médicis solamente poeta virgiliano, de la naturaleza, sino también poeta satírico, según parodiaba antiguas obras inmortales y hacia grotescas caricaturas ridiculizando desde los compesinos hasta los obispos. Y no solamente era poeta satírico además de virgiliano, sino también tenía su tanto de poeta dramático, por haber compuesto para la fiesta de San Giovanni é Paolo un auto, medio clásico y medio romántico, en el cual Constanza, hija de Constantino Magno, pierde la lepra de que estaba cubierta por intercesión milagrosa de Santa Inés; y Constantino ofrece la mano de esta hija, antes sucia y podrida como un cáncer y ahora limpia y clara como una patena, á Galicano, general idólatra, con la esperanza de convertirlo, al cristianismo, lo cual se cumple á causa de una derrota infligida á sus huestes por los persas y remediada por los dos cristianos Giovanni y Paolo; y aparece Juliano con todas sus apostasias dirigidas contra los nazarenos y castigadas por la Virgen Madre, que baja del cielo en persona á despertar de su tumba á un mártir y darle el encargo de cerrar con aquel emperador infiel á la religión aprendida en su infancia é inmolarlo y concluirlo en horrible y cruento sacrificio. Y no solamente era poeta virgiliano, satírico y dramático, sino también compositor de canciones destinadas al baile y al carnaval y al jolgorio, algunas divertidas, otras delicadas, no pocas sucias é indecentes y todas estrepitosas. Parece que se oye la música mezclada con el movimiento y el resuello de las parejas al compás del baile enardecidas, y que se ve juntamente con los juegos carnavalescos la reproducción de las saturnales clásicas en los carros cargados de máscaras, que dicen himnos por varias maneras compuestos y representan sacras divinidades griegas ó santas virtudes alegóricas, y van precedidas de trescientos peatones con antorchas, acompañadas de coros armoniosos, seguidas de caballos primorosamente enjaezados y caballeros con toda riqueza vestidos, entre los gritos y alharacas de las muchedumbres, alegres, bulliciosas, exaltadas, como si las hubiera tomado el vino, diciendo versos, ora clásicos como un coro de Anacreonte entonado á la puerta de un templo antiguo, ora soeces como el dicharacho de un campesino vomitado en el poyo de su taberna.



Aun puede imaginarse el lector una de aquellas fiestas. Resplandece el cielo de Florencia con sus mas bellos resplandores; corren las aguas del Arno con sus monótonos murmullos; rebosa la plaza de Santa Trinitá en amorosísimas danzas; entrelázanse las parejas al son de los instrumentos y al compás de los versos cantados por voces temeniles y varoniles en sendos coros, los cuales invitan á quedarse y tomar parte en la fiesta á cuantos sienten el amor y á irse á cuantos carecen de esa pasión creadora; llénase el aire de esas ideas epicúreas que mezclan al menoscabo de la vida y á la tristeza por la rapidez de la edad juvenil las excitaciones mas calurosas al goce y al placer; parece tocado el pueblo entero de una de esas demencias nacidas de la orgía que arrastraban á los antiguos á ceñirse de pámpanos y agitar en sus manos el tirso mágico en significacion del imperio absoluto sobre la naturaleza; por un lado salen mancebos vestidos á la usanza ateniense, con su túnica de blanco lino, con su corona de verbena, con su lira de oro, dando gritos á Baco y al Amor, por otro lado viene el carro mitológico lleno de silenos y de sátiros que tocan el caramillo junto á ninfas en sus conchas de nácar y las nereidas en sus palacios de cristal, mientras por el frente se eleva el Padre de la patria, el protector de la República, el magistrado de la ciudad, un Médicis, creyéndose en la corte de cualquier tirano griego, porque tiene en torno suyo, como la luna su cortejo de estrellas relucientes, y como Júpiter su compañía de dioses mayores, los poetas y los sabios y los artistas mas ilustres del fecundo y creador Renacimiento.

Chi non e innamorato  
 Esca di questo ballo;  
 Che saria fallo á stare in si bel lato.  
 Si alcuno e qui che non conosca amore,  
 Parta di questo loco;  
 Perch' esser non potria mai gentil core  
 Chi non sente quel foco.

Eran, pues, de admirar esos cánticos, en cuyas estrofas se animaba todo un pueblo para bailar sus danzas, y que recorrian desde los dicharachos plebeyos hasta las oraciones místicas, desde el brutal sensualismo que nos confunde con los animales inferiores hasta el puro amor que nos acerca al cielo de las ideas etéreas. Estos coros señalan á una con bien claras señales el siglo décimo—quinto, el tiempo de nuestra historia: junto al amor platónico el amor epicúreo; junto al sentimiento cristiano el sentimiento idólatra; en confusion los dioses del paganismo con los santos del calendario; alternando composiciones consagradas á Baco y composiciones consagradas á Cristo; aquí el verso inspirado en la embriaguez que poseía á Anacreonte, y allá el verso inspirado en el misticismo que poseía el autor de la *Imitacion de Jesu-*

*cristo*. Bien puede decirse que en tal tiempo, teniendo á su frente hombres como los Médicis, Florencia se asemejaba á una Academia, en la cual encontraban templo vivo los artistas. Y, á consecuencia de esto, bien puede asegurarse que uno de los sentimientos allí prevaecientes estribaba en la creencia de que la ley moral se habia escrito y promulgado para todos los hombres, menos para estos hijos predilectos de las Musas, para estos privilegiados sacerdotes del arte. Los dioses de la ciencia y de la poesía toscana se asemejaban á los dioses del Pindo y del Olimpo en que se creían excusados de los mas rudimentarios preceptos y capaces de convertir el mal en bien por un acto de su arbitrariedad soberana. Ellos hubieran fácilmente tomado la forma de toro para llevar sobre sus costillas alguna ninfa Europa y llovido áurea lluvia en la alcoba de cualquier Dánae, á prestarse su organismo á las trasformaciones soñadas por su idea. Y de consiguiente, en las reuniones presididas por Lorenzo, donde presentaban los maestros en artes plásticas sus obras tangibles y los maestros en artes mas espirituales sus poesías y sus discursos, como en público certámen, mas se aplaudian que se vejaban las aventuras, las calaveradas, los amores novelescos, las riñas á espada, los raptos de doncellas, los asaltos á monasterios, las incidencias de dramas como el que forma la base fundamental de nuestra historia. Figúrese el lector cómo se recibiría en uno de aquellos cenáculos del arte la carta dirigida por Filippo Lippi á Lorenzo el Magnifico.

—«Señor y amparo mio: sin ningun género de introito ni de rodeo, á vuestro amparo me acojo. Cristo, el salvador de los hombres, me nieguela salud eterna, y Apolo, el dios de las Musas, la inspiracion artística, antes que la gratitud á los rectores de la patria, nuestros guías en la República, nuestros maestros en el trabajo, nuestra providencia en la vida. Pudriérame yo en la celda del Cármen, con cualquier motilon de refectorio, si vuestro padre no bajara su escapulario á tal lugar de tormentos, extrayéndome de allí como alma en pena para elevarme al goce de mi inspiracion y de mi gloria. Mucha fué su diligencia, pero mayor mi desgracia, porque consiguió lanzarme al mundo desde el claustro, sin conseguir redimirme de votos clavados como otras tantas espinas en los poros de mi cuerpo y en las potencias de mi alma. Si hubiera justicia en la tierra, no valdrían promesas arrancadas á la desesperacion, hijas de engaños propios y ajenos, dadas entre los tormentos de asesinos celos y los desmayos de hambres más asesinas todavía. Para cualquier cosa nació yo, aun no siendo pintor, para militar, para jornalero, para príncipe, menos para fraile, obligado á dormir solo en mi celda ó andar á salto de mata, cual labrador en cercado ajeno cogiendo la fruta prohibida, legitima propiedad del vecino. Mas vale casarse que abrazarse, decía San Pablo; y tenía razon, como hombre entendido que era en achaques de amor, el segundo jefe de nuestra Madre la Iglesia, de la cual



será siempre cabeza visible el bienaventurado San Pedro. Y no digo nada de lo que tantas veces le tengo oído á Vuestra Grandeza acerca de lo que enseñó Platon sobre la necesidad para el verdadero amante de amar á una sola persona y amarla siempre. Encenderle á uno la sangre con estos ardores y luego prohibirle el matrimonio, vale tanto como darle á comer mucha sal y luego prohibirle el agua. Tales contradicciones solo sirven al fin y al cabo para embarraganarnos. Y embarraganárame yo por encima de cien Platones y doscientas Iglesias, á no haber topado con la mujer mas firme que naciera de madre en esta baja tierra. De querer ella, no se hiciera de pencas mi paternidad, dejando para cuantos me obligaron á profesar contra mis inclinaciones, el responder ante Dios de mi pecado, obra mas bien de su implacable dureza que de mi libre albedrio. Ya estoy fuera del claustro, pinceles en mano, tablas delante, público en torno, dinero en bolsa, gloria en nombre, valimiento en trato, amigos en solios; y sobrándome por ende todo, solamente me falta lo más necesario á la humana condicion, lo que debe ir unido á nuestra alma como va unida la sombra al cuerpo, una mujer, mi Cintra, mi Lesbia, mi Corina, mi Beatrice, mi Laura, la mitad de mi inspiracion, la mitad de mi vida, la mitad de mi sér en este y en el otro mundo. Como la golondrina no podría viajar de una á otra zona sin su correspondiente pareja; como la alondra no podría subir en pos de la luz sino sostenida por su amor, mas que por sus alas; como el ruiseñor no podría cantar sin tener la esposa en la rama cercana, tendida sobre el blando nido; no podría yo pintar sino recogiendo la luz primera de mis cuadros, aquella de resplandores vivisimos que anima los colores y sus matices, en los ojos de una mujer idolatrada, eterna compañera de dichas y desdichas, musa eterna de mis creaciones. Y donde quiera que Dios ha puesto una inclinacion poderosa, incontrastable, avasalladora, tambien ha puesto las satisfacciones necesarias, pues de otra suerte el universo estaria fundado sobre irritante injusticia. Muchas veces cúmplense á costa de los séres inferiores como el hambre del lobo á costa del carnero y el hambre del águila á costa del pajarillo, pero nunca falta su indispensable cumplimiento. Y no ha podido inspirarme á mí la mas poderosa, la mas avasalladora, la mas intensa de las pasiones humanas para dejarme con esta sed sin agua, con esta hambre sin pan, con este deseo sin satisfaccion posible, atormentado por el mayor de todos los tormentos en el mas hondo y oscuro de todos los infiernos. ¡Oh! No será, no, posible. Poco dado al estudio, á causa de mis aficiones artisticas, no he sabido desde niño cosa mayor en letras y ciencias. Pero no he sido tan negado que no aprendiera, oyéndolo diariamente en vuestras Academias, como Platon, el genio á quien presentais holocausto y ofreceis votos, dividió el alma en dos partes; una superior, asentada, como en su trono, allá en el cielo de nuestro cerebro, eternamente luminosa y tranquila; otra inferior, terrena, en los movimientos del co-

razon perdida y por los golpes de la sangre agitada, la cual tiende al goce sensual, revolcándose perpétuamente en todos los lodazales del mundo. Ya oigo vuestra pluma rasgando la tenue hoja de papel para decirme que someta el alma inferior y terrena completamente á la superior celeste. Pero así como no puedo separarme de mi cuerpo sino por la muerte, no puedo separarme de mi segunda alma, componente tambien de mi espíritu y elemento necesario de mi esencia. Y, no obstante creer todo el mundo que domina en mí el alma animal, nadie ha puesto tantos empeños como yo en dominarla y someterla á la superior, á la divina, á la racional, á la eterna. Robé en raptó violentísimo á Lucrecia Butti, porque no podía sufrir mas tiempo el torcedor de mi deseo, y ya en mis manos, lejos de aprovechar mi victoria y su terror; púseme á temblar en su presencia, como si ella fuese la fuerza y yo la debilidad, hasta caer de hinojos á sus plantas y respetar su virtud y su pureza como hubiera podido respetar á la Virgen Maria en sus altares. Caí cautivo, y dejéme llevar de mi alma inferior hasta el punto de seducir y perder á la hija de mi Sultan en visperas de sus bodas; y por una de esas contradicciones frecuentes en el extravío natural que Dios me ha dado, luego se sobrepuso el alma superior, moviéndome á preferir la muerte en vil cadalso al cambio de la religion de mis padres compensado con la oferta de espléndida corona y la esperanza de incalculables riquezas. Salvóme de la muerte, cuando ya me encontraba en manos del verdugo, una milagrosa influencia del arte sobre el Sultan, un cuadro, y al alargar mi cuello al hacha fatal, en esas angustiosas resistencias opuestas por la esperanza á las realidades del dolor ofrecí que jamás caería en las redes de un amor ilegítimo, que jamás cedería á los instintos brutales de la naturaleza, que jamás contraería relaciones de ningun linaje con mujer que no fuese mi Lucrecia Butti. Y pienso cumplir este voto. Pero Lucrecia se encierra á piedra y lodo en estas dos condiciones: levantamiento por la autoridad competente de mis votos monásticos y matrimonio religioso. A vuestros piés vengo, excelso señor, para que intercedais con alguno de los cardenales, moviéndole á él para que él mueva á su vez al Papa en este trance mio y me conceda una bula de libertad tan necesaria para mi salud temporal como para mi salvacion eterna. En nuestra religion, siempre que á Dios queremos acercarnos á fin de conseguir algo en nuestro bien, valémonos de su santa Madre, de sus mártires y bienaventurados, de los ángeles y serafines, patronos verdaderos del hombre y protectores natos de todas sus oraciones. No será mucho, pues, que en la corte del Santo Padre necesitemos tambien valedores como Vuestra Grandeza para conseguir resultados como mi redencion. Amparadme, pretegedme, venid en mi auxilio en esta hora suprema, y yo os prometo en Dios y en su Iglesia que no tendreis jamás clientes tan devotos como mi mujer y yo, y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, y todas las generaciones herederas del nombre



de los Lippi, cuyo agradecimiento se dilatará tanto casi como vuestra gloria. Tanto favor aguardo de vuestra inagotable bondad, y queda pidiendo á Dios que prospere sus dias y engrandezca su autoridad y su poder.

Suyo devotísimo,

FRA FILIPPO LIPPI.»

Y Lorenzo de Médicis, á quien esta carta complació por extremo, contestóle agradecidísimo y rendido en los siguientes términos, sobre los cuales excusa el historiador llamar la ilustrada atención de sus lectores:

*Lorenzo de Médicis á Fra Filippo Lippi.*

«Tus cartas recibí, las noticias dadas en ellas supe; y como el bien anda por la tierra tan mezclado con el mal y la risa con el dolor, entristecíme de tus peligros y holguéme de tus aventuras, sintiendo las emociones propias de mi amistad: que no son para olvidados aquellos dias de nuestras mocedades en los cuales pintabas á brazo partido las estancias de mi palacio y hablábamos á roso y velloso de amores y de artes. Reprobé el rapto por creerlo indigno de un caballero; asentí á la emigración, por juzgarla conducente á excusarnos de la necesidad de castigarte; deploré el cautiverio por figurármelo como privación eterna de artista tan famoso; rei de las aventuras sucedidas, tanto en la mazmorra como en el patíbulo, por encontrarlas en armonía con tu extraño natural; y bendije al cielo de haberte arrancado á esos peligros de muerte, sacándote con tanta fortuna por la puerta mas digna de tu alteza, por la puerta cincelada del templo que habitas con derecho propio, por la puerta del templo de la gloria. Ahora, aquí para inter nos, y sin que podamos autorizarte á leer en voz alta, ni mucho menos á comunicar á nadie esta parte de nuestra epístola, dígame que todo cuanto has hecho nos ha caído en gracia, por aquello de que la inspiración es una enfermedad, el genio un enfermo, y algo debe tolerarse á quien no puede encantar á los demás sin padecer él mismo extraños y generales padecimientos. La naturaleza nuestra, al fin y al cabo, no está de tantas excelencias dotada que pueda hacer todas las cosas perfectas. Los privilegiados resultan bien pocos, y no siempre en posesión plenísima de sus privilegios. Y por imposible tengo que pudieras sentir el color con tanta viveza, trazar la línea con tanta seguridad, traer á la vida esas celestiales figuras con tanta magia, y luego exentarte de la fuerza impulsora por excelencia, del fecundo y necesario amor. Aunque la cabeza te rompiera en mil pedazos buscando la definición mas apropiada á esta pasión creadora, no podrías encontrar ninguna como «un verdadero apetito de belleza.» Y tú, que apetece el reproducir la belleza de una luz espléndida, de un bosque florido, de un cielo estrellado, de un ángel que baja á la tierra á traer revelaciones del cielo ó

que sube al cielo á llevar plegarias de la tierra, tú no podías menos que apeteer con verdadero apetito, con deseo ardiente, la mas bella y acabada de todas cuantas bellezas pueden soñarse, la belleza de la mujer. En ese amor á lo perfecto se encuentra una parte del martirio que sufrimos en la vida y otra parte de la bienaventuranza á que aspiramos en la eternidad. Así lo dije mil veces, tú lo recuerdas, y lo repito ahora: el verdadero amante ama á una sola persona y la ama para siempre. Después de haber libado tantas flores, has preferido una, por haber encontrado en ella, con las perfecciones que recrean los sentidos y complacen, sobre todo, á la vista, aquellas otras de excelencia en el ingenio, compostura en los modales, pureza en la palabra, constancia en los afectos, fidelidad á los juramentos que por pertenecer propiamente á la naturaleza del alma, tienen su misma espiritual esencia y su misma eterna duración. Y es tan cierto esto, que quien ama profundamente á una sola mujer, ama una sola alma, y amando una sola alma se aparta de todas las voluptuosidades groseras que pueden manchar su amor, y se absorbe en la contemplación pura como suele absorberse la idea en los divinos arquetipos. Nada mas natural que el deseo vehemente de unirse á la persona amada. Así como el éter derramado en todos los espacios es mas vivo en los soles, el deseo derramado en todos los seres ¡ay! es mas vivo, pero mucho mas vivo en los artistas. Huélgome, pues, de que sientas con tal viveza el amor y aspire á satisfacerlo. Yo de mí sé decir que lo canto ahora en mis versos con preferencia á todas las humanas pasiones. Murió hace algun tiempo en Florencia, estando tú por esos mundos, una jóven que llamarse debiera perfecta y acabado modelo de mujer, tanto por su hermosura corporal, como por las escogidas partes de su incorpóreo espíritu. Baste decir que todos los hombres la amaban sin celos y todas las mujeres la alababan sin envidias. Y la llevaron á enterrar con la cara descubierta, siguiéndola nosotros doloridos de no haber apreciado en toda su extensión tantas perfecciones hasta después de traspuesto su ocaso. Una noche, poco después del entierro, paseábamos varios amigos por el campo, cuando vimos brillar en el cielo una estrella cuyos resplandores, difundiendo hacia Occidente, ofuscaban todas las demás luminarias del Empíreo; virtud que no pudimos atribuir sino á ser nueva y nunca vista en nuestros horizontes tal estrella, y á llevar en su lumbre el espíritu casi divino de la infeliz malograda. Y absorto en tal contemplación asaltábanme deseos de perderme en el cielo, de llegar con las manos hasta el centelleo que miraba con los ojos, de abrazarme en aquella lumbre, apartándome de esta tierra como se aparta la nube de incienso en el templo por medio de sus vagas espirales y como se aparta la esencia de las flores en el cielo por medio de sus embriagadores aromas. Seguía todas las noches la estrella con mi pensamiento, mirábala con mis ojos, tendíale mis brazos en tal manera, que el deseo mio se asemejaba al girasol, vuelto



siempre hacía el astro del día. Creí ya que mi destino era no amar hasta despues de la muerte, cuando encontré en las vías de mi existencia, y en medio de las fiestas florentinas, una mujer que excedía en gracias á la muerte: tantas eran las ventajas de su cuerpo y de su ingenio. Grave sin soberbia, dulce sin empalago, móvil sin aturdimiento, digna sin imperio; de facciones tan correctas, que se dirían dibujadas por un pintor milagroso; de tez tan rosada, que nunca degeneraba en roja y encendida; las manos pequeñas y los ojos grandes, los piés breves y la cabellera larga, ancha la frente y estrecha la cintura, espaciosos los hombros y diminutos los labios; el decir conciso, el pensar profundo, el idear claro, el sentir ardiente; ¡ah! en su presencia la muerte solo debía considerarse como una de esas estrellas cuyos rayos de oro preceden á la claridad del día. Canto yo por amor y tú por amor pintas: que así cumpliremos uno y otro nuestro destino comun sobre la tierra. Y vamos seguidamente al ruego que me diriges. Necesitas de pontificia bula que te habilite para tu casamiento. Ahí van las cartas necesarias. Creo que con ellas te abrirás las puertas del Vaticano y llegarás derechamente hasta el corazon de nuestro sumo Pontífice. Mas no olvides una advertencia que juzgo indispensable recordar á tu modestia. Quien se llama Filippo Lippi y tiene las obras maestras que tú tienes, y mueve los sultanes con su arte como tú has movido al Sultán de Túnez, y puede ofrecer regalos tan valiosos como sus cuadros, antes que en los recursos de la ajena proteccion, debe fiar en las virtudes de su propio génio. Deséate de todas suertes un éxito completo y una felicidad perdurable tu antiguo y fiel amigo

LORENZO DE MÉDICIS.»

En cuanto Lippi recibió sus cartas, marchóse de Nápoles á Roma en demanda de su bula, sostenido por la fé en la propia estrella y la confianza en el valioso protector.

## CAPITULO XVII.

Un misterio en la Edad Media.

Era la mañana del Sábado Santo en Roma. La gran plaza, en cuyos espacios se extiende la Basílica de Letran, estallaba henchida toda ella de gente, que acudiera desde la noche anterior á presenciar lo que entónces se decía un misterio religioso y ahora un drama sacro. Aquel sitio de tanta majestad, cuando se encuentra solitario y abandonado, donde los monumentos religiosos contrastan con las ruinas antiguas, desierto poblado de esparcidos fragmentos, como campo de batalla en que hubieran peleado los siglos, perdió toda su austeridad nativa, ocupado por palacios, por tribunas, por graderías, por tabladros, apenas suficientes á sostener innumerable muchedumbre, y decorados de bien varias y distintas maneras con ese primer pintoresco que caracteriza á los pueblos meridionales. Contábanse entre los tabladros muchas categorías, y entre las categorías algunas tan brillantes, que denotaban verdaderos principados, segun la riqueza y variedad de los adornos. Alfombras de mil colores, tapices de mil realces, banderolas mecidas por el viento, brocados de vistosísimos ramajes, albergaban á damas y caballeros romanos, desceñidos ya de sus lutos de Viérnes Santo y ornados con las vestiduras de Pascua. Mas léjos y mas bajo veíanse multitud de graderías decoradas con menos brillo, pero no con menos gusto, sobre cuyos escalones pesaba un pueblo jadeante de curiosidad y henchido de entusiasmo. Todas las miradas se dirijian á una especie de escenario en que iba á representarse el drama de la Resurrección de Cristo, así que las campanas de San Juan de Letran anunciasen el cántico de gloria y repitien-



siempre hacía el astro del día. Creí ya que mi destino era no amar hasta despues de la muerte, cuando encontré en las vías de mi existencia, y en medio de las fiestas florentinas, una mujer que excedía en gracias á la muerte: tantas eran las ventajas de su cuerpo y de su ingenio. Grave sin soberbia, dulce sin empalago, móvil sin aturdimiento, digna sin imperio; de facciones tan correctas, que se dirían dibujadas por un pintor milagroso; de tez tan rosada, que nunca degeneraba en roja y encendida; las manos pequeñas y los ojos grandes, los piés breves y la cabellera larga, ancha la frente y estrecha la cintura, espaciosos los hombros y diminutos los labios; el decir conciso, el pensar profundo, el idear claro, el sentir ardiente; ¡ah! en su presencia la muerte solo debía considerarse como una de esas estrellas cuyos rayos de oro preceden á la claridad del día. Canto yo por amor y tú por amor pintas: que así cumpliremos uno y otro nuestro destino comun sobre la tierra. Y vamos seguidamente al ruego que me diriges. Necesitas de pontificia bula que te habilite para tu casamiento. Ahí van las cartas necesarias. Creo que con ellas te abrirás las puertas del Vaticano y llegarás derechamente hasta el corazon de nuestro sumo Pontífice. Mas no olvides una advertencia que juzgo indispensable recordar á tu modestia. Quien se llama Filippo Lippi y tiene las obras maestras que tú tienes, y mueve los sultanes con su arte como tú has movido al Sultán de Túnez, y puede ofrecer regalos tan valiosos como sus cuadros, antes que en los recursos de la ajena proteccion, debe fiar en las virtudes de su propio génio. Deséate de todas suertes un éxito completo y una felicidad perdurable tu antiguo y fiel amigo

LORENZO DE MÉDICIS.»

En cuanto Lippi recibió sus cartas, marchóse de Nápoles á Roma en demanda de su bula, sostenido por la fé en la propia estrella y la confianza en el valioso protector.

## CAPITULO XVII.

Un misterio en la Edad Media.

Era la mañana del Sábado Santo en Roma. La gran plaza, en cuyos espacios se extiende la Basílica de Letran, estallaba henchida toda ella de gente, que acudiera desde la noche anterior á presenciar lo que entónces se decía un misterio religioso y ahora un drama sacro. Aquel sitio de tanta majestad, cuando se encuentra solitario y abandonado, donde los monumentos religiosos contrastan con las ruinas antiguas, desierto poblado de esparcidos fragmentos, como campo de batalla en que hubieran peleado los siglos, perdió toda su austeridad nativa, ocupado por palacios, por tribunas, por graderías, por tablados, apenas suficientes á sostener innumerable muchedumbre, y decorados de bien varias y distintas maneras con ese primer pintoresco que caracteriza á los pueblos meridionales. Contábanse entre los tablados muchas categorías, y entre las categorías algunas tan brillantes, que denotaban verdaderos principados, segun la riqueza y variedad de los adornos. Alfombras de mil colores, tapices de mil realces, banderolas mecidas por el viento, brocados de vistosísimos ramajes, albergaban á damas y caballeros romanos, desceñidos ya de sus lutos de Viérnes Santo y ornados con las vestiduras de Pascua. Mas léjos y mas bajo veíanse multitud de graderías decoradas con menos brillo, pero no con menos gusto, sobre cuyos escalones pesaba un pueblo jadeante de curiosidad y henchido de entusiasmo. Todas las miradas se dirijian á una especie de escenario en que iba á representarse el drama de la Resurrección de Cristo, así que las campanas de San Juan de Letran anunciasen el cántico de gloria y repitie-



sen los aires de la campiña los millares de aleluyas exhalados por las iglesias de la ciudad eterna.

Mientras á la luz de la mañana miraban los espectadores aquel lugar en que iban á pasar tantas cosas, detras de la escena en una especie de barrancon recatado al público por espesas telas y cerradas puertas, arreglaban sus correspondientes trajes los actores llamados á desempeñar el sacro drama. Nada tan vario como aquella legion de gentes á medio vestir, ó vestidas, no con arreglo á ninguna ley histórica, sino con arreglo á sus respectivos caprichos, y cuando mas á las tradiciones litúrgicas. Para llegar al momento supremo de la Resurreccion de Cristo, habia que poner un drama de su vida y muerte, como proemio necesario, en el cual entraban actores innumerables. Así eran de ver y de oír éstos con sus trajes á medio poner, aquellos con un carrillo pintado y otro sucio, los demás aquí ceñidos de coronas reales rematando hábitos villanos, los demás allá cubiertos con pelucas rizadísimas por un lado y desgreñadas por otro; todos de arreos bizarros y adornos fantaseados, que les daban aspectos de un coro de dementes; mucho mas si añadimos á sus extrañas vestiduras y á sus singulares ornamentos sus gestos y sus gritos todavía mas singulares y extravagantes. No decimos nada de aquellos diálogos en que los objetos mas sagrados se mezclaban con los dicharachos mas soeces y en que las cosas santas andaban tiradas como prendas de vestido ó como muebles de hogar, sin que los profanadores é irreverentes cayesen de ninguna manera en la cuenta de su profanacion y de su irreverencia.

—¿Ha venido la burra de Balaan?

Preguntaba un santón hebreo con barbas de macho cabrío y túnica de escribano pontificio.

—No ciertamente. Lo que ha venido es el cordero pascual con un cierto tufillo á bien asado que está diciendo: comedme.

Le respondió un San Pedro de traje verde y manto carmesí, acomodándose con alguna dificultad á la cabeza enorme calabaza lustrosísima, destinada á representar antigua y reluciente calva.

—¡Ay, ay!

Gritaba un muchachuelo de quince años, que se disfrazaba de Magdalena, y se ponía una peluca, cuyos hermosos cabellos rubios le tocaban casi en los talones.

—¿Qué te ha sucedido?

Le preguntaba un Rey Mago, el cual se ennegrecia la cara con el hollin pegado al exterior de un sarten, disuelto en algunas gotas de aceite.

—Que me ha puesto el Espíritu Santo mis cabellos como nuevos.

Respondia la Magdalena, enseñando una paloma atada á la larga cinta y suspendida de alta viga, la cual, desde sus alturas le enviara cierta materia mal oliente, bien diversa de las lenguas de fuego con que debia agraciarse el apostolado.

—Abróchame este segundo broche, camastron, porque el primero me ahoga.

Le rogaba un Heródes, enseñándole el manto real á todo un San Juan Bautista.

—Que te lo abroche la puerca que te parió, le respondia el Bautista, pues me he puesto á limpiar el caballo de Constantino el Grande y me ha dado una coz tal, que me ha desecho la espinilla. No estoy para bromas.

—Tengo miedo.

Exclamaba un mozalvete de veinte abriles envuelto en largo manto celeste sembrado de argentadas estrellas, que bajaba la cabeza sobre el pecho al enorme peso de una aureola de bronce dorado y que debia con estos arreos representar á la Virgen.

—Pues toma.

Le dijo el Angel San Gabriel, meneando las plumas de sus alas de talco y ofreciéndole el cordial de un vaso de peleon.

—Pues daca.

Respondió la Virgen echándose entre pecho y espalda aquel cuartillo, no sin que la sacra aureola se le cayera de la atormentada nuca, yendo á dar en la cabeza de San Márcos y levantándole un chichon que le inspiró al buen Evangelista las blasfemias mas sucias y las interjecciones mas soeces.

—¡Fuego, fuego!

Gritó Zacarías con tal fuerza que se le cayó á su vecino el actor encargado de representar Santa Isabel la barriga de trapos con que debia fingir la preñez, y no sabemos lo que hubiera sucedido, pues una vela de la Candelaria encendió las estopas empapadas en aguardiente que debian simbolizar las llamas del amor místico, y no sabemos lo que hubiera sucedido, decia, á no haber llegado varios diablos con cántaros de agua para extinguir el incendio. Bien es verdad que la atencion se distrajo pronto á causa de otro aquelarre espantoso, en el cual se rompieron las vasijas destinadas á las bodas de Canaan y se destrozó en mil pedazos el pesebre de Belen: San Juan Evangelista pintaba y adobaba el rostro de Cristo, pero con fortuna tan



adversa que, le metió un poco de colorete en el ojo izquierdo, y le hizo ver en pleno día todas las estrellitas del cielo. Sentir el Salvador tal puñalada invisible en la vista y tirarle un bocado en la nariz á su discípulo predilecto, fué obra de un momento. Sentirse mordido el dulce evangelista y patear á su amado maestro fué obra no menos rápida. La rubia melena de Cristo, quedó hecha una lástima, su túnica inconsútil desgarrada, las tres potencias en las cuales resplandecía su divinidad, rotas, magullado su cuerpo, molidos sus huesos, maltrechas todas sus facciones, y quizás fuera tan santo día el postrero de su vida si no llegaran Pilatos y Caifás á sacarlo de las garras de su aporreador y martirizante.

Hubiérase tomado aquella festividad por un verdadero carnaval, á no celebrarse ceremonias austeras en los serenos espacios del templo, que podríamos llamar perdurable, no lejos del movable sitio y de la cambiante escena del teatro. La tristeza del Viérnes Santo reina todavía al despuntar la mañana del Sábado; los altares se hallan desnudos; las lámparas apagadas, los velos fúnebres tendidos sobre los cuadros y las estatuas; la cruz, que acaba de descubrirse, aparece desposeída del divino Salvador y solitaria; el sepulcro, que acaba de cerrarse, yace sellado y mudo; las puertas del tabernáculo están abiertas de par en par y su interior completamente abandonado, sin el sacramento; la desolacion se extiende por todas partes como una sombra de muerte: la Iglesia, á semejanza de la Jerusalem llorada en los tronos del Profeta, yace triste y viuda; el clero salmodia en su coro unos maitines, que semejan por su elegiaco acento y por sus siniestras cadencias el amarguísimo sollozo de espíritus invisibles, los cuales derramarán sobre el alma de los fieles una lluvia de lágrimas. A pesar de esta profunda tristeza, las ceremonias de las primeras horas del Sábado significan el albor de la esperanza mística y la continuacion de la vida religiosa. Aunque desnudos de la casulla y revestidos solamente del alba blanca y de la estola negra bendicen los sacerdotes el cirio que ha de arder ante el altar mayor y el agua bautismal que ha de recibir en el seno de la religion á los catecúmenos y á los niños. Tras los velos espesos y negros parece que se adivinan ya las luminarias brillantes y en las altas mudas torres que se siente el vibrar alegre de las campanas. Los fieles aguardan impacientes la hora de las diez y el cántico de gloria que indicará la resurreccion de Cristo, el triunfo eterno de la vida sobre la muerte. Se necesita creer con fé para sentir con verdad la aproximacion de esta hora sagrada y los preludios de estos cánticos sublimes. Diríase que en tales días de primavera la resurreccion de todos los seres coincide con la resurreccion del Salvador. Diríase que así como la savia estalla en la yema, la flor en el capullo, el manantial en las nieves recién derretidas; la esperanza estalla en el corazon que aspira al amor y en las venas la sangre que renueva su ardiente lumbre. Cuántas veces cree el cató-

lico en semejante día oír antes de tiempo las trompetas del órgano que llenan con sus acentos la Iglesia; la vibracion de los incensarios que derraman en los aires místicos perfumes; el repique de las campanas que sube á lo infinito; el cántico de gloria que anuncia la resurreccion; y se exalta y se enardece como si viese á su propia alma trasformarse á manera de la mariposa, y tomar esas alas que, de un vuelo, conducen á las ethéreas cimas del Empíreo en los arrebatos y en los éxtasis religiosos. Por los cuerpos mas frios derrama la primavera su calor y por los espíritus mas escépticos derrama la Pascua su alegría.

Así puede imaginarse quien leyere cómo estaria una muchedumbre católica en la plaza de Letran la mañana del Sábado Santo, viendo el drama sacro y evangélico, aguardando el repique general de las campanas y el gozoso aleluya de la Gloria. Las espigas movidas por el viento no ondulaban como aquella multitud movida por la curiosidad; las olas empujadas unas por otras no resuenan como aquellos pechos henchidos de entusiasmo. Lo que era entonces la inmensa plaza laterana todavía podemos hoy concebirlo á pesar de que la Basílica ha sido renovada en el siglo décimo-sétimo con la aparatosa arquitectura de Fontana, y el obelisco egipcio, que yacia olvidado entre las ruinas del Circo máximo, erigido allí de nuevo por la provida mano de Sixto V. En los tiempos que historiamos, si San Juan de Letran estaba ya rehecho de los desperfectos sufridos en la centuria décimacuarta, no estaba todavía ornado con el brillo que hoy tiene, ni mucho menos concluido con el pórtico que hoy ostenta. Aparte de obelisco y pórtico, existian dentro de la iglesia el fresco representando el gran jubileo decretado por Bonifacio VIII; el sepulcro ó urna de un discípulo del inmortal Donatello, conteniendo las cenizas de Martin V; el tabernáculo gótico guardando, segun la tradicion, los cráneos de San Pedro y San Pablo; el mosaico de Turbita y otras obras inmortales de arte. Pero lo que estaba entonces como hoy, era tras la Basílica el bautisterio de Constantino; al lado el magnífico triclinio de Leon XII; en frente la iglesia de la Vera Cruz, cuya fundacion se ha atribuido á santa Elena; por todas partes, en el dilatado espacio, en las largas líneas, entre los festones de yedra y las guirnaldas de ortigas y de cicuta, los arcos de los acueductos neronianos, los restos de las piscinas y de las naumaquias, parecidos á fragmentos de grandes templos, las columnas de triunfo medio rotas y confundidas con las piedras oscuras y las inscripciones borrosas de los lugares consagrados al eterno reposo. Si no hay cosa tan artística como el contraste, imaginaos cuánto ofrecería, de un lado la grandeza de los templos católicos surgiendo entre los restos de las ruinas antiguas, y de otro lado, el escenario de telas, de papeles, de cartones, donde se veian árboles y flores de trapo, soles y estrellas de talco, mantos y trajes bordados de lentejuelas; lo breve, lo fu-



gaz, lo rápido, junto á edificios que desafían las injurias del tiempo y parecen elevados á la eternidad. Y luego allí, en aquel sitio apartadísimo, escenario majestuoso ha tantos siglos, por cuyas piedras amontonadas y por cuyos escombros gigantescos andan errantes mil sombras augustas; donde á cada paso, bajo los brazos de la vid y á la sombra de los cipreses, entreveís un fragmento de la que fué reina de las ciudades y señora de las gentes; ¡qué contraste tan profundo entre el silencio religioso que reina de continuo como en la region de los muertos, y el estruendo de las muchedumbres y el sonido de las músicas, y el grito de los actores, y el rumor de las fiestas, y la alegre algazara de una representacion al aire libre, cuyas incidencias despiertan tantas y tan vivas y tan innumerables emociones expresadas por esos clamores populares que pueden compararse sin atrevimiento y sin hipérbole á verdaderas tormentas!

Lo primero que apareció en la plaza fué la comitiva oficial destinada á honrar la fiesta. Abrian la marcha los heraldos, los pajes con sus vistosas vestiduras, los reyes de armas con sus dalmáticas de brocado y sus mazas de metal, los trompetas, tambores y clarines. Seguian á estas lujosísimas comparsas los peregrinos, que llegaban de luengas tierras, con sus largos báculos rematados por calabazas, sus esclavinas negras sembradas de conchas blancas, sus sombreros á la espalda y sus amuletos y sus reliquias al cuello. Iban en pos de los peregrinos los frailes de órdenes diversas. Tanto era su número que se les hubiera tomado por un ejército, y tan varios sus individuos, que llevaban algunos de ellos las túnicas de lino y aun de pelo de cabra usadas por los primeros cenobitas en los desiertos de Egipto. Junto á estos africanos, cuyo atezado rostro resaltaba entre los pliegues de lino blanco, veíanse con extrañeza los monjes griegos con sus actitudes de estatuas ambulantes y sus pálios de paño negro. Tras estos monjes griegos resaltaban las estameñas pardas del franciscano, las franelas blancas del mercenario y carmelita, los colores contrastados del dominicano, la rica variedad de tantos y tan diversos hábitos. Como cada comunidad llevaba delante de sí los monagillos con candelabros y vasija de agua bendita, los sacristanes con cruces, y detrás de sí el prior seguido de novicios que le auxiliaban, aumentábase la variedad pictórica de los diversos grupos. Y luego que las órdenes monásticas habian pasado, venian á caballo las autoridades civiles de roma, los llamados senadores, con sus largas túnicas, acompañados de asistentes excediendo á sus señores en la riqueza de los trajes. Y luego que habian pasado los senadores romanos, venian las diversas familias nobles, damas y caballeros, precedidas de una corte inmensa, como no la hubieran usado los reyes, y acompañadas de toda clase de pompas. Y por último cerraban el magnífico cortejo los obispos, los arzobispos, los cardenales, los príncipes de la Iglesia, en cuyos anillos, en cuyas cruces, en cu-

vos broches, los rayos del sol chispeaban como si al contacto con aquellas facetas produjesen múltiples y multicolores estrellas.

Pues bien; allí iba el cardenal á quien Lorenzo recomendara el asunto de Filippo, y que, deseando complacer al gran señor y servir al gran artista, no habia en manera alguna llegado á mover la voluntad del Papa. Encerábase éste, para su negativa, en una observacion, que parecia á primera vista concluyente. Si Filippo hubiera pedido su revocacion del voto y la bula para el matrimonio con ánimo de cambiar su vida, nada mas necesario para él ni mas fácil para el Papa. Mas, una vez casado, siguiendo su natural voluptoso y sus costumbres ya arraigadas, volvería sin falta á la vida de ántes, y arrastraría en su desventura, quizás en sus vicios, á la propia mujer que ahora tanto deseaba. Inútilmente le argüía el cardenal con los cambios de vida y de costumbres verificados en Lippi; inútilmente le aseguraba la observancia de un voto hecho en la hora que el pintor creía hora de su muerte; inútilmente le citaba todos los artistas de Roma y Nápoles, edificados con la vida del antiguo carmelita y dudando de sus propios ojos; inútilmente le confirmaba con los informes de toda la policia y de todos los esbirros romanos, la indudable verdad de sus juicios; la negativa del Papa era absoluta, irrevocable su resolucion, definitivo su acuerdo. Bien es verdad que Guido Montaperto habia entrado en la corte romana y puesto en juego todos sus medios y todos sus recursos de poder y de influencia. Y entre estos medios, entre estos recursos, el primero y esencialísimo, el oro como que nada le importaba consumir toda su fortuna con tal de evitar aquella boda á su corazon tan odiosa. Lippi, que tantas veces se salvara del deshonor, de la ruina, de la muerte misma, por su arte, miró al cielo, vió en sus espacios lucir la buena estrella que siempre le acompañara; miró al interior de su mente, vió brillar en ella la inspiracion que siempre le esclareciera y, desconfiando de los hombres, no desconfió un punto de su arte. Pidió al cardenal que le consintiera ofrecer al misterio religioso, para la hora en que el velo del templo se rasgara y el momento de la resurreccion viniera, un cuadro representando á Cristo vencedor de la muerte, y en el acto mismo de subir á los cielos. Conociendo la naturaleza artística del pueblo romano y fiando en la eficacia de su entusiasmo, pintó Lippi unas figuras de gran tamaño semejantes á las que habia dejado en la catedral de Prato, para que el pueblo romano quedase vencido por la sublimidad del cuadro y por la inspiracion del pintor. Y aquel pueblo subyugado le aclamaría; y aquella aclamacion espontánea le valdria mas que la carta de Lorenzo el Magnífico y que la influencia del cardenal romano. Semejante cálculo no marró, y los hechos confirmaron las esperanzas. Vamos á verlo.

Puede decirse que la parte principal de la funcion habia pasado desde el



punto y hora en que pasó la cabalgata. Ningun espectáculo en aquellos tiempos, competía con un espectáculo de este género. Los caballos, estimados en particular estima, eran, mas que cabalgaduras, compañeros del hombre. Sus gualdrapas de realces, sus bridas de oro, sus estribos de plata, los plumages de sus frondales, las cintas de su crin, los ornaban de tan pintoresca suerte, que los pueblos se lanzaban furiosos á verlos, aplaudirlos y admirarlos. Imagináoslos circuidos de pajes, llevados por palafreneros brillantemente vestidos, soporcando en sus lomos la altiva carga de jinetes apuestos que lucian terciopelos ó brocados, y de damas envueltas en ricas telas de tisú y ceñidas por sartas de perlas y rubíes. Hermosas estas festividades en todas partes, lo eran mucho más en aquella Roma, donde á las armaduras cinceladas y damasquinas de la gente militar, á los blasones y preseas de la gente noble, á las sedas y gasas de las damas, á los armiños de los príncipes, se unian las capas pluviales de los obispos y arzobispos, la roja púrpura de los cardenales, el lujo casi oriental de los pontífices. En la monotonía de trajes á que nos ha obligado la precision de expresar por nuestras costumbres la uniformidad de nuestros derechos, apénas podemos comprender lo que sería una poblacion de tantas y tan varias categorías, necesitadas todas de vestir su respectivo pintoresco uniforme, en aquella época de riqueza espléndida y gusto exquisito que se llamaba Renacimiento. Aproximáos á las galerias marmóreas del cementerio de Pisa, entrad en la sacristía brillantísima de la catedral de Sienna, recorred esa série de frescos que señalan la historia del arte desde la iglesia de San Antonio de Padua, pintada por el Giotto, hasta la capilla del Vaticano, pintada por fra Angélico, y acaso viendo aquellas túnicas de raso relucientes, aquellas ropillas de damasco rameadas con hojas de oro, aquellas damas que llevan, ora trajes de terciopelo carmesí orlados con plumas de cisne, ora trajes de raso blanco ceñidos con redes de záfiro; aquellas comparsas de suizos y escuderos con sus alabardas que relucen como astros y sus uniformes que resplandecen como pedrería y sus plumajes de tantos colores, podeis formaros una idea de lo que debía ser la poblacion de Roma en la mañana del Sábado Santo, cuando se aglomeraba con aquella extraordinaria aglomeracion para ver un misterio religioso en el más bello de los escenarios, en la inmensa plaza de Letran.

Por fin comenzó la representacion. Las decoraciones tenian una variedad inmensa, y, para saber los objetos que representaban, no hay sino decir que comprendian desde las raices del infierno hasta la Santísima Trinidad de los cielos, pasando por toda la tierra. Un solio de escalera dorada, y de paños celestes donde se veia respetable anciano, con manto rojo á la espalda, tiara pontificia á la cabeza, y bola áurea en las manos representaba el Eterno ántes de la creacion; una turba de niños vestidos con túnicas blancas y adornados con cabelleras rubias, llevando alas arreboladas como ná-

car y sandalias ceñidas con cintas de oro, representaban los ángeles destinados á traer y llevar los mandatos del Eterno; un bosque de naranjos y palmas, por el cual se veian varios surtidores, formado todo él de ramas naturales y pinturas un tanto chillonas, significaba el paraíso terrenal, en cuyo centro campeaba cargado manzano, alrededor del cual se ceñía y enroscaba, moviendo la lengua y los ojos, una serpiente de laton; la terrible caverna que estaba al lado, propia vivienda para aves nocturnas, evocaba el recuerdo de Cain fratricida; la fortaleza en ruinas de un poco más allá la confusion de las lenguas y la torre de Babel; junto al estelcolero, donde se dolía y se revolcaba Job, alzábase la montaña del Olimpo en que tañía su cítara Apolo y danzaban las nueve musas al son de los coros helénicos; la fuente cercana que fluía bajo un arco de mirtos, representaba la fuente Castalia en que iban á beber los poetas, y el arroyo de allá corriendo en pedregoso lecho, el rio Jordan en que se bautizaban los redentores; unas mujeres cubiertas como las plañideras de los entierros, anunciaban las Marías yendo en pos del sepulcro de Cristo, y otras mujeres vestidas de túnicas sencillas y coronadas de frescos laureles, representaban las sibilas profetizando la redencion universal de todos los séres; la Jerusalem de los profetas confundía sus muros almenados con los intercolumnios de la Atenas y de la Corinto de los artistas; el pesebre de Belen rodeado por los pastores, no estaba lejos del huerto de Getsemaní rodeado por los romanos; la casa de Zacarías, donde la Virgen sintió al Salvador en sus entrañas y entonó el *Magnificat* que debian cantar todas las generaciones, distaba cuatro pasos de la horca en que Júdas entregó entre estertores de rabia la condenada vida al suicidio; y cerca de un telon azul entre cuyos arreboles argentados centelleaban las estrellas matutinas, veíase un torreón negro como la pez, por cuyas hendeduras salian llamas rojas como sangre ardiente y en cuyas cimas se veian en tropel y en confusion los mismísimos diablos con largos rabos y puntiagudos cuernos; de suerte que recorriase con la vista desde la luz increada ántes que en ella se dibujaran los soles más immaculados hasta las tinieblas eternas donde se recogen las cenizas y las pavesas de las criaturas más inmundas. La representacion parecíase á las decoraciones, y el argumento al escenario, imágen fidelísima de la época, confundian en grande confusion el paganismo con el cristianismo. Las sibilas respondian á los profetas; los oráculos de Delfos hablaban poco ántes ó poco despues que los doctores de la Iglesia; los dioses iban al par de los santos; la concha de nácar que realza el cuerpo de Vénus se ostentaba no lejos de la media luna que calzaba los piés santísimos de Maria; hablaba Cristo poco despues que Júpiter; y el mundo antiguo y el mundo moderno se confundian de tal suerte, que una parte del drama se asemejaba á una tragedia de Séneca y otra parte del drama se asemejaba á un misterio de la Edad Media, como si hubieran juntado sus cimas el Pindo y el Sinaí, el Híbla y el Calvario.



En el desarrollo de este drama, llegábase á eso de las diez del día, al acto más solemne, al acto de la resurreccion. Las puertas de la Basílica estaban abiertas de par en par, y las ceremonias de la misa indicaban la celeridad ó la pausa con que debía ir la representacion en las varias escenas. Cuando el celebrante iba á entonar el Gloria en la iglesia, las Marías iban á inquirir en el teatro si el cuerpo de Cristo se encontraba en el sepulcro. Nada más poético en esta historia evangélica que aquellas mujeres de Jerusalem, fidelísimas á la amistad del Crucificado, las cuales, despues de sostenerlo en la agonía entre las blasfemias y aun las amenazas del populacho, iban á cuidarlo, ya muerto y enterrado, al sepulcro, temerosas de que alguna mano profana hubiera removido aquellos restos, privándolos hasta del reposo eterno de la muerte. Su pregunta al encontrar el sepulcro vacío, esa pregunta llena de zozobras en su delicadeza y en su dulzura, queda respondida por los cánticos de la Iglesia. En efecto, así que anuncia el sacerdote la resurreccion de Cristo, el órgano de San Juan de Letran prorrumpe en alegres notas, las campanas de los innumerables campanarios romanos lanzan gozoso repique, el cañon de San Ángelo despide ruidosas salvas, las músicas esparcidas por todas partes entonan armoniosos himnos, el pueblo grita y vocífera, los sacerdotes cantan como si desearan hender los cielos con voces, la fúnebre cubierta que envuelve la Basílica desde el domingo de Pascua, se rasga, y los altares oscuros tanto tiempo se iluminan con luminarias semejantes ó bien á ideas vivas que arden al fuego de la inspiracion, ó bien á estrellas errantes que se redoran y reaniman al fuego del santuario. ¿Qué no sería, pues, el anuncio de la Gloria en la animada escena del teatro? Todos los asistentes á las innumerables lógias y tribunas se ponen de pié, y lanzan un clamor de regocijo. Todos los actores, cada cual en el sitio que ocupa, entonan melodiosos aleluyas. Todos los instrumentos rompen á una en concertadas sonatas. Todos los guardias, armados con armas de fuego, disparan sus arcabuces. Innumerables avejillas, ántes prisioneras, y en aquella hora devueltas á su libertad, hienden los aires llenos de gorjeos que parecen, ó llevar á los cielos ecos de la alegría que reina en la tierra, ó traer á la tierra ecos del hosanna que en las alturas entonan los ángeles del cielo. Una lluvia de primaverales flores, todavía humedecidas por el rocío de la mañana, cubre el suelo. Un regocijo natural mueve los ánimos. Parece que las injurias se olvidan, que los ódios se acallan, que las esperanzas renacen, que las ilusiones reverdecen á este comienzo de la Pascua, coincidiendo con la renovacion de la primavera.

Pues bien; toda la alegría que embargaba los ánimos, todos los matices que embellecian los cielos, todos los aromas que exhalaban las flores, toda la poesía que encerraba aquel instante, los aleluyas subiendo con las aves á las alturas, los himnos de regocijo mezclados con los airecillos de prima-

vera, el repique de las campanas y el sonido de las músicas, la emocion universal que diriais extendida hasta sobre los séres inanimados, encontró su expresion, su forma, su verbo, por una de esas súbitas iluminaciones propias del arte, en el cuadro debido á Lippi y consagrado á la resurreccion del Señor. Habia el artista vencido y sobrepujado su propio natural. A su realismo que, á veces, rayaba en vulgaridad y á veces en grosería, sustituyó en aquella obra una espiritualidad tan vaga y tan religiosa como si hubiera pintado el alma. De que tal resurreccion hiriese la mente del pueblo romano y arrebatara un aplauso pendia lo que podríamos llamar la entrada triunfante del pintor en la felicidad. Intentaba, pues, algo más que trazar un cuadro, intentaba obtener un triunfo. En las sombras de la tierra, mal iluminadas por un crepúsculo incierto, yacian tendidos los custodios romanos del sepulcro, con tanta exactitud de dibujo y tanta verdad de color, que en sus cuerpos se veia la fatiga del cansancio y la aspiracion del reposo. Esta era la parte verdaderamente realista del cuadro. El centinela, único que estaba de pié, habia perdido, al sacudimiento de la losa recién levantada, el casco, y se llevaba la mano izquierda, libre de toda arma, á los ojos, para preservarlos de la divina abrasadora luz caída sobre sus débiles pupilas. En esta parte del cuadro vencía el pintor una dificultad inmensa, reflejando lo sobrenatural en un rostro que expresaba á un tiempo la extrañeza asombrada y la ignorancia invencible, con mezcla de admiracion y de pena. Esta parte del cuadro representaba el término medio entre lo real y lo ideal. En cambio, la figura de Cristo entraba triunfante por los espléndidos celajes de las idealidades místicas. Su cuerpo estaba dibujado como pudiera estarlo el más hermoso cuerpo de Dios antiguo; su rostro tenia la expresion cristiana por excelencia, la expresion de la humanidad divinizada. Aun se sumergian sus piés en las sombras de la tierra y ya se elevaba su cabeza en el éther de los cielos. Su mano derecha asia la palma del martirio y su izquierda el laurel de la victoria. La cabellera que le caía sobre los hombros y la barba rubia le daban toques de luz tan vivos que lo creeriais iluminado por reflejos del Empíreo donde residen los arquetipos en que el universo se ha forjado y de que se ha desprendido el espíritu. La frente espaciosa ostentaba una serenidad divina. Los ojos, aunque destellando la luz increada, volvíanse hácia la tierra y expresaban como un gran sentimiento de perderla, á causa de las mismas penas que la habitan y de las mismas lágrimas que la riegan. Una atmósfera vaga como la celeste nube que se eleva de místico incensario, como el dulce destello de la lámpara que se refleja en los rayos de religiosa aureola, como el áureo brillo de los santuarios impregnados de oraciones rodeaba la cabeza del Salvador y envolvía de centelleos, que daban como éxtasis, los resplandores de su triunfo y de su gloria. Varios ángeles, que creeriais fatigados de recorrer los espacios, de alentar los mundos, de iluminar los soles, de esclarecer las almas, de subir sobre

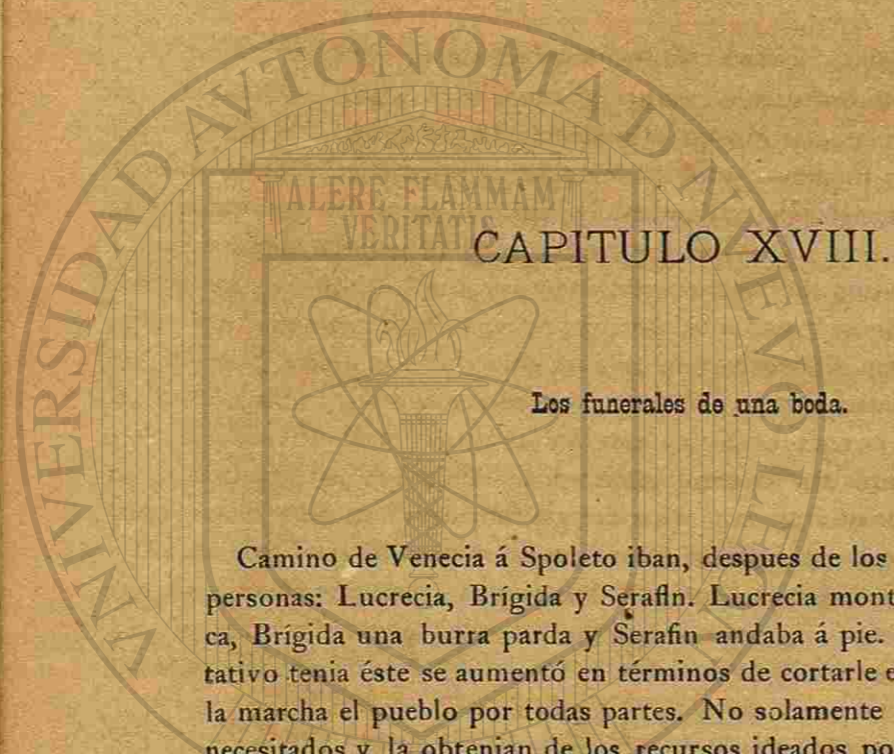


sus alas multicores las plegarias humanas, reprimian su vuelo y se quedaban suspensos y arrobados en la contemplacion del divino vencedor de la muerte elevado á aquella exaltacion y florecimiento de la vida. Por fin, el artista habia casi conseguido un imposible, expresar ideas inefables en la expresion perfectisima del arte.

Al grito de regocijo inspirado por el cántico de gloria siguió un grito de admiracion inspirado por la vista del cuadro. Estos pueblos italianos del Renacimiento eran verdaderos ejércitos de la belleza, á la cual prestaban culto parecido al del caballero andante á su dama. Sin el aplauso unánime de las muchedumbres, sin la popularidad inmensa, sin la admiracion entusiasta, sin la fama ruidosísima, no hubiera podido existir aquel coro de artistas que consagrara su vida á la hermosura como pudieran otros consagrarla á la religion y á la penitencia. El cuadro acababa de ser descubierto en momento tan solemne, con oportunidad tan grande, que sobrecogió los ánimos al paso de esos minutos rarísimos en que todos los sentimientos se desbordan sin tasa y la admiracion se rinde sin reserva. Tras largo misterio, que, á cierta distancia, parecia muda pantomima, presentábase admirable cuadro conteniendo en forma bellísima alguna parte del sentimiento ó de la idea que cada cual llevaba en su corazon ó en su inteligencia. Como solo hubo un grito para bendecir la resurreccion, y un grito para admirar el cuadro, solo hubo un grito para aclamar al pintor. Y aquel grito se expresó de una manera: ¡El triunfo! ¡el triunfo! ¡el triunfo! Las gentes pedian á una que Lippi obtuviese la misma honra obtenida en otros dias por Petrarca sobre el Capitolio. Y cuando el pueblo romano decretaba á gritos una de estas victorias artisticas, no habia mas remedio que reconocerla y consagrarla. Mas ¡cuán grave cosa en la ciudad santa, ó indisponerse con el pueblo, ó decretar el triunfo á un fraile menospreciador de sus votos, á un artista escapado á la proteccion de su convento, á un cautivo de aventuras escandalosas y de manumision extraña, á un hombre, en fin, mas propio para ornar la córte de cualquier príncipe pagano, que la córte de un Monarca-Pontífice! Ocurrióse, pues, á la curia romana que Lippi saliera de Roma á fin de evitar tal escándalo. Pero Lippi dijo que no saldría sino hecho pedazos ó con la bula que le eximiera de sus votos y le autorizara á contraer matrimonio. Por fin, la curia romana, con su astucia natural, prefirió este escándalo menor y casi privado al escándalo público de la coronacion. Y soltó la bula. Fra Filippo Lippi dejaba, pues, su cogulla de fraile para tomar su condicion sencilla de ciudadano; Fra Filippo Lippi se casaba, á pesar de las maniobras empleadas y del dinero derramado por Guido Montaperto. El cardenal á quien Lorenzo el Magnífico lo recomendara, conociendo en justicia que tal resultado era debido al merito de Lippi y no al influjo suyo, quiso compensarle su falta con alguna provechosa compensacion, y

le procuró las pinturas al fresco de la catedral de Spoleto. Allá se dirigió Lippi, allá citó á Lucrecia, allá debia celebrarse el casamiento, allá trascurrir la luna de miel de aquellos dos amantes unidos por un amor tan intenso y separados por una desgracia tan implacable. Y allá tambien se fué Guido Montaperto.





Los funerales de una boda.

Camino de Venecia á Spoleto iban, despues de los sucesos descritos, tres personas: Lucrecia, Brígida y Serafin. Lucrecia montaba una hacanea blanca, Brígida una burra parda y Serafin andaba á pie. La fama que de caritativo tenia éste se aumentó en términos de cortarle el paso é interrumpirle la marcha el pueblo por todas partes. No solamente le pedian limosná los necesitados y la obtenian de los recursos ideados por su inagotable gracia para llevar las sobras del rico á las necesidades del pobre, sino que le pedian medicinas los enfermos y consuelos y esperanzas los desesperados. Desde los tiempos de San Francisco no se habia visto por Italia un hombre igual, así en el esplendor de la virtud como en el estro de la predicacion, así en la fluidez de la palabra como en la fecundidad y eficacia de las obras. Su ternura, casi de mujer, no reñida con la varonil energia, extendiase desde los hombres hasta los animales. El grito de la pobre viuda y el arrullo de la tórtola solitaria, el lamento de la madre infeliz que perdiera sus hijos y el pío de la avecilla que perdiera su nido le desgarraban el corazon. Desde que llegó á la plenitud de su vida y á la madurez de su juicio no volvió á alimentarse, como uos alimentamos los demas mortales, de la muerte. El pan de cada dia, el vino fortificante, las frutas y las yerbas y las legumbres bastábanle para el necesario sustento. Incapaz de cometer ninguna falta á sabiendas, ni de caer en ningun vicio, buscaba como el Redentor, la compañía de los descarriados, mucho mas necesitados seguramente de él que los virtuosos. En su largo viaje á Spoleto aconsejó, socorrió, curó, consoló á cuantos, conociéndole y no conociéndole, acudian á su

inagotable caridad. El milagro de la multiplicacion de los panes y los peces parecia reproducirse á todas horas en sus acciones, segun el número de necesitados y de necesidades que socorria por doquier. Cualquiera le hubiese creido escapado de los tiempos evangélicos, ungido de la predileccion celeste, y con el don de lo sobrenatural, segun lo extraordinario de sus virtudes y lo maravilloso de sus obras. Bien hubiera podido decirse que Serafin era el último representante del heroismo monástico en la Edad Media, si no viviera y no se educara ya en su tiempo el inmortal Savonarola. Hasta la irreconciliable enemistad que tenia con la Iglesia en su sentir paganizada, y la creencia herética en la revelacion de un nuevo Evangelio, que, inspirado por la voz de su conciencia, heria los hálitos de su vida y los sentimientos propios de su educacion católica, le llevaban á contrastar algun remordimiento que interrumpia su sueño y alguna duda que taladraba su mente con la pureza inmaculada de la vida y la ardiente caridad en las acciones. No es maravilla que el viaje á Spoleto fuera como un reguero indeleble de buenas obras. Prolongó unas veces, interrumpiólo otras por predicar la mansedumbre á un señor empeñado en ahorear á cuantos le decian la más mínima palabra; por asistir á un enfermo que se moria y necesitaba de su inspiracion médica nacida del corazon y no de la ciencia; por enterrar á un leproso, cuyo cadáver yacia abandonado á los perros y á los cuervos; por partir su pan con los hambrientos, su hábito con los desnudos, su tranquilidad con los atribulados. Y como el bien siempre favorece aun á aquellos que más desinteresadamente lo hacen, á este acompañamiento de muchedumbres exaltadas y á esta irregularidad en la ruta se debió el que varios bandidos apostados por Montaperto no logran su encargo de robar á Lucrecia y arrancarla á los brazos amantes de Filippo Lippi.

Por fin llegaron cerca de Spoleto, no sin que Brígida diese un gran suspiro.

—¿Por qué suspiras? mujer.

Le preguntó Lucrecia.

—Porque no comprendo cómo haya en el mundo quien cambie Florencia la divina por esta triste Spoleto.

—No la cambiamos, respondió Lucrecia, habitaremos aquí mientras Filippo deba pintar en la Iglesia mayor la capilla de la Virgen.

—Pero vais á celebrar ahí vuestro matrimonio.

—Justamente. Para eso nos hemos procurado de las autoridades eclesiásticas todos los correspondientes permisos. ¿Querías tú que nos casáramos en Florencia?



—¿Pues no lo habia de querer? Allí la boda hubiera sido una fiesta, mientras que aquí será un entierro.

—Despues de cuanto ha ocurrido, replicó Lucrecia, festejar la boda equivaldria á herir dos corazones; el de mi padre y el de Guido.

—Pues cada cual tiene su manera de matar pulgas. Dígote, que que si yo me casara á mi gusto contra la voluntad de álguien, que Dios me perdone, pero daría á tragar á ese álguien mucho, muchísimo cordelejo.

—Si nos dejáramos mover del deseo de Filippo, quedaríanse atrás las bodas más ruidosas de la Italia antigua y moderna. Músicas dulcísimas llenarían los aires, comparsas alegres danzarían alrededor nuestro, extenderíanse sobre las cabezas de los desposados doseles movibles, y nos servirían de sosten alazanes rapidísimos: en cada calle habria un carro representando los atributos de la hermosura ó las peripecias del amor, en cada plaza sendas cabalgatas por los lados y vistoso teatro en el centro, al llegar á la iglesia un jardin bajo toldos de seda y sobre alfombras de Persia, dentro de la iglesia una gloria.

—Pues, francamente, me parecería todo eso de perlas para expresion de la alegría que debe retozar en vosotros por haber llegado al logro de tantos deseos como os habrán quemado la sangre.

—¿Qué quieres? Pues yo siento mi alegría de otra suerte. Tambien debe la felicidad tener su pudor como la desgracia. Ya es hora de que Filippo deje de embargar la atencion del mundo con sus aventuras y con sus hazañas. Todo el tiempo que ha perdido en la plaza debe ganarlo ahora en el hogar. Una casita retirada y modesta, de jardin frondoso y de mesa limpia, han de bastarle á mi lado. ¿Para qué mayor espacio? Un estudio donde tenga todo lo indispensable á su arte, ha de ser su verdadero campo de batalla. ¿Para qué mayores luchas? Una vida tranquila y sosegada ha de parecerle más amable que todas las aventuras. ¿Para qué otras emociones? Ya que tanto me ama, debe reducirse á mi amor. ¿Para qué otra felicidad? Hé ahí cuanto quiero y cuanto pienso: la soledad á su lado, el retiro de dos, un olvido eterno del mundo para acordarnos sólo de nosotros mismos y de nuestra mútua ventura.

—Pues me parece que lo vas á conseguir como no lo impida el diablo, que á veces se interpone en los mejores deseos del hombre y en las mejores obras de Dios.

—Todo lo he conseguido con la virtud que más aleja y más vence al diablo, con la oracion.

—¿Y no te acuerdas de una persona que parece empeñada en procurar tu desgracia eterna y su implacable venganza al mismo tiempo?

—¿De quién?

—De Guido Montaperto.

—Por Dios, no me recuerdes á ese hombre.

—Será fin.

Gritó Brígida para distraer á su dama de los pensamientos que ella misma habia suscitado.

—¿Qué?

Preguntó el fraile, apartado por completo de la conversacion y absorto en la contemplacion interior del propio pensamiento.

—Debemos llegar al sitio donde Lippi nos aguarda, siguiendo las órdenes de Lucrecia, que le ha mandado no dar un paso adelante ni atrás.

—Aún está algo léjos.

Respondió secamente el fraile.

En efecto; Lippi se encaminaba á la hora convenida y al sitio convenido, llevándose tras sí todos sus discípulos y todos sus domésticos, para que presenciaran la boda y vieran su felicidad. Segun lo convenido entre ambos, desde el sitio mismo de la reunion, debian dirigirse á la iglesia, donde el sacerdote los aguardaba, y desde la iglesia á casa, donde les aguardaba la deseada ventura. Una vez que, en cambio de precioso cuadro, regalara el gran Ghiberthi cincelada copa al gran pintor, juró éste que si alguna vez se casaba con Lucrecia, habia de libar en aquella maravilla del arte el primer vino que, despues de la ceremonia y al llegar á casa, bebieran juntos en señal de la eterna union de sus almas. A mayor abundamiento, este vino debia ser de la primera viña que comprara con el producto de su primer cuadro. Así lo tenia con gran cuidado en primorosa redomilla. Tan fuertemente estaba arraigada la idea en la inteligencia de Lippi y el propósito en la voluntad que, ántes de salir para esperar á Lucrecia, puso en plato de oro la copa, y junto á la copa la redoma. Y depositando todos estos objetos en la mesa, cerró su casa y dejó sola completamente su habitacion, llevándose consigo todos sus discípulos y aún á todos sus domésticos.



No bien la habitacion se habia cerrado, cuando apareció por una ventana Guido Montaperto. En el siniestro relampaguear de sus ojos, en el resuello entrecortado de su pecho, en el rechinar de sus dientes, en la crispadura de todos sus miembros, notábase que traía alguna criminal idea. Entraba en aquel sitio como entra el ladrón y el asesino en sitios vedados por la conciencia y por las leyes. Así, al menor ruido, se estremecía y casi daba un paso atrás como para lanzarse en busca de la ventana y desaparecer súbitamente. Mas una idea fija le detenía y le inspiraba resoluciones tan extremas como las que otras muchas veces hemos visto en el desarrollo de su pasión y de su vida. En efecto; aproximóse á la mesa donde Lippi habia dejado la copa y la redoma y las examinó detenidamente. Después de este exámen sacó de su alquicel un pomo y quiso abrirlo. Pero el tapon se resistió largo tiempo como si hasta los objetos inanimados negaran complicidad á sus intentos. Un sudor frío bañó la frente del noble toscano y una especie de vértigo cegó sus ojos. Así como el instinto de la vida se extrema en todos nuestros peligros, el mandato de la conciencia se extrema á su vez en todas nuestras faltas y en todos nuestros errores. Lo cierto es que Guido dejó caer la cabeza sobre el pecho y se reconcentró un momento sobre la idea del terrible acto que intentaba, para examinarlo más despacio y más cerca.

—¿Qué voy á hacer? se preguntaba á sí mismo. En el licor destinado á celebrar una boda de amor voy á verter una bebida de muerte. En el primer abrazo que se darán, después de haberse buscado dos seres amantes por el mundo tanto tiempo, voy á interponer un crimen. Mi conciencia me aparta de este atentado; pero me impulsa mi voluntad. Esas víctimas, que el destino me designa, han amargado con eterna hiel toda mi vida y difundido ponzoña en mi sangre. Sus amores y sus venturas sólo han servido para sembrar de ódios y desventuras el camino de mi vida. Y tras tantos y tan grandes tormentos ¿voy á dejarlos en paz que gocen de su felicidad y aumenten mi desgracia? No puedo. Una fuerza ciega me arrastra al cumplimiento de un fin irrevocable. Sentid las emociones más dulces que puedan sentirse: el calor en la sangre, la aspiración á la soledad en el deseo, la esperanza en los latidos de la vida, el amor en todos los ímpetus de la voluntad, el goce próximo, la satisfacción completa; que al llegar á la realidad, al tocar todo cuanto ahora soñeis, vais á encontraros ¡infelices! con mi nefasta sombra. Algo más corrosivo que un veneno, algo más acerado que un cuchillo, algo más frío que la muerte, algo más temible que el infierno es la pasión de los celos y el espectáculo de vuestra dicha en los tormentos y en los torcedores de mi dolor y de mi desgracia. Preferiría yo plomo derretido en mis venas y habitacion eterna en el infierno, al tormento de oír resonar esos labios juntándose con otros labios para producir el eco de un

beso, más estridente en mis oídos que la sentencia inapelable de mi propia condenación. No. Que purgen los infames este minuto tanto como me han hecho padecer á mí en toda una eternidad. Que crean llevar el velo de las bodas y lleven el sudario de los entierros; que esperen caer en el tálamo de los amores y caigan en el hueco de los sepulcros; que su hogar, poblado de ilusiones, se trueque en ataúd, poblado de gusanos. Prefiero aborrecerme y maldecirme á mí mismo; pasar por monstruo ante el mundo; deshonorarme en la historia, indisponerme con Dios y precipitarme en manos de Satanás, ántes que ver á mi ingrata amada y á mi odioso rival bajo el mismo techo, en completa ventura, ricos y queridos, con la gloria por corona, con el aprecio de las gentes por premio, amándose en el amor mutuamente correspondido y reproduciéndose en sus hijos, cuando yo solamente conseguiría en la vida consumirme de celos y devorarme las entrañas de rabia. No, no puedo vivir así; por lo mismo que mueran ellos, y caigamos todos juntos bajo el peso de la misma maldición y de la misma desgracia en el océano de tinieblas á que nos condena nuestro invencible destino.

Y un resuello horrible se escapó de su pecho. Y tras el resuello cerró los ojos como si no quisiera ver lo mismo que iba á ejecutar. Y abrió con fuerza el pomo, cuyo tapon oponía invencible resistencia. Y después de haber abierto el pomo, abrió la redomilla donde se contenía el vino. Y mezcló ambos líquidos con un estremecimiento en cuyos espasmos aun se veía el último combate de la voluntad con la conciencia. Y después cogió febrilmente aquella mezcla extraña y la removió agitándola fuertemente. Y después de haberla agitado con fuerza y compuesto la mixtura con precipitación, arregló plato, copa, redoma, tales como los habia dejado Filippo, y lanzando una mirada al sitio aquel de alegría y regocijo próximo á convertirse en sitio de duelo y de lágrimas, abrió la ventana y se salió por ella, no sin dar al aire un suspiro en el cual parecia como que entregaba toda su alma.

Y mientras tanto, apercibida ya y dispuesta su muerte, lanzábase Filippo olvidando que pudiera existir sobre la tierra tanta maldad, en brazos del amor. La esperanza de toda su existencia se realizaba en aquel supremo instante. El deseo único, que le agujoneara con punzante aguja, estaba satisfecho. Su novia, su Lucrecia, la esposa de su alma, la musa de sus inspiraciones, la amada de su corazón, la virgen de sus idolatrías, la esperanza de sus esperanzas, la gloria de su pensamiento, tantas veces anhelada con anhelo angustioso y huida á sus amantes brazos con terrible perseverancia, entraba amorosísima bajo su techo y compartía con él toda la vida. A esta consideración, sus sentimientos se exaltaban con la vehemencia propia de su extraordinario natural, y la felicidad prometida y esperada tomaba los



espejismos fantásticos propios de su rica fantasía. Como en todos sus trances, la aspiración á la felicidad mezclábase y confundíase con la aspiración al arte. Veía su casa llena de ventura y su mente llena de inspiraciones. En aquel sagrado retiro iba á ser su vida como uno de esos lagos serenos en cuya linfa se retratan todas las estrellas del firmamento, y su conciencia como otro lago en cuya superficie se retrataran todos los ideales que pueden levantarse en el universo. A esta esperanza su temperamento, esencialmente naturalista, se completaba con verdaderos complementos idealistas. Ya que una mujer real, con cuya belleza soñara siempre, sin lograr otra cosa mas que reproducirla y retratarla tal como la veían sus ojos deslumbrados, ya que esta mujer real entraba en su poder, venía á mas venir la hora de soñar con otro tipo ideal mas cercano á las realidades eternas que las miserias y frágiles criaturas. Un nuevo artista se despertaba y surgía de esta suerte en el artista antiguo. Y este nuevo artista sentía vivísima inclinación á producir algo mas hermoso que la naturaleza á la cual prestara hasta entonces encendido culto. La fantasía del artista sentía ya palpar en sus entrañas el Verbo del Renacimiento, ó sea, aquel redentor nacido para encerrar en las perfectas y correctísimas líneas griegas la divina idea del cristianismo. Pintaba en tal momento el altar y capilla de la Virgen María en Spoleto y experimentaba una transfiguración extraña en su alma al calor de la nueva vida centuplicada por los rayos ardorosos de una completa felicidad. Hasta entonces, pobre siervo de la realidad, solamente había oído las voces de la naturaleza; desde aquella hora suprema oía el aleteo de inspiraciones mas idealistas, y sobre la espléndida luz de los mundos divisaba otra luz mas viva en el eterno Dios. Así puede decirse que, en aquella hora suprema, si el corazón de Filippo entraba por el amor en la felicidad, su inteligencia entraba por la inspiración en lo ideal. Otro artista mayor que el antiguo nacía en esta maravillosa transformación de su genio. Nunca, pues, había sido tan necesaria como entonces su existencia á la humanidad y á la Italia: que el espíritu nacional, como el espíritu humano, crecen con la gloria y el esplendor de los grandes nombres.

Transformado Filippo de esta suerte, aguardó á Lucrecia con la seguridad del amante dichoso y correspondido que no presiente ninguna desgracia ni ve ninguna sombra. Decidido á obedecerla en todo aquello que á sus mutuas relaciones tocara, esperó en el sitio designado, y esperó con amor, pero sin ninguna impaciencia. Cuando el grupo que formaban la dueña en su asno, la señora en su caballo y el fraile á pié, apareció ante sus ojos, dobláronse las rodillas de Lippi, y estuvo á punto de arrojarse á los piés de la hermosa jóven, objeto único de su culto. Uno y otro se contentaron, sin embargo, con mirarse mutuamente, y en aquella mirada, uno y otro se ratificaron con muda pero irrevocable ratificación la entrega completa de sus

respectivas almas. Los ojos de Lucrecia tornáronse al cielo, porque con esa inclinación á lo maravilloso, natural en el alma de toda mujer, solamente á un milagro evidéntísimo de la Virgen podía atribuir el casarse legítimamente con aquel sacerdote á quien le uniera el amor y de quien le separaba la conciencia. No había asombro en ella, porque si veía vencido un imposible, lo veía vencido por Dios. Filippo llegaba al matrimonio como el viajero, que ha andado mucho, llega al hogar; como el marino, que ha caído en naufragio, llega al puerto; como el combatiente, que ha combatido largo tiempo, llega á la paz. Era el término de las aventuras y el comienzo de la felicidad; el abandono de sus antiguas inclinaciones sensuales y el abrazo con una idealidad nueva, tanto en la vida práctica como en la vida artística. Glorioso, puesto que el laurel de la inmortalidad ceñía ya sus sienes; rico puesto que el producto de sus obras le procuraba la propiedad y el ahorro; estimado del mundo, puesto que un retrato le había valido el perdón del Sultan y un cuadro religioso la acogida del Papa; querido con cariño santo de la única mujer adorada con verdadero culto, proponíase reflexivamente hacer de su casa un templo, colocando en el altar visible de los lares domésticos á Lucrecia y en el cielo invisible de las ideas artísticas, como una virgen purísima, su nueva inspiración. El amor había hecho de él otro hombre y otro artista.

Sin apearse Lucrecia ni Brígida, sin detenerse apenas Serafin, siguiendo á pié Lippi con toda su comitiva de camaradas, discípulos y criados, pues cada rey de la pintura contaba entonces con su respectiva corte y cohorte, encamináronse todos juntos á la Iglesia, donde les aguardaba el sacerdote autorizado por los cánones á unir para siempre á Lucrecia y Lippi ante Dios y los hombres. La comitiva de los desposados se colocó en torno del altar, y el resto de la Iglesia quedó desierto, por haberse ocultado sigilosamente á todo el mundo la hora designada para tan extraño enlace. Mas no fué tanto el sigilo que no lo supiera quien, por atormentarse á sí mismo y atormentar á los demás puso empeño decidido en saberla. Ya estaba el sacerdote en la misa, Lucrecia y Filippo bajo el yugo, la comitiva en los escalones que conducían al pié del altar, cuando se deslizó por una de las naves laterales y se escondió en la sombra de una de las capillas más cercanas Guido Montaperto. El día de la frustrada boda suya apareció en toda la triste realidad á la viva memoria del jóven gentilhomme. Creía ver las calles adornadas, las muchedumbres alegres, la plaza de San Juan cubierta de flores, las lóginas henchidas de músicos, las comparsas vistosísimas, el acompañamiento sin igual en la rica Florencia, los lábios del jóven orador vertiendo raudales de elocuencia, su prometida radiante de hermosura, y él mismo, vestido con la más rica vestidura y adornado con las joyas noviliarias de sus abuelos, radiante de felicidad y de esperanza. Cuando estas imagina-



ciones le describían la rapidez de sus dichas y le enconaban la úlcera de sus celos, el sacerdote dirigió la palabra sacramental á los cónyuges y Lucrecia respondió con un sí tan firme que tuvo resonancia bien diversa en las bóvedas de la Iglesia de Spoleto y en las cavidades del corazón de Montaperto. Al eco de esta palabra surgió á su vista el día de su boda en la misma coyuntura, el no terrible, el espanto universal, la pena del pobre padre, la demencia que el dolor instantáneo y la sorpresa increíble derramaron en su oscurecida mente y en su atribulado pecho. Si dejara la acción á merced de la irreflexiva voluntad, fuera á donde estaban los novios, y les inmolará con su puñal después de haber oído aquella promesa que le abría herida tal en su ya despedazado corazón. Pero le alegraba con feroz alegría su certeza de que en la redoma consagrada á las primeras libaciones nupciales por los dos amantes, en la copa de oro cincelada por el primero de los artistas florentinos y apercebido á significar la unión y confluencia de dos vidas, se hallaba como disuelta la muerte, que pronto se extendería por los cuerpos de los felices novios y paralizaría los latidos de sus enamorados corazones. Entre los síes de ambos esposos, entre las oraciones del cura, entre los rezos de la comitiva resonó, pues, una carcajada semejante á la epiléptica risa de Satanás penetrando en el hosanna de los ángeles.

Concluida la ceremonia, dirigiéronse novios y amigos á casa. Y comieron en santa compañía, con gozo íntimo, pero sin alarde de fiestas. Acabada la comida, quiso Serafin con una plática recordar á los dos amantes las obligaciones que acababan de contraer y la vida que debían proponerse. Jamás se hablara en ninguna lengua como habló el pobre fraile hereje acerca de la bondad y de la belleza encerradas en el amor desinteresado y puro. Sus palabras parecían ideas de Platon bendecidas por Cristo y puestas en la lengua armoniosa de Petrarca para dichas al sobrenatural sonido de las voces de un órgano en espacios henchidos de ideas religiosas y perfumados de místico incienso. ¡Qué tiernas cosas dijo! ¡Con qué unción santísima encareció la beatitud del matrimonio! ¡Cómo demostró que la bienaventuranza, el goce eterno del bien supremo, puede y debe existir sin tregua y sin hastío allá en el cielo, cuando aquí en la tierra, todas nuestras ambiciones se satisfacen y todos nuestros deseos se acallan al lado de la persona única que inspira la pasión profunda de un verdadero amor! Y después de haber descrito los mutuos cuidados, las santas caricias, la confusión de las almas, el placer que se encuentra en la venida de los hijos, la paz en el seno de la virtud, describió aun con mayor viveza cómo esta felicidad, para ser verdadera, no debe ser egoísta sino exparcirse en ejemplos de sólida enseñanza y en obras de ardiente caridad entre los semejantes, cuyas desgracias pueden llenar de sombras espesas el cielo de tantas dichas. Así apoyados uno en otro, añadió dirigiéndose á los cónyuges, haréis brotar á vuestroal-

rededor las flores más duraderas, las flores de la virtud, y sin clavaros las agudas espinas de que está sembrada la tierra, en la hora de vuestra muerte, seréis ángeles del cielo volando á contemplar la belleza perfecta en el espejo donde eternamente se refleja, en el Empireo, ante la presencia misma del Eterno. Las palabras de Serafin conmovieron á los circunstantes y arrobaron á los novios. Y como quiera que Lippi creyese aquella la ocasión oportuna sacó su cincelada copa, prodigio del arte, su redoma llena del vino de la propia cosecha, y después de haber bendecido mentalmente aquellos caros objetos y escanciado la bebida, dió una parte á Lucrecia y tomó otra parte para sí. Ambos bebieron sin saber que habían bebido la muerte. Y al irse la comitiva y quedarse solos, cuando se encaminaban al lecho nupcial, comprendieron que se encaminaban realmente á la eterna tumba.

—¡Dios mío! siento no sé qué.

Dijo Lucrecia.

—Las emociones de este gran día te habrán conmovido hasta el punto de perturbarte un poco.

Observó Lippi.

—No sé.

—También me duele á mí la cabeza.

—Toca mi frente y la sentirás arder bajo tu mano..... ¡Ay!..... ¡Qué angustia!

—¿Será posible? Hemos atravesado las mayores desgracias sin resentirnos en nuestra salud, ¿y no podremos recibir esta visita anheladísima de la felicidad sin quebrantarnos, como si fuera más natural en nuestra naturaleza el dolor que la alegría?

—No será nada: el viaje, la iglesia, los sentimientos inspirados por este día solemne, las personas ausentes, los recuerdos, las emociones; tienes razón, todo se conjura para darnos esta especie de malestar que pasará pronto.

—Tomemos otro sorbo del vino de mi cosecha, y nos confortará seguramente.

Dijo Filippo.

—Tomémoslo.

Respondió maquinalmente Lucrecia.

—Bebe la mitad.



—Trae.

—Yo me bebo la otra mitad.

—¿No te deja así un dejo amargo en la boca?

—Me parece que sí; mas será aprension.

—Me duele la cabeza y me falta á veces la respiracion.

—Dejémonos de estas aprensiones, bien mio. El frágil cuerpo humano es así; no puede soportar en su pequeñez y en su miseria ni los extremos de la felicidad ni los extremos de la desgracia. Ya hemos llegado al logro de nuestros deseos despues de tantas desventuras. Viviremos de la misma vida como el tallo y la flor. Solamente la muerte podrá separarnos y la muerte está muy léjos. El ardor de nuestra sangre, los latidos de nuestros corazones, la viveza de nuestros deseos, todo nos anuncia que tenemos una vida larguísima y que la consagraremos toda entera al goce de nuestro amor. Yo hubiera dado la eternidad por un momento junto á tí. Imagínate lo que sentiré ahora viéndome destinado á pasar la eternidad contigo. Soy feliz.

—Gracias, Dios mio, gracias. Merced á tu bondad he llegado al suelo anheladísimo de esta casa y á la compañía eterna de mi amado. Déjame de nuevo consagrarte mi dicha y pedirte tu santa bendicion: que no hay goce sino donde hay pureza en la intencion y sinceridad en la virtud.

—Mira, dijo Lippi, asomándose á una ventana próxima que estaba abierta y que daba al campo, mira; las estrellas se han aumentado en el horizonte como para iluminar nuestra noche de bodas y ver lo mas divino de este bajo suelo ¡ah! la felicidad dé dos séres amantes y virtuosos. Déjame pues, que mis brazos te estrechen por vez primera libremente sobre mi corazón. Déjame que mis ojos se abrasen y derritan si es preciso en el fuego de tus ojos. Déjame que el alma salga á mis labios y se suspenda de los tuyos, como se suspende de los pétalos de la flor una gota de rocío. Déjame que me entregue al mas vivo y al mas santo de todos los placeres, al goce en tu amoroso seno de un amor bendecido por Dios y respetado por el mundo. Seamos felices.

Y Lippi, cogiendo de la cintura á su esposa, que cada vez se mostraba mas pálida y mas enferma, pues no podia casi moverse ni andar, encamiñóse con ella hácia el lecho nupcial, apercebido en una alcoba próxima.

Dos pasos habian dado apenas, cuando se colgó de la ventana por donde

el pintor habia mirado al cielo una escala de seda y al término de la escala apareció Guido Montaperto con su aire siniestro y su sonrisa sardónica.

Lippi, fuera de sí, exaltado por la posesion de su amada, vuelto hácia la alcoba y de espaldas á la ventana, ni oyó ni vió cosa alguna, imprimiendo en su ansiedad y en su anhelo, con aquel furor sensual propio de su temperamento, un ósculo ardorosísimo y ruidoso en los labios de Lucrecia. Aun no habia sonado, cuando Guido estaba de un salto en medio de la sala, y decia con rabia á los dos amantes:

—Andad, andad, que vais á la muerte. No sois dos novios, no, sois dos cadáveres.

Lucrecia volvió la cabeza con precipitacion y lanzó un sollozo con horror, desasiéndose de los brazos de Lippi, como si la hubieran sorprendido en el momento de cometer un crimen.

Lippi, que ni por la voz ni por el acento conociera al aparecido, se arrojó sobre él con rabia, y al reconocerlo retrocedió como si hubiera visto sobrenatural aparicion. Guido, cruzado de brazos, altivo de actitud, mirando alternativamente á uno y otro de los cónyuges, sonreíase con diabólica sonrisa y meneaba la cabeza con extraños sacudimientos.

—¿Qué creíais? decia. ¿Que iba yo á olvidar mis penas? ¿Que iba á dejaros gozar en paz de vuestra inmerecida ventura? ¿Que esta noche de bodas iba á ser mas feliz que la mia? Si me hubieras visto ¡ingrata! penetrar en mi castillo aderezado para recibirte con la desolacion en el semblante y en el alma, entre parientes que se reían de tu negativa y se burlaban de mi desesperacion, comprenderias de una vez mi proceder en los actos de esta maldita vida, y mi venganza en los momentos de esta suprema noche. El vino de la boda reservado para vosotros solos tenia disuelta la muerte. Yo mismo he derramado el tósigo homicida en la bebida que habiais preparado, para aumentar el calor de la sangre y el goce de los sentidos. Recogeos en vosotros mismos, pues el veneno es corrosivo y os matará bien pronto. Como que estaba destinado por mí á evitar una satisfaccion que nadie debe gustar en la tierra ya que no he podido yo gustarla. En cuanto hayais espirado á mi vista, sér inútil en el mundo, me partiré con este cuchillo el corazón, para que caigamos á una todos en el infierno.

—¡Muerto! ¡Muerto! exclamó Filippo que habia oido como petrificado las siniestras palabras de su rival. ¡Y en esta hora tan suprema! Cuando todos mis anhelos iban á cumplirse, cuando todos mis deseos iban á satis-



hacerse, paraliza el corazón amante con la muerte. ¿Por qué no haberme dejado por lo menos una hora de vida? ¡Muerto! ¡Muerto!

Y en su desesperación se llevaba las manos á la frente como para ahuyentar con fuerza esta idea siniestra en cuya realidad no quería creer por completo, á pesar de que comenzaban los estertores y los espasmos de la agonía.

—Yo os maté en unos cuantos minutos, decía Guido, misericordioso en medio de mi implacable justicia. Vosotros, por largos años, me habeis dado diariamente una agonía mas terrible y dolorosa que vuestra última agonía.

—¡Me mueren! Decía Lucrecia, dejándose caer sin fuerzas en un sillón. Esposo mio, renovemos á la hora de la muerte, mas cerca de Dios, el juramento prestado. Ya que no hemos podido juntarnos en la tierra, juntemonos en la eternidad. ¡Dios mio! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡No nos separen en la otra vida! ¡Piedad, piedad de nosotros!

—¡Tan joven! ¡Qué horrible vértigo! decía Lippi. ¡Me voy con tantas ideas en la mente! ¿Quién me diera pintar en un minuto los cuadros que debía trazar durante el resto de mi vida? ¿Quién prolongara por una sola noche esta existencia, á fin de pasarla en brazos de mi amada! Esposa, esposa mia, ¡cuán desdichados hemos sido en este mundo! ¿Por qué nos destinaste el uno para el otro, Dios mio, si luego el mundo y el infierno se habian de interponer en nuestra vida para evitar la mas fácil y la mas vulgar de todas las dichas. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—No blasfemes. Acabamos de confesarnos para la boda. Aprovechemos esta absolución para la muerte. Acércate. Filippo. No te veo. Acércate. Me mueren. ¡Qué ardor siento en mis entrañas! ¡Qué zumbido en mi cabeza! ¡Qué sombras en mis ojos!

—¡Socorro! ¡Agua! ¡Me abrazo! ¡Ah! Lucrecia, amor de mis amores. Esposa del alma, me mueren.

Y Lippi cayó desplomado en el suelo.

Lucrecia se arrastró hasta donde estaba tendido é inerte, levantó la cabeza con ambas manos y dando un beso en los labios de su esposo, quedó muerta de un solo estertor y un solo estremecimiento.

Guido cumplió su palabra. Y sacando el puñal, se lo hundió en mitad del corazón, cayendo exánime al lado de los exánimes novios.

Así acaba la trágica historia de Filippo Lippi, fraile de la orden carmelita y excelente pintor florentino.

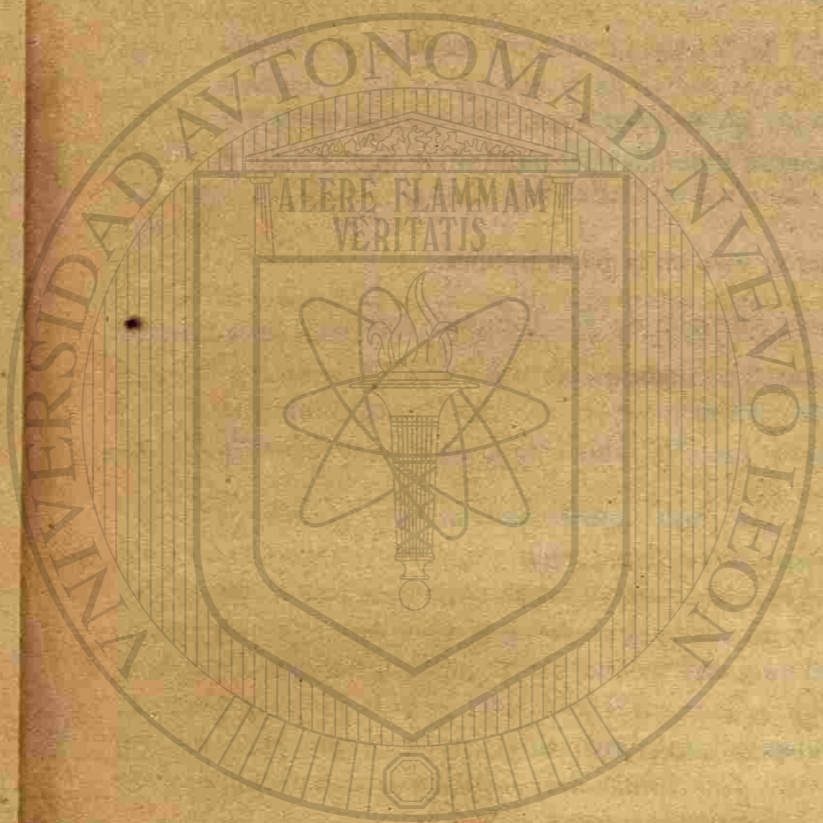
Hasta sus funerales fueron espantosos.

Como Serafin se encargara de la oración fúnebre, expresó en exaltado discurso, sus ideas respecto á la necesidad de la renovación del Cristianismo y á la esperanza en la venida del Espíritu Santo. Los clérigos de la Catedral se amotinaron y le hicieron descender del púlpito sin que la oración estuviese terminada.

Y á los tres dias lo quemaron vivo en la plaza pública.

Así terminaron los solemnes funerales de Fra Filippo Lippi.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

CAPITULO	PAGINAS.
I.—Esfuerzos inútiles y premeditadas venganzas.....	3
” II.—El escondite.....	18
” III.—Venecia.....	36
” IV.—Satisfaccion de la venganza.....	53
” V.—La agonía.....	72
” VI.—El cautivo.....	82
” VII.—La aparecida.....	96
” VIII.—Conflictos.....	106
” IX.—El hado.....	115
” X.—Con riesgo de muerte.....	122
” XI.—Oleajes de la vida.....	132
” XII.—Epicos recuerdos.....	141
” XIII.—Amores fatales.....	156
” XIV.—Espantoso dilema.....	201
” XV.—Milagros del arte.....	216
” XVI.—Por una bula.....	230
” XVII.—Un misterio en la Edad Media.....	241
” XVIII.—Los funerales de una boda.....	254





